

Cuando

LO PUDE CONTAR

Círculo Rojo
EDITORIAL

Silvia Galindo Julián

CUANDO LO PUDE CONTAR

Silvia Galindo Julián

Círculo Rojo
EDITORIAL

Me gustaría aclarar que, en estas páginas, he querido destacar la vida tan dura que llevan algunas personas a causa de algún tipo de maltrato.

Esta obra es producto de la imaginación de la autora. Los personajes son enteramente ficticios; cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es mera coincidencia.

También considero necesario aclarar que las diferentes guerras que pudieran ocurrir en los territorios en los que se basa la novela, ya sean pasadas, presentes o futuras, no se mencionan en ningún momento en este libro.

Sí hay que matizar que las ciudades y la mayoría de los lugares que se nombran sí son reales.

Quiero dedicar este libro, a toda aquella persona que se sienta identificada con alguna circunstancia similar.

También a mi familia: mi madre, mi hermana y mi hermano.

Y, en especial, a mi marido, que me ha ayudado y apoyado para que este proyecto salga a la luz…

NADIE ES IMPRESCINDIBLE, ES CIERTO… PERO NUNCA OLVIDES QUE, SIN TI, LA VIDA DE OTRAS PERSONAS NO SERÍA IGUAL DE FELIZ. UN SOLO RAYO DE SOL PUEDE DISIPAR MILLONES DE SOMBRAS.

PRIMERA PARTE

TRISTE REENCUENTRO

CAPÍTULO 1

Entre montes cubiertos de verde y colinas que parecen dibujadas a mano, surge Maribor, en el extremo oriental de la Eslovenia alpina. Una ciudad que respira arte, danza y vino blanco, y que guarda entre sus viñedos un tesoro único: la vid más antigua del mundo.
Sus calles peatonales se llenan de vida, sus plazas rebosan de terrazas soleadas y sus huertos urbanos son testigos de una vida tranquila y cercana. El río Drava la atraviesa con calma, mientras la montaña Pohorje la protege a lo lejos.
Abrazada por murallas y coronada por un castillo que parece vigilar el tiempo, Maribor combina historia, naturaleza y encanto en una sola mirada.
Corría el año mil novecientos ochenta y cinco. La primavera había estallado con la alegría de mayo: los campos rebosaban vida y el aire olía a hierba recién nacida. El sol, alto y brillante, bañaba los tejados con un calor casi veraniego. Los pájaros se refrescaban en las pocas charcas que quedaban de las últimas lluvias.
Era el veinticinco de mayo cuando llegó al mundo una preciosa niña llamada Eira.
En su cuna, la pequeña se agitaba curiosa. A través de la ventana, la luz se colaba y acariciaba su dulce rostro. Sus ojos, grandes y de un azul profundo robado al mar, se abrían por primera vez al mundo. Su parpadeo, suave y rítmico, recordaba a una persiana que se levanta con el sol. Entre su pelo negro asomaban leves ondas que parecían jugar con la brisa. Y cada vez que un sueño la estremecía o un

movimiento la despertaba, una sonrisa iluminaba sus labios, llenando de ternura el corazón de sus padres.
Su infancia transcurría entre risas y tropiezos pequeños. Aprendía a caminar, aferrada a las manos que la protegían, mientras el mundo se abría ante ella con la dulzura de una caricia.
Su madre, Opal, era una mujer cariñosa y simpática. Disfrutaba plenamente de su papel de madre y cuidaba de sus hijas con todo el amor del mundo. Le encantaba jugar con ellas a las muñecas, y en esos momentos su mente viajaba a su propia infancia. Cantaba todo el tiempo: encendía la radio y seguía las canciones, inventando la letra cuando no la recordaba. Lo importante era cantar, sentirse alegre y libre.
Sus ojos, de un vivo color avellana, brillaban con energía. Llevaba el pelo corto, siempre algo despeinado, como si el viento lo persiguiera a todas partes. Era feliz, y junto a su marido vivía una eterna luna de miel.
Max era un hombre de presencia serena y atractiva. El sol parecía haberse detenido un instante en su cabello rubio dorado, y sus ojos, de un azul claro y tranquilo, recordaban el reflejo del río que tanto amaba.
Era capitán de barco y se sentía feliz navegando por el Drava, llevando mercancías de un puerto a otro, saludando a la gente con una sonrisa fácil. Su oficio le había dado el don de hablar con todos, de hacer amigos en cada orilla.
En tierra, su refugio era su familia. Le gustaba pasar tiempo con ellos, reír, compartir comidas largas y tardes de descanso. Tenía un hobby curioso: transformaba las chapas de las botellas en pequeñas figuras, obras diminutas que terminaban siempre en manos de alguien querido.
Eira tenía dos hermanas mayores.
Ágata, de diez años, era la líder indiscutible. Su melena rubia, larga y llena de ondas, parecía tener vida propia. Tenía los mismos ojos avellana que su madre y la misma energía que su padre.
Le gustaba mandar, organizar los juegos, decidir quién hacía qué. Pero cuando alguien se caía o lloraba, era la primera en correr a

ayudar. Se hacía la dura, aunque todos sabían que tenía el corazón más grande de la casa.
La otra hermana, Olivia, tenía ocho años. Era también rubia, aunque con unos bonitos ojos verdes y un rostro salpicado de graciosas pecas. Era una niña dulce y cariñosa, incapaz de albergar maldad alguna. Sin embargo, bajo esa dulzura se escondía un carácter fuerte e independiente.
Eira crecía rodeada de cariño. Entre risas, juegos y alguna riña pasajera, todos contribuían a moldear su pequeño mundo. Como una esponja, absorbía cada gesto, cada sonido, cada mirada. Todo lo que ocurría ante sus ojos quedaba grabado en la memoria fresca de su infancia.
Vivían en casa de los padres de Opal, en Maribor. Eran gente honrada y trabajadora. La madre de Opal, Jasna, había debido de ser una mujer muy guapa en su juventud; y aunque la edad no perdona, aún conservaba ese atractivo sereno que deja huella.
Su padre, Damir, era un hombre fuerte y corpulento, pero de carácter afable y cariñoso, sobre todo con sus nietas, a quienes adoraba.
La casa era grande, de aire pueblerino, con un jardín que se había transformado en huerto. A un lado había una explanada cubierta de hierba y flores silvestres. Allí convivían los animales: un gallinero con gallinas y un gallo revoltoso, varios conejos, algunos pájaros y un par de mulas que ayudaban a labrar la tierra. Por el patio se deslizaban gatos melosos que entraban y salían como dueños del lugar. Y vigilando todo, Sultán: un joven y hermoso mastín de pelaje blanco, con la cabeza y la cola teñidas de un intenso negro azabache.
Cuando Eira tenía poco más de tres años, la familia tuvo que mudarse a Dubrovnik. A Max le ofrecieron un puesto como capitán para llevar turistas en barco de una ciudad a otra. Era una decisión difícil: suponía cambiar de ciudad y empezar de nuevo, pero también les ofrecía la oportunidad de mejorar su calidad de vida y, por fin, tener una casa propia.
Dubrovnik, la joya del Adriático, se desplegaba al sur de Croacia como un recuerdo que volvía a la vida. No era un lugar desconocido

para Max: había estado allí años atrás, visitando a un primo ya fallecido. De aquel viaje conservaba imágenes nítidas, casi sagradas: las murallas de piedra, erguidas desde el *siglo XVI*, abrazando la ciudad como si aún la defendieran del tiempo. Recordaba el brillo de las cúpulas bajo el sol, *la Iglesia de San Blas* con su elegancia barroca, *el Palacio Sponza* de líneas renacentistas y *el Palacio del Rector*, gótico y solemne, convertido hoy en museo. Todo aquello le inspiraba respeto… y cierta emoción de regreso.

El sol hacía brillar las calles de caliza como si fueran de mármol. La Stradun, la gran arteria peatonal de Dubrovnik, estaba llena de vida: turistas, tiendas, aromas de café y pan recién hecho. Max sonrió al reconocerla. Años atrás había paseado por allí, comprando pequeños detalles para Opal y las niñas.

Poco después, en una calle tranquila paralela a la principal, encontraron su nuevo piso: unos noventa y cinco metros cuadrados en la cuarta planta, amplios y luminosos, con el murmullo lejano del mar colándose por las ventanas.

Al abrir la puerta, la casa se desplegaba como un refugio cálido y ordenado. A la izquierda quedaba la cocina, pequeña pero acogedora, con los electrodomésticos justos y el aroma de hogar reciente.

Al fondo, un ventanal bañaba con su luz una mesa cuadrada rodeada de cuatro sillas perfectamente alineadas. Frente a ella, el salón ofrecía un rincón de descanso: un sofá de dos plazas, un par de butacas y un mueble que sostenía una gran televisión. Más allá, un ventanal conducía a una terraza desde la que se contemplaba un jardín verde, denso, respirando vida.

Un pasillo a la izquierda del salón llevaba a las habitaciones. Las de Ágata y Olivia eran un estallido de color y alegría, llenas de dibujos, muñecas y luz. La de los padres, en cambio, respiraba calma: una cama amplia con cabecero de forja negra, un tocador nacarado y, junto a ellos, la cuna blanca de Eira, custodiada por la ternura del sueño. Desde su ventana se veía la calle principal, siempre viva.

CAPÍTULO 2

Casi sin advertirlo, la pequeña alcanzó los cinco años. El tiempo, fugaz como una estrella en el cielo, no daba tregua, y las agujas del reloj avanzaban sin descanso. Eira conservaba intacta su curiosidad, despierta y vivaz para su edad, con una personalidad definida y esa sonrisa que iluminaba su rostro. Su risa inocente hechizaba a cuantos la rodeaban, aunque también sabía imponer carácter: si sus hermanas la ignoraban, no dudaba en enfadarse y dejar aflorar su genio.

Pronto Eira se rodeó de amigas, entre las vecinas y las compañeras de colegio. La más cercana fue Dunja, que vivía en el portal de enfrente y coincidía con ella en clase. Era una niña rubia, de grandes ojos marrones, ocultos tras unas gafas enormes para la miopía que siempre se le escurrían hasta la punta de la nariz. Era una niña cariñosa y generosa, arrastraba sin embargo la pequeña frustración de ser hija única.

Eran inseparables. Pasaban horas en el parque frente a sus casas, donde su imaginación transformaba los columpios en aviones, el balancín en caballos de carrera y el tobogán en la cola de un dragón. Jugaban con más niños, sí, pero siempre tenían que estar juntas; de lo contrario, terminaban enfadadas.

A medida que crecían, recorrían calles, montañas y carreteras en bicicleta, siempre bajo la atenta vigilancia de sus madres. Los patines parecían formar parte de su piel y apenas se los quitaban. Y, cuando la ocasión lo permitía, buscaban refugio en el mar,

sumergiéndose en baños de playa que, por un instante, les hacían olvidar el peso del mundo que las aguardaba.
Cada año, esperaban, siempre impacientes, a que *San Nicolas* en navidad, les sorprendiera con una nueva muñeca.

CAPÍTULO 3

La infancia se desvaneció como un suspiro. El tiempo avanzó sin piedad hasta *1995*. Eira había cumplido diez años cuando, el 10 de julio, la tragedia golpeó: su padre desapareció en el mar. Zarpó aquella mañana envuelta en niebla, una niebla tan densa que los viejos marineros aconsejaron esperar. Pero él partió igualmente, confiado en que, como siempre, el cielo acabaría despejando. Sin embargo, su barco ya no volvió.

El encargo parecía sencillo: acompañar a una pareja de recién casados en un viaje inolvidable. Habían elegido a Max porque un amigo de la chica lo conocía y confiaba en él como capitán. La ruta prometía tanto como exigía: atravesar el parque natural de *Kornati,* perderse en las costas de Reggio Calabria y Cerdeña, y culminar en *Palma de Mallorca,* en España. Le pagarían bien, muy bien… y con razón: aquel viaje escondía más de lo que aparentaba.

La desaparición del barco cayó sobre la familia como un mazazo. La guardia costera peinó durante más de tres semanas cada tramo del recorrido previsto. No hallaron nada. Ni una vela, ni un resto flotando en el mar. El silencio del Adriático era absoluto. Las esperanzas se extinguieron pronto; encontrarlos con vida parecía ya imposible. Tras una última semana de rastreos inútiles, llegó la orden inevitable: abandonar la búsqueda.

Para Eira, cada día sin su padre era un vacío más hondo. La unión con él había sido tan fuerte que la duda —¿estaba vivo o muerto? — la desgarraba por dentro. El hogar empezó a resquebrajarse. Su

madre se hundió en una depresión sombría, donde cada gesto cotidiano se convertía en una montaña imposible de escalar. Sus hijas, aunque mayores, quedaban a menudo al margen… y la que más lo sufría era Eira, la pequeña.
Al final, la casa también se les escapó de las manos. La hipoteca era una carga insoportable y tuvieron que abandonarla. Opal halló una salida en una fábrica de conservas, recomendada por una vecina. El sueldo era decente, pero el destino, Zagreb. No quedaba elección: recogieron sus cosas y partieron, dejando atrás no solo un hogar, sino todo un pasado.
Zagreb, capital de Croacia, se extiende bajo la luz del norte con el porte solemne de su pasado austrohúngaro. En la Ciudad Alta, las *torres de la Catedral gótica* cortan el cielo, y el tejado policromado de la *Iglesia de San Marcos* aporta una nota alegre entre fachadas severas. Más abajo, la *Tkalčićeva* vibra con vida: el tintinear de las tazas, las risas de los transeúntes, el aroma del café flotando entre los adoquines. En la Ciudad Baja, la *plaza Ban Jelačić* late rodeada de historia, parques y escaparates modernos, mientras la ciudad, bajo su ritmo cotidiano, guarda sus propios fantasmas.
Después de una ardua búsqueda encontraron un hogar donde vivir. El piso se encontraba en la segunda planta de un edificio antiguo, con paredes que pedían a gritos algunos arreglos. Aun así, el precio y la ubicación eran una oportunidad difícil de rechazar. Tres habitaciones amuebladas, un baño amplio, una cocina rectangular y funcional: lo necesario para empezar de nuevo. El salón, luminoso en apariencia, guardaba cierta frialdad en sus rincones. Una mesa redonda con cuatro sillas, un sofá de esquina, un viejo mueble y una televisión pequeña componían un cuadro sobrio, casi austero. El gran ventanal era lo mejor… y lo peor: desde allí se dominaba la calle Tkalčićeva, bulliciosa con cafés y heladerías, un contraste inquietante con el silencio que reinaba dentro.
Eira había cumplido doce años al entrar en 1997. Tenía facilidad para hacer amigas, aunque la ausencia de Dunja seguía latiendo como un recuerdo difuso. En la primera planta de su edificio conoció a Nika, apenas un año mayor. Sus ojos marrones parecían brillar con vida propia y su cabello rubio, siempre perfectamente recortado por su

madre, la hacía destacar. Tenía un mellizo, Darko, tan parecido a ella que inquietaba: como si fueran dos reflejos de un mismo rostro.
Más adelante apareció Mara, desde el bloque de enfrente. Su cabello castaño, siempre en rizos indomables, enmarcaba unos ojos verdes que parecían iluminar su cara angelical, salpicada de pecas. Vivía en el tercer piso con sus hermanos: Tara, un año mayor, y Gaspar, aún un bebé. Aquellos encuentros empezarían a tejer nuevas historias en su vida.
Las hermanas de Eira habían emprendido ya su propio destino. Ágata, la mayor, se había casado y vivía unas calles más abajo con su hijo Marín, un niño de siete años. En la comisaría trabajaba como policía, y en cada hora libre se entregaba a la misma obsesión: seguir buscando a su padre desaparecido. Su marido, Filip, empleado en un banco, menospreciaba esa lucha. Decía que después de tantos años era inútil, una pérdida de tiempo. Ágata lo ignoraba. Filip era un hombre calculador, amante del orden y de la rutina doméstica. De estatura media y cabello oscuro, lo que más llamaba la atención eran sus ojos azules tras las gafas y una sonrisa que nunca revelaba del todo lo que pensaba.
Olivia, la hermana mediana, había dejado Croacia para instalarse en Eslovenia. Allí conoció a Mirko durante unas vacaciones y el flechazo fue inmediato. Desde entonces vivían juntos: ella en una tienda de ropa, él en el Bed&Breakfast familiar. Mirko resultaba simpático y cercano, una mezcla de educación y desparpajo. Su cabello castaño, siempre impecable, coronaba una figura alta que hacía difícil fijarse en sus ojos color miel.

CAPÍTULO 4

En Zagreb (2003):

Al llegar al instituto, Eira no tardó en hacerse popular: todos sabían quién era. Su sonrisa y su simpatía iluminaban los pasillos, aunque bajo esa luz asomaban los arrebatos propios de la adolescencia, cuando las hormonas dictaban el ánimo de cada día. Brillante por naturaleza, las notas no reflejaban su inteligencia: se negaba a perder energía en lo que no despertaba su pasión. Le gustaban demasiadas cosas, pero ninguna lograba retenerla del todo, como si buscara sin encontrar aún su verdadero rumbo.

Eira encontró en el ballet la pasión que llevaba años buscando. Siempre lo había soñado y, cuando apareció la oportunidad, se aferró a ella con toda su fuerza. Convenció a su madre, que hizo un sacrificio para costearlo, y ese esfuerzo las unió más que nunca tras la sombra de la desaparición de su padre.

Sobre el escenario, Eira parecía transformarse: aprendía con una rapidez asombrosa y, aunque había comenzado tarde, pronto despuntó y a los dieciocho años ya era reconocida como una de las mejores bailarinas del país.

Las luces de los grandes teatros comenzaron a iluminar su carrera. Las coreografías se volvían más arriesgadas, menos rutinarias, como si cada paso buscara ponerla al límite. En medio de ese nuevo

mundo apareció Alen, un coreógrafo recién llegado a la compañía… alguien que pronto marcaría más que sus movimientos sobre el escenario.
Cuando Alen se presentó, Eira sintió un nerviosismo extraño, difícil de controlar. Era un joven atractivo, mulato, de cabello corto como la obsidiana, ojos oscuros que parecían examinarlo todo y labios carnosos que delataban cierta intensidad. A sus veintitrés años ya era reconocido como uno de los mejores coreógrafos de Europa. La danza parecía correrle por la sangre: sus padres, aún activos en su propia compañía, habían hecho del escenario su hogar, y junto a sus hermanos continuaban transmitiendo esa pasión. Alen venía de una estirpe marcada por el baile.
—Buenos días. Me llamo Alen.
—Buenos días —repitieron los bailarines, casi a coro.
—Desde hoy estaré con vosotros. Vengo de París y traigo algo distinto, una fusión que rompe moldes: ballet clásico con moderno, danza que busca traspasar límites. No será sencillo… pero os aseguro que valdrá la pena. Así que, ¡vamos a trabajar duro! —dijo con un tono elevado para animarlos.
Por un momento, en una de las coreografías que estaba enseñando, Eira giró la cabeza hacia él. Sus enormes ojos azules, se enfrentaron con los de Alen. Él la miró, dejando entrever una dulce y blanca sonrisa en sus labios.
A la salida de la sesión, Eira se entretuvo en la puerta hablando con sus compañeras. Después, se colocó sus cascos, encendió su walkman y a todo volumen puso "*bad*" de *Michael Jackson*. Se fue caminando, dirección a su casa. Al momento notó que alguien le agarraba del brazo.
—Perdona, se te ha caído el gorro —dijo Alen acercándoselo.
—¡Ah!, lo siento, no te había oído —dijo quitándose los cascos, algo confundida —. Gracias. No hay de qué. Es que llevas el bolsillo de la mochila abierto.
—Sí, no me había dado cuenta. Muchas gracias.
—Si, bueno, no es nada. Me tengo que ir. Hasta mañana —dijo mirando a sus ojos fijamente, como si se hubiera quedado hipnotizado por un instante.

—Sí, hasta mañana —dijo casi sin parpadear.
Al llegar a casa, Eira vio a su madre en la cocina, luchando por mantenerse en pie mientras preparaba la cena. El ballet le absorbía casi todo el tiempo, y aunque cobraba algo por las actuaciones y trataba de ayudar en lo que podía, el dinero no alcanzaba. La subsistencia de ambas era cada vez más difícil.
—Hola, mamá, ¿qué estas preparando? —dijo mientras iba por un vaso de agua.
—Hola, hija. Pues hoy, unos sándwiches de pollo —dijo algo desanimada.
—¿Estas bien? —dijo preocupada.
—Sí, no es nada.
—Bueno, hoy es viernes, he quedado con Nika y Mara para ir al cine. Así que, vístete que te vienes —le dijo para animarla.
—No tengo muchas ganas.
—Vamos a cenar y después, aunque no tengas ganas, te vienes —insistió.
Cenaron juntas mientras le contaba lo del coreógrafo nuevo. Después se arreglaron y fueron hasta la puerta del cine. Allí estaban ya sus amigas esperándolas. La película era *Kill Bill,* que se acababa de estrenar.
Abandonaron la sala riendo, encendidas por la adrenalina de la película. Los combates de artes marciales, la trama de venganza, la música que a Opal le había calado tan hondo… todo seguía vibrando en sus cabezas. Y en ese estado, con la noche latiendo a su alrededor, ninguna estaba dispuesta a dejar que terminara allí.
Fueron a tomar algo a unos de los pubs que solían frecuentar. Había gente, pero aún no se había llenado. Se acomodaron al fondo y en la barra pidieron la bebida.
Más tarde fueron a una discoteca que había en frente. Mara fue la primera que salió a la pista a bailar, luego las demás la siguieron.
Sus fines de semana seguían casi un ritual: los viernes en la discoteca Gruta, los sábados en VenOx y los domingos con un plan más calmado, quizá un pub como el Donna, una película, una reunión en casa de alguien o incluso quedarse en casa.

Desde la desaparición del padre de Eira, su madre se había encerrado en su propia tristeza, pero en ocasiones encontraba fuerzas para animarla a salir juntas, como si así pudiera sacudirse, aunque fuera un poco, la monotonía que la atrapaba.

CAPÍTULO 5

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

Ágata descendió del avión en Jerez de la Frontera con el pulso acelerado. Un taxi la llevó al hotel Brillante, donde había reservado habitación. Un conocido le había confiado que, de paso por Cádiz, creyó ver a un hombre inquietantemente parecido a su padre. No podía dejarlo pasar: necesitaba comprobarlo. Tras tantos años de silencio y ausencia, aquella posibilidad era un hilo al que aferrarse… aunque la larga búsqueda ya comenzaba a arrastrarla hacia la desesperación y el abandono.

Con un inglés básico logró hacerse entender con el taxista. Este, amable, le tendió un folleto de turismo para que se entretuviera en el trayecto. Ella lo aceptó, hojeándolo distraída, sin apenas fijarse en las imágenes brillantes. Su mente estaba lejos del papel, atrapada en la incógnita que la había llevado hasta Cádiz.

Cádiz, conocida popularmente como la *"Tacita de Plata",* sobrenombre que tiene su origen en la palabra "kado"-de ahí el nombre de Cádiz-, que en la lengua de los primitivos íberos significaba "vasito" o "tacita". Sin embargo, el calificativo "de plata", tiene varias teorías, hay quien dice que es por el material con el que supuestamente estaba hecha las columnas de Heracles (Hércules para los romanos) y con las que, según la mitología griega, el fuerte héroe separó con sus propias manos una cordillera, permitiendo la entrada del mar y creando el

estrecho de Gibraltar. Otros dicen que es por el brillo plateado que parece tener Cádiz como consecuencia del reflejo del sol, o por toda la plata que llegaba de América cuando se encontraba en la ciudad la Casa de la Contratación que manejaba el comercio con el nuevo continente.
Se encuentra situada en una alargada península del sur de España (a unos 120 kilómetros de Sevilla). Es uno de los núcleos económicos más activos de Andalucía por su comercio, su zona portuaria, pero sobre todo por su turismo de sol y playa.
La ciudad cuenta con el barrio más antiguo de Europa occidental, que se dice pronto. Por donde han pasado fenicios, púnicos, romanos y árabes. "Eres más viejo que el Pópulo", dicen en las calles de la ciudad más antigua de Europa occidental: tres mil años de nada. Para conocer Cádiz es imprescindible patearse El Populo, sus arcos, sus murallas y sus posadas.
El nombre de la ciudad de Cádiz es de origen fenicio. Viene de la palabra GDR que se vocalizaba GaDiR y significaba 'cercado', 'amurallado', 'recinto cerrado', que tiene el cognado hebreo גָּדֵר gāḏēr 'cerca, vallado, baranda'.
Las mejores cosas que ver en Cádiz en un día son:

- La catedral de Cádiz.
- La torre Tavira y la cámara Oscura.
- El castillo de Santa Catalina.
- El monumento a la Constitución de 1812.
- Las playas de Cádiz.
- El museo de Cádiz.
- El Gran Teatro Falla.
- Los barrios de la Viña y el Pópulo.
- El parque Genovés.
- El teatro romano de Cádiz

«*Parecía una ciudad muy interesante, la verdad*», pensó.
—Ya hemos llegado —dijo el taxista.
—¿Es aquí? —preguntó.

—Sí, aquí en frente.
—Vale, muchas gracias —dijo mientras le pagaba.
Al llegar al hotel, Ágata pidió un mapa en recepción. La chica que la atendió, simpática y habladora, le explicó en un inglés cargado de acento andaluz que el centro de Cádiz era pequeño y que todo podía recorrerse dando un 'paseíllo'. Lo dijo en español, con una gran sonrisa, marcando el gesto de caminar con dos dedos sobre el mostrador.
Ágata subió a la habitación, dejó caer la maleta sin cuidado y abrió los apuntes de su búsqueda. El testimonio de su conocido retumbaba en su cabeza: lo había visto en la plaza de la catedral. La casualidad resultaba perturbadora, casi cruel; que alguien de paso se topara con un hombre parecido a Max, no ya en otra ciudad, sino en otro país, después de tantos años de búsqueda... Se vistió con rapidez, metió la carpeta en el bolso y, con el mapa apretado entre los dedos, echó a andar hacia la catedral, con el pulso acelerado y la duda clavada en el pecho.
A medida que avanzaba, sus ojos se detenían en cada rostro, en cada figura que aparecía entre la multitud. Se repetía que quizá, en cualquier momento, podría reconocerlo. La idea le parecía irreal, imposible de creer… hasta que lo tuviera delante, hasta que pudiera convencerse de que seguía vivo.
«Quizás es alguien que se le parezca o puede que sea él», se decía así misma.
Llegó a la plaza, después de dar una vuelta, se sentó en una terraza y pidió un café solo. Quería ver a toda la gente que pasaba por allí, vio mucha gente pintoresca y mucho extranjero. El taxista le comentó, que cuando venían cruceros, se triplicaba la población. Era complicado fijarse en toda persona que se cruzara con ella y su alrededor. Al cabo de un rato volvió a ponerse en pie y rodeó de nuevo la catedral, una y otra vez, como si la respuesta pudiera ocultarse en alguna esquina. No se detuvo ni siquiera a contemplar el templo; la decepción la mantenía en marcha. Finalmente, emprendió el regreso al hotel, con la sensación amarga de haber perseguido un fantasma: su padre seguía sin aparecer.

Pasados unos días buscando y extendiendo la búsqueda hacia otras partes de la ciudad, siguió sin encontrar nada.
Agotada de deambular sin rumbo, Ágata buscó refugio en la playa de la Victoria. Se descalzó y dejó que la arena fría y la espuma de las olas acariciaran sus pies. Ese roce la devolvía a su infancia, a los días en que su padre la llevaba de la mano hasta el agua y corrían juntos a zambullirse. Él le enseñó a nadar, a bucear, a amar el mar como si fuera parte de su propia sangre. Para ella, aquellos días eran perfectos… y ahora, en su recuerdo, dolían como una herida que nunca cicatrizaba.
Perdida en la nostalgia, un detalle le heló la sangre: había un hombre a lo lejos, cuya manera de andar le resultaba familiar. Avanzó con cautela, como si temiera romper el hechizo, pero él salió de la playa y subió a un coche. Ágata corrió tras él, gritando con voz quebrada, sin alcanzarlo. Un taxi apareció en la calle angosta y lo detuvo de golpe. ¡Siga a ese coche! — ordenó, con una urgencia que contagió al conductor, encantado de vivir su instante de película. Sin embargo, la ilusión duró poco: entre giros y semáforos, el vehículo se desvaneció en la ciudad, dejándola atrapada entre la frustración y la duda.

—Señorita, no veo ya el coche —dijo el taxista levantando el pie del acelerador.
—¿Cómo es posible? —no podía creer que estando tan cerca de ver al hombre lo hubieran perdido —pensó Ágata.
—De todas formas, por esta zona no hay gran cosa, sólo una casa al lado de ese acantilado —dijo parando el coche y señalándoselo.
—Bueno, voy a acercarme por si acaso, gracias —dijo mientras pagaba.
—Siga ese camino y llegará a la casa.
—Vale, muchas gracias.

Descendió del coche y caminó unos metros por el sendero. Resultaba extraño que, tan cerca del bullicio del centro, se escondiera una casa tan apartada y escondida.
Su fachada amarillenta hablaba de años de abandono, aunque seguía siendo grande, casi imponente. El portón, ancho y verdoso,

parecía resistir a duras penas el castigo del salitre. La vivienda se apoyaba contra las rocas, como si buscara refugio. A la derecha, un macetero de greda sostenía un gato negro de madera, con la pintura gastada por el sol; a la izquierda, un árbol joven trepaba por la pared, en una lucha silenciosa por abrirse paso. Todo en aquella casa transmitía una extraña mezcla de resistencia y misterio.
El pulso se le aceleró, pero respiró hondo y se dispuso a llamar al timbre. Sonó varias veces y se oyeron unos pasos acercándose.

—Hola, ¿en qué puedo ayudarte? —dijo amablemente una mujer con un perro pequeño revoloteando entre sus piernas.

Ágata no comprendía nada; el español le resultaba un murmullo indescifrable, un muro de sonidos tras el que se sentía aislada. Se arriesgó entonces en inglés: «*Hello, do you speak English?*». La mujer la miró con una sonrisa leve, como quien encuentra un puente en medio del desierto, y contestó que se defendía como para que ambas pudieran entenderse. Desde ese instante, las palabras comenzaron a fluir con más soltura, como un río que al fin encontraba su cauce.

—Perdone que la moleste. Estoy buscando a Max Novak —dijo Ágata.
—Lo siento, aquí no hay nadie con ese nombre. ¿Está segura de que es esta la dirección? —respondió la mujer, arqueando las cejas.
—Eso creo… — contestó ella, sin convencimiento.

En ese momento se acercó un hombre con un niño de apenas un año en brazos.

—¿Quién es, cariño? —dijo, clavando en Ágata una mirada inquisitiva.

CAPÍTULO 6

Al principio, la penumbra la confundía. Pero cuando el hombre abrió la puerta de par en par, el corazón de Ágata dio un vuelco.

—¡Papaaa! — exclamó, sonriendo, casi entre lágrimas. Era él, no podía dudarlo: el mismo que había visto en la playa. ¡Por fin lo había encontrado!

Lo observó con detenimiento: estaba más delgado, la barba le daba un aire distinto y los años parecían haber dejado una huella en su rostro. Aun así, no tuvo dudas. Seguía siendo él. El corazón le latía con fuerza, como si quisiera adelantarse a la certeza que sus ojos acababan de confirmar.
El hombre le sostuvo la mirada, perplejo, como si luchara contra un recuerdo enterrado.
—Lo siento… no sé quién eres —murmuró, con una confusión que escondía un gesto enmudecido.
Las palabras del hombre la golpearon como un puñal y sintió que el alma se le desplomaba.

—¿Dices que es tú padre? — preguntó la mujer, ladeando la cabeza con una mezcla de sorpresa y desconfianza.
—Sí… claro que sí —balbuceó Ágata, destrozada.
—¿Estás segura? — insistió, con los ojos fijos en ella.
—¡Sí! Es mi padre — reafirmó, casi un grito que sonó a súplica.

La mujer guardó silencio unos segundos antes de invitarla con un gesto.

—Pasa, por favor
—Gracias… —dijo Ágata, entrando con paso inseguro.
—Por favor, siéntate —indicó la mujer, señalando el sofá del salón.

Se acomodaron en el salón. El niño, ajeno a todo, se entretenía en la alfombra con coches y aviones de juguete. Tenía una simpatía natural, y eso hizo que a Ágata le doliera aún más: su parecido con su padre era innegable.

—¿Quieres un café? ¿té? —preguntó, intentando ganar tiempo.
—No, gracias. Solo necesito que me diga qué está pasando —replicó Ágata, con un nudo en la garganta.

La mujer desvió la mirada, como si buscara valor en las paredes.

—Es complicado… muy complicado. Verás…

Hace unos cuatro años lo encontramos en una cala de Conil cerca de donde vive mi hijo. Era una noche cerrada y sin luna. Mi perro no paraba de ladrar y terminó guiándonos hasta un cuerpo tendido en la arena, inmóvil, como arrojado por el mar. Creímos que estaba muerto, pero su corazón aún latía, débil. Con ayuda de mi hijo lo llevamos a casa y lo acostamos en la habitación de invitados. Yo soy enfermera y lo atendí lo mejor que pude. Tenía hipotermia, estaba débil y tenía el cuerpo lleno de moratones, pero no parecía tener nada grave. No lo llevé al hospital. No sé por qué. Quizá porque, de algún modo, presentí que debía protegerlo.
Despertó dos días después, parecía no recordar nada. Cuando logramos hablar en inglés, lo único que me pidió fue quedarse. No quería hospitales, ni policías. Decía que aquí se sentía a salvo. Y lo cierto es que, pese a mi desconfianza, me transmitía una paz extraña. Mi hijo quería ir a la policía, pero al no aparecer su desaparición en las noticias, lo dejamos estar.
Con el tiempo acabó viviendo conmigo. Yo estaba sola tras el divorcio y aquella casa tan grande me pesaba como un silencio constante. Él encontró trabajo en el puerto y, poco a poco, la cercanía se transformó en algo más profundo: nos enamoramos sin

apenas darnos cuenta. Después nació Noé, y por un instante creímos haber alcanzado la dicha. Éramos felices, sí, aunque ahora sé que aquella felicidad tenía los días contados.

—Y ahora, con todo esto… no sé qué será de nosotros —dijo la mujer entre lágrimas. Por cierto, me llamo Cintia.
—Yo soy Ágata —dijo, con rabia contenida.
—No entiendo cómo se te ocurrió moverlo de la playa. Lo lógico habría sido llamar a la policía y a una ambulancia. Así hubiéramos tenido alguna posibilidad de encontrarlo antes.
Sí, lo sé, tienes razón… lo siento. No sé por qué lo hice —balbuceó Cintia.

Ágata se inclinó hacia adelante, sus ojos fijos en el hombre.

—Escucha. Tú eres mi padre. Tienes otra familia: una mujer y tres hijas. Una familia que no dejó de buscarte ni un solo día desde tu desaparición. Yo soy inspectora de policía y jamás he dejado de hacerlo —dijo, mostrándoles una foto en el móvil.

El hombre tragó saliva, su mirada perdida.

—Lo siento… pero no recuerdo nada. No sé qué daño he podido causar. Solo sé que aquí tengo a la familia que conozco, la única que recuerdo. No puedo volver a una vida que me resulta ajena, por la que no siento nada. Además… no pienso abandonar a mi mujer ni a mi hijo. Max, como dices, murió hace tiempo. Ahora mi nombre es Marco —lo dijo con firmeza, pero sus ojos inquietos lo delataban.

Ágata se levantó de golpe.

—Perfecto —respondió seca, y se dirigió a la puerta.
—¡Espera! —la detuvo Cintia —. Marco, no puedes hacer esto. Al menos deberías ir a ver a tu otra familia. Quizá eso te ayude a recordar. Si estuviera en tu lugar, yo querría saberlo. Sé que esto no me favorece, pero no sería justo para ellos. Han vivido demasiado tiempo buscándote.

Marco bajó la mirada, confuso.

—No lo sé… no sé si es buena idea.
—Dale un par de días para asimilarlo todo, por favor —insistió Cintia.

—Ágata respiró hondo y cedió.
—Está bien. Me alojo en el hotel Brillante.
—Sí, está cerca, a unos veinte minutos andando —dijo Cintia.

Ágata se giró de nuevo hacia Marco.

—Por cierto, ¿solo le encontrasteis a él? ¿No había nadie más? En el barco viajaban otras dos personas.

Cintia negó lentamente.

—No. No encontramos a nadie más.
—Ya veo —respondió Ágata, con la voz baja.

Cintia intentó suavizar la despedida:

—Pásate mañana también.
—Marco asintió, todavía sin atreverse a mirar a los ojos de Ágata.
—Está bien. Hasta mañana.
—Hasta mañana —contestó ella, y salió cerrando la puerta tras de sí.

Se fue caminando, prácticamente ida, sin reaccionar y en shock. Aún estaba confundida y al mismo tiempo su subconsciente le daba toques de satisfacción, por haber encontrado por fin a su padre, pero con la rabia aun ardiendo en el pecho por la situación inesperada. Cuando salía por la puerta de la casa, una idea le atravesó como un rayo: ¿y si no era amnesia? ¿Y si él había elegido olvidarlas?

CAPÍTULO 7

El hotel estaba a unos veinte minutos a pie, tal como le había indicado Cintia. Cada paso era un torbellino de pensamientos que no lograba ordenar. Cuando por fin cerró la puerta de la habitación, el silencio la golpeó con fuerza. ¿Cómo explicar a su familia que lo había encontrado? ¿Cómo hacerlo sin destrozarlos aún más? Sabía que la llamada era inevitable, que debía contar la verdad… pero también que esa verdad podía herirlos más que la mentira en la que hasta ahora vivían.

Llamada

Opal: ¡Ágata! Hija, ¿cómo estás?
Ágata: Hola, mamá… Estoy bien. Estoy en España.
Opal: ¿España? ¿Qué demonios haces ahí?
Ágata: No sé cómo decírtelo…
Opal: Me estás asustando. ¿Qué pasa?
Ágata: Alguien me dijo que vio a papá aquí. Vine a comprobarlo.
Opal: ¿Otra vez con eso? —su voz sonó más irritada que triste.
Ágata: Sí, otra vez. Y las veces que hagan falta.
Opal: Ágata… tienes que asumirlo. Tu padre ya no está.
Ágata: Sabes que no puedo.
Opal: (silencio breve) …Está bien. Pero si descubres algo, me lo cuentas enseguida.
Ágata: Lo haré. Ahora tengo que dejarte.
Opal: Hasta luego, hija. Un beso.
Ágata: Otro, mamá. Hasta luego.

Ágata no se atrevió a decirle la verdad. ¿Cómo confesarle a su madre que su propio marido no recordaba nada de ellas? Prefirió guardar silencio, al menos de momento.

Opal había levantado, con dolor y años de esfuerzo, una vida nueva. Pero bajo esa fachada seguía latiendo un amor intacto por Max. La sola idea de que estuviera vivo removía su mundo: ¿qué pasaría con todo lo que había construido? ¿qué sentiría ahora su marido? Se había imaginado mil veces un regreso imposible, pero siempre convencida de que era solo un fantasma. Ahora, sin embargo, la duda la devoraba.

Dudó en compartirlo con sus hermanas, como si callar pudiera protegerlas. Pero el peso era demasiado, y al final habló con ellas. Eira y Olivia escucharon en silencio… y luego, casi al unísono, estallaron con la misma urgencia. Querían la verdad. No mañana, no después. La querían ahora. Y Ágata supo que ya no había marcha atrás.

CAPÍTULO 8

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

Era finales de febrero. El día amaneció ventoso y con un frío que se colaba por las rendijas de las ventanas. Eira se desperezó lentamente en la cama; aún arrastraba el cansancio de las noches anteriores, gastadas entre luces estroboscópicas y música atronadora en las discotecas. Con los párpados pesados, hizo un esfuerzo por abrir los ojos y alargar la mano hacia la mesilla. Allí estaba su móvil, vibrando con una notificación. Tenía un *SMS*.

Mensaje

Nika*:* Hola, dormilona. ¿Vamos esta tarde a tomar un coctel? Mara no puede. Dice que ha quedado con Igor, sabes que hace tiempo que se gustan, así que igual… Hay que aprovechar, que después tengo los exámenes y no podré salir tanto.

Mensaje

Eira: Hola, me acabo de levantar. Uff ya son las 2 de la tarde. ¿Ya estás pensando en salir? ¿al final Igor va a dar el paso?, yo pensaba que se iba a lanzar Mara. Bueno, te dejo. Te llamo al timbre cuando baje a las 6, ¿ok?
Nika: Ok.

Nika estudiaba Derecho y soñaba con especializarse en laboral; repetía con convicción que los derechos de los trabajadores eran

intocables y que alguien tenía que defenderlos. Había empezado la universidad aquel mismo año y, como siempre, se entregaba al estudio con la disciplina de quien sabe exactamente hacia dónde va.
Mara, en cambio, nunca se había dejado brillar en la escuela. Ponía su empeño, pero sus notas no eran lo que esperaba, siempre en la mitad de la tabla. Sus padres, resignados, renunciaron a invertir en más estudios. Ella soñaba con ser enfermera: cuidar, sanar, salvar vidas. Era generosa hasta la médula, pero sus dudas terminaron por devorarla. Acabó convenciéndose de que aquello no era para ella.
La vida la llevó a fábricas y almacenes, donde se fue encadenando a contratos hasta lograr uno fijo. Allí, entre cajas y estanterías, encontraba un extraño consuelo en la relación con sus compañeros. No era la vida que había soñado, pero de algún modo la sostenía. Al menos, cuando llegaba fin de mes.
Al llegar la hora de salir, bajó andando las escaleras hasta la segunda planta, llamó a la puerta y salió Nika disparada. Eira, entró y se quedaron un buen rato hablando en el sofá. Después fueron directas hasta el pub Donna, donde solían ir los domingos. Caminando desde sus casas no llegaba a los quince minutos.
El local resultaba acogedor, con sus mesas y butacas de mimbre y un pequeño escenario en el que a veces actuaban músicos o cómicos. Nika era la que más disfrutaba de esos momentos: se reía sin parar, mientras Eira la miraba divertida, aunque no compartía su entusiasmo en el mismo grado. Aquella noche no había función, solo una música discreta que acompañaba los cócteles que tanto les gustaban y les permitía conversar sin gritar.

CAPÍTULO 9

Marzo entró con fuerza, se había despertado el viento, volaban algunas hojas y pequeñas flores que comenzaban a salir. Eira, intentaba cubrirse como podía para ir a la escuela, pero era inútil. Se le deshizo todo el moño que con tanto esmero se había colocado. Entró por la puerta dando un portazo por la corriente. Por un instante se sonrojó, ya que llamó la atención de todos, que habían puesto sus ojos en ella.

—Buenos días, ¡menuda energía! —dijo con cierta gracia Alen, mientras toda la clase se reía.

—Buenos días, ha sido el viento —decía escusándose, mientras se colocaba como podía el moño.

—¿Qué te ha pasado? ¡parece que te has caído de la cama con esos pelos! —dijo susurrando la mejor amiga de la escuela, Jasmín. Una chica simpática de estatura media, rubita con el pelo ondulado a melena y muy exigente con ella misma.

—¡Hace mucho viento y mira cómo vengo! —le contestó.

—¡Bueno chicas! Vamos a trabajar —dijo Alen mirando a las dos.

Las clases se endurecían día tras día, y aun así para Eira se habían convertido en el mejor momento de la jornada. Las miradas con Alen eran ya un ritual silencioso, un juego peligroso que iba creciendo entre ellos. A sus amigas les confesó lo que sentía; ellas la acusaban entre risas: —¡Estás enamorada! Y Eira callaba, porque no podía negarlo. Él, en cambio, no dejaba escapar palabra, solo esas miradas intensas que parecían prometer algo… o advertirlo. A veces, Eira se

permitía contemplarlo en secreto, disfrutando de la extraña mezcla de deseo y miedo que le provocaba.
Llegó el viernes. La madre de Eira, Opal, por fin se había animado a salir con una compañera del trabajo, Eva. Era una mujer alegre, optimista, justo lo que a Opal le hacía falta en ese momento. De estatura media, con el cabello castaño y unos ojos color miel, Eva llevaba apenas unos meses separada. Desde entonces habían empezado a frecuentar salas de baile, cines, teatros o incluso paseos junto al lago. Se lo pasaban en grande, y poco a poco se habían vuelto inseparables. Ver a su madre feliz tranquilizaba a Eira.
Esa noche, Eira prefirió quedarse en casa. Nika subió a su casa y, sin darle muchas vueltas, eligieron una película para ver juntas.

—¿Has hablado con Mara? Es que ya no la veo —dijo Eira.
—Le he llamado hoy, pero dice que ha quedado con Igor —respondió Nika con cierta ironía.
—Bueno me alegro de que por fin estén saliendo juntos —dijo Eira.
—¡Está claro!, pero vamos a ver la peli —dijo Nika subiendo el volumen de la tele.

El sábado fueron las tres a VenOx. Eira estaba encantada de que Mara, por fin, se les uniera; desde que salía con Igor, apenas coincidían. El local estaba a rebosar, pero eso no impidió que se lanzaran juntas a la pista. Siempre atraían miradas: no sólo por cómo vestían o se movían al ritmo de la música, sino porque desprendían algo difícil de fingir: autenticidad.
Tras un buen rato bailando, se acercaron a la barra para calmar la sed con unos refrescos. Fue entonces cuando Eira levantó la vista y lo vio. Al otro lado de la pista, entre la multitud, estaba Alen, acompañado de un chico y una chica. Sin saber por qué, al reconocerlo, se le escapó una sonrisa.

—¡Chicas!, ¡Alen está allí enfrente! —dijo Eira en voz alta a las dos.
—¿En serio? —dijo Nika.
—Sí, pero no miréis descaradamente. Le voy a saludar —dijo decidida.
—¡Madre mía!, ¡está tremendo! —dijo Mara sonriendo.

—Pero, que os he dicho. No le miréis descaradamente —dijo Eira dirigiéndose a Mara.
—Es que, ¿cómo no voy a mirar? Encima si dices no miréis, pues miro —contestó Mara.

Eira lo vio al otro lado de la pista y algo dentro de ella se encendió. El murmullo de la música, las risas y los pasos a su alrededor parecieron difuminarse por un instante. No supo muy bien de dónde sacó el valor, pero lo cierto es que sus pies comenzaron a moverse antes de que su cabeza pudiera detenerlos. El corazón le golpeaba con fuerza, y aunque los nervios le hacían un nudo en el estómago, no vaciló. Avanzó entre la gente, esquivando cuerpos y luces, hasta quedar frente a él.

CAPÍTULO 10

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

El despertador rompió el silencio a las ocho de la mañana. Ágata despertó cansada: apenas había dormido, atrapada en una vigilia de pensamientos que giraban en torno a una sola pregunta: ¿cómo convencer a su padre para que regresara? En su interior, sabía que lo más probable era que eligiera quedarse en Cádiz, aferrado a su nueva vida. Pero ella se negaba a rendirse: confiaba en que algún recuerdo le devolviera la memoria y no las condenara al olvido. Si no lo conseguía, todos aquellos años de búsqueda se desmoronarían… quedando tan solo una verdad amarga: lo había encontrado, sí, pero como un extraño.

Se arregló poniéndose unos jeans ajustados, que marcaban unas piernas fibrosas y delgadas al mismo tiempo. Después se colocó una sudadera con capucha, de color negro y se ató los cordones de sus deportivas. Recogió su pelo largo con una coleta alta. Cogió de la maleta una pequeña mochila, donde guardó todo lo que tenía en su bolso, pero añadió una libreta y un par de bolis, por si le fallaba uno. Cuando estaba del todo lista, bajó a desayunar.

Ágata preguntó en recepción por la dirección de la comisaría. La recepcionista, la misma que la había recibido días atrás, le respondió con una sonrisa:

—Está en Puertatierra. Ya verá, aquí en Cádiz tenemos nuestras cosas. Para nosotros, "Cadi, Cadi" es solo el casco antiguo, el que sigue protegido por la vieja muralla que unía la ciudad con tierra firme. Lo demás, lo que creció en el siglo pasado, lo llamamos extramuros. Y a los de allí, por la guasa que no nos falta, les decimos "beduinos", porque entonces aquello no era más que una especie de desierto.
La explicación arrancó una ligera sonrisa a Ágata. Después, le indicó cómo llegar y la despidió con una gran sonrisa. Ágata, había escuchado muy atenta a todo lo he le había contado la recepcionista, le gustó saber cosas de esa ciudad tan peculiar.

Cuando llegó a la comisaría, pidió hablar con el comisario, con quien había hablado días atrás por teléfono. Él la recibió personalmente, en un gesto de deferencia profesional. Ágata le preguntó si existía algún registro sobre su padre, alguna pista de su paradero. Pero no obtuvo nada en claro: no había información, ni rastro alguno.
Abandonó la comisaría con un sabor amargo y comenzó a caminar, decidida a volver a ver a su padre. Su cabeza hervía de pensamientos, repasando una y otra vez cada detalle, cada posibilidad. Entonces, el móvil vibró en su bolso. El timbre la sacudió, tan inesperado que la hizo detenerse en seco.

Llamada

Ágata: Hola. ¿Cómo estáis?
Filip: Eso iba a preguntar yo. ¿Cuándo piensas volver? —dijo su marido molesto.
Ágata: Acabo de llegar. ¿Eso es lo que te preocupa? ¿Qué cuándo vuelvo? ¿Ni si quiera me preguntas si he encontrado a mi padre? —dijo con un tono de voz elevado.
Filip: Sí, es verdad, ¿lo has encontrado? —dijo sin ganas.
Ágata: Sí, lo he encontrado. Pero aún no sé lo voy a decir a mis hermanas ni a mi madre.
Filip: ¡Lo has encontrado! Pero, ¿por qué no se lo vas a decir a tu familia?
Ágata: Es complicado, ahora te tengo que dejar. Dale un beso a Marín.
Filip: Está bien.

Ágata estaba enfadada, su marido no aprobaba que hubiera estado tanto tiempo buscando a su padre. Era un tema por el que siempre

discutían. Un par de años atrás la convivencia cada vez se hacía más dura y en alguna ocasión habían hablado incluso de divorcio. Pero por falta de tiempo y ganas de problemas, ninguno de los dos se había decidido. Se habían acomodado a tener esa vida.
Al llegar a la casa, la puerta estaba abierta y había un Ford Focus azul, aparcado.
—Holaaa —dijo Ágata abriendo más la puerta.
—Hola, tú debes ser Ágata —dijo un chico, hablándola directamente en inglés.
—Sí, y tú, ¿quién eres?
—Ah, sí. Soy Joel. Si buscas a Marco y a mi madre, no están. Se han ido al médico con el peque a una revisión. Mi madre me ha contado todo por teléfono. Siento mucho lo que ha pasado. ¿Cuándo te vuelves? —dijo interesado.
—Pues en un principio me quedaré una semana más. Menos mal que hablas inglés, porque no tengo ni idea de español.
—Sí, bueno, hablar se me da muy bien, en inglés, en español, en gaditano y en lo que se tercie. ¡Venga te invito a un café! —dijo muy seguro de sí mismo, con una media sonrisa y cerrando la puerta.
—Bueno…Vale. — dijo un poco intimidada, pero se dejó llevar por el momento.
—Sube —dijo subiéndose al coche.
—Pero, ¿vamos muy lejos? —dijo sorprendida.
—No tienes prisa, ¿no? —dijo sonriendo.
—Pues, no.
—No te voy a secuestrar ni nada parecido. Bueno, a no ser qué tú quieras —dijo guiñándole el ojo pícaramente.
—Muy gracioso.
—Pues vamos —dijo sonriendo.
—Sí.
Subieron al coche y Joel empezó a hablar sin descanso. Era cierto lo que había dicho: tenía un don para las palabras y lo explotaba al máximo. Sin embargo, su discurso era un río de anécdotas vacías que nunca revelaban nada de él. Ágata sonreía, pero dentro permanecía alerta, desconfiando de aquel exceso de palabrería. Tras

poco más de media hora de trayecto, el coche se detuvo frente a una pequeña casa junto al mar, en Conil de la Frontera.
La casa estaba algo apartada, en medio de un terreno silencioso. Al acercarse, lo primero que llamaba la atención era su sencillez: pequeña, rústica, sin adornos que distrajeran la vista. Los muros de piedra blanca brillaban como si acabaran de ser encalados, y el tejado de tejas rojas resaltaba bajo la luz de la tarde. Varias ventanas grandes reflejaban el paisaje que las rodeaba, como espejos que devolvían el mundo exterior. Frente a la puerta, un banco de madera, ancho y gastado por los años, parecía esperar a alguien que se sentara allí a contemplar la calma del lugar.
Ágata bajó del coche y, al levantar la vista, se encontró con un acantilado imponente. Se acercó con cautela hasta el borde: ante ella se abría un horizonte infinito de mar, azul y brillante, que rompía contra las rocas con un rumor constante. No parecía haber playa, aunque a lo lejos se distinguía un pequeño tramo de arena, una cala escondida, tal y como había descrito Cintia. Desde allí también se adivinaba un sendero estrecho, casi borrado por el tiempo, que descendía serpenteante hasta el fondo.
Joel se bajó también y se acercó al acantilado, junto a ella.
—¡Vaya vistas! —dijo Ágata impresionada.
—¿Te gusta?
—¡Claro!
—Pues bienvenida a mi casa. ¿Entramos? —dijo abriendo la puerta.
—Pero, ¿dónde es exactamente donde encontraron a mi padre?
—Ven, acércate. En esa esquina de tierra, allí estaba —respondió mostrándoselo con gestos.
—Ya, pero ¿no te parece extraño todo esto?
—No sé, qué decirte.
—No pasa nada, pero teníais que haber llamado a una ambulancia.
—Lo sé. No llamé porque mi madre me lo pidió.
—Podíamos haberle encontrado antes —dijo mirando la inmensidad del mar.
—Seguramente. Lo siento.
—Bueno, ya no se puede hacer nada.
—Ya. ¿Entramos?

—Sí.
Al abrir la puerta, le frenaron un par de gatos que se restregaban en sus piernas. Ágata se agachó y los acarició.
—¡Qué bonitos!
—Sí, espero que no tengas alergia y que te gusten.
—Qué yo sepa, no tengo alergia. Y sí, me gustan, aunque soy más de perros. A mi hermana Eira sí que le apasionan los animales, en especial los gatos.
— Pues este es, *Chocolate*, el más mimoso y grande de los dos, tiene unos cinco años.
Era un gato grande, con el pelaje semi largo, de color blanco y negro, con unos impresionantes ojos verdes.
—Y este es, *Melocotón*, el más listo y jovencito. Tiene tres años.
Este era de tamaño más pequeño, con un color muy anaranjado con muchas rayas y de ojos azulados.
—A Chocolate me lo encontré por la calle casi muerto, apenas tendría un mes y ahora míralo. Y a melocotón me lo dio una amiga con un par de "*mesesitos"*. Siempre ha sido *"mú espabilao"*.
Aunque Ágata no entendía a veces a Joel, le pareció gracioso cómo se expresaba. Se acomodaron en un sofá que había al lado de uno de los ventanales, donde entraba bastante luz. Joel dejó la puerta entreabierta para que salieran los gatos.
—¿Un café? —dijo Joel levantándose para ir a la cocina.
—Sí, solo, por favor. ¿Te ayudo?
—Ni hablar, eres mi invitada —respondió con una risa ligera desde la cocina.

Ágata aprovechó para recorrer la estancia con la mirada.

—Tienes una casa preciosa —comentó.
—Gracias.
—Desde fuera parecía más vieja —dijo mientras miraba por el ventanal.
—Lo es, pero la he ido reformando poco a poco. Era de mi abuela, me la dejo de herencia. Decía que yo era su nieto favorito… claro que era el único —rio, aunque en su voz quedó un eco de nostalgia.

—Pues te ha quedado muy bien.
Joel apareció de nuevo con las tazas
—Toma, aquí tienes —dijo dándole el café.
—¿A qué te dedicas? —dijo Ágata.
—Soy instructor de surf y de buceo.
—¿Por eso estás tan moreno?
Él sonrió, pero no respondió enseguida. Cuando lo hizo, fue un poco enigmático:
—Puede ser.
Ágata se sentía curiosa y tranquila con él. Tanto que se olvidó de su padre durante un buen rato. Tomaba su café, cuando Chocolate entró y se subió a su regazo. Ella lo acarició, mientras el gato no dejaba de ronronear.
Joel tenía el atractivo de quien vive cerca del mar: media melena negra y ondulada, una barba incipiente que le daba un aire salvaje, unos ojos verdes que parecían observarlo todo y una sonrisa capaz de desarmar a cualquiera. La musculatura se le insinuaba bajo la ropa, marcada por el trabajo y el sol que había curtido su piel en un tono moreno. Hablador, simpático, lleno de vida.
Quizá por eso mismo Ágata lo miraba con cierta nostalgia: en él veía la ligereza que a ella se le había marchitado, ahora que su voz se había vuelto sobria y su sonrisa llevaba demasiado tiempo dormida.
—¿Cuántos años tienes? —dijo Ágata.
—Tengo veintiocho.
—Tu madre parece joven.
—Lo es. Me tuvo con dieciséis.
—Vaya, que joven.
—Sí, se quedó embarazada de mi padre y no quiso abortar. Menos mal que mi abuela, le ayudo bastante y pudimos salir adelante.
Al final mi abuelo murió joven, en la mar, era pescador. Toda la familia lo sintió mucho, era una persona muy buena y cariñosa. Lo querían todos; era un buen hombre. Mi abuela fue fuerte, luchadora, hasta que el corazón le falló el año pasado. Tenía todo bien atado en el testamento.
—Vaya, lo siento.
—Gracias.

—¿Y tú? Aunque sé que a las mujeres no siempre les gusta decir la edad.
—Para mí no es un secreto. Treinta y tres.
—Pues diría que menos —su mirada se clavó en la de ella.

Ágata desvió los ojos al ventanal.

—Gracias. ¿Y tú padre?, ¿vive también en Cádiz? —dijo para cambiar de tema.
—No, él está en el norte, en Bilbao —aclaró. Es policía nacional, lleva allí casi un año.
Mi padre es de origen turco; obtuvo la nacionalidad cuando se casó con mi madre, aunque ya llevaba tiempo viviendo en España.
Bueno… tú eres inspectora, ¿verdad? —añadió, mirándola con cierta curiosidad.
—Sí. Te tienen bien informado.
—Hablo mucho con mi madre. Con mi padre no tanto. No acabamos muy bien cuando se fue.
—Puedo preguntar ¿por qué?
—No fue un buen padre… ni un buen marido —dijo con voz grave, casi apagada —. La trataba mal, y estoy casi seguro de que la engañaba.

Un silencio denso quedó suspendido en el aire, como si aquellas palabras hubieran abierto una herida que nunca terminó de cerrar.

—Ágata asintió en silencio.
—Lo siento.
—No pasa nada.
Ella tomó aire.
—¿Puedo preguntarte algo?
—Claro.
—¿Cómo es mi padre? Quiero decir… Marco.
Joel se inclinó un poco hacia ella.
—Al principio había desconfiado de él. No sabía muy bien qué esperar ni qué intenciones traía. Pero con el tiempo le había demostrado que era alguien de fiar. Trabajaba duro, era atento con

mi madre y mostraba un cariño inmenso hacia Noé. En resumen, había resultado ser una buena persona.
Ágata bajó la mirada, atrapada entre la nostalgia y la rabia.
—Así era con nosotras. Con mi madre —la voz se le quebró un instante.
Joel murmuró, casi para sí mismo, con esa voz que parecía venir de un recuerdo lejano. Había en su tono una melancolía suave, como si cada palabra lo devolviera a un tiempo perdido que todavía dolía.

—Lo siento, de verdad —dijo cabizbajo, y en su voz había un temblor que no dejaba dudas de su sinceridad.

Ágata respiró hondo, como si buscara en ese aire la calma que le faltaba. Sus hombros se alzaron lentamente y, al soltar el aliento, sintió que con él se escapaba también una parte de la tensión que llevaba dentro.

—¿Puedes llamar a tu madre? Quiero saber si ya han llegado.
—Sí, ahora mismo.
Marcó el número y su madre respondió enseguida: ya estaban en casa. Ágata y Joel apuraron el café casi de un trago, dejaron las tazas en la mesa y salieron sin perder tiempo. Minutos después, el coche rugía en la puerta.
—Bueno, ¿mañana qué planes tienes? —dijo Joel sonriendo.
—Pues ya que estoy aquí, quería conocer un poco la ciudad.
—¡Guayi, pues ya tienes guía turístico. Dime en qué hotel estás y te paso a buscar. Bueno, si tú quieres, pero quieres ¿verdad? —dijo con su sonrisa traviesa.
—Dicho así, ¡claro! Estoy en el *hotel Brillante*, muy cerca de casa de tu madre.
—Sí, sé cuál es. Mañana no trabajo. Te puedo pasar a buscar, ¿a las nueve?
—Sí, me parece bien. Te dejo mi número por si surge cualquier cosa.
—Vale —dijo apuntándoselo directamente en su móvil.
Llegaron y aparcó en la puerta. Antes de que Joel abriera con la llave, se abrió la puerta y apareció su madre.
—Hola, mamá —dijo dándole un beso.
—Hola, hijo.

—Hola, Ágata.
—Hola.
—Entra.
—Gracias.
—Bueno, yo me tengo que ir. Hasta mañana —dijo Joel.
—¿Ya te vas?, hijo.
—Sí. Tengo cosas que hacer.
—Hasta mañana —dijo Ágata.
—Hasta mañana.
—Hola, Ágata —dijo su padre, ya dentro de casa.
—Hola. ¿Podemos hablar a solas? —dijo Ágata.
—Sí, vente, vamos a salir por la parte de atrás que está el jardín y estaremos más tranquilos.
—Vale.
Se sentaron en unos bancos de hierro pintados de verde, en medio de un pequeño jardín que parecía resistirse al otoño. A pesar de ser octubre, la vegetación seguía exuberante: enredaderas trepaban por las paredes, flores tardías salpicaban de color los parterres y, aquí y allá, macetas de barro rebosaban de plantas y cactus de formas caprichosas. El lugar tenía algo acogedor, como un rincón escondido que se negaba a perder la vitalidad del verano.
—No quiero forzarte —dijo Ágata, casi suplicando —Solo te pido que vengas conmigo a Croacia. Allí te esperan. Tu mujer, tus hijas… llevan años muriéndose por verte. Quizás, al estar con ellos, algo despierte en ti. Luego podrás decidir qué hacer con las dos vidas que ahora tienes.
Él apretó los puños.
—¿Eres consciente de lo que me pides? Hablé con Cintia. Ella… aunque le duele, dice que vaya. Pero yo no sé si quiero enfrentarme a eso.
—¿Qué más necesitas? —insistió Ágata, con lágrimas contenidas —. Tenías una mujer a la que adorabas. Dos hijas más. Yo misma… Necesitamos verte, saber que sigues ahí.
—Lo entiendo, pero entiéndeme tú a mí.
—Lo intento, pero no puedo. Nadie te culpará: perdiste la memoria. Solo dame esto: la oportunidad de que tu otra familia te devuelva un

recuerdo, uno solo.
El silencio pesó entre ellos. Finalmente, Ágata se levantó y le tendió un papel.
—Mira, no quiero presionarte más ahora. Voy a estar aquí unos días más. Por favor, piénsalo bien y llámame cuando estés seguro del todo de lo que vas a hacer. Te dejo mi número —le dijo Ágata sin perder la esperanza.
Él lo tomó con cautela, bajando la mirada.
—Lo pensaré. Te llamaré.

Ágata se despidió y salió de la casa. El camino de regreso al hotel se le hizo eterno, como si cada paso pesara más que el anterior. La imagen de su padre no dejaba de perseguirla: estaba allí, vivo, y aun así tan distante, tan inalcanzable. Ni siquiera podía abrazarlo. Que no recordara nada de ella ni de su familia era una herida que le desgarraba por dentro.
Su mente no encontraba reposo; los pensamientos chocaban unos con otros, desordenados, implacables. ¿Cómo contarle la verdad a su madre y a sus hermanas sin destrozarles el corazón?
Al llegar al hotel, subió a la habitación. La pantalla del móvil estaba llena de mensajes, voces que la reclamaban desde la distancia. Los respondió mecánicamente, pero evitó lo esencial. La verdad quedaría guardada, por ahora.

CAPÍTULO 11

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

Cuando se acercó, Alen estaba de espaldas.
—Hola, Alen —dijo tocándole el brazo y gritando para que le oyera.
—¡Hola, qué sorpresa! —dijo sonriendo.
—¿Qué haces por aquí?, no te había visto —dijo acercándose a su oído.
—Es la primera vez que vengo. Pero ya nos íbamos. Estoy con mis hermanos. Ven que te los presente —dijo abriendo hueco para dejarla pasar. Mira, este es mi hermano Bastian y mi hermana Astrid. Ella es Eira —se presentaron todo el grupo con los correspondientes besos en la mejilla.
—Alen, te esperamos fuera, vamos saliendo —dijo Astrid, en perfecto francés.
—Vale, voy enseguida —dijo mientras se despedían.
—Así que, ¿vienes mucho por aquí? —dijo Alen.
—Sí, casi todos los sábados. Mis amigas estarán por ahí, bailando, otro día te las presento.
—Sí, cuando quieras. ¿Mañana tienes planes? Lo decía por si te apetece quedar y tomarnos un café. Aquí no se puede hablar y me están esperando fuera —dijo Alen.

—Sí, mañana podemos quedar. ¿Conoces el pub Donna? —le dijo interesada.
—No, pero me dices por donde queda y lo busco.
—Vale —le dijo mientras le explicaba por dónde estaba.
—Genial, pues mañana nos vemos allí. ¿Te parece bien a las cinco?
—Sí, perfecto.
Tras despedirse de él, fue a reunirse con sus amigas. Cuando salieron de la discoteca, mientras caminaban por las calles iluminadas, les relató la conversación que había mantenido. Eira no podía contenerse: la impaciencia por lo que ocurriría al día siguiente la hacía temblar de nervios, como un flan recién cuajado
La mañana siguiente, Eira se levantó radiante, llena de ilusión. Se sentó a desayunar con su madre y, entre gestos exagerados y risas, le fue contando mil anécdotas. Su madre la escuchaba divertida hasta que, de pronto, le confesó que había conocido a alguien.
—¡Ahhh síii! Cuéntame —dijo Eira interesada.
—Pues… es un hombre que, la verdad, no es muy agraciado físicamente, pero tiene algo especial. Me llamó la atención porque está un poco loco, en ese sentido simpático que te contagia. Es gracioso, divertido… y lo cierto es que me hace reír —confesó su madre con una sonrisa que le iluminaba el rostro.
—Pues eso es importante. Y, ¿cómo es?, ¿cómo se llama? —dijo con interés.
—Tiene el pelo castaño claro y creo que tiene los ojos azules oscuros. Es un poco más alto que yo y se llama Marcus —explicó como si lo tuviera de frente.
—¡Qué bien mamá! Pues ya lo conoceré.
—Me costará estar de nuevo con alguien. Aún sigo enamorada de tu padre y le echo mucho de menos —dijo con cierta añoranza.
—Lo sé, mamá, pero tienes que intentarlo. Yo también le echo de menos. Pero deberías rehacer tu vida. Además, eres muy guapa, seguro que tienes a más de uno detrás.
Las dos estallaron en una risa breve, casi forzada, como si con ella intentaran apartar la pesadumbre. Pero el eco de aquella risa se apagó pronto, y en el silencio que quedó después, ambas sintieron lo mismo: el recuerdo de Max se alzaba con fuerza, implacable,

reclamando su lugar. No importaba cuánto intentaran ocultarlo, allí estaba, atravesando sus corazones con la crudeza de una ausencia que todavía dolía demasiado.

Al caer la tarde, Eira comenzó a prepararse para la cita. Frente al espejo, dudaba entre una prenda y otra, sin decidirse nunca del todo. Quería mostrarse natural, como si no hubiera pensado demasiado en su aspecto, y al mismo tiempo resaltar aquello que la hacía sentir segura: la forma de sus ojos, la curva de su sonrisa. El maquillaje le planteaba el mismo dilema, el baño se había convertido en un arcoíris de sombra y, los nervios iban creciendo, acompañando la ilusión que le revoloteaba en el pecho. ¡Ya estaba lista!

Al llegar al Donna no lo encontró en la puerta, así que entró. Y allí estaba él, apoyado en la barra, con un vaso en la mano de a saber qué bebida. Ágata se sorprendió deseando ser ese vaso que sus dedos acariciaban con calma. Le agradó ver que había llegado puntual.

—Hola Alen —dijo acercándose a él.

—¡Hola! ¡Vaya qué guapa estás! —dijo, mirándola de arriba abajo y dando el último trago a su bebida misteriosa.

—Gracias, tú también. ¿Qué has tomado? —dijo por curiosidad.

—Ah, una tónica.

—Vale —dijo mientras pensaba que hubiera sido mejor no preguntar.

—¿Nos sentamos? —dijo Alen.

—Sí, vamos. Has encontrado bien el sitio, ¿no?

—Sí, sin problema —dijo mientas se sentaban en una de las mesas.

—Bueno, ¿qué te vas a pedir? Aquí tienes un montón de combinaciones de cócteles —dijo mientras miraban la carta.

—Mmm, creo que el *Sun Summer* ¿y tú?

—Yo, el *Acapulco*. Me gusta mucho el melocotón.

Estuvieron hablando todo el tiempo sin parar.

—¿Cuánto tiempo te quedarás aquí?

—Por ahora el contrato es de un año… aunque nunca se sabe, estas cosas cambian de un día para otro. Mis padres y mi hermana viven en París, tienen trabajo allí y apenas podrán venir de visita. Mi hermano, en cambio, se queda conmigo. Está esperando una oportunidad en otra compañía. Hasta entonces… estaremos juntos.

—¿Cómo es que sabes hablar tan bien mi idioma?
—Mi familia siempre estuvo de un país a otro, así que tuve que aprenderlos para sobrevivir. Incluso vivimos un tiempo en Dubrovnik. Y dime, ¿tú siempre has estado aquí? —su voz sonó cálida, interesada.
—No. En realidad, somos de Maribor, en Eslovenia. Vine a Croacia con cinco años, cuando a mi padre le ofrecieron un trabajo que no podía rechazar.
—Entonces, tu padre debe estar contento con aquella decisión.
Ella guardó silencio unos segundos, y cuando habló, su voz fue apenas un susurro:
—Mi padre desapareció hace cuatro años.
Él se removió en su asiento, desconcertado.
—Perdona… no lo sabía. No quería…
—Sí, no pasa nada —dijo sin dejarle terminar la frase.
Eira le relató todo lo ocurrido como si narrara una película, deteniéndose a sorbos de su cóctel. Alen la escuchaba fascinado, sin perder detalle, como si cada palabra fuese parte de un guion que no quería que terminara.
La tarde se desvaneció sin que apenas lo advirtieran. Cuando pagaron la cuenta y salieron, quedaron un momento inmóvil en la entrada del local, como si ninguno quisiera despedirse todavía. Sobre ellos, la luna derramaba su luz plateada, envolviéndolos en una calma casi irreal. La brisa nocturna jugaba con el cabello de Eira, que se agitaba suavemente, como si también participara en aquel instante suspendido en el tiempo.
—Me lo he pasado muy bien —dijo Alen sonriendo, al mismo tiempo que sutilmente retiraba un mechón de pelo de Eira de su cara.
—Sí, yo también —dijo mirándole a los ojos, sonrojada.
—Tienes unos ojos que me hipnotizan. Cada vez que me miras siento que me desarmas. No es un cumplido vacío, sé que te lo habrán dicho antes, pero contigo es diferente —murmuró, clavándole la mirada con fuerza.
Eira tragó saliva. La intensidad de sus palabras le heló la piel.
—No sé… no sé qué decir —balbuceó, girando la cabeza hacia la nada, buscando un refugio donde escapar de aquella mirada que

pesaba demasiado.
Alen sintió que tal vez se había mostrado demasiado intenso. No quería asustarla, así que decidió frenar y darse más tiempo.
—Tengo que irme. Mañana hay que madrugar.
—Sí. Mañana nos vemos —dijo algo incómoda.
—¿Quieres que te acompañe? —dijo amablemente.
—No. Gracias. Vivo aquí cerca. Nos vemos mañana.
—Vale. Hasta mañana.
Se separaron con un silencio extraño entre ellos. Eira caminaba deseando que él la detuviera con un beso, y estaba segura de que él sentía lo mismo. Cuando Alen se giró, sus ojos se encontraron con los de ella. Una sonrisa compartida los unió un instante, como un pacto secreto. Un beso pendiente. Una promesa… o quizá un peligroso juego del destino.

CAPÍTULO 12

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

A la mañana siguiente, Ágata se vistió deprisa y bajó a desayunar. El café era imprescindible antes de pisar la calle, pero ni siquiera el aroma consiguió calmar la ansiedad que sentía. Estaba impaciente por descubrir la ciudad junto a Joel.
A las nueve en punto, Ágata salió del hotel. Al otro lado de la calle, Joel ya la aguardaba en su coche, puntual y atento, con la vista fija en la entrada.
—¡Vaya qué puntual! —dijo Ágata montándose en el coche.
—¡*Po* claro! ¿Es que lo dudabas? —dijo sonriendo.
—Bueno, ¿y a dónde vamos?
—Veo que llevas ropa y calzado cómodo. Porque te vas a *"jartar"* de andar.
—¿Cómo dices? ¿Qué es esa palabra tan rara? —dijo confundida.
—Aquí lo decimos mucho. Es una forma de decir que te vas a *"hartar"* a cansar, de andar.
—¡Ah! —se quedó extrañada.
—Vamos a empezar por la Catedral, que está en el centro del casco antiguo. Intentaremos aparcar y vamos andando —dijo Joel mientras conducía.
—Muy bien.

Llegaron a una zona donde lograron aparcar, algo no muy habitual en Cádiz. Es lo que tiene estar en un centro antiguo pequeño, rodeado de agua casi por todos los sitios.
Anduvieron un rato hasta toparse con la Catedral.
—Y, ¡aquí está! Es de estilo barroco y neoclásico. Nosotros la llamamos la Catedral Nueva.
—¿Por qué la llamáis así?
—Antiguamente los piratas ingleses y holandeses atacaron la ciudad, la saquearon y quemaron. Después con lo que quedó, construyeron esta, creo que no exactamente como pensaban.
Ágata observó unos instantes la Catedral. Le gustó el conjunto de la plaza, la catedral y sus dos torres. Pero observó curiosa que esta tenía dos colores.
—¿Por qué la fachada tiene dos colores? —preguntó finalmente Ágata.
—Cosas de *"Cái"*. La catedral nueva se hizo cuando llegaba bastante dinero de las américas. Se utilizó una piedra muy típica y marinera de aquí, la piedra *"ostionera".* Llamada así porque está hecha en gran medida de "*ostiones*", que son unos moluscos como ostras grandes de la zona de Cádiz y otras conchas marinas fosilizadas. El tema es que las obras tuvieron muchos problemas, llegando a tener hasta cinco arquitectos diferentes con ideas, pensamientos y estilos bastante diferentes. Entre todo ese *"guirigay"* nos quitaron la Casa de Contratación con América y se la llevaron a Sevilla. Total, que se quedaron sin *"guita"*, cambiaron las piedras y las que pusieron después fueron de piedra caliza, de otro color. Total, que tardaron más de 116 años en terminarla, por eso tiene dos estilos. Empezaron en el *Barroco* y terminaron en el *Neoclásico*, y si se descuidan acaban en el estilo Tecno, jeje.
Ágata escuchaba embelesada las palabras de Joel y, aunque no entendía la mitad de las cosas que decía, si se reía con la gracia y simpatía al contarlo. Aprovechó que no había mucha gente para tomar unas fotos. Joel no perdió la oportunidad de bromear con ella mientras, bien cerca, improvisaba alguna que otra foto.
Al entrar, Ágata fue directa a los impresionantes órganos con multitud de tubos. Joel, gesticulando, le iba contando más cosas

sobre la Catedral.
—Verás, esto es una cripta, preciosa. Está también realizada en piedra ostionera y se encuentra por debajo del nivel del mar. Como ves, es un espacio circular con una sonoridad espectacular. Si te acercas puedes incluso oír y sentir las olas del mar —dijo mientras se lo mostraba.
—Wauuu.
— También están enterrados algunos de los gaditanos más ilustres, como el gran músico y compositor *Manuel de Falla* y el escritor *José María Pemán*.
—¡Vaya! Me tienes impresionada. Te veo bien informado.
—Jajaja. Son muchos años aquí y visitas con el cole. Además, el surf y el buceo es muy estacional para vivir solo de eso. Hace ya un tiempo que me saqué la licencia de Guía Turístico y con mi encanto natural y mi labia políglota — dijo al mismo tiempo que le guiñaba el ojo —. He trabajado bastantes veces de eso con muchos *"güirís"* como tú.
—Eres una caja de sorpresas. ¿Se puede entrar? —dijo Ágata ilusionada.
—Claro. Vamos. Vas a alucinar con otra cosa que hay en la cripta…— dijo mientras bajaba las escaleras, manteniendo el suspense del momento.
— Seguro que no te lo esperabas, pero… hay hasta el cuerpo de una niña muerta, aún con su traje de comunión.
—¿Qué dices? Me tomas el pelo —dijo Ágata sorprendida.
—Que va, hay varias historias populares que dicen que era una niña muy beata o como decimos aquí muy *"capillita"* que iba mucho por la Catedral. Al parecer murió justo después de recibir la comunión y por diversos motivos de disputas familiares se abrió la caja donde la enterraron y vieron que estaba totalmente intacta sin que hubieran hecho ningún tipo de embalsamiento. Como el obispo lo consideró un milagro la metieron en una urna en la cripta de la catedral donde, aún hoy, se puede ver. Mira ven, está por aquí —dijo Joel mientras le tiraba del brazo a una un poco renuente Ágata.
—Vaya, da un poco de *yuyu*.

Después subieron y desde sus torres pudieron ver una vista completa de toda la ciudad de Cádiz, junto con unas maravillosas vistas al Océano Atlántico.
Más tarde, siguieron hasta la torre de Tavira.
—¡Vaya, qué altura! ¿Sabes cuánto mide?
—Pues creo que son unos 45 metros sobre el nivel del mar. Es el mirador más alto de Cádiz, desde allí vigilaban que no vinieran los piratas y los barcos que entraban y salían del puerto. El nombre, viene del primer vigilante que trabajó en ella, *Antonio Tavira*. Dentro hay una cámara oscura.
—¿Y eso qué es? ¿Podemos subir? —dijo contenta.
—Sí. ¡Vamos!, arriba ya te lo cuento.
Desde lo alto de la torre contemplaron unas vistas magníficas. Antes de marcharse, se detuvieron en la atracción principal: la Cámara Oscura. A través de aquel curioso instrumento, las calles de fuera se reflejaban sobre una mesa cóncava con una nitidez sorprendente. Imágenes reales, en color y en movimiento, que parecían traer la ciudad hasta dentro de la sala e incluso jugar con la perspectiva para hacer que las personas "anden" sobre escaleras imaginarias y otros trucos.
Después siguieron paseando hasta la playa de La Caleta.
—Y ese edificio, ¿qué es? —preguntó Ágata, ya que vio un edificio en plena playa.
—Pues fue usado como balneario, después lo derribaron porque estaba en muy mal estado. Lo volvieron a construir y ahora es un centro de Arqueología Subacuática —explicó Joel.
Descansaron un rato sentados en la arena. Luego visitaron el Castillo de Sta. Catalina.
—Sabes que, este castillo antiguamente fue una prisión militar. Pero ya, desde hace bastante tiempo, se usa como un espacio cultural. De hecho, vamos a sentarnos, que hay un concierto.
—Sí, vamos a verlo. Y luego quiero ver las tiendas que hay.
—Vale.
Disfrutaron del concierto y se detuvieron a echar un vistazo a las tiendas de artesanía que había alrededor del castillo.

Ágata estaba impresionada, no pensaba que Joel entendiera tanto de todas las cosas que veían. A parte se sentía muy bien con él. Le daba la sensación de que le conocía de toda la vida, sobre todo por la complicidad que tenían. Se había dado cuenta de que Joel, sacaba todo lo mejor de ella. Podía hablar con total libertad de todo, sonreía y estaba pendiente de ella para que se sintiera cómoda.
Cada gesto que hacían, bromas y demás movimientos delataban claramente que se gustaban.
Acabaron el día, visitando el parque Genovés. Mientras paseaban, Joel comenzó a contarle cosas sobre ese parque.
—¿Estás cansada? —dijo Joel con una sonrisa en los labios.
—Un poco, sobre todo me duelen los pies, pero estoy bien. Bueno, cuéntame cosas del parque.
—¡Eh! Al final te está gustando que sea tu guía.
—Jajaja, pues claro.
—Vale. Hay como unas cien especies de árboles y arbustos más o menos.
Antiguamente se le llamaba *el Perejil*, porque era muy pequeño. Dentro hay una pequeña gruta, una cascada, un lago con patos y gansos. Hasta hay una sala de conciertos. Y cuando veamos todo eso, nos tomamos un café o lo que quieras.
—¿También hay bar?
—Sí.
—Que completo.
Cuando terminaron de ver el parque. Se sentaron a tomar algo.
—Ahora sí que estoy reventada —dijo Ágata.
—Sí, yo también. ¿Te está gustando?
—Sí, me ha encantado. Es todo muy bonito e interesante.
—¿Te apetece cenar en mi casa? —dijo Joel directamente.
—Que directo —dijo Ágata sonriendo.
—¿Sabes?, tienes una sonrisa muy bonita.
— Gracias. No me lo suelen decir mucho.
—Eso es porque no se han fijado bien.
—Será por eso.
—Bueno qué, ¿Te vienes?

—Venga, vale —Ágata se dejaba llevar por las decisiones de Joel, estaba tan a gusto que se le olvidaba todo.
—Bien. ¿Te gusta el *"pescaito"*?
—¿Pescaito?
—Bueno, pescado.
—Sí que me gusta. ¿Sabes cocinar?
—Viviendo solo, no me queda más remedio. Además, me gusta.
—A mí no me gusta nada la cocina. A mi madre y mis hermanas sí. Sobre todo, a mi hermana Olivia.
—Me termino esto y nos vamos —dijo dando en último trago a una cerveza.
—Vale.
Se encaminaron hacia el coche, y Joel, muy caballeroso, tropezó con el bordillo justo antes de abrir la puerta. Fingió que lo había hecho a propósito, como quien inspecciona la resistencia del cemento. Una vez dentro, arrancó sin decir palabra, con cara de piloto profesional, aunque lo único que hacía era pelearse con la palanca de cambios que se resistía más de la cuenta. La ciudad se deslizaba tras las ventanillas con sus luces parpadeantes.
Al llegar, salieron del coche y enseguida notaron el cambio: el aire era más frío, como si alguien hubiera bajado el termostato de golpe. Eira se abrazó a sí misma, y Joel, haciéndose el héroe, infló el pecho como si la bajada de temperatura no le afectara en absoluto…
—Por la noche hace frío —dijo Ágata.
—Sí, aquí siempre hace fresquito. ¿Quieres tomar algo mientras preparo la cena? Tengo refresco, cerveza, vino. ¿Te gusta el vino?
—Sí, una copa de vino.
—Este es *Tierra Blanca* un semidulce típico de Cádiz —dijo sirviéndole una copa.
—Mmm, está buenísimo —dijo saboreándolo. ¿Te ayudo?
—Te vas a aburrir, porque me has dicho que no te gusta la cocina.
—Pero, contigo no me aburro. Así vamos hablando.
—Vale.
—Bueno y un chico como tú, ¿no tiene novia, mujer, hijos? —dijo Ágata interesada.

—Vaya, ¡tú también eres directa! —dijo mientras colocaba los ingredientes en la mesa de la cocina.
—Sí, un poco.
—Pues he estado con una chica cinco años, pero ya se terminó. Después he tenido algunas chicas que no han llegado a nada. No estoy ni casado, ni tengo hijos. No creo mucho en el matrimonio. Ahora no estoy con nadie. ¿Y tú?
—Bueno. Yo sí estoy casada y tengo un hijo de quince años.
—Guau. Ya mayorcito. También lo tuviste joven.
—Con diecinueve. Llevaba desde los dieciséis con mi marido… me quedé embarazada y nos casamos. Marín, mi hijo, es un buen chico.
—Y tú marido, ¿estás bien con él? —dijo con interés.
—No sabría decirte… —cortó de golpe. ¡Ah! Tengo que hacer una llamada, salgo un momento.
Joel sonrió, sin insistir.
—De acuerdo. Espera. —Entró a su habitación y volvió con una sudadera —. Toma, te hará falta, fuera hace frío.
—Gracias.
Salió a la calle con la sudadera sobre los hombros. El frío de la brisa marina le arañaba la piel mientras marcaba el número.

Llamada

Filip: Hola, ¿cómo estás? Supongo que bien porque no das señales de vida.
Ágata: Estoy llamando ahora.
Marín: ¡Hola, mamá! Le he quitado el teléfono a papá.
Ágata: ¿Cómo estás?
Marín: No te preocupes, nosotros estamos bien. Vera viene, todos los días menos los domingos, nos deja la comida y la cena preparada —dijo refiriéndose a la chica que iba a ocuparse de las tareas de la casa.
Ágata: Me alegro.
Marín: Bueno mamá ¿Has encontrado al abuelo?
Ágata: Sí, lo he encontrado, pero…. —le contó todo lo sucedido.
Marín: Espero que vuelva.
Ágata: Sí, yo también. Y tus estudios, todo bien, ¿no?
Marín: Sí, como siempre, todo bien.

Ágata: Es que tengo un hijo muy listo.
Marín: Jajaja. Para mí es fácil. Te echo de menos.
Ágata: Yo a ti también. Te quiero mucho, lo sabes, ¿no?
Marín: Sí. Y yo a ti. ¿Te paso a papá?
Ágata: No. Ya hablo con él otro día. Hasta luego.
Marín. Está bien. Hasta luego.

Se detuvo bajo el cielo. Miles de estrellas la observaban desde lo alto, frías y lejanas. Aspiró hondo el aire con olor a salitre, como si quisiera grabar ese instante en la memoria. Después, sin darse cuenta, un escalofrío la recorrió y se apresuró a entrar, como si las estrellas hubieran visto demasiado.
—¿Cómo va la cena? Mmm, huele muy bien —dijo Ágata acercándose a la cocina.
—Bien, ya casi está. ¿Qué tal?, ¿has hablado con tu familia? ¿Va todo bien? —dijo interesado.
—Sí. Están bien.
—¿Qué quiere estudiar tu hijo?
—Tiene claro que quiere ser criminólogo.
—Ufff, tendrá que estudiar mucho.
—Sí, pero es muy listo e inteligente. Tiene altas capacidades y memoria fotográfica. No creo que tenga muchos problemas.
—¡Vaya, qué fuerte!
—Sí. Al principio asusta un poco. Pero ya nos hemos acostumbrado.
—Bueno. ¡Esto ya está!
—Umm, que buena pinta.
Se acomodaron en la mesa y, mientras comían, charlaron de todo un poco.
Luego, con un par de mantas sobre los hombros, salieron al exterior. El paisaje era hermoso, pero lo que atrapaba de verdad era el cielo: imposible resistirse a la tentación de mirar las estrellas.
—Esto es precioso —dijo Ágata mirando hacia arriba.
—Sí que lo es.
—Voy a tener que irme ya —dijo Ágata levantándose.
—Quédate. Tengo una habitación libre y ya es tarde —dijo Joel cogiéndola del brazo.
—No sé, no quiero molestar y además tengo mis cosas en el hotel.

Claro que no me molestas. Al contrario, me gustaría que te quedaras aquí todo el tiempo que necesites. No tiene sentido pagar un hotel cuando aquí tienes sitio de sobra. Al fin y al cabo, somos casi familia. Mañana, si quieres, vamos a por tus cosas. Piénsalo esta noche —dijo sonriendo.
—Pues, no sé qué decir. Me ha pillado de sorpresa. Gracias por tu amabilidad —respondió, aún desconcertada.
—¿Entonces te quedas? — insistió, inclinándose hacia ella.
—Vale, pero…
—Nada de peros. Ven, vamos a preparar tu cama. En el armario tienes mantas, por si las necesitas.
Entre los dos prepararon la cama, extendiendo unas sábanas impecables que olían a lilas recién lavadas. Joel desapareció un instante en su habitación y volvió con una camiseta suya.
—Toma, para que duermas más cómoda.
Ágata sonrió y aceptó el gesto. Se desearon las buenas noches y él se marchó a su cuarto.
En la cama, Ágata dio vueltas y más vueltas sin poder conciliar el sueño. Después de unas horas se levantó con la excusa de beber agua. Rebuscó en los armarios de la cocina hasta dar con un vaso, lo colocó bajo el grifo y dejó que el agua lo llenara mientras el murmullo rompía el silencio de la casa.
—¿Tú tampoco puedes dormir? —dijo Joel acercándose también a beber agua.
—No… tengo demasiado en qué pensar. Últimamente me cuesta conciliar el sueño.
—¿Qué es lo que te pesa tanto? —preguntó, clavando sus ojos en ella.
—Todo… lo que ha pasado, el trabajo, mi familia, mi padre.
—No necesitas pensar tanto. Lo de tu padre de una forma u otra se solucionará. Tome la decisión que tome, tú ya le has encontrado y eso debería bastar.
—El trabajo… bueno, no es más que trabajo, una forma de seguir adelante. La familia… ahí no puedo opinar, no los conozco. Pero lo importante es lo que quieres tú. Lo que te hace feliz.

—Vaya… Cada vez me sorprendes más, no te veía esa vena filosófica —dijo pensativa.
—Bueno, solo trata de no pensar tanto.
—Vale. Hasta mañana —le dijo dándole un beso en la mejilla.
—Guauuu. Me ha gustado ese beso. Hasta mañana —dijo sonriendo.

CAPÍTULO 13

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

La semana discurrió sin sobresaltos, aunque bajo la superficie algo se transformaba. Entre Eira y Alen la complicidad crecía como una corriente invisible: un roce fugaz, una mirada demasiado larga, un movimiento compartido que parecía guiado por el mismo viento. Jasmín, siempre atenta, percibía esas grietas en el silencio. Y en lo más hondo de su intuición, supo que algo había ocurrido entre ellos, aunque ninguno se atreviera a confesarlo

—Eira, espérame —dijo Jasmín, corriendo detrás de ella cuando salían de la escuela.

—¿Qué pasa Jasmín? —dijo a unos pasos de la puerta.

—Nada, nada. ¿Qué pasa con Alen? —le dijo casi susurrando.

—Nada, ¿por qué lo preguntas? —dijo disimulando.

—Se ve claramente que os gustáis —dijo segura de lo que veía.

—Bueno, quedamos un día para tomar algo. Pero nada más —dijo escusándose.

—A mí no me engañas.

—Ya… La verdad es que me gusta —dijo finalmente confesando.

—¡Lo sabía! —dijo con la voz más elevada.

—Sssshhh, calla.

—Vale, vale. ¿Qué vas a hacer este fin de semana?

—Seguramente quede con Nika y no sé si también con Mara. ¿Te quieres venir?
—No sé.
—Ya las conoces. Lo pasaremos bien. Hoy viernes iremos al Gruta. Nosotras llegaremos sobre las diez. Te doy un toque y quedamos en la puerta para entrar juntas, ¿vale? —dijo decidida para que fuera.
—Venga, vale. Pues, luego nos vemos.
—Ok. Hasta luego.
—Chao.
Eira se quedó algo confusa y se hacía preguntas. Por un momento se preocupó si realmente los demás se daban cuenta de lo que sentía por Alen y eso pudiera afectarles.
La discoteca Gruta las envolvía con música y luces, pero lo que brillaba de verdad era el grupo que formaban. Cuatro amigas, cuatro espejos distintos. Mara, la boca sin freno, espontánea, sincera, capaz de soltar una verdad como un cuchillo y, al instante, abrazar con ternura. Nika, la responsable, con el ceño fruncido cuando algo se desmadraba, aunque en un segundo podía estallar en risa y arrastrar a todas con ella. Jasmín, la más dulce, escondía en su aparente fragilidad la fuerza de quien no se doblega fácilmente. Y Eira… habladora en la superficie, reservada en lo profundo, con esa agilidad verbal que le permitía salir de cualquier situación. Alegre, perfeccionista, siempre un paso por delante. Juntas, eran magnéticas. Juntas, eran invencibles.
A las tres les gustaba mucho bailar y no pararon en toda la noche. Conocían a mucha gente, y solían "usar" a Eira de cebo cuando a alguna le atraía un chico, ya que era la más lanzada del grupo. Aquella noche, Jasmín se fijó en un chico de la barra, pero no se atrevía a dar el paso. Antes de que pudiera detenerla, Eira salió disparada, se presentó y rompió el hielo. Poco después llegaron los amigos de él y pasaron gran parte de la noche juntos. Sin embargo, tras hablar un rato, Jasmín se desilusionó: le parecía muy guapo, sí, pero sus ideas no encajaban con ella.

CAPÍTULO 14

El sábado por la mañana, Opal emprendió viaje a Maribor para visitar a su hija Olivia. Ella y Mirko estaban a punto de mudarse de casa, y Opal no dudó en ofrecer su ayuda. La visita le hacía especial ilusión: además de pasar tiempo con su hija, aprovecharía para reencontrarse con sus padres, que vivían en la ciudad.

—¿Mamá, estás lista? —dijo Eira medio dormida. Se había despertado temprano para acompañarla a la estación de autobuses.

—Síii.

—Bueno, mamá, dale muchos besos y un abrazo fuerte a Olivia y a los abuelos—dijo Eira, despidiéndose de su madre cuando ya se estaba subiendo al autobús. El trayecto era de una hora y media más o menos. «*Seguro que se le pasa rápido, leyendo el último libro que se compró, Solsticio de invierno de Rosamunde Pilcher»,* pensó Eira.

—Sí. Tú ten cuidado.

—No te preocupes, ya soy mayorcita, hasta el miércoles.

—Hasta luego hija.

El lunes era fiesta, a Opal le habían concedido dos días que le debían en el trabajo. Así aprovechaba para ayudar a Olivia con la mudanza. Se iban a un piso más grande y un poco retirado del centro. La verdad es que a Olivia y a Mirko se les veía muy bien juntos, eran tal para cual.

Al llegar, Eira se puso a recoger la casa. Subió la radio al máximo y convirtió la limpieza en un espectáculo improvisado: bailaba, cantaba

y usaba el palo de la escoba como micrófono. Tras su pequeño concierto casero, se preparó algo de comer. Justo cuando se sentó a la mesa, el móvil empezó a sonar.

Llamada

Eira: Sí, ¿dígame? —contestó extrañada, al no reconocer el número.
Alen: Hola Eira, ¿qué tal? Soy Alen.
Eira: ¿Alen?, Hola.
Alen: Perdona que te moleste y me haya tomado la libertad de coger tú número en la escuela —dijo algo preocupado por la reacción que pudiera tomar.
Eira: Ahhh, bueno. ¡Qué sorpresa! La verdad es que no me lo esperaba. Pero no me molesta. Creí que te lo había dado. No pasa nada. Yyyy ¿qué tal? ¿Pasa algo?
Alen: No. Nooo. Solo quería ver… si querías quedar a tomar un café o algo. Si no tienes planes, claro.
Eira: Sí, vale. Aún no he hablado con mis amigas.
Alen: ¿Tomamos en un rato un café? Después podemos quedar con tus amigas. Así me las presentas, si quieres.
Eira: ¡Claro! Te las puedo presentar. Dile a tu hermano que se venga también.
Alen: Sí, se lo digo. ¿Te parece bien a las cinco y media en el Donna?
Eira: Bueno, pero mejor cambiamos el sitio.
Alen: Me parece bien.
Eira: ¿Conoces el Café-Brim?
Alen: Sí, se cual es. Está enfrente de la plaza.
Eira: Sí ese es. Pues nos vemos allí.
Alen: Sí, hasta dentro de un rato.
Eira: Ok. Hasta ahora.

Eira no salía de su asombro. La alegría le estallaba dentro, así que subió la música al máximo y convirtió la habitación en un escenario improvisado, cantando y bailando como si tuviera público. Después se metió bajo la ducha, dejando que el agua templara sus nervios.

Al salir, abrió el armario y empezó a descartar prendas una tras otra, creando un pequeño caos sobre la cama. Le gustaba darse un toque de rímel, pintarse los labios de un fucsia suave y añadir apenas un poco de colorete, lo justo para resaltar lo mejor de sí misma sin parecer que lo había calculado demasiado.

El tiempo pasó más rápido de lo que pensaba y, cuando por fin levantó la vista, ya casi era la hora. Fue entonces cuando sonó su móvil, rompiendo la calma que se había construido alrededor.

Llamada

Nika: Holaaa.
Eira: Hola Nika.
Nika: ¿Qué haces? ¿A qué hora quedamos hoy?
Eira: Estoy saliendo de casa. He quedado con Alen.
Nika: Espera, esperaaa… ¿Qué has quedado con quieeeen? —dijo antes de que terminara la frase.
Eira: Voy a tomar un café. Podemos quedar en la puerta de VenOx a las 10. Voy a ir con Alen y se lo iba a decir a su hermano también. Así os lo presento.
Nika: Valeee, pero estoy alucinando… Después me cuentas. He hablado con Mara y viene con Igor.
Eira: Pues guay. Nos vemos entonces allí. Luego os cuento. Chao.
Nika: ok, chao.

Al llegar, estaba Alen ya entrando por la puerta.
—Aleeen —gritó para que la esperara.
—Hola. ¡Vaya, estás muy guapa! —dijo girándose y sujetando la puerta.
—Gracias, tú también.
Entraron y se acomodaron en unos cómodos sofás, justo al lado de una amplia ventana desde la que se veía la plaza iluminada por las farolas. Afuera, la gente paseaba con calma, y el murmullo de voces y pasos llegaba amortiguado hasta el interior. El camarero se acercó enseguida, y pidieron unos cafés acompañados de un surtido de pastas que colocaron en una bandeja sobre la mesa baja. El lugar tenía un aire acogedor, casi íntimo, que invitaba a la charla tranquila.
—He hablado con mis amigas y he quedado con ellas en la puerta de VenOx a las 10. ¿Has hablado con tu hermano?, ¿va a venir? —dijo algo nerviosa.
—Sí, ahora le pongo un mensaje para la hora.
—Bueno y ¿cómo te ha dado por llamarme? —dijo directa.
—Vaya, qué directa —dijo sonriendo.
—Síii —sonrió.
—El otro día, lo pasé muy bien contigo y quería repetirlo. Entonces, busqué tu número en la ficha de la escuela. Espero que no te haya molestado. Te lo tenía que haber pedido.
—Yo también lo pasé muy bien. No, no pasa nada.

—Hay algo más que quería proponerte —dijo, incorporándose con un brillo extraño en los ojos —. En junio se celebrará un festival importante. Quiero que prepares conmigo la coreografía final, la última canción de la noche. Te pagarían bien… pero, más allá del dinero, creo que esa actuación podría cambiarlo todo.
—Espera, espera. ¿Qué estás diciendo? —le cortó sin más.
—Estoy convencido de que funcionará. Eres una bailarina extraordinaria y quiero que el público lo vea. Contigo puedo crear una coreografía única —dijo, con los ojos brillándole de entusiasmo.
—No sé si podré hacerlo… —murmuró Eira, con un miedo que le atenazaba el estómago.
—Sí que puedes. Si no creyera en ti, jamás te lo habría propuesto —respondió él con firmeza.
—Bueno… puedo intentarlo —cedió, aunque todavía dudaba.
—Lo lograremos juntos, confía en mí —dijo él, tan seguro que por un instante logró contagiarle su fe.
Pasaron un buen rato discutiendo la organización: la coreografía, el vestuario, los ensayos. Mientras él hablaba con entusiasmo, Eira no podía evitar sentir una punzada de decepción. Había imaginado que la cita tendría un tinte más personal, tal vez incluso un acercamiento. Pero todo se redujo a trabajo. Y, aun así, la emoción de que Alen hubiera pensado en ella para la última coreografía era suficiente para mantener su corazón acelerado. Cuando la hora se les echó encima, pagaron la cuenta y salieron juntos.
—Podemos ir andando hasta la discoteca, está cerca —dijo Eira.
—Sí, pero todavía es pronto. ¿Qué te parece si damos un paseo por el parque?
—Perfecto. Oye, ¿tú naciste en París?
—Sí. Mi padre es de allí, mi madre italiana. Mi hermana nació en Italia, pero mi hermano y yo en París. Aunque… si te soy sincero, no me siento parisino. Hemos viajado tanto que apenas he vivido en un solo sitio —contestó, mirándola a los ojos con una intensidad que la hizo apartar la vista. ¿Y tú? ¿Echas de menos Eslovenia?
—Un poco. Apenas recuerdo nada, era muy pequeña. Allí viven mis abuelos maternos, y a veces voy a visitarlos. También aprovecho

para ver a mi hermana. Ahora mismo mi madre está con ella, ayudándola con la mudanza… y no vuelve hasta el miércoles.
Al cabo de un rato cuando se iba acercando la hora, salieron del parque para dirigirse a la discoteca.
—Bueno ya hemos llegado, ahí está.
Cuando llegaron, todos los estaban esperando. El hermano de Alen se mantenía algo apartado del grupo, en silencio, observando desde cierta distancia.
—Holaaa —dijo Eira saludando a todos con la mano.
—Hola —dijo Nika acercándose para saludar.
—Bastian, ven —dijo Eira para presentarlo a todos.
Tras las presentaciones, entraron juntos en la discoteca. El ambiente estaba todavía tranquilo, con pocas personas en la pista. Se acercaron a la barra y pidieron algo de beber.
En cuanto sonó un tema más movido, Mara no pudo resistirse: tiró de Igor hacia el centro y, de paso, arrastró a Nika. Ella, riendo, animó a Bastian hasta que también se levantó para unirse al baile.
—Bueno, ¿qué? ¿Te animas? —dijo Eira.
—No sé, yo —dijo desanimado.
—Si quieres, nos sentamos un rato, al menos hasta que terminemos la bebida —propuso ella.
—Sí, mejor — dijo él, y se encaminó hacia los sofás apartados de la pista, lejos del bullicio.
—Mi hermano se va mañana.
—¿Y eso?
—Tiene que dar unas clases especiales en Dubrovnik, durante una semana. Así que no se quedará mucho.
—Que bien.
—Sí, está contento.
—¿Tú hermano también habla varios idiomas?
—Sí, no tiene problema.
—¿Salimos a bailar ya? —dijo Eira levantándose del sofá y cogiéndole la mano para animarlo.
—Ve tú, ahora voy yo.
—Como quieras.

Eira se lanzó a la pista y se unió al grupo. Bastian se apartó para sentarse con su hermano. Desde la pista, ella los miraba de vez en cuando: hablaban entre ellos y, a la vez, no dejaban de observarla. *«¿De qué estarán hablando?»*, se preguntaba. Más tarde, ambos se animaron a bailar con el resto.

La noche transcurrió rápido, y a las tres de la madrugada salieron al fresco. Frente a la puerta de la discoteca, permanecieron un rato más conversando, como si nadie quisiera poner fin a la velada.

—¡Estoy muerta! —dijo Nika.

—Sí, yo también, nosotros nos vamos, hablamos mañana —dijo Mara abrazada a Igor.

—Vale. Hasta luego. Nika, ¿nos vamos? —dijo Eira.

—Síii —dijo Nika.

—Bueno, Bastian, que te vaya muy bien en Dubrovnik —dijo Eira acercándose a él.

—Gracias y hasta otro día. Me lo he pasado muy bien.

—Eira, ¿puedo hablar contigo un segundo? —preguntó Alen.

—Claro, dime —respondió, apartándose un poco del grupo.

—No es nada importante… Solo quería invitarte mañana a un café en mi casa. Podríamos revisar con calma lo del festival.

Eira dudó un instante.

—Bueno, no sé. Mañana te llamo y te digo, ¿vale?

—Sí… vale —contestó él, intentando disimular la decepción mientras bajaba la vista.

Los cuatro caminaron juntos hasta que el camino se bifurcó y tuvieron que separarse.

—¡Dios mío, Eira! Creo que me he enamorado de Bastian. Es guapísimo, simpático… ¡me encanta! Nos hemos dado los teléfonos —dijo Nika, con ojos brillantes, al llegar al portal.

—¡Qué bien! Me alegro mucho por ti.

—¿Y tú? ¿Por qué no quedas mañana con Alen? Te he oído antes.

—No lo sé… me gusta, claro, pero no estoy segura de que sea mutuo. Igual lo del café es solo por el festival.

—¡Pero tú te estás oyendo! Se le ve claramente que le gustas. Queda Mañana con él, no seas tonta. Venga, me voy, que la cama

me está llamando —dijo sonriendo Nika, entrando de puntillas en su casa.
—Bueno, hasta mañana.
Eira entró en casa agotada. Se descalzó, se lavó la cara y los dientes y se puso el pijama. Tenía ganas de dejarse caer en la cama sin pensar en nada, pero las imágenes de Alen seguían rondándole por la cabeza, haciéndole sonreír en la penumbra. Justo cuando estaba a punto de dormirse, el móvil sonó con brusquedad. Miró el reloj: casi las cuatro de la mañana.

Llamada

Eira: ¡Alen! ¿Pasa algo? —dijo extrañada.
Alen: (ríe) Empiezo a pensar que es tu frase de bienvenida cada vez que te llamo.
Eira: Supongo que me pillas desprevenida —dijo riendo.
Alen: No pasa nada, solo que aún no tengo sueño y quería hablar un rato. Mi hermano ha caído redondo en la cama.
Eira: No me lo esperaba, pero sí, podemos hablar un rato.
Alen: Tus amigas me han caído bien. Son divertidas. Pero contigo… contigo estoy realmente a gusto.
Eira: Sí, yo también... aunque me preocupa que, si nos ven juntos en la escuela, alguien empiece a hablar.
Alen: No te preocupes por eso. No hay ninguna norma que lo prohíba, y en estos tiempos no deberíamos complicarnos por algo así.
Eira: Está bien.
Alen: ¿Te has pensado lo de mañana? Me gustaría que vinieras.
Eira: Sí… vale, ¿a qué hora?
Alen: ¡Sí! ¿Vas a venir?
Eira: Síii.
Alen: ¿Te parece bien a las cinco y media para merendar en mi casa? Ahora te paso la dirección.
Eira: Muy bien. Pues nos vemos mañana, que se me cierran los ojos.
Alen: Sí, claro. Hasta mañana entonces.
Eira: Hasta mañana.
Alen: C/ Banmani, 18-3ºA.

Eira estaba tan cansada, que no pudo asimilar lo que acababa de ocurrir. Así que se metió en la cama y dejó que los sueños invadieran su mente.

CAPÍTULO 15

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

A la mañana siguiente, Joel preparó la mesa con esmero, colocando todo lo que encontró para el desayuno: pan recién tostado, mantequilla, mermelada, algo de fruta y el café humeante que impregnaba la cocina con su aroma. Lo dispuso todo sin prisa, como si quisiera regalarle a Ágata un momento de calma. Ella eligió lo que más le apetecía y, entre sorbos de café y mordiscos de tostada, compartieron un rato sereno, casi doméstico, antes de que él tuviera que levantarse y marchar al trabajo.

—Bueno, me tengo que ir a currar. ¿Te quieres venir? —dijo Joel. Luego podemos pasar al hotel a coger tus cosas.

—¿Cómo voy a ir a tu trabajo?

—Voy a dar una clase de surf para principiantes. Podrías unirte y practicar. Yo te enseño.

—Estás loco.

—Bueno, eso dicen, jajaja. Si no te gusta, puedes disfrutar de la playa. O irte de tiendas.

—Está bien. Me has convencido. Voy.

Una vez preparados, se dirigieron a la playa. Durante el camino, Joel le fue dando algunos consejos sobre cómo mantener el equilibrio en la tabla y cómo leer las olas. El murmullo del mar se mezclaba con

su voz serena. Al llegar, encontraron a cuatro personas aguardando la clase. Joel ayudó a Ágata a colocarse el neopreno y enseguida comenzaron la clase.
Tras decenas de caídas, Ágata logró al fin erguirse sobre la tabla. Apenas unos segundos, pero suficientes para sentir la adrenalina en cada fibra de su cuerpo. Jadeante, sonrió. En la distancia, observaba a Joel: la seguridad con la que guiaba a los demás, la elegancia con la que deslizaba su cuerpo sobre las olas. Su forma de enseñar, su manera de surfear… todo en él le resultaba hipnótico.
Cuando Joel terminó la clase, Ágata se alejó un poco y paseó por la orilla. El agua fría del mar le mordía los pies descalzos, y el viento marino refrescaba su rostro. Observaba el vaivén de las olas con ensimismamiento, y en su mente regresaban imágenes de su infancia: las carreras con sus hermanas, las risas con su padre dentro del agua, y su madre tomando el sol, sonriendo desde la toalla.
Cuando Joel terminó de recoger todo el material, fueron a comer juntos en un típico chiringuito de playa. El menú era puro Cádiz: ensaladilla rusa templada con pulpo, berzas con garbanzos, berenjenas fritas con miel y unas caballas servidas con piriñaca, esa mezcla de tomate, pimiento y cebolla aliñada con aceite de oliva y vinagre que le daba un toque fresco al pescado. Salieron del almuerzo tan llenos que solo se permitieron un café y nada de postre. Pasearon junto al mar para bajar la comida, por un bonito paseo que transcurría justo encima de las que habían sido las murallas defensivas de la ciudad, hasta que llegaron a una pequeña sorpresa.
—¡Vaya! ¿Y esto? —dijo Ágata sorprendida.
—¡Sorpresa! Es un teatro romano. Considerado el segundo más antiguo y el segundo teatro más grande que los romanos construyeron en España, solo por detrás del de Córdoba. Se descubrió como
casi todo aquí, por casualidad. En unas excavaciones arqueológicas que buscaban otra cosa. En Cádiz siempre se dice que excavas un poquito y te encuentras con un romano, un fenicio o algo por el estilo.

Lo visitaron siguiendo un recorrido marcado.
—Ya ves… eso de aparentar no es solo cosa de políticos modernos. El Teatro Romano fue obra de *los Balbo*, una familia gaditana que quería dejar huella. Uno de ellos llegó a ser el primer cónsul de Roma nacido fuera de Italia, amigo personal de Julio César. Y, como muestra de poder, decidió levantar aquí edificios públicos que imitaban a los de la metrópolis. Una forma de decir: *"nosotros también somos Roma"* —explicó Joel, con voz grave, imitando a una persona importante.
—Qué interesante.
Después fueron en coche hasta el hotel. Ágata recogió sus cosas y, con ayuda de Joel, las llevaron a su casa. Por primera vez, sus pertenencias cruzaban aquella puerta, dándole la sensación de que ya formaba parte de aquel lugar.
En ese momento sonó el teléfono de Ágata. El timbre quebró la calma, haciendo vibrar el aire de la mañana. Ella lo miró de reojo, dudando un instante antes de alcanzarlo, con la sensación de que aquella llamada podía alterar la tranquilidad que acababan de construir.

Llamada

Ágata: Hola papá.
Max-Marco: Aún no termino de acostumbrarme a que me llames así.
Ágata: Lo sé… perdona. ¿Qué ocurre?
Max-Marco: Llevo días dándole vueltas, Ágata. Y al fin… ya sé lo que voy a hacer.

CAPÍTULO 16

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

A la mañana siguiente, Eira tardó en abandonar la cama, perezosa, como si quisiera alargar un sueño que ya se había escapado. Cuando al fin se levantó, la ventana le mostró una calle viva: el sol lo inundaba todo, la gente iba y venía, y solo unas pocas tiendas permanecían abiertas en aquel domingo somnoliento. Se preparó una ensalada fresca y unos huevos revueltos.

En medio de aquel silencio doméstico, mientras cortaba verduras y batía huevos para una tortilla. El aroma empezara a llenar la cocina y en ese momento inoportuno, el móvil vibró sobre la encimera. La pantalla se iluminó con un nuevo mensaje: era Nika.

Mensaje

Nika: Holaaa. ¿Qué haces? Estoy cansada. Hoy no voy a salir.
¿Te apetece venir a ver una peli esta tarde? He alquilado una.
Eira: Hola. Acabo de terminar de comer. Al final he quedado con
Alen. Ya te contaré. Me llamó anoche y voy ir a su casa.
Nika: Pues haces muy bien. Le diré a Mara si quiere venir.
Bueno, que te lo pases muy bien.
Eira: Síii. Besitos. Chao.
Nika: Besos. Chao.

Se levantó del sofá y entró en la ducha, dejando que el agua arrastrara su pereza mientras tarareaba sin darse cuenta. Al acercarse la hora, se vistió con la ropa que había escogido y salió de casa con decisión. Bajó las escaleras del portal y echó a andar. En su mente no había espacio para nada más: Alen ocupaba cada rincón de sus pensamientos, y sentía que sería capaz de dejarlo todo por él.

Cuando llegó al portal, encontró la puerta entreabierta, como si la hubieran dejado así a propósito. Subió los escalones con paso lento, escuchando el eco de sus propios pasos en la escalera vacía. Al llegar al tercer piso, se detuvo un instante para tomar aire antes de llamar. Golpeó suavemente la madera y, al cabo de unos segundos, la puerta la abrió Alen.

—Hola, estaba abierta la puerta de abajo —dijo Eira mirándole.

—Ah, hola. Vale, pasa, pasa —dijo abriendo más la puerta.

—Qué calentito se está aquí… —comentó al entrar, mientras se quitaba la cazadora. El sol engaña; en la calle hace un frío que cala.

—Sí, he puesto la calefacción. Siéntate. ¿Quieres un café con leche, té…? —dijo dirigiéndose a la cocina.

—Té con leche, mejor —dijo desde el sofá observándolo todo.

—Vale.

El piso era de alquiler, algo antiguo y modesto en tamaño. Dos habitaciones apenas amuebladas, un baño estrecho y una cocina que daba paso a una pequeña terraza. El salón, en cambio, resultaba sorprendentemente amplio y acogedor, el corazón cálido de la vivienda.

Pasado un momento, apareció con una bandeja en la mano derecha. Traía unos dulces, un té con leche que desprendía un aroma suave y un café oscuro y humeante para él.

—He comprado dulces variados, no sabía cuáles te gustaban. Abajo hay una pastelería que los hace buenísimos —comentó, desenvolviéndolos.

—¡Vaya! ¿Quieres que engorde? —dijo mirando todos con glotonería.

—Yo me quedo con el chocolate, cuanto más negro, mejor —escogió uno con decisión.

—A mí también me gusta, pero con leche, que no esté fuerte.

Él la observó en silencio, con una atención que parecía despojarla de cualquier distracción. Levantó la taza y, sin apartar los ojos de ella, dio un sorbo a su café, como si quisiera alargar ese instante todo lo posible.
—Me alegro de que hayas venido.
—Yo también… Solo por esta merienda ya ha merecido la pena —dijo sonriendo.
—Sí… ¡nooo! —bromeó él, contagiado de su sonrisa.
Después de merendar, él no hizo la menor alusión al festival, algo que a Eira le resultó extraño. La pregunta le rondaba por la cabeza, insistente, pero la calidez del momento pesaba más. Estaba tan a gusto a su lado que decidió guardarse la duda y dejar que la conversación siguiera su curso, como si nada faltara.
—Voy a poner música. ¿Qué te gusta a parte de *Michael Jackson*? —dijo sonriendo.
—Muy gracioso. De todo un poco. ¡Sorpréndeme!
—Tú lo has querido.
Puso baladas de rock—heavy, en ese volumen perfecto que acompañaba la conversación sin ahogarla. La música llenó el aire como un telón de fondo. Después de un rato, recogieron la mesa y volvieron a acomodarse en el sofá.
—¿Vives cerca de aquí? —dijo Alen.
—Más o menos, a veinte minutos caminando.
—¿Y viniste andando?
—Sí. Me gusta andar—respondió con naturalidad.
—¿Y en París? ¿No dejaste alguna novia? —dijo Eira, con un tono directo que lo sorprendió.
—¡Vaya! Esa pregunta no la vi venir. Sí, tenía, pero lo dejamos antes de que me viniera. La relación ya estaba rota, y a distancia hubiera sido imposible.
—Claro. Si ya estabais mal, mejor cortar por lo sano —opinó ella.
—Exacto. ¿Y tú? ¿No tienes novio? Seguro que los tienes a pares, eres preciosa —dijo sonriendo.
—Gracias. Pero no, lo he intentado con algunos, aunque nunca funcionó.
—En parte… me alegro —dijo él, clavándole la mirada.

—Ah, ¿sí? —susurró ella, casi conteniendo la respiración.
La música, densa y cadenciosa, iba elevando la temperatura de la habitación hasta volver el ambiente casi irrespirable, como si empujara a arrancarse la ropa. Eira no se atrevió a tanto; bastó con acercarse unos centímetros más a Alen y dejar que sus ojos hablaran por ella, cargados de un deseo que no necesitaba palabras.
—Sí. Porque no creo que tenga que decírtelo… pero me gustas, y mucho —confesó, con la voz cada vez más baja, mientras se inclinaba lentamente hacia ella. Sus palabras quedaron flotando en el aire, cargadas de una sinceridad que hacía imposible fingir indiferencia.
—Tú también me gustas —contestó Eira sin apartar la mirada.
Sus ojos permanecieron fijos en los de él, firmes, como si en ese instante no existiera nada más alrededor. El silencio que siguió pesaba, pero no incomodaba; era la antesala de algo que los dos habían estado esperando.
Sus bocas estaban tan cerca que bastaba un leve movimiento para que se unieran. El aliento cálido de Alen le erizó la piel a Eira, que notó cómo su respiración se volvía irregular y sus manos se humedecían de nervios. Él la acarició con suavidad, rozando primero su mejilla hasta llegar a la barbilla, guiando el gesto con una delicadeza inesperada. Eira intentó contenerse, disimulando el temblor que la atravesaba, pero era inútil: cada fibra de su cuerpo parecía responder a su proximidad, como si todo lo que había alrededor hubiera dejado de existir.

CAPÍTULO 17

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

La impaciencia se apoderó de Ágata tras escuchar a su padre. El corazón comenzó a golpearle con tanta fuerza que sentía cada latido retumbarle en las sienes, como un tambor desbocado que amenazaba con hacerla estallar. Era como si quisiera escapar de su propio cuerpo, empujándola a actuar antes de perder el valor.

Ágata: ¡Pues dime! —dijo con la voz entrecortada, temiendo la respuesta.

Max-Marco: Sí, iré contigo. Pero necesito una semana más, tengo mucho trabajo pendiente.

Ágata: No importa, esperaré lo que haga falta. Me alegra tanto que hayas decidido venir… sé que te ha costado y que no es sencillo, pero gracias.

Max-Marco: Está bien… hablamos pronto.

Ágata: Sí… hasta luego.

—¿Y esa cara de felicidad? —preguntó Joel, sonriendo de oreja a oreja.

—¡Mi padre ha decidido venir conmigo! —contestó ella, con los ojos brillantes.

—Eso es… fantástico —murmuró, estrechándola entre sus brazos.

—¿Y cuándo te vas?

—Aún no lo sé. En una semana más o menos.

—Una semana… —repitió él, con un deje de melancolía.

—Aquí he sido feliz… contigo también.
Joel la miró intensamente y rozó su mejilla con los dedos.
—Entonces quédate un poco más.
Ágata bajó la vista y se apartó despacio.
—No puedo… lo siento —dijo retirándose.
—Lo entiendo. Perdona.
—No pasa nada. Ha sido un tiempo maravilloso. Y aún nos quedan unos días.
Él sonrió débilmente.
—Es cierto. ¿Quieres que preparemos algo de comer?
—Sí. Pero antes debo llamar a mi madre… necesito contárselo ya todo.
—Hazlo. Seguro que se alegrará. Yo iré preparando la mesa.

Llamada

Opal: Hola, hija. ¿Por qué has tardado tanto en llamar? —la voz de Opal sonaba impaciente, casi cortante.
Ágata: Hola, mamá… lo siento, no pude antes —respondió Ágata, con un nudo en la garganta.
Opal: ¿Y qué? La pista de tu amigo te llevó a algo o ¿no? —dijo sin mucho entusiasmo.
Ágata: Sí, mamá. ¡Lo encontré y está vivo! Pero…
Opal: ¡Está vivo! —la interrumpió, alzando la voz, tan fuerte que Eira corrió desde el fondo de la casa.
Eira: ¿De verdad, está vivo? —gritó la hermana.
Ágata: Escuchadme primero. Papá ya no es el mismo… ha perdido la memoria y… —titubeó Ágata.
Opal: ¿Qué? ¿Cómo que perdió la memoria? —replicó, sin dejarla acabar.
Ágata: Eso parece. Y ahora… tiene otra vida, con una mujer llamada Cintia. Tiene otra familia de hecho tienen un niño pequeño —hizo una pausa, tragando saliva —. Aun así, tras mucho insistir, aceptó venir conmigo. Quizás si os ve… despierte en él algún recuerdo.

El silencio se llenó de sollozos.

Opal: ¿De verdad? —susurró Opal, con lágrimas resbalando por sus mejillas.
Ágata: Mamá, no llores. En una semana más o menos volveremos…

Ágata se fue despidiendo no sin antes seguir intentando consolar a su madre hundida.

Después de la llamada, improvisaron una cena ligera con lo que había en la nevera. Apenas hablaron; el silencio estaba lleno de miradas que se cruzaban y se apartaban enseguida.
Ágata percibió que Joel no quería conformarse con solo una amistad. Tal vez siempre lo supo, pero había preferido ignorarlo. Y, aun así, le costaba contenerse, porque su atracción por él era evidente.
Cuando terminaron, se desearon las buenas noches y cada uno se retiró a su habitación. El silencio de la casa se cerró tras ellos, pero en su interior quedaba lejos la calma: ambos llevaban consigo un torbellino de pensamientos, que giraban y chocaban como olas inquietas en plena tormenta.

CAPÍTULO 18

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

Eira respiró hondo y parpadeó varias veces.
Alen se inclinó y rozó sus labios con los de ella, apenas un soplo, un beso suave que parecía probar cada movimiento. Luego se apartó, mirándola fijamente a los ojos, como si quisiera grabar ese instante en su memoria. Eira no pudo resistirse y lo besó de nuevo, esta vez con más fuerza.
Sus manos temblorosas se aferraron al cuello de Alen, y en un arrebato de valentía se acomodó sobre él, sentada de frente. El roce de sus cuerpos encendía chispas invisibles en el aire. El mundo parecía haberse reducido a ese sofá, a su respiración acelerada y a la urgencia contenida entre los dos.
Alen acarició con delicadeza sus hombros y bajó lentamente por su espalda, como si quisiera memorizar cada línea de su silueta. Cuando se separó un instante, la miró de arriba abajo, con el asombro reverente de quien contempla una obra de arte. Llevaba un conjunto de color negro con encaje y un detalle de un pequeño colibrí en su lado izquierdo.
Eira, al sentir su mirada, se estremeció; nunca antes alguien la había mirado así, como si fuera lo único que existía.

—Eres preciosa… y ese conjunto parece especialmente hecho para ti —susurró Alen, con una mirada que desarmó por completo a Eira.
Ella sonrió, nerviosa y feliz a la vez, mientras él se despojaba de su ropa hasta quedarse solo en ropa interior. El contraste le arrancó una risa leve: también era negra, como si el destino los hubiera querido conjuntar.
Alen se acercó de nuevo, besándola con suavidad, bajando lentamente por su cuello y su vientre, como si quisiera descubrir cada centímetro de su piel. Sus labios juguetones y sus manos ansiosas parecían hablar un idioma propio, hecho de caricias y silencios.
Con su boca, fue bajando y, delicadamente con sus dientes, bajó su tanga, de tal manera que parecía que el colibrí, fuese a salir volando. Continuó besándola, su lengua siguió traviesa y sus manos seguían buscando nuevas zonas que explorar.
—Ven… acércate más...
Ella inconscientemente fue muy despacio, como si el tiempo se hubiera detenido. Cuando sus labios se encontraron, Alen no pudo resistir su deseo y la tumbó suavemente en la cama. Sus ojos permanecían fijos en los de Eira, atrapados en una mirada que parecía no tener final.
—¿Estás segura? —preguntó él, con la voz grave, contenida.
—Sí… lo estoy —respondió ella, temblando entre el miedo y la ilusión que se mezclaban en su pecho.
—Tranquila. Si necesitas que pare, paro, ¿vale?
—Vale —susurró Eira, y acompañó la palabra con una caricia en su espalda, un gesto suave que hablaba más que cualquier respuesta.
Las manos de Alen recorrieron su piel, y Eira sintió un escalofrío recorrerle el cuerpo, mezcla de frío y fuego.
—¿Estás bien? —dijo Alen mientras la besaba.
—Sí… no quiero que pares —dijo con un leve susurro.
Alen cerró los ojos un instante, como si quisiera grabar aquel momento.

—Es que… no quiero que esto termine. No sé cuánto podré aguantar. Te he deseado desde el primer momento en que te vi —

confesó él, con la voz vibrante, como si las palabras le hubieran estado quemando por dentro demasiado tiempo.
—Yo también… —respondió ella, y su voz se quebró bajo el peso de la emoción, dejando al descubierto un sentimiento que ya no podía ocultar. Sus ojos brillaban, incapaces de apartarse de los suyos.

En ese instante, las miradas se encontraron y una sonrisa cómplice encendió aún más el deseo. Se dejaron llevar por el ritmo de sus cuerpos, entregándose sin reservas. El placer los envolvió con una intensidad creciente, hasta que, exhaustos y aún temblorosos, quedaron tendidos uno junto al otro, respirando acorde.

—¡Vaya! —dijo Alen con una sonrisa suave, acariciándole el cabello. ¿Estás bien?
—Sí, estoy bien.
—¿Te ha dolido? ¿Te hice daño?
—Un poco al principio… pero después no. Ha sido… mi primera vez —confesó ella, con un rubor tímido en las mejillas.
—Lo sé —respondió él, mirándola con ternura. Y lo hiciste genial.
—¿De verdad lo crees? —preguntó insegura, buscando refugio en sus ojos.
—Claro. Tienes un cuerpo precioso… y una dulzura única.
—No ha sido tu primera vez, ¿verdad? —se atrevió a decir Eira, con voz baja.
—No… —Alen hizo una pausa y le sonrió —. Pero contigo sí ha sido la primera. Y eso es lo único que importa.

Se incorporó despacio, tendiéndole la mano con una mirada cómplice.

—Voy a darme una ducha… ¿vienes?
—Sí —respondió ella, dejando que sus pasos la guiaran de nuevo hacia él.

Juntos entraron en la ducha. Entre espuma y risas, se dedicaron a acariciarse y jugar como dos niños traviesos, hasta que el agua terminó por devolverles la calma. Cuando salieron, el reloj ya rozaba la hora de cenar.

—¿Te quedas a cenar? — preguntó Alen mientras se vestía, con una media sonrisa.
—Sí, vale. ¿Qué vamos a preparar?
—Ahora miramos la nevera, seguro que algo encontramos.
—¿Sabes cocinar o me tengo que preocupar? —bromeó Eira.
—Se podría decir que sí… me apaño bastante bien.
—¡Menos mal! —dijo ella riendo.
Prepararon juntos una cena sencilla: ensalada con nueces, verduras salteadas y unos filetes a la plancha. La complicidad fluía en cada gesto, incluso al pelearse por quién cortaba peor el tomate.
Ya sentados a la mesa, entre bocado y bocado, Alen sacó el tema del festival. Hablaron largo y tendido sobre la coreografía, el vestuario y el reto que supondría.
Cuando terminaron, Alen apareció con una macedonia de frutas.
—Voy a tener que irme —dijo Eira durante el postre.
—Quédate… tu madre no está y mi hermano tampoco. Además, mañana es fiesta, no hay que madrugar —dijo Alen, intentando convencerla con una sonrisa traviesa.
—Pues… no sé —respondió Eira, aunque en sus ojos ya brillaba la respuesta.
—Espera, creo que sé cómo convencerte —dijo él, inclinándose para darle un largo beso.
—Ufff… eso es trampa —río ella, fingiendo protesta.
—Entonces, ¿te quedas? — preguntó, sin apartar la mirada de sus ojos.
—Vale… — respondió finalmente, abriendo más los ojos, como sorprendida de su propia decisión.
—Me tienes loco, con esa mirada —murmuró él, antes de besarla de nuevo.
—¡Para, para, para! —dijo ella, entre risas, empujándolo suavemente.
—Está bien, me rindo… ¿ponemos una peli? —propuso él, incorporándose del sofá.
—¿Tienes alguna?
—Sí, mi hermano tiene por aquí, *El Señor de los Anillos y El Pianista*. ¿Cuál ponemos?

—Pues me decanto más por el *Señor de los Anillos*.
—Yo también… —sonrió Alen, mientras se levantaba a buscarla.
Se acomodaron juntitos en el sofá, tapándose con una manta y pusieron la peli.
—¿Quieres algo de beber? Tengo refrescos… y cerveza —dijo Alen, levantándose y pausando la película antes de ir a la cocina.
—Un refresco, gracias. No me gusta la cerveza.
—A mí tampoco, es mi hermano quien las compra.
—Ah, pues hablando de él… a Nika le ha gustado mucho —comentó Eira con una sonrisa maliciosa.
—¿Sí? —Alen arqueó una ceja, divertido —. Mi hermano no me ha dicho nada… aunque tampoco he tenido tiempo de preguntarle.
—¿Y él tiene novia?
—Bueno, algo tenía por allí, sí. Pero no sé si lo han dejado o siguen. Con mi hermano nunca se sabe… —rio, encogiéndose de hombros.
Continuaron viendo la película hasta el final, envueltos en una calma acogedora. Después se fueron a la cama. Alen encendió una lámpara de sal que iluminó la habitación con un resplandor cálido y anaranjado. Eira aún no podía creer que estaba allí, a su lado, tras haber vivido un día inolvidable.
—Me alegra que te quedes a dormir. Además… te queda muy bien mi camiseta —dijo Alen, con una sonrisa pícara, mientras ella descansaba la cabeza sobre su hombro.
—Yo también me alegro —respondió Eira, alzando el rostro para darle un beso en los labios.
El beso se hizo más profundo, más intenso. Alen no pudo resistir el encanto de Eira. Poco a poco la camiseta cayó, y entre caricias y susurros volvieron a entregarse el uno al otro, desnudos, dejando que la noche siguiera su curso.

SEGUNDA PARTE

DESCUBRIMIENTO DEL PRIMER AMOR

CAPÍTULO 19

El tiempo siguió su curso. Aquel día amaneció radiante, con un sol que parecía anunciar promesas. Eira y Alen permanecían juntos, cada vez más unidos, atrapados en ese fervor casi adolescente que los envolvía como un secreto ardiente. Tras las clases se quedaban a ensayar las coreografías del festival, prolongando así las horas compartidas. En la escuela mantenían en secreto su relación. Solo Jasmín conocía la verdad y, con una sonrisa cómplice, guardaba silencio.

Con el tiempo, el círculo de salidas de los fines de semana se amplió. Estaban los de siempre: Alen y Eira, Mara e Igor, Nika, Bastian y Jasmín. Luego apareció Petra, amiga de Nika en la universidad, y también Darko, el hermano de esta, recién abandonado por su novia. Fue Nika quien insistió en que se uniera, convencida de que le vendría bien distraerse. El grupo era cada vez más numeroso y, en apariencia, más divertido. Lo curioso era que, pese a tantas voces, siempre alcanzaban un acuerdo para decidir qué hacer.

El sábado por la noche los encontró a todos reunidos en el VenOx, entre luces estroboscópicas y un murmullo de risas y alcohol. Eira bailaba en el centro de la pista, perdida en la cadencia de la música, cuando una presencia conocida se abrió paso entre la multitud. Alen se acercó por detrás, inclinó la cabeza hasta rozarle el cabello y le habló al oído con un tono que la hizo estremecerse…

—Te quierooo.

—¿Qué? — Eira se detuvo, sorprendida.

—Que te quierooo.
Las luces de la discoteca parpadearon sobre ellos. Ella lo tomó del brazo y lo llevó hacia los sofás, donde el ruido era un poco menos insoportable.
—Vamos a sentarnos —le dijo cogiéndolo del brazo para sentarse en los sofás.
—¿Quieres que lo repita? Porque lo puedo hacer —dijo algo ebrio.
—No hace falta, Alen. Lo que no sé es de qué manera me quieres… si por amor, amistad o deseo.
—Pues no lo sé… supongo que por todo.
Eira lo miró en silencio y suspiró.
—Mejor déjalo… mañana puede que ni lo recuerdes.
—Sí que me acordaré —insistió él, con la convicción que la bebida siempre daba a los que se excedían con ella.
Eira giró la cabeza y la imagen la golpeó de lleno: Bastian y Petra se besaban con descaro en el sofá cercano, ajenos a todo. Desde la pista, Nika lo había visto también. Sus ojos se oscurecieron, y sin decir una palabra, se abrió paso entre la multitud hasta desaparecer por la salida.
—¿Podéis echar un vistazo a Alen? Está algo bebido, yo vuelvo ahora —le dijo a Jasmín y Darko.
—Sí, tranquila.
En la puerta del VenOx, Nika esperaba sola, la respiración entrecortada y el gesto sombrío. La música y las risas quedaban atrás, convertidas en un eco distante. En su rostro solo quedaba el rastro de una tristeza silenciosa.
—Ey, ¿qué haces aquí? —preguntó, rodeándola con un abrazo.
—Nada… —Nika bajó la mirada —. Ya no tengo nada que hacer con Bastian. Está con Petra, lo vi. Y nunca me llamó…
—Entonces no vale la pena. Que se quede con ella. Tú mereces algo mejor, alguien que sepa lo que tiene delante. Alguien que te trate como a una reina.
Ella esbozó una sonrisa rota.
—Valeee… intentaré animarme.
—Eso quiero oír. ¡Venga, vamos dentro! ¡Que la noche no se acaba!
—Siii… —aceptó, aunque el temblor de su voz la traicionaba.

Nada más entrar, Nika alzó la mirada hacia Bastian. Lo vio fundido en un beso con Petra, pero percibió algo inquietante: sus ojos, entre sombras, se desviaban hacia ella, como si buscara atraparla en secreto.
«¿Por qué me mira?», se repitió, sintiendo un escalofrío.
Entonces, sin previo aviso, Bastian apartó la atención de Petra y fijó su vista en Alen, que conversaba relajado con Jasmín. Se levantó con determinación, lo agarró con fuerza y lo condujo directamente hacia Eira.
—Me lo voy a llevar a casa. Está claro que no sabe beber —dijo Bastian cogiendo a su hermano.
—No es verdad, sólo me he tomado dos copas, pero me han sentado mal —dijo Alen escusándose.
—Bueno si, mejor llévatelo a casa, mañana hablamos —dijo Eira despidiéndose de ellos.
No quedaba mucho para que cerraran la discoteca así que decidieron regresar a casa.
En su habitación, Eira se tumbó en la cama, pero el sueño tardó en llegar. No podía dejar de pensar en Alen: lo había visto distinto, extraño, como si algo dentro de él estuviera a punto de quebrarse. Prefirió creer que era el alcohol y nada más. Poco a poco, el cansancio la venció y se durmió.
A la mañana siguiente, el sol ya estaba alto cuando abrió los ojos. Se estiró, miró la hora y se sobresaltó: casi la hora de comer. La intriga por saber de Alen la quemaba por dentro. No quiso esperar ni un minuto más: tomó el móvil y decidió llamarle.

Llamada

Alen: Hola preciosa.
Eira: Hola, ¿ya estás mejor?
Alen: Sí, bueno, me duele un poco la cabeza. No sé qué me pasó. No bebí mucho, pero me encontré fatal. ¿Quieres venir después de comer? Mi hermano ha quedado con Petra, van a ir al cine y después a cenar.
Eira: ¡Vaya!, van en serio.
Alen: Pues no sé. Con mi hermano nunca se sabe.
Eira: Vale, luego después de comer me acerco.
Alen: Vale, hasta luego.

Eira: Hasta luego.

Eira no podía evitar sentirse molesta con Bastian por no haberse fijado en Nika. En el fondo, lo que más deseaba era que su amiga encontrara a alguien que realmente valiera la pena. Con ese pensamiento, tomó el teléfono y decidió llamarla:

Llamada

Nika: Holaaa
Eira: ¿Qué tal?, ¿cómo estás?
Nika: Perfectamente, ¿has quedado con Alen?
Eira: Sí, me acercaré más tarde, ¿quieres que baje a tu casa un rato?
Nika: Vale, ¿te quedas a comer?
Eira: Mi madre está en la cocina, pero le diré que me lo guarde y bajo.
Nika: ok
Eira: Bajo.

Tras hablar con su madre, Eira bajó a casa de Nika. Allí estaban todos: sus padres y también Darko, el hermano, reunidos en el salón.
—Hola Eira, ¿te quedas a comer? —dijo su madre.
—Hola. Sí.
—Hola Eira, ¿Qué tal? —dijo Darko.
—Bien y ¿tú?
—Bien, pero ahora mejor —le salió inconscientemente una sonrisa tímida.
—Bueno déjala, ahora venimos —dijo Nika llevándola a su cuarto.
—Mi hermano es un pesado. Siempre has sido su debilidad —dijo sentada en su cama.
—¡Qué dices! Nos llevamos bien.
—Buenooo, yo sé que le gustas. Pero nunca te ha dicho nada porque, aparte de que eres mi amiga, ahora también estás con Alen —dijo muy segura.
—A ver, tu hermano es muy guapo. Pero nunca estaría con él.
—Lo sé.
—Siento mucho lo de Bastian, no sabía nada —dijo para cambiar de tema.

—Da igual. Si Bastian no me quiere, peor para él. En la "uni" hay otro chico que no me quita ojo. No es tan atractivo como Bastian, pero tiene algo distinto, algo que me atrae.
—¡Anda! Bien calladito te lo tenías. Cuéntame.
—Se llama Milan. Moreno, alto, con unos ojos azul oscuro y gafitas. No es de revista, pero es mono, y muy inteligente.
—Bueno, pinta bien y ¿qué vas a hacer?
—Hasta ahora esperaba a Bastian, pero ya veo que de mí pasa, ni siquiera me llama… Creo que es momento de darle una oportunidad a Milan. Así le conozco y decido.
—Eso me gusta, tener un as bajo la manga siempre es útil —dijo con una sonrisa.
—Tú no hables, que tienes a todo el barrio detrás de ti.
—No exageres…
La comida resultó de lo más amena. Los padres de Nika eran dicharacheros y a Eira la trataban como si fuera una más de la familia. La madre cocinaba de maravilla: sirvió un *soparnik* —una tarta salada de acelgas—, una *pašticada* —guiso de res con ciruelas pasas, higos y ñoquis— y, de postre, *štrukli*, una masa rellena de requesón y crema.
«*Estaba todo buenísimo*», pensó Eira mientras se despedía de todos con una sonrisa. Luego salió a caminar hacia la casa de Alen, aunque iba tan llena que hasta le costaba avanzar.
Cuando Eira llegó, la puerta estaba entornada, como si la invitaran a entrar. Empujó con cautela. El salón estaba envuelto en un resplandor trémulo de velas y una melodía suave se extendía por el aire. Mientras se quitaba la cazadora, preguntó en voz baja:
—Holaaa. ¿Dónde estás? —dijo curiosa.
—Aquí, en la habitación. Veeen.
Cruzó el pasillo con el corazón acelerado. Al abrir la puerta, contuvo el aliento: decenas de velas proyectaban sombras que parecían bailar sobre las paredes, y un aroma a azahar impregnaba el aire, casi embriagador. En medio de esa escenografía inquietante estaba Alen, desnudo sobre la cama, esperándola. En su mirada había calma… pero también algo más, un destello indescifrable que la hizo dudar un segundo ante de avanzar.

—¡Sorpresaaa! —exclamó Alen con una sonrisa traviesa.
—Pues sí… ¡vaya sorpresa! Y además huele increíble —respondió Eira, todavía asombrada.
—Bueno, ¿no vienes conmigo? —preguntó él, con voz insinuante.
—Claro que sí —respondió ella, apresurándose a quitarse la ropa hasta quedar desnuda, y se deslizó bajo las sábanas.
Las bromas dieron paso a roces, los roces a caricias, y pronto la risa se convirtió en suspiros. La pasión los atrapó con una fuerza irresistible, hasta que ya no hubo distancia posible entre los dos.
—¡Vaya! Eres increíble… cómo te mueves —murmuró Alen, besando a Eira con un brillo extraño en los ojos.
—Siii… y yo adoro cómo lo haces tú.
De repente, Alen se apartó, incorporándose con una seriedad inesperada.
—Ah, casi se me olvida. Hay algo de lo que tengo que hablar contigo.
Eira sintió un escalofrío recorrerle la espalda.
—¿Ah, ¿sí? ¿Qué pasa? —preguntó Eira, esforzándose por sonar tranquila, aunque la curiosidad le latía en la voz.

CAPÍTULO 20

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

A Ágata, sin motivo aparente, le vino a la mente su matrimonio. Hacía tiempo que no sentía ni amor ni deseo hacia su marido; lo que quedaba entre ellos era más bien amistad y afecto. Habían compartido toda una vida juntos, pero mientras él seguía profundamente enamorado de ella, Ágata nunca estuvo segura de haberlo estado de verdad. Había volcado demasiada energía en la búsqueda de su padre, en un trabajo que siempre ocupó un lugar central en su vida. Su hijo, por otra parte, apenas demandaba su atención: era independiente y sorprendentemente maduro para su edad. Así siguió dándole vueltas a su vida, hasta que logró quedarse dormida.

A la mañana siguiente, Joel tenía que volver a trabajar.

—Buenos días. Me gustaría que te vinieras a seguir practicando surf —dijo Joel.

—Uff, lo veo muy complicado.

—Todo es cuestión de práctica. Además, se te da bien para haber dado solo una clase y estás bastante en forma.

—Vale. Espero no arrepentirme—dijo sonriendo.

Desde entonces fueron a practicar cada día. El tiempo transcurrió casi sin que lo advirtieran, y cuando repararon en ello ya habían

pasado cuatro jornadas enteras.
La tensión era tan palpable que hasta los gestos más inocentes parecían peligrosos. Un roce de manos, una mirada sostenida demasiado tiempo, bastaban para encender una chispa. Joel, sin embargo, se aferraba a la contención. No quería incomodarla, ni precipitar nada. La respetaba… y también temía cruzar una línea, sobre todo porque ella seguía casada, y cualquier paso en falso podía desencadenar algo de lo que ninguno podría volver atrás.
Aquella noche se levantó un viento fuerte. El levante soplaba con ganas, algo bastante habitual en Cádiz, y hacía difícil pegar ojo. Ágata se levantó y se acercó al ventanal para ver cómo el aire zarandeaba todo a su paso.

—Es difícil dormir con este viento —dijo Joel acercándose a ella.
—Sí, imposible —le dijo mirándole a los ojos. Tienes unos ojos muy bonitos.
—Tú también —le dijo acercándose más a ella.
Se acercó tanto que, con su mano derecha, la rodeó por la cintura y con la otra acarició su rostro. Sin embargo, quiso esperar, atento a la reacción de ella. Ágata no se apartó; al sentir la frescura de su mano, un estremecimiento le recorrió la piel. Entonces, con sutileza, se inclinó hacia sus labios y, con un leve gesto de recato, lo besó. Se retiró apenas un instante, pero Joel volvió a buscarla y ella respondió con otro beso. El deseo, contenido durante tanto tiempo, estalló de golpe. Joel la tomó con fuerza, la apoyó contra la pared y, sin pensarlo, comenzó a desnudarla con urgencia. Ella le quitó la camiseta y él terminó de despojarse de la ropa.
Allí mismo, el viento parecía ocultar sus suspiros de placer. Los labios de Joel se deslizaban por cada rincón del cuerpo de Ágata, que ardía bajo su contacto. Con fuerza y ternura a la vez, la tomó en brazos y la llevó hasta el sofá. Sus manos jugaron con sus pechos, explorando su silueta sin dejar lugar intacto. Ágata se arqueaba entre gemidos que encendían aún más a Joel, quien no pudo contener sus propios sonidos de deseo. La humedad de sus labios, el roce juguetón de su lengua y la entrega de ambos acabaron fundiendo sus cuerpos en un único latido.

Ágata quedó impregnada del aroma embriagador de él, como si quisiera guardarlo para siempre en la memoria de aquel instante.
Tras saciarse en sus cuerpos, acabaron cayendo sin darse cuenta en un abrazo silencioso, fundidos en el sofá.

—¿Estás bien? —dijo Joel mirándola.
—Sí, muy bien —dijo besándole en los labios.
Al poco rato, las palabras se fueron apagando hasta quedar en silencio. Se quedaron dormidos, aún entrelazados, como si el mundo se hubiera detenido en ese instante. Para ellos ya no había viento que pudiera arrebatarles el sueño.

CAPÍTULO 21

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

La impaciencia de Eira iba en aumento. Necesitaba saber qué era eso tan importante que Alen tenía que decirle.

—Es la escuela de Dubrovnik, donde estuvo mi hermano —confesó él al fin —. Quieren que vaya yo también, una semana. Hablé con la directora de la compañía y me dijo que debía aceptar; ella se encargará de mis clases.

Eira sintió un vacío repentino en el pecho.

—¿Y… cuándo te vas? —murmuró, incapaz de ocultar la tristeza.
—Mañana. He pasado el día preparando la maleta. Pero no te preocupes, es solo una semana. El domingo por la mañana estaré de vuelta—dijo abrazándola.

Alen guardó silencio unos segundos antes de soltar lo que llevaba dentro:

—De todas formas, Eira… sabes que mi estancia aquí es temporal. Después, no sé qué pasará.

Sus palabras la atravesaron como un cuchillo.

—Lo sé… pero ¿por qué me dices eso ahora? —respondió con la voz cargada de rabia.
—No te enfades, solo lo digo para que no olvidemos cuál es nuestra situación.
—¿Nuestra situación? ¿Crees que no lo sé? ¿Que no lo pienso cada noche? —replicó, con los nervios a flor de piel, mientras se vestía con movimientos bruscos.
—Eira, yo también lo pienso… ¿a dónde vas? —intentó detenerla.
—Será mejor que me vaya. Ahora no me apetece estar aquí. —Se apresuró a ponerse la ropa.
—¡Eira, por favor! —suplicó, alzando la voz.
—No insistas. Que te vaya bien esta semana en Dubrovnik. —dijo mientras se dirigía a la puerta.

Alen la siguió con el corazón encogido:

—Eira, espera… no te vayas así…
—¿Cómo quieres que me quede? Acabamos de hacer el amor y, de repente, me sueltas eso.
—Sí… lo siento, ¿vale? Pero es la verdad.
—Quizá esta semana separados nos venga bien. Cuando vuelvas… no lo sé.
—¿Me estás dejando? ¿En serio? —preguntó, con una mezcla de incredulidad y miedo en la voz.

Eira guardó silencio. Bajó las escaleras con el corazón encogido, sintiendo la rabia morderle las entrañas. El dolor era tan intenso que su mente apenas podía hilar un pensamiento coherente. Podría haber bastado un *"lo siento"*. Pero no: tenía que añadir esa frase envenenada, *"pero es la verdad"*

La noche la recibió al salir del portal. Le daba igual; incluso bajo un sol cegador, apenas habría notado la diferencia. Caminaba cabizbaja, pendiente del móvil, buscando un mensaje de Alen que nunca apareció. La decepción la golpeaba una y otra vez. Las calles estaban casi vacías, frías, y su paso se volvió más rápido, como si quisiera escapar de sí misma. Al llegar a casa, se encontró con su madre, sentada en el sofá, distraída frente al televisor.

—Hola, mamá.
—Hola, hija. ¿Has cenado?
—Sí. Me voy a la cama que estoy cansada —dijo desanimada.
—Vale, ¿estás bien?
—Sí. Hasta mañana.
—Que descanses.
No quiso cenar. El desánimo la arrastró a la cama, donde se acurrucó con el corazón apretado. Pensaba en Alen sin tregua. La misma pregunta la atormentaba: ¿había hecho bien en marcharse de ese modo? ¿O él, herido en su orgullo, estaría todavía más enfadado? Miró el móvil, una y otra vez, sin hallar llamadas ni mensajes. El vacío de la pantalla era insoportable
Las ganas de marcar su número la asaltaban a cada instante, pero el orgullo la detenía. Lo que más le golpeaba era la certeza recién descubierta: estaba completamente enamorada de él. Solo pensar que en unos meses tendría que marcharse hacía que el corazón le retumbara con violencia. Unas lágrimas resbalaron por su rostro.
«¡Mierda! no quiero llorar», se dijo a sí misma, antes de quedar dormida.
La semana resultó insoportable. Cada día se sentía más vacía sin él, más castigada por aquella despedida. Revisaba el teléfono decenas de veces, siempre con la misma decepción: silencio absoluto. Tal vez él estuviera más herido que ella. Tal vez la había dejado atrás…

CAPÍTULO 22

El sábado por la noche llegó, y Eira, a pesar del nudo que todavía llevaba dentro, accedió a salir con sus amigas al VenOx. El local hervía como siempre, y pronto se toparon con Petra y Bastian, con quienes compartieron algunas palabras.
De repente, los sintetizadores de *Just Can't Get Enough* de Depeche Mode comenzaron a retumbar en la sala. Mara, sin dudarlo, agarró del brazo a Nika y la arrastró hacia la pista. Ella sonrió, fingiendo despreocupación, pero sus ojos la traicionaban: una y otra vez se dirigían hacia Bastian, brillando con un anhelo contenido.
Eira, en cambio, permaneció en los sofás, junto a Petra y Bastian. No bailó, no se levantó, y aquello en ella era alarmante: alguien que siempre respiraba música, que siempre se dejaba arrastrar por el ritmo, ahora permanecía inmóvil. Una señal inequívoca de que algo oscuro pesaba demasiado en su interior.
—¿No bailas? —preguntó Petra, arqueando una ceja.
—Dentro de un rato —respondió Eira, sin ganas.
—Bastian me ha dicho que Alen se ha ido.
—Sí… vuelve mañana.
—Qué bien.
—Sí.
—¿Y a ti qué te pasa? —añadió Petra, notando su silencio.
—Nada, solo que estoy cansada. Creo que me voy a ir ya —Eira se removió, incómoda.
En ese momento, Bastian apareció con unas copas.

—Hola, chicas. Aquí tienes, Petra.
—Yo me voy —anunció Eira, levantándose. Voy a avisar a las demás.
—Eh, espera —dijo Bastian frenándola.
—¿Qué? —preguntó Eira, incómoda
—Te acompaño.
—No hace falta.
—Insisto —dijo él, sin apartar los ojos de ella. Petra, ahora vuelvo.
—Vale, yo voy a bailar y les aviso. Hasta luego, Eira.
—Hasta luego… —respondió Eira, contrariada, mientras la insistencia de Bastian le dejaba un extraño malestar.
Cuando salieron de la discoteca, el aire fresco de la madrugada les golpeó el rostro. Las calles, medio vacías, brillaban aún con restos de neón y ecos de música lejana. Caminaban juntos hacia la casa de Eira, despacio, como si ninguno tuviera prisa por llegar. El silencio entre ellos no era incómodo, más bien estaba cargado de pensamientos que ninguno se atrevía a poner en palabras.

—Sé que habéis discutido y quería decirte que mi hermano se fue bastante dolido —dijo Bastian.
—Yo también… pero no quiero hablar de eso —respondió Eira, cortante.
—Perdona, lo que voy a decir no te va a gustar, pero creo que debo hacerlo. No deberías enamorarte de él. Disfruta el tiempo que esté aquí y luego sigue con tu vida.
—¿Perdonaaa? ¿Eso mismo harás tú con Petra?
—Sí. Lo hemos hablado y los dos lo tenemos claro.
—Perfecto, pues felicidades. Pero yo no sé controlar lo que siento tan bien como tú… y creo que ya es demasiado tarde.
—¿Tarde para qué?
—Tarde porque ya estoy enamorada de Alen —dijo Eira, casi en un susurro.

Bastian la miró con seriedad, luego se acercó un paso.

—Lo siento, no quiero entrometerme. Pero no me gusta que mi hermano sufra… y tampoco quiero que tú lo hagas. Eres una chica muy guapa. Y sé que él también está enamorado de ti. Aunque no me lo haya dicho, le conozco demasiado bien. Deberías hablar con él

mañana y aclararlo todo. Yo no me meteré en lo que decidáis —añadió, con una media sonrisa.
—Está bien… un detalle por tu parte —contestó Eira, aún con tono punzante.
—Lo digo en serio.
—Gracias por acompañarme… aunque no hacía falta —replicó ella, todavía molesta.
—De nada. Solo quería hablar contigo.
—Ya… bueno, hasta mañana.
—Hasta mañana, Eira.

Eira subió las escaleras del portal todavía dándole vueltas a aquella conversación tan extraña. Se metió rápido en la cama. Por la ventana se colaba la luz de la luna llena, intensa y brillante. Tumbada, se quedó mirando el techo, dejando que los pensamientos sobre el mañana la envolvieran.
La noche no fue fácil. Apenas pudo dormir y, cuando lo hizo, los sueños la atraparon con recuerdos inacabados que la inquietaron más de lo que quisiera…
A la mañana siguiente se levantó nerviosa, con la sensación de no haber descansado. Medio adormilada, se acercó a la cocina y, casi por costumbre, cogió el móvil. Allí la esperaba un mensaje de Nika.

Mensaje

Nika: Hola, wapi ¿Por qué te fuiste anoche? Si me lo hubieras dicho me habría ido contigo. Sé que te acompañó Bastian, me lo dijo Petra. Espero que estés bien. Si no quedas con Alen, llámame y quedamos. Besos.
Eira: Hola, wapa. Me fui porque estaba cansada. No sé si quedaré con Alen, si no, te llamo y nos vemos. Besos.

Mientras cortaba las verduras junto a su madre y el olor del sofrito llenaba la cocina, el timbre del móvil rompió la rutina. Eira se limpió las manos apresuradas con un paño y miró la pantalla: era una llamada inesperada.

Llamada

Eira: Hola, ¿Qué tal?
Alen: Hola, bueno, bien ¿y tú cómo estás?

Eira: Bien. ¿Qué tal por Dubrovnik?
Alen: Bien, me gustaría hablar contigo, pero no por teléfono.
Eira: Vale, podemos quedar en el parque que está al lado de la plaza —dijo antes de que dijera de ir a su casa, por si la cosa no salía bien.
Alen: Como quieras, nos vemos allí, en ¿una hora?
Eira: Vale, ahora nos vemos.
Alen: Sí, hasta ahora.

CAPÍTULO 23

En Cádiz (cuatro años DESPUÉS 2007):

Ágata contaba los días con impaciencia; cada jornada que pasaba la acercaba más al momento de llevar a su padre de regreso a Zagreb. Todavía le parecía irreal haberlo encontrado, como si en cualquier instante pudiera despertarse de un sueño. Mantenía la esperanza de que, poco a poco, recuperara la memoria y volviera a reconocerlas. A menudo le asaltaban destellos de todos aquellos años de búsqueda incansable; el esfuerzo había sido enorme, pero al fin sentía que había valido la pena. Sin embargo, una inquietud extraña le recorría el cuerpo: hasta no ver a su padre de nuevo junto a su familia, no lograría sentirse en paz

Aún saboreaba los instantes de ensueño vividos con Joel. Con él lograba evadirse de todo, como si los problemas dejaran de existir, y disfrutaba de cada gesto, de cada palabra compartida. Sin embargo, a ratos la culpa la asaltaba: sentía que, de algún modo, estaba traicionando a su marido. Aunque su matrimonio ya no funcionara, no había querido llegar a ese punto. Se dejó arrastrar por el momento, perdió el control… y, aun así, tal vez fue lo mejor que pudo hacer para volver a sentirse ella misma.

Joel se había marchado temprano al trabajo y la casa había quedado en silencio. Ágata entró en la ducha, dejando que el agua caliente arrastrara el cansancio de la noche. Al salir, envuelta en la toalla, comenzó a secarse el pelo frente al espejo. Entonces, el timbre del teléfono rompió la calma.

Llamada

Ágata: Hola, ¿qué tal?
Max-Marco: Hola, Ágata. Bien… quería decirte que en dos días podremos irnos. Antes tengo que resolver unos asuntos y avisar a mi compañero de que me ausentaré unos días —explicó Max-Marco.
Ágata: ¿En serio? —exclamó con entusiasmo.
Max-Marco: Sí.
Ágata: Perfecto, yo me encargo de los billetes —respondió ella, conteniendo la ilusión que la desbordaba.
Max-Marco: Está bien, pero no podré quedarme mucho tiempo… dos, quizá tres días como máximo.
Ágata: Está bien, lo que puedas.
Max-Marco: Dime, ¿qué hotel me recomiendas que esté cerca?
Ágata: Nada de hotel, tenemos sitio de sobra. Puedes quedarte en mi casa.
Max-Marco: No quiero molestar y no quiero que os sintáis obligados.
Ágata: No molestas, al contrario. Me haría feliz que te quedaras.
Max-Marco: De acuerdo, gracias.
Ágata: En dos días nos vemos. Hablaré con Joel para ver si puede llevarnos. Y si no… pediré un taxi.
Max-Marco: Bien… nos vemos entonces.

Ágata apenas podía contener la emoción. El corazón le latía con fuerza desbordado por la ilusión de lo que estaba a punto de suceder. Aun así, los nervios la acompañaban, recordándole que no sabía cómo reaccionaría su familia al verlo de nuevo. Se repetía una y otra vez que sería un día irrepetible, lleno de sensaciones intensas, capaz de marcar un antes y un después en sus vidas.

La mañana se le pasó en un suspiro. Entre la reserva del vuelo y los preparativos de la maleta, apenas tuvo tiempo de pensar. Cuando llamó a su madre para darle la noticia, la voz al otro lado se quebró en lágrimas de alegría y emoción. Sin poder aguantar más, su madre se lo contó también a Eira y a Olivia, y pronto todas compartían la misma impaciencia, deseando el momento de volver a verlo.

Cuando Joel llegó a casa, Ágata no pudo contenerse. Corrió hacia él y, entre risas, prácticamente saltó a sus brazos para darle la noticia, con la emoción desbordándole en cada palabra.
—¡Joel! —llamó Ágata desde el salón, con una mezcla de entusiasmo y nerviosismo en la voz.
—¿Qué pasa? —respondió él, apareciendo en la puerta, con gesto alerta.
—En dos días me voy con mi padre a Zagreb. Me acaba de llamar para confirmarlo.
Los ojos de Joel brillaron.
—¡Es estupendo! Me alegro un montón por ti.
Ágata sonrió, aunque enseguida se acordó de lo práctico.
—Quería pedirte un favor: ¿nos puedes llevar al aeropuerto?
—¡Claro! Eso ni se pregunta. ¿A qué hora tenéis que estar allí?
—Pasado mañana, a las seis de la tarde.
—Perfecto—asintió él—. Y dime, ¿qué más te ha dicho?
—Pues… que en dos días podía venir. Pero antes debía arreglar unos asuntos.
—¿Asuntos? ¿De qué tipo? —frunció el ceño Joel
—Pues, no sé, ahora que lo dices, no me lo ha dicho. Supongo que serán cosas de trabajo.
—Supongo… —murmuró Joel, con un brillo extraño en los ojos, como si aquella respuesta no le convenciera en absoluto.
El silencio pesó unos segundos, hasta que Ágata lo rompió con un intento de normalidad.
—Bueno, ¿comemos? Tengo un hambre terrible.
—Sí, vamos —dijo Joel, siguiéndola hacia la cocina.

Durante la comida no dejaron de hablar, las palabras fluían con la misma rapidez que la ilusión que compartían. Al terminar, Joel se acomodó en el sofá para ver la televisión, mientras Ágata volvió a la habitación para continuar con la maleta. En un instante de pausa, se dejó caer sobre la cama y, con la mirada perdida, se preguntó: *«¿Cómo reaccionará mi familia cuando vean a papá?»*

CAPÍTULO 24

En Zagreb (cuatro años ANTES 2003):

Eira se descubría cada día más inquieta. Lo que en un principio había sido una atracción pasajera, ahora se estaba convirtiendo en un sentimiento profundo que la desbordaba. Cada mirada, cada palabra de Alen, la envolvía con una fuerza que apenas podía controlar. Y, sin embargo, en medio de aquella intensidad, una sombra de temor la acompañaba: la sensación de que todo podía torcerse en cualquier momento y terminar de la peor manera.
Cuando llegó la hora, salió disparada por la puerta, sin darle siquiera a su madre la oportunidad de preguntarle a dónde iba. Al llegar al parque lo vio: Alen estaba sentado en un banco, con la mirada perdida en un punto lejano. Eira se quedó inmóvil apenas un instante, atrapada por su silueta. Un escalofrío le recorrió la piel y el corazón le golpeó con tal fuerza que un suspiro se le escapó sin querer. Sintió los labios secos, las palmas húmedas, y parpadeó varias veces intentando recobrar la compostura. Solo entonces se obligó a dar un paso y acercarse a él.

—¡Alen! —saludó Eira levantando la mano, con una sonrisa nerviosa.
— Hola… ¿nos sentamos? —respondió él, poniéndose en pie con gesto serio.

—Sí —aceptó ella, acomodándose en el banco y girando el cuerpo para mirarlo de frente.

Alen respiró hondo antes de hablar.

—Verás… siento mucho haberte hablado así el otro día. Pero es lo que pienso. Creo que deberíamos ser conscientes de la situación. Mi contrato terminará tarde o temprano. Y, aun así… no sé qué esperas de mí, Eira —dijo, evitando sus ojos.
—Yo también lo siento —respondió ella con voz suave —. Pero me dolió. El problema es que no quiero pensar en eso ahora… en que te vayas en unos meses.
—Yo no he dicho que me vaya.
—Pero… si se acaba el contrato, ¿no piensas marcharte después? —preguntó, confundida.
—Aún no lo he decidido. Lo único que sé es que contigo estoy bien. Y lo que quiero es aprovechar cada momento… estar a tu lado.

Eira lo miró fijamente. Sus labios temblaban levemente y en sus ojos brillaba una emoción difícil de ocultar.

—Me he dado cuenta de que… estoy enamorada de ti —confesó, con un destello de sinceridad que lo dejó sin palabras.

Alen se inclinó hacia ella, y con un gesto de alivio acarició suavemente su rostro. Sus labios se unieron en un beso largo, contenido durante demasiado tiempo, cargado de deseo y ternura. Luego la estrechó entre sus brazos, como si no quisiera soltarla nunca, y con la voz temblorosa le susurró al oído:
— Estoy loco por ti.
Eira, también aliviada, lo miró y le regaló una sonrisa luminosa. Alen la devoraba con los ojos, y ella respondió con esa sonrisa cautivadora que tanto lo enloquecía. Unidos de la mano, caminaron hasta la casa de Alen. Al entrar, Eira notó el silencio del lugar; Bastian no estaba, seguramente había salido con Petra.
En cuanto cruzaron la puerta, Alen la alzó en brazos y la llevó hasta el sofá, besándola con una urgencia que se volvía incontenible. La pasión estalló entre ellos y, entre risas y caricias impacientes, se

despojaron de la ropa. Eira se dejó llevar por el deseo, se acomodó sobre él y se entregaron el uno al otro con ardor.
Más tarde, se refugiaron en la cama, donde el tiempo pareció detenerse. Allí continuaron explorándose con ternura y complicidad, entre caricias, juegos y besos que parecían no tener fin.

—Me encanta estar contigo —dijo Alen sonriendo.
—A mí también me encanta estar conmigo, jajaja —dijo bromeando.
—Ahhh síii, ¡ven aquí! —dijo haciéndola cosquillas.
—Para, para.
—Estamos bien juntos ¿no?
—Sí, eso creo, ¿por qué lo preguntas?
—Yo pienso que estamos bien. Quiero que sepas que, me gusta estar así. Estar contigo, pero sin pensar demasiado en el futuro. Quiero que disfrutemos los dos juntos —dijo sinceramente.
—Vale, me parece bien —dijo dándole un beso.
Al cabo de un rato, el cansancio se impuso. Poco a poco las caricias se apagaron y el murmullo de sus voces se desvaneció, hasta que, abrazados, se dejaron vencer por el sueño. La casa quedó en calma, guardando silencio cómplice a su descanso.

CAPÍTULO 25

El tiempo fue corriendo hasta que llegó el veinticinco de mayo, el cumpleaños de Eira. Como cada año, quiso celebrarlo en el lago Bundek, un lugar perfecto para bañarse, encender la barbacoa y disfrutar de un día al aire libre. Esta vez no sería diferente. Sus amigos se organizaron en varios coches y, entre risas y conversaciones, fueron llegando al parque.

Eira recordó cuántas veces había ido allí con sus hermanas y su madre desde que se mudaron a Zagreb. Bundek siempre estaba lleno de vida, y a ella le encantaba tumbarse bajo la sombra de aquellos enormes árboles, disfrutando de un libro mientras escuchaba las risas del parque. En el lago, con su playa lacustre, no faltaban los chapuzones y los juegos con sus hermanas, que siempre terminaban en carcajadas.

En el centro, un puente conducía a un lago más pequeño, otro de sus rincones favoritos. Allí corría detrás de los patos y cisnes, convencida de que algún día lograría atraparlos, mientras su madre iba tras ella riendo, intentando que no acabara dentro del agua.

En su adolescencia, Eira empezó a ir a Bundek con sus amigas, sobre todo con Nika y Mara. Pasaban horas nadando, cuidando de no tropezar con las piedras del fondo, mientras reían al ver los peces enormes que se cruzaban a su alrededor. En verano siempre había algo que hacer: conciertos, festivales, cine al aire libre… y para ellas cada día allí se convertía en una pequeña aventura. En invierno, en cambio, el lago se transformaba en un lugar distinto, a veces con la

superficie helada, y Eira lo recordaba como un rincón silencioso, muy distinto al bullicio veraniego.
Ese día el calor caía con fuerza, pero lejos de resultar molesto, parecía darle aún más vida al lugar. El parque se desplegaba lleno de color: las flores recién brotadas pintaban los senderos con tonos vibrantes, mientras las plantas verdes y frescas se mecían suavemente con la brisa. Todo parecía recién despertado de la primavera, y el paisaje ofrecía una estampa alegre y luminosa, perfecta para celebrar.
Sacaron de los coches todo lo que habían comprado y se dirigieron a una de las barbacoas para encenderla. El hambre apretaba, pues se había hecho bastante tarde, y todos devoraron la comida con ganas. Cuando terminaron, llegó el momento más esperado: una enorme y típica tarta de la condesa Nera, de chocolate y galletas, cuyo nombre evocaba a un personaje literario de Zagreb. Entre risas y aplausos, felicitaron a Eira, que pronto empezó a recibir regalos: varios libros, un peluche enorme con forma de gato, unas gafas de sol, una gorra, una colonia, ropa y algún detalle más.
Al cabo de un rato, Alen, entre bromas, tomó de la mano a Eira y la apartó del grupo. Caminaron por un sendero bordeado de flores, donde él había decidido entregarle su regalo más personal.

—Cierra los ojos, pero no los abras, nada de trampas —dijo Alen con una sonrisa traviesa.
—Vale… pero ¿qué vas a hacer? —preguntó ella, cerrándolos con cierta inquietud.
—Nada malo, solo quiero darte mi regalo —susurró, y le rozó los labios con un beso suave y dulce.

Eira sonrió, aún con los ojos cerrados.

—Pues está bien tu regalo.
—Eso era solo un extra —añadió Alen mientras sacaba del bolsillo una cajita adornada con un lazo rojo —. Ahora sí, ya puedes mirar.

Eira abrió los ojos con curiosidad y tomó la caja entre sus manos. La agitó un poco, intrigada, pero no se oyó nada.

—¿Qué es esto?

—¡Eh, no hagas eso! Eso sí es trampa.
—Valeee… —respondió entre risas, y con cuidado desató el lazo.

Al abrirla, sus ojos brillaron de sorpresa.

—Vaya… ¡qué bonitos! —exclamó al descubrir unos pendientes diminutos de cristal azulado en forma de gato.
—¿Te gustan? —preguntó él, expectante.
—¡Claro! Son preciosos —dijo mientras se los colocaba de inmediato.
—Me costó encontrarlos… pero valió la pena.

Eira le apretó la mano con gratitud.

—Bueno, ¿vamos con los demás y nos damos un baño?
—Sí, vamos —dijo él, y juntos emprendieron el camino de regreso.

Llegaron a la orilla del lago, sacaron sus toallas y las extendieron con cuidado sobre la hierba, listas para recibirlos después del chapuzón. El agua fresca les devolvió la energía y, al salir, se tumbaron bajo el sol, dejando que los rayos les secaran la piel mientras reían y bromeaban.
Más tarde compartieron lo que quedaba de la tarta, acompañada de algunos dulces, y la tarde se les escurrió entre conversaciones y risas. Cuando el cielo comenzó a teñirse de tonos anaranjados, recogieron todo y subieron a los coches para emprender el regreso a casa.
Eira sonrió en silencio, satisfecha: había sido un día inolvidable, rodeada de sus amigos y, sobre todo, de Alen.

CAPÍTULO 26

Ya se acercaba junio y el sol, alto y poderoso, lo envolvía todo en un resplandor que parecía intensificar los colores del mundo. Los pájaros, sofocados por el calor, buscaban refugio en la frescura de las sombras bajo los árboles. En las calles apenas se veía movimiento; la gente huía del asfalto ardiente refugiándose en las terrazas de los bares o en las heladerías, donde el frescor se mezclaba con el rumor de las conversaciones.

Por la tarde llegó, al fin, el esperado festival. Eira estaba en casa de Alen, nerviosa, repasando una y otra vez la coreografía que habían preparado juntos. Faltaba poco para comenzar a arreglarse y los nervios le temblaban en cada gesto.

Alen la detuvo con suavidad. Acarició su rostro, deslizó la mano hasta su cuello y la acercó hacia él para darle un beso largo y profundo. A Eira se le estremeció el cuerpo entero; la piel se le erizó como si la recorriera el agua helada de una cascada, y al mismo tiempo sintió la serenidad de un mar en calma.

—Estás perfecta —le susurró Alen —. Tranquila, lo sabes de memoria. Todo saldrá bien.

Con esas palabras, los nervios comenzaron a disiparse. Terminaron de prepararse y, poco después, llegaron al teatro. El público ya empezaba a llenar las butacas, mientras el ambiente se impregnaba de expectación.

Cuando anunciaron que el espectáculo iba a comenzar, Eira se asomó con cautela desde detrás de la cortina. El teatro estaba repleto, un murmullo expectante flotaba en el aire. Entre el mar de rostros alcanzó a distinguir a los suyos: su madre junto a Marcus y Eva, sus hermanas con sus parejas, y, en primera fila, su querido sobrino Marín, que agitaba la mano con entusiasmo.

La emoción le calentó el pecho. Se sentía feliz, ilusionada… pero también un nudo de nervios seguía apretándole el estómago. Para ella, aquella era más que una simple actuación: era una responsabilidad, un reto, y soñaba con que todo saliera perfecto.

Cuando llegó su turno, Eira salió al escenario con una seguridad que sorprendió incluso a ella misma. Junto a Alen, se movió con precisión y entrega, desplegando una coreografía original que fusionaba distintos estilos en una sola danza vibrante. El público respondió con entusiasmo: primero con aplausos que llenaron la sala, y luego poniéndose en pie, ovacionándolos.

Eira respiró hondo, liberando la tensión acumulada, y una sonrisa amplia se dibujó en su rostro. Miró a Alen, con los ojos encendidos de emoción y excitación, compartiendo en silencio la certeza de que lo habían logrado.

Al terminar, la directora de la compañía se acercó a ella con un gesto firme pero amable.

—Enhorabuena, Eira —le dijo —. Ha sido brillante. La coreografía con Alen ha resultado un éxito.

Acto seguido, le propuso incorporarse como ayudante de coreografía, trabajando codo a codo con Alen, el coreógrafo principal. La noticia la dejó eufórica. Apenas miró el contrato antes de aceptar, aunque en su interior tenía muy claro que no pensaba dejar de lado sus clases ni renunciar a seguir actuando sobre el escenario.

CAPÍTULO 27

Con cada día que pasaba, la relación entre Eira y Alen se hacía más sólida, como si el tiempo les tejiera una complicidad invisible. Sin apenas darse cuenta, ya habían transcurrido ocho meses desde aquel primer beso. El tiempo se les había escurrido entre risas, confidencias y abrazos, tan deprisa que parecía un simple suspiro.

—Bueno, preciosa, se acercan las navidades… He pensado que, si te apetece, podrías acompañarme a París. Quiero pasar las fiestas con mi familia y me encantaría que vinieras conmigo —dijo Alen, entusiasmado.
—¿En serio? ¿Quieres que vaya? —preguntó Eira, ilusionada.
—Claro que sí. Sabes que te quiero, y me gustaría que ellos te conocieran mejor.

Eira lo miró con una mezcla de alegría y duda.

—Pero… eso, ¿qué significa? ¿Que lo nuestro es algo serio, o cómo lo ves?

Alen se rascó la nuca, buscando las palabras.

—No lo sé… No creo que tengamos que ponerle etiquetas. Mi familia no se complica tanto con esas cosas como quizá en la tuya. Que te lleve a mi casa no significa que me vaya a casar contigo —aclaró, con tono sincero.
—Sí, ya te entiendo… —respondió Eira, aunque algo molesta.

—Entonces, ¿te vienes? Me gustaría sacar los billetes hoy. Quiero invitarte —dijo con una sonrisa, expectante.
—Pues… no lo sé. Tendría que hablar con mi madre primero —contestó, todavía dudando.
—Tu madre te dejará, ya lo sabes. ¿No quieres venir? Lo pasaremos bien —insistió Alen, animándola.

Eira suspiró y, finalmente, sonrió.

—Valeee… iré.
—¡Genial! Luego miro los billetes —exclamó él, abrazándola con alegría.

Eira no podía evitar sentirse frustrada. La negativa de Alen a ponerle una etiqueta a lo suyo la desconcertaba. Para ella, sí era una relación seria: él ya conocía a casi toda su familia y, si viajaba a París, ella conocería a la suya por completo. No cabía duda de que se querían, pero había una sombra que la angustiaba: el día en que se acabara el contrato de Alen. Estaba convencida de que, llegado ese momento, él se marcharía y no volvería a verlo.
Ese pensamiento le dolía como una herida invisible, algo que la corroía por dentro. Aun así, tomó una decisión: no dejar que el miedo le robara lo que tenía ahora. Se prometió disfrutar de cada instante a su lado, como si cada momento pudiera ser el último.
Alen, entusiasmado, sacó los billetes y, casi sin darse cuenta, el día señalado llegó. Tomaron un vuelo rumbo a París. Durante el trayecto, Eira no dejó de sonreír; se sentía feliz a su lado. La conversación fluía sin pausas, ligera y natural, como si siempre hubieran compartido viajes juntos. Estaba claro que se entendían a la perfección.
Al llegar a la casa de Alen, los recibieron sus padres, que ya los esperaban. También estaba Bastian, que había llegado unos días antes. Hacía un par de meses que había roto con Petra y parecía distinto, más sereno, aunque reservado. A sus padres, Alen ya les había anticipado que se dirigieran a Eira en inglés, para que ella pudiera sentirse cómoda.
Bienvenida, soy Berta. Pasa… vaya, ¡qué guapa eres! —dijo la madre de Alen con amabilidad, dándole un par de besos.

—Gracias, encantada. Soy Eira —respondió ella, tímida pero sonriente.
—Hola, yo soy el padre, Renó —añadió él, levantándose del sofá para estrecharle la mano.

Ambos se conservaban muy bien; se notaba en su porte que el baile había forjado sus cuerpos. A Eira le agradó que en todo momento le hablaran en inglés, tal y como Alen les había pedido. Al observarlos, se dio cuenta de que él se parecía mucho a su madre: las mismas facciones finas, la misma sonrisa luminosa. En cambio, Astrid y Bastian eran prácticamente una réplica del padre.

—Hola, Eira. ¿Qué tal el viaje? —preguntó Bastian con naturalidad.
—Hola, bien, gracias —contestó ella.
—Hola, Eira. Me alegro de verte de nuevo —dijo Astrid, acercándose con una sonrisa.
—¡Hola! Yo también me alegro —respondió Eira con calidez.
—Bueno, ya están todas las presentaciones. Voy a enseñarle mi cuarto —intervino Alen, tomando la maleta de Eira.

La condujo a su habitación. La casa era amplia, de dos plantas y con un sótano acondicionado como dormitorio: el suyo. La estancia resultaba sorprendentemente acogedora, con una cama de matrimonio y estanterías repletas de libros y discos. A la izquierda, junto a la ventana, había un armario encajado en la esquina. Y al fondo, a la derecha, un espejo empotrado cubría toda la pared, acompañado de una barra de ballet. El lugar respiraba orden y personalidad, un espacio que combinaba la disciplina del baile con la calidez de un refugio personal.

—¿Te gusta? —preguntó Alen mientras se dejaba caer sobre la cama.
—Sí, me encanta —respondió Eira, acercándose a la barra de ballet y probando un par de poses juguetonas.
—Deja tus cosas en este hueco del armario, bailarina —dijo él, señalándole el espacio libre.
—Vale —sonrió ella, mientras lo hacía.
—¿Estás cansada?

—No, ¿y tú?
—Tampoco. Seguramente en un rato cenaremos.
—Me parece bien, porque tengo hambre —susurró Eira, inclinándose para besarle el cuello.

Alen sonrió, atrapándola con un beso más profundo.

—No sigas, que no salimos de aquí —bromeó entre risas, antes de volver a besarla.

Se dejaron llevar unos minutos, entre caricias y besos dulces, revoloteando por la cama como si el mundo fuera solo de ellos dos. Hasta que una voz interrumpió el momento:

—¡Chicos, vamos a cenar! —llamó Astrid desde el otro lado de la puerta.
—¡Sí, ya vamoooosss! —respondió Alen a regañadientes.

Se arreglaron un poco y salieron hacia el salón, donde ya estaba reunida toda la familia. La madre traía los últimos platos desde la cocina, el ambiente olía a comida recién hecha.

—Bueno, sentaos a la mesa —anunció Berta con una sonrisa.
—¿Y yo? ¿dónde me siento? —preguntó Eira, con un gesto de duda.
—Donde quieras, no tenemos sitio fijo —le aclaró Astrid.
—Ven, siéntate aquí conmigo —dijo Alen, tirando suavemente de la silla junto a la suya.

Todos tomaron asiento y la cena comenzó. Entre plato y plato, la conversación fluyó ligera, a ratos en inglés y, en ocasiones, mezclándose con frases en francés que hacían sonreír a Eira, aunque a veces se perdiera en la rapidez de las palabras.

—Y bien, Alen, ¿ya has pensado qué harás cuando termines en Croacia? Volverás aquí, ¿no? —preguntó su padre, con un tono algo hosco.
—Pues… no lo sé todavía. Aún no lo he decidido —respondió Alen con cierta despreocupación.
—Deberías saberlo ya. Solo te quedan dos meses —insistió Renó, frunciendo el ceño.

—Lo sé, papá. Ya lo decidiré cuando llegue el momento —replicó Alen, intentando zanjar la conversación.
—Vale, solo digo que tienes que pensarlo en serio —volvió a remarcar su padre.

Berta intervino con calma:

—Déjalo, ya te ha dicho que lo decidirá.

Luego Renó, giró la mirada hacia Eira.

—Y tú, Eira, ¿ya sabes qué planes tienes para el futuro?
—De momento me han ofrecido un puesto como ayudante de coreografía —contestó ella, con una sonrisa —. Estoy aprendiendo mucho de Alen… bueno, más bien él de mí —añadió en tono de broma, provocando algunas risas.
—Quiere seguir bailando y actuando en teatros —aclaró Alen, orgulloso.
—Y se le da muy bien —dijo Bastian, respaldándola.
—Es verdad —añadió Alen, mirándola con complicidad.
—Gracias —respondió Eira, ruborizada.

La cena continuó entre conversaciones más ligeras. Al terminar, todos ayudaron a recoger la mesa y se desearon buenas noches. Alen tomó de la mano a Eira y la condujo a su habitación, donde, al fin, pudieron descansar juntos.

—Mi padre siempre está igual… quiere tenerlo todo controlado —dijo Alen, visiblemente molesto.
—Es normal, se preocupa por ti —respondió Eira, intentando animarlo mientras se ponía el camisón.
—Sí, lo sé, pero no me gusta que me vigile tanto. Él quiere que vuelva a bailar con ellos, y yo ya no lo tengo tan claro —añadió, metiéndose en la cama.
—Pues aclárate y habla con ellos —dijo ella, acurrucándose contra su pecho.

Alen la abrazó y sonrió.

—Que sepas que a mi madre le has encantado.
—Ah, ¿sí? ¿Te lo ha dicho? —preguntó Eira, sorprendida.

—Sí, aprovechando que no entiendes francés. Me lo dijo.
—¿Y qué te dijo? —preguntó ella con curiosidad.
—Que eres muy guapa, que tienes unos ojos impresionantes, y, además eres simpática… y yo estoy totalmente de acuerdo —dijo abalanzándose sobre ella, besándola y haciéndole cosquillas.
—¡Para, para, paraaaa! —gritaba Eira entre carcajadas, sin poder librarse de él.
—Está bien, vamos a dormir, que mañana toca turismo —dijo Alen, fingiendo rendirse.
—¿Seguro que quieres dormir? —preguntó ella con tono insinuante.
—A lo mejooorrr… un poco más tarde —respondió él, besándola de nuevo y acariciándola.

La pasión los envolvió hasta dejarlos rendidos en la cama. Pero, en mitad de la noche, Eira despertó con el corazón encogido. Una punzada de tristeza la atravesó como un dardo etéreo: el hombre que le daba tanta felicidad, tarde o temprano, se marcharía. Y aquel pensamiento se le clavaba en el alma como una losa imposible de apartar.
Anhelaba detener el tiempo, encadenar los días para que no se agotaran, vivir en un presente eterno donde nada cambiara. Cerró los ojos con fuerza, como si así pudiera espantar la angustia que la mordía por dentro. Al final, agotada de pensar, el sueño volvió a envolverla, aunque con un poso de melancolía difícil de borrar.

CAPÍTULO 28

En París (2003):

A la mañana siguiente se despertaron con energías renovadas, listos para lanzarse a descubrir la ciudad. Se abrigaron bien: París, en pleno diciembre, no perdona. El frío húmedo del norte de Francia parecía calarse hasta los huesos, obligándolos a resguardarse bajo bufandas y abrigos gruesos.

Una vez preparados, salieron a recorrer juntos la que muchos llaman *la ciudad más romántica del mundo*. Y aunque esa afirmación pueda ser discutida, lo cierto es que nadie puede negar que París es una de las grandes capitales europeas, hermosa, vibrante y admirada en cada rincón del planeta.

Se detuvieron frente a la imponente Catedral de Notre Dame. Eira se quedó un instante en la entrada, con el enorme rosetón iluminado por la débil luz del invierno tras ella, enmarcada entre las dos torres que parecían vigilarla. Sus ojos, sin embargo, se elevaron enseguida hacia lo alto: gárgolas de piedra, deformes y vigilantes, que parecían acechar desde las alturas con sus bocas abiertas en un silencio eterno.

—Me encantan las gárgolas —susurró Eira, fascinada.

—Pues cuentan que no siempre han estado dormidas —dijo Alen, inclinándose hacia ella con un tono grave.
—¿Cómo? —preguntó, sin apartar la vista de aquellas figuras.
—Que hubo un tiempo en que bajaron a caminar entre los hombres.

Su voz se volvió más baja, como si no quisiera que la catedral escuchara:
Tras la ejecución de Juana de Arco, dicen que las gárgolas despertaron con sed de venganza. Entre ellas, el *Gargouille*, un *dragón de cuello alargado*, alas de murciélago y aliento de fuego. Sobrevoló Rouen durante noches enteras, dejando cuerpos sin vida al amanecer… sobre todo de aquellos que celebraron la muerte de la doncella. El pueblo, aterrado, no encontraba forma de librarse de él.
Eira tragó saliva. Las sombras de los torreones parecían moverse con las palabras de Alen.
Al final, llamaron al *arzobispo Romano*. Él convenció a todos de convertirse al cristianismo, y solo así pudo atrapar a la bestia. Lo quemaron, pero la cabeza no ardió; estaba ya hecha de fuego. Entonces la empalaron y la alzaron frente a la iglesia, como advertencia… y como recordatorio de que las gárgolas no son solo piedra. Son guardianes. Y vengadores.
Eira apartó la mirada de las estatuas, pero sintió un escalofrío recorriéndole la espalda: la sensación de que, en cualquier momento, una de esas criaturas podía despegar de la cornisa y desplegar sus alas sobre París.

—Vaya… —murmuró Eira, embelesada.
—Bueno, es solo una leyenda —respondió Alen, restándole peso. Una de tantas que circulan por ahí. Mi abuela me la contaba cuando yo era un niño… y ya te puedes imaginar: todas las noches me asomaba a la ventana, por si el dragón venía a por mí. Sonrió con un gesto entre nostálgico y divertido.
—Ya le vale a tu abuela —replicó Eira, entre risas.
—Pues sí… —asintió él.

Al cruzar el umbral, Eira se quedó sin palabras. El interior de la catedral la envolvió con su grandeza. La luz del sol atravesaba las vidrieras, proyectando destellos de colores sobre el suelo y las

paredes de piedra, como si todo el espacio respirara magia. Se detuvo fascinada observando los rosetones. Predominaba en muchos de ellos el color morado, símbolo de la esperanza, que teñía el ambiente de un aura casi mística.
Uno en particular capturó su atención: el rosetón del lado sur. Allí, un intenso rojo dominaba la escena, representando al *Cristo del Apocalipsis*, rodeado por el *tetramorfos*, aquella figura de cuatro lados que parecía custodiar el misterio del fin de los tiempos. La imagen, bañada por la luz que atravesaba el vidrio, le provocó un escalofrío reverente, como si los ojos de aquel *Cristo* ardiente se posaran un instante sobre ella.
Más tarde llegaron a los majestuosos *Campos Elíseos* y, en la plaza de *l'Étoile*, se alzó ante ellos el imponente *Arco del Triunfo*, símbolo nacional que conmemora las victorias del ejército francés bajo las órdenes de *Napoleón*. Subieron sus 286 escalones, uno tras otro, hasta alcanzar la cima. Allí, respiraron hondo y se dejaron envolver por las vistas: un punto privilegiado donde confluyen doce de las avenidas más importantes de la ciudad, extendiéndose en todas direcciones como los radios de una rueda infinita.
La avenida de los *Campos Elíseos* también es célebre por sus cabarets, aunque el más famoso de todos —*el Moulin Rouge*, con su inconfundible molino rojo— se encuentra en el boulevard de Clichy. Allí hicieron una parada, posando para unas fotos en la entrada. Entre risas, Alen le guiñó un ojo y le prometió que algún día la llevaría a ver una actuación, con sus deslumbrantes bailarinas en topless, lo que hizo que Eira le diera un codazo divertido.
Pero lo que más la cautivó no fueron las avenidas ni las grandes esplanadas, sino el paseo por el pintoresco barrio de Montmartre, con sus calles estrechas y bohemias. Conocido como el barrio de los pintores, allí habían vivido y creado genios como *Monet, Dalí, Picasso, Van Gogh, Renoir o Degas*. Eira caminaba alegremente, con los ojos brillantes de curiosidad, hasta que llegaron a la Place du Tertre, la plaza de los artistas de París. Allí, fascinada, se detuvo a observar cómo distintos pintores y caricaturistas daban vida a retratos en cuestión de minutos, dejando escapar el alma de sus modelos sobre el papel.

Alen la tomó de la mano y la acercó a uno de los puestos. Cuando les llegó el turno, posaron juntos, y en pocos minutos tenían entre las manos un retrato que los mostraba sonrientes, unidos, como si aquel instante pudiera quedar grabado para siempre.

Más tarde, se sentaron a comer en uno de los pequeños puestos de la plaza, de los más asequibles. París resultaba bastante cara, y lo notaron sobre todo en la bebida, pero nada les importaba mientras compartían aquel momento en medio del bullicio bohemio del barrio.

Al día siguiente, descansados y con energías renovadas, visitaron uno de los museos más importantes de Francia y del mundo entero: el Louvre. Al llegar a la plaza central, Eira se detuvo, sorprendida, al contemplar la monumental pirámide de cristal que servía de entrada al museo. Hipnotizada, se quedó unos minutos observándola, reflejando el cielo grisáceo de diciembre. Alen, divertido, le pidió que posara para la clásica foto: con la mano extendida, como si estuviera sujetando la pirámide entre los dedos.

Dentro de la pirámide de cristal, la aglomeración de visitantes era inmensa. Tuvieron que armarse de paciencia para atravesar los controles de seguridad y, por fin, comenzar a recorrer las interminables salas del Louvre. Frente a ellos se desplegaba un auténtico viaje en el tiempo: antigüedades orientales, tesoros egipcios, esculturas griegas y piezas de incontables civilizaciones.

En una de las galerías, un tumulto llamó su atención. Un corral de gente de todas las nacionalidades —aunque especialmente grupos asiáticos— se empujaba para tomar fotos desde todos los ángulos. Desde atrás, resultaba imposible saber qué era lo que generaba tanto furor. Eira, curiosa, se abrió paso poco a poco hasta llegar a la primera línea. Y entonces lo vio: un cuadro sorprendentemente pequeño, protegido tras un cristal, que apenas dejaba apreciar los detalles…

Era *la Gioconda*, la enigmática Mona Lisa de Leonardo da Vinci.

Eira se quedó unos segundos mirándola, pero no pudo evitar sentirse decepcionada. Después de haberla visto tantas veces en fotos y vídeos, se la había imaginado más grande, más impresionante. Desde aquella distancia, y rodeada de flashes y

empujones, le parecía una experiencia fría, casi ajena a lo que había soñado.

Sin embargo, no todo fue desencanto. En otra sala quedó fascinada ante la mitología mesopotámica, con los imponentes Toros Alados conocidos como *Shedus* o *Lamassus*. Eran esculturas monumentales: cabeza humana, cuerpo de león, cinco patas y alas de águila, guardianes pétreos que imponían respeto con solo mirarlos.

Lo que sí la desilusionó de nuevo fue no encontrar allí la famosa Piedra de Rosetta. Para Eira, tenía sentido que estuviera en París: al fin y al cabo, fue un francés, *Jean-François Champollion*, quien descifró los jeroglíficos gracias a esa pieza. Pero cuando preguntaron a un trabajador del museo, este les explicó que, aunque la piedra fue hallada por soldados franceses en Egipto y estaba destinada inicialmente al Louvre, terminó en Londres por los vaivenes de la guerra en tiempos de Napoleón. Champollion, en realidad, nunca estudió la piedra original: se valió de copias impresas para descifrar los misterios del antiguo Egipto.

Al día siguiente, ya más descansados, decidieron no perderse una de las visitas más inquietantes de París: las catacumbas. Aquel laberinto subterráneo, antaño utilizado para amontonar cadáveres y huesos, se desplegaba en pasillos interminables donde las paredes parecían construidas de cráneos y fémures humanos.

Eira avanzaba despacio, con una mezcla de curiosidad y desasosiego. Nunca había dedicado un segundo de su juventud a pensar en la muerte, y, sin embargo, allí, bajo tierra, rodeada por miles de restos anónimos, sentía una presencia íntima, como si esos silenciosos testigos de piedra y hueso le hablaran al oído. Era un lugar que se metía dentro de ti, frío, lúgubre, imposible de ignorar.

Al salir, necesitaban aire y luz. Se dirigieron entonces al Palacio Nacional de los Inválidos, donde descansan los restos de Napoleón Bonaparte. Entre sus cúpulas doradas y jardines perfectamente cuidados, la atmósfera era solemne, pero más serena que en los pasadizos de las catacumbas. Tras la visita, aprovecharon para pasear por las plazas cercanas, detenerse en algunas tiendas y llevarse un par de recuerdos.

Y así llegó el colofón de la ruta que Alen había preparado con esmero para Eira: la Torre Eiffel, ese coloso de hierro que se alza como un faro sobre París. Optaron por el ascensor; después de tantos días caminando, la idea de subir 647 escalones no era precisamente tentadora. La espera fue larga, pero valió la pena.
Cuando al fin alcanzaron la segunda planta, Eira se quedó pasmada: ante ella se desplegaba la ciudad entera, un mar de tejados y avenidas que parecían extenderse hasta el infinito. Y en la última planta, a más de 300 metros de altura, sintió que flotaba sobre París. Desde allí se divisaban el Sena serpenteando, Notre Dame, los Inválidos, el Arco del Triunfo y mucho más. Era como tener el corazón de la ciudad latiendo bajo sus pies.
Eira estaba completamente cautivada con todo lo que sus ojos habían visto en aquellos días. París la había fascinado, pero lo que más atesoraba era haber compartido ese tiempo con Alen y conocer mejor a su familia. Estaba convencida de que no había logrado ganarse del todo al padre, aunque con Astrid había tejido un vínculo de confianza que le resultaba muy valioso.
El día del regreso llegó inevitablemente. Tras despedirse de todos, partieron hacia el aeropuerto. Bastian viajaba con ellos de vuelta para continuar con su trabajo, y al poco de despegar ya roncaba suavemente en el asiento trasero.

—Lo he pasado muy bien. Tu familia es estupenda —dijo Eira con una sonrisa cansada pero sincera.
—Yo también. Me alegra que vinieras —respondió Alen, echando un vistazo hacia atrás —. Mira, ya está dormido… no sé cómo lo hace, pero tiene un don para quedarse frito en los viajes.
—Pues mejor para él. Yo estoy agotada y los pies me matan —bromeó Eira, girándose hacia él.

Alen dudó un instante antes de hablar de nuevo, con un brillo nervioso en la mirada.

—Quería preguntarte algo…
—¿El qué? —dijo ella, clavándole los ojos, intrigada.
—Creo que tú y yo deberíamos… irnos a vivir juntos. ¿Qué te parece? —preguntó tragando saliva

Eira abrió mucho los ojos, incrédula.

—Jajaja… ¡Ah! Pero, ¿lo dices en serio? —preguntó, al ver la seriedad en su rostro.
—Sí. Se me ocurrió ahora… bueno, en realidad lo venía pensando. Nos llevamos muy bien y creo que podría funcionar.

Ella se quedó unos segundos en silencio, todavía asimilando la propuesta.

—No sé qué decir. Me has dejado sin habla. No me lo esperaba para nada.
—Sabes que dentro de dos meses se me acaba el contrato —continuó él —. Estoy pensando en ir a París y abrir un estudio. Un amigo me dijo que quedará libre un local perfecto para eso. Me gustaría que vinieras conmigo. Pero escucha… no quiero que dependas de mí. Los dos trabajaríamos, y además podrías aprovechar para aprender francés. No me contestes ahora, piénsalo.

Eira lo miró con ternura y una sonrisa suave.

—Sí… lo pensaré.

En ese momento, Bastian se desperezó, interrumpiendo la intimidad de la charla.

—Bueno, chicos, no paráis de hablar. ¿Cuánto queda?
—Media hora —respondió Alen, riendo.

Cuando el avión aterrizó, Alen le propuso a Eira quedarse con él en su casa. Pero ella prefirió volver primero a la suya: necesitaba ver a su madre después de tantos días fuera.
Al llegar, se encontró con una escena cotidiana y entrañable. Su madre estaba en la puerta, despidiéndose de Marcus. Llevaban ya unos meses saliendo y la relación parecía estable, llena de complicidad. Eira sonrió al verlos juntos; le alegraba comprobar que su madre también tenía a alguien con quien compartir su vida.
Después, madre e hija se quedaron charlando un buen rato, poniéndose al día tras el viaje. Eira le contó lo esencial, aunque guardó para sí algunas emociones más íntimas. Cuando por fin subió a su habitación, apenas tuvo fuerzas para cambiarse; se dejó caer

en la cama y, en cuestión de minutos, el cansancio acumulado del viaje la venció.
Mientras tanto, Alen y Bastian llegaban a su casa. Tras dejar las maletas en el pasillo, fueron directos a la cocina. Abrieron la nevera, improvisaron algo para picar y se sentaron a comentar las anécdotas del viaje, entre risas y confidencias de hermanos.

—Bueno, bueno… el enamorado. ¿Va en serio? —bromeó Bastian con sorna.
—¿En serio el qué? —preguntó Alen, fingiendo no entender.
—Pues qué va a ser, ¿lo de irte a vivir con ella? Sabes que te dirá que sí. Pero dime, ¿lo has pensado bien? ¿No vas a volver a bailar con nosotros? ¿De verdad, tío? —añadió, esta vez con un tono más molesto.
—Demasiadas preguntas… todavía no lo tengo todo claro —respondió Alen, tratando de zafarse.
—¡Claro que no! —saltó Bastian. Y mientras tanto le vas a hacer daño. Te conozco, eres impulsivo, y vas a acabar fastidiándolo todo.
—Ya, basta… estoy cansado —cortó Alen, intentando poner fin a la discusión.
—Sí, cómo no. Descansa —dijo Bastian con un bufido, retirándose hacia su habitación.

Alen se quedó un momento solo en la cocina, pensativo, con el vaso aún entre las manos. Finalmente apagó la luz y se metió en la cama, aunque el sueño no llegaba. Su cabeza era un torbellino.
No sabía si había hecho bien al decirle a Eira que vivieran juntos. Ella apenas tenía diecinueve años; él estaba a punto de cumplir veinticuatro. Había recorrido medio mundo, había vivido mucho más… y quizá lo que ahora necesitaba era parar, echar raíces. Pero ¿era justo arrastrarla a esa decisión? No quería hacerle daño ni llenarla de falsas esperanzas.
Lo único de lo que estaba seguro era de sus sentimientos: la quería, y sabía que era correspondido. París lo llamaba con fuerza, con el sueño de fundar allí su propia compañía. Ese había sido siempre su plan. Lo que nunca imaginó era que, en medio de ese camino, aparecería Eira para trastocarlo todo.

CAPÍTULO 29

Eira despertó radiante, con una sonrisa que se le escapaba sin remedio. El simple hecho de recordar la propuesta de Alen —irse a vivir juntos— le llenaba el pecho de alegría. Para ella, aquello era más que unas palabras improvisadas: era una confirmación de que su relación tenía raíces, de que había futuro. Se sentía segura, ilusionada, como si el mundo se abriera ante ella con nuevas posibilidades.

La rutina se instaló de nuevo, marcada por clases cada vez más exigentes y coreografías que exigían lo mejor de todos. Una tarde, al terminar, Eira escuchó un revuelo en la planta baja. Intrigada, bajó y encontró a un grupo de chicas rodeando la entrada del almacén. Entre risas nerviosas y gritos apagados, intentaban atrapar a un gato que se había colado y, asustado, se había escondido bajo un mueble.

—No hagáis ruido —les pidió Eira con calma.

Se arrodilló, estiró lentamente el brazo y aguardó en silencio. El animal, desconfiado, dudó unos instantes, pero al fin permitió que sus dedos lo rozaran. Con un movimiento suave, Eira lo sacó de su escondite y lo sostuvo entre sus brazos, logrando que todas contuvieran un aplauso espontáneo

—¡Oooh, pero qué guapo eres… y tan chiquitín! —exclamó Eira, alzando al gatito para que todas lo vieran. El animal, tembloroso, se acomodó enseguida en sus brazos, como si hubiera encontrado refugio.

—¿Te lo vas a quedar? —preguntó una de ellas.
—Si nadie lo quiere… —respondió Eira con una sonrisa tímida

Las compañeras negaron con la cabeza: ninguna podía quedárselo, sus familias no lo permitirían. Eira, sin pensarlo dos veces, lo acomodó bajo su chaqueta, notando el calorcito de su cuerpecito tembloroso, y se lo llevó a casa. El gato era precioso: de un negro intenso, con una curiosa mancha blanca junto al ojo izquierdo y unos ojos enormes, verdes como gemas.
En cuanto llegó, corrió a mostrárselo a su madre. Ella, al verlo, se derritió en seguida. Sonrió y le dio su consentimiento sin dudar. Eira, radiante, lo recibió como un regalo inesperado. Le preparó un cuenco de comida, otro de agua, y después lo bañó con cuidado en agua tibia. Mientras lo acariciaba con ternura, pensó que al día siguiente lo llevaría al veterinario para asegurarse de que todo estuviera bien.

—Te voy a llamar… Pirata.
Y así, Pirata comenzó a formar parte de la familia.

CAPÍTULO 30

El sábado amaneció con un sol radiante y una temperatura suave que invitaba a salir. Eira, que había pasado la noche en casa de Alen, se revolvió entre las sábanas con la sensación de querer aprovechar hasta el último segundo a su lado.
Desde la cama alcanzó a escuchar la cafetera burbujeando y la voz de Alen, que canturreaba distraído en la cocina. Se desperezó ruidosamente y, con el pelo alborotado, se acercó a verle.
—Buenos días, dormilona — susurró él, dejándole un beso ligero en la mejilla.
Ella, todavía medio perdida entre sábanas, se incorporó despacio.
—Buenos días… ¿qué haces tan temprano? — preguntó, mientras se arreglaba el pelo.
—Preparando el desayuno… y algo más. Hoy nos vamos de excursión.
Los ojos de Eira se abrieron con sorpresa, brillando de emoción como si alguien hubiera encendido una chispa en su interior. Olvidó todo y la ilusión le recorrió el rostro entero en una sonrisa espontánea.

—¿Excursión? ¿A dónde? —preguntó Eira con los ojos llenos de curiosidad.
—A los lagos de Plitvice. Quería darte una sorpresa, aunque no sabía si ya los conocías —respondió Alen, sonriendo.

Eira casi dio un salto de alegría.

—¿En serio? ¡Siempre he querido ir!

La alegría de Eira contrastaba con la mirada fugaz de Alen hacia la ventana, como si dudara en contarle algo que le rondaba dentro y que sabía que cambiaría todo para siempre…

El desayuno se volvió un festín alegre, lleno de risas y planes improvisados. Poco después, con las mochilas listas, el coche los llevó hacia un día que prometía ser inolvidable.

Tras un par de horas de carretera, el paisaje empezó a transformarse. Los árboles se alzaban más frondosos, el aire era más fresco y un murmullo de agua anunciaba que estaban cerca. Finalmente, llegaron a su destino.

Al llegar, el bosque los envolvió. Las aguas transparentes parecían sacadas de un sueño, y las cascadas caían como cintas de cristal líquido. Era como adentrarse en un escenario de ensueño: aguas de un verde esmeralda tan puras que dejaban ver cada piedra del fondo.

Cuando cruzaron la entrada del parque, la realidad se volvió irreal. Dieciséis lagos unidos por cascadas se desplegaban ante ellos como un tapiz viviente. El bosque, catedral verde de hayas y abetos, los acogió bajo su bóveda. El aire olía a resina y agua joven.

Los árboles, tales como hayas, abetos, helechos y espesos mantos de musgo, cubrían el bosque como un techo sagrado. La naturaleza los rodeaba con una majestuosidad difícil de describir.

Pasearon en silencio, tomados por la magia del lugar, convencidos de que aquel día quedaría grabada en la memoria para siempre. Alen, sin embargo, no quiso arruinar la felicidad de Eira ni la suya misma con lo que llevaba dentro. Se dijo a sí mismo que mañana sería el momento…

El domingo amaneció espeso, como si el aire mismo presagiara el peso de la semana que se avecinaba. Entre ensayos y compromisos, ambos sabían que la calma era un lujo que pronto se evaporaría.

Pasaron el día con Bastian, contándole entusiasmados lo increíble que había sido la escapada del día anterior y, más tarde, disfrutando juntos de una película en el sofá.

Pero al caer la noche, Bastian se despidió y salió hacia su encuentro con los amigos. Entonces la casa se sumió en un silencio denso, tan perfecto que parecía construido a propósito, un silencio que lo llenaba todo y que no tardaría en revelar lo que escondía.

—Por fin solos… —murmuró Alen, estrechándola entre sus brazos.
—Sí, al fin —respondió Eira, algo cansada. Necesito un respiro después de tantas emociones.

Alen sonrió, pero en el fondo supo que ya no podría retrasarlo más. El momento de hablar había llegado. La llevó hasta el sofá. Su expresión cambió, ya no sonreía.

—Tenemos que hablar.

El corazón de Eira se aceleró.

—¿De qué? —preguntó, forzando una sonrisa.
—Cuando llegué aquí nunca pensé que me enamoraría de ti.
—¿Enamorado? —rio nerviosa.
—Sí, en serio —insistió él.

Eira bajó la mirada.

—Vale… continúa.
—El tiempo ha pasado muy rápido. En una semana se acaba mi contrato y…
—Lo sé, se ha pasado volando —lo interrumpió.

Alen tragó saliva, pensativo.

—Déjame acabar. Tal vez me precipité con lo de irnos a vivir juntos. Lo he pensado y… no es el momento. Hablé con mi familia. Les dije que no volveré con ellos, salvo en alguna actuación. Quiero montar mi propia compañía. Ese ha sido siempre mi sueño. Quizás puedas venir a visitarme, y con el tiempo… ya veremos si vivimos juntos.
Las palabras golpearon a Eira como un jarro de agua helada.
—¿Y me lo dices ahora? —escupió Eira, con los ojos ardiendo—. ¿Después de todo lo que me dijiste? Su voz retumbó en la sala como una acusación que no dejaba espacio para la huida, y por un instante el aire se volvió insoportablemente denso.

—No quería hacerte daño —dijo él, nervios. No quiero que dependas de mí, ni que esto se convierta en una prisión para ninguno de los dos.
—¡Entonces lo sabías desde el principio! —gritó Eira, con el rostro encendido.
—Cálmate, no lo tenía planeado… —intentó abrazarla.
—¡No! —se apartó bruscamente, con un escalofrío recorriéndole el cuerpo.

Alen se quedó inmóvil, los ojos fijos en ella.

—Está bien. No quiero discutir. Pero escucha, Eira: podemos dejarlo aquí o… aprovechar lo que queda. Yo quiero estar contigo hasta el último minuto.

El silencio cayó sobre la habitación, pesado, casi asfixiante, como si aquella decisión fuera mucho más definitiva de lo que ninguno de los dos quería admitir.
Eira no respondió. El silencio pesaba como una losa. Estaba dolida, traicionada, y al mismo tiempo incapaz de negar lo que sentía. El amor por Alen era innegable, pero la sombra de la decepción la envolvía.

—¿Y bien? ¿No vas a decir nada? —dijo Alen, la voz cargada de impaciencia, casi de miedo.
—Sí… —murmuró al fin —. Pero no lo sé. Cuando te vayas, no creo que pueda seguir contigo. Estarás lejos y sé que una relación a distancia… no funcionará.
—Ya… lo entiendo —respondió él, con un nudo en la garganta.

Eira lo miró fijamente, como si quisiera grabar su rostro en la memoria.
Pero aun así… quiero estar contigo hasta que te vayas. Aprovechar el tiempo que nos queda —dijo, con una sonrisa tensa.
Alen la rodeó con los brazos y la besó con una intensidad desesperada, una mezcla de pasión y de un dolor que parecía presagio. Para Eira, aquel beso era tanto un ancla como una despedida. En lo profundo de su pecho, comprendió que debía dejarlo perseguir su sueño… pero también sintió que, de algún

modo, esa decisión los arrastraría a un destino incierto, más oscuro de lo que podía imaginar.
La pasión los arrasó sin medida. Alen la desnudó con ardor, mientras sus propias ropas caían al suelo. La apoyó contra la pared, y entre besos exaltados y caricias frenéticas, se amaron con una intensidad nueva, como si cada gesto pudiera conjurar la certeza de su inminente separación.
La ducha compartida, que otras veces había sido refugio de risas y caricias, se volvió un espacio incómodo, atravesado por un silencio denso. La cena no fue distinta: los cubiertos sonaban demasiado fuerte contra los platos, como si llenaran un vacío imposible de ignorar.
Eira terminó cediendo a la presión que le oprimía el pecho y, con voz baja, le dijo a Alen que esa noche prefería dormir en su casa. Él no replicó. En sus ojos había comprensión, pero también la certeza de que algo se estaba quebrando.

Al llegar a su casa, Eira se encontró con su madre en la puerta. Iba acompañada de Marcus; ambos salían apresurados rumbo al cine.
—Hola, hija, ¿qué tal estas? Últimamente no nos vemos. ¿Cómo está Alen? —dijo su madre interesada.
—Hola Eira —dijo Marcus.
—Hola, estoy bien. Alen se va esta semana a París. Ya se le termina el contrato. Pero bueno, ya hablaremos, que llegáis tarde al cine.
—Sí, tenemos que ponernos al día. Hasta luego cariño.
—Vale. Hasta luego, pasadlo bien —dijo cerrando la puerta, mientras salían.
Cuando cerró la puerta, se iba a meter en la cama, pero recibió una llamada.

Llamada

Eira: Holaaa, ¿qué tal?
Nika: La desaparecida. Ya no te veo el pelo. ¿Dónde te metes?
Eira: Sí, lo sé. Ya sabes que he estado liada. Ahora quiero aprovechar los días que me quedan con Alen. Se va el viernes.

Nika: Pero ¿cómo qué se va?, ¿y tú?
Eira: Ya te contaré, pero no me voy con él. Va a montar una compañía en París. Yo me quedo aquí. Aunque hemos decidido estar juntos hasta que se vaya.
Nika: Joer, que mal.
Eira: Pues sí. Pero bueno, ya hablaremos. Voy a irme directamente a la cama. Estoy muerta. Este finde hemos ido a Plitvice y me ha encantado.
Nika: ¡Qué bien, es una pasada! Yo fui hace tiempo y me encantó. Bueno que descanses y aprovecha todo lo que puedas. Un besooo.

Eira se metió en la cama. Sonó de nuevo el móvil.

Llamada

Eira: Hola, ¿aun no te has acostado?
Alen: Hola preciosa. Bueno estoy en la cama.
Eira: Yo también. Ha sido un fin de semana muy intenso. Ah y gracias por la sorpresa de Plitvice.
Alen: Lo tenía pendiente desde hace tiempo, pero no he visto el momento.
Eira: Bueno, ¿querías algo?
Alen: No, sólo quería darte las buenas noches.
Eira: Vale. Buenas noches.
Alen: Buenas noche. Te quiero.
Eira: Yo, también te quiero.

Tras colgar, una sonrisa breve le rozó los labios, como un destello que enseguida se apaga. El aire se volvió espeso. Eira sintió que se asfixiaba con solo imaginar el momento en que Alen ya no estaría. Se recostó, forzándose a dormir, pero la noche se estiraba interminable, convertida en un corredor de sombras. El peso de la cuenta atrás la aplastaba. Se lo imaginó durmiendo, ajeno, respirando con calma en su habitación, y las lágrimas le ardieron en la garganta.
Se atrevió a esbozar un futuro con él: escenarios, risas, un hogar, quizá hijos… pero la imagen se quebró como un espejo. Todo se derrumbaba frente a ella, y esa certeza la llenaba de un dolor frío, como si estuviera observando su vida desde un abismo del que no había escapatoria.

Eira pasó la semana entera en casa de Alen, como si quisiera atrapar cada minuto antes de que se esfumara. Su madre, aunque inquieta por lo que ocurriría cuando él se marchara, no tuvo más remedio que resignarse.

La víspera de la partida, Eira se derrumbó. El simple hecho de pensar en el mañana la dejaba sin fuerzas.

Aquella noche el sueño la abandonó por completo. Se quedó mirándolo en la penumbra, repasando cada rasgo de su rostro como si quisiera grabarlo en la memoria, y las lágrimas rodaron sin freno.

Alen despertó y, al verla, la rodeó con sus brazos, la colmó de besos y caricias. Pero el gesto, lejos de aliviarla, hizo que la herida ardiera más. Era un consuelo que sabía a despedida.

—Sólo de pensar que te vas en unas horas…. No puedo… —dijo Eira sollozando.

—Lo sé. Pero verte así me resulta muy duro —respondió Alen, con los ojos vidriosos.

La noche se les escapó entre sollozos y abrazos que no lograban calmar nada. Al amanecer, cargaron las maletas en el coche de alquiler, cada golpe de cierre resonando como un presagio.

El trayecto, breve como un suspiro, se les hizo interminable. Apenas hablaron: tan solo miradas furtivas, sonrisas que ocultaban la angustia y el miedo de que esas fueran las últimas.

Aparcaron. Al entrar en el aeropuerto, el murmullo de voces y el eco metálico de las ruedas de las maletas se mezclaban con la presión en el pecho.

Al dirigirse a la puerta de embarque, comprendieron que no había escapatoria: había llegado el temido momento, la despedida que ninguno de los dos estaba preparado para soportar.

—Bueno… creo que ha llegado el momento —murmuró Alen, la voz apagada, como si las palabras le pesaran en la lengua.

—Lo sé… —dijo Eira, esforzándose por sonreír —. Seguro que nos volveremos a ver.

—Claro que sí. Ven a verme.

—Sí. Y si no… también puedes venir tú —respondió, con una esperanza frágil que se quebraba en sus propios labios.

—Ya… hablaremos por teléfono. Ven aquí —pidió él, atrayéndola hacia sí en un abrazo desesperado, sellado con un beso tembloroso.
—Sí… —murmuró ella, aferrándose a él con uñas y lágrimas, incapaz de soltarlo, como si hacerlo significara aceptar el fin.
Alen se alejó paso a paso. Justo antes de cruzar la puerta, se volvió y le regaló una última sonrisa. Eira se la devolvió con un hilo de luz en los labios, hasta que la distancia la borró de su campo de visión.
Volvió al coche. Al cerrar la puerta, el silencio la envolvió y se derrumbó sobre el volante. Era como si todos esos meses juntos despegaran en ese instante, encarnados en un avión que quizá no volvería a aterrizar en su vida.
Condujo sin sentir las manos, dejó el coche en la oficina de alquiler y emprendió a pie el camino a casa.
Al entrar, no había nadie. Se encerró en su habitación y entonces ya no pudo contener el llanto. El dolor era tan intenso que le parecía físico; apenas podía respirar. Se preguntó si algún día desaparecería y si tendría fuerzas para superarlo.

CAPÍTULO 31

Habían pasado unos días y Eira se levantó con dolor de cabeza. No le apetecía hacer absolutamente nada. No tenía ni energía, ni ánimo. Se fue a la cocina a prepararse un café. Miró el reloj de la pared: daban las once en punto. Su madre salió del baño, aún con el pelo húmedo, sujetándose la toalla a la espalda.

—¿Otra vez te has quedado en la cama hasta tarde? —preguntó con voz neutra, pero con un matiz de reproche.
—No tenía ganas de levantarme antes —respondió Eira, removiendo el café sin mirar a nadie.

El silencio se hizo espeso por unos segundos. Su madre se acercó, la observó de reojo y suspiró.

—Eira… no puedes seguir así todos los días.

Las palabras rebotaron en ella como si fueran piedras cayendo en un pozo sin fondo.
—Me duele un poco la cabeza —dijo Eira.
—Sí, no tienes muy buena cara. Date una ducha y tómate una pastilla.
—Sí, ahora… —respondió con desgana.
—Voy a hacer unas compras rápidas, que ya es algo tarde. ¿Quieres venir?
—No. Ahora voy a bajar a ver a Nika.
—Bueno, yo me voy entonces. Hasta luego.

—Hasta luego. Y tómate la pastilla.
—Sí.

Su madre salió con las llaves tintineando en la mano, y el silencio volvió a llenar la casa.
Al rato, Eira se duchó, se vistió, se tomó una pastilla y se dispuso a bajar a ver a Nika. Mientras descendía las escaleras, se la encontró de frente.

—¡Eyyy! Iba a subir a verte —dijo Nika con una sonrisa amplia.
—Y yo bajaba a verte a ti —respondió Eira, devolviéndole la sonrisa. Si quieres, subimos; mi madre se acaba de ir a comprar.
—Ok. Pero… no tienes muy buena cara.
—Lo sé.

El encuentro, aunque casual, le arrancó a Eira un pequeño alivio. La simple presencia de Nika parecía suavizarle el peso del día.
Cuando entraron, se acomodaron en el sofá del salón y estuvieron hablando toda la mañana. Eira no tardó en sacar el tema: echaba muchísimo de menos a Alen. Tanto insistió en ello, que a Nika apenas le dio espacio para decir nada.

—Bueno, ¿y tú qué? Que no paro de hablar yo —dijo al fin Eira.
—Sí, bueno… Es una putada lo de Alen, pero tienes que salir y hacer tu vida —respondió Nika con tono sereno.
—Sí, lo sé. Supongo que con el tiempo se pasará.
—Claro. Tengo que contarte yo también algo… —añadió con una sonrisa pícara.
—Ah, ¿sí? —Eira arqueó una ceja, curiosa.
—¿Te acuerdas de Milan?
—¿El que va a tu clase?
—Ese mismo. Ya te dije que iba detrás de mí y que me parecía muy mono.
—Sí, sí, cuenta, cuenta.
—Pues… estamos quedando. Y la verdad es que es un encanto.
—¿En serio? ¡Me alegro muchísimo! Me lo podías haber dicho antes. ¿Estáis saliendo? —dijo Eira, abrazándola con complicidad.

—Bueno, bueno… que aún le estoy conociendo —rio Nika, encogiéndose de hombros.

En ese momento, Opal llegó de la compra. Nika la saludó con una sonrisa rápida y se levantó para marcharse. Eira la acompañó hasta la puerta.
—Esta noche hemos quedado todos para salir a VenOx. Te vienes, ¿no?
—No me apetece.
—Lo sé. Pero te vienes. A las diez paso a buscarte —insistió Nika, sin darle opción a negarse.
—Valeee…
—Nos vemos luego. Chao.
—Chao.

Después, mientras preparaban la comida, Eira y su madre se pusieron al día. Eira le contó que Alen ya se había marchado, y su madre intentó animarla con palabras suaves, recordándole que todo pasaría. Luego, con un brillo distinto en los ojos, le confesó que ella estaba muy bien con Marcus.

CAPÍTULO 32

En Cádiz (2007- Actualidad):

Llegó el día en que Ágata debía marcharse con su padre. La ilusión se mezclaba con una inquietud difícil de ocultar: no sabía cómo saldría todo. En su memoria aún conservaba la imagen de aquel hombre que fue en el pasado: alegre, responsable, un marido entregado y un padre cariñoso. Para ella siempre había sido un buen ejemplo. Pero ahora, frente a la realidad, resultaba evidente que ya no era el mismo. Aun así, en lo más hondo de su corazón guardaba la esperanza de que quedara un destello de aquel hombre que recordaba.

El amanecer los sorprendió con una luz suave que arrancó sonrisas tranquilas. Ágata se lanzó a los brazos de Joel, encontrando en ellos el refugio perfecto. El juego entre caricias y risas se transformó, poco a poco, en un amor apasionado con el que inauguraron el día. Vivían aún en esa fase de enamoramiento en la que las miradas cómplices lo dicen todo, las sonrisas nacen sin esfuerzo, los juegos se vuelven travesuras y cada latido del corazón parece sonar más fuerte.

Después de prepararse el desayuno, se sentaron a la mesa. El aroma del café recién hecho envolvía la estancia cuando, de pronto, sonó el timbre de la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Ágata, sorprendida.
—No. Aunque puede que sea Kike, un amigo. A veces aparece los sábados por aquí —respondió Joel mientras se levantaba.

Abrió la puerta y se encontró con una figura que lo hizo tensarse al instante.

—Hola, hijo —dijo su padre.
—¡Papá! ¿Qué haces aquí? —exclamó Joel, con el ceño fruncido y un gesto de fastidio que le endureció la voz.
—No vengo a discutir, solo a decirte algo rápido. Mi compañero, Chema, me espera en el coche. Ah… ya veo que tienes compañía —añadió, clavando los ojos en Ágata, que se había acercado con cautela.
—Bueno, suéltalo y márchate —replicó Joel, visiblemente molesto.
—¿Puedo pasar? —insistió.
Joel dudó un instante, luego se apartó a regañadientes.
—Pasa.

El hombre se irguió con una sonrisa apenas contenida, extendiendo la mano hacia ella.

—Por cierto… Soy Roque, preciosa. El padre de Joel.

Ágata respondió con un leve gesto, incómoda ante aquella presencia arrolladora. Roque era un hombre grande, alto y de complexión recia. Su barba oscura le endurecía aún más el rostro moreno. Había en él un aire de soberbia, casi desafiante. Sus ojos, negros y alargados, parecían medir y provocar con cada mirada, tan intimidantes como arrogantes.

—Y yo, Ágata —respondió ella con sequedad, estrechándole la mano. Después, como si quisiera marcar distancia, contestó en inglés.
—Ah, una inglesita —murmuró Roque, con una sonrisa ladeada. ¿Podemos hablar en privado? —preguntó, dirigiéndose a Joel.
—No. Suéltalo ya.
—Si queréis, me aparto —intervino Ágata, algo incómoda, mirando a Joel.

—No, quédate. No tardaremos —replicó él, sin apartar los ojos de su padre.

Roque se encogió de hombros.

—Bueno… como queráis. Tenía unos días de permiso y he pasado directamente por la comisaría. También me han aceptado el traslado, así que vuelvo otra vez aquí. ¿No te lo comentó tu madre?
—No. No me ha dicho nada —contestó Joel, cortante.
—Pues pensé que sí.
—¿Qué quieres entonces? Ve al grano.
—Es que… hace mucho que no hablamos. Pensé que podríamos charlar un rato.
—No tenemos mucho de qué hablar.

El silencio tensó la sala. Ágata lo percibía, inquieta.

—Vale, vale… —cedió Roque—. Iré directo.

Joel lo miró con impaciencia.

—¿Me lo vas a contar ya?
—Sí, pero no son buenas noticias. Esta mañana nos avisaron: encontraron el cadáver de un hombre. Llevaba desaparecido un día. En comisaría no dieron importancia al aviso hasta que pasaran setenta y dos horas, pero…
—¿Y eso qué tiene que ver conmigo? —interrumpió Joel, con un gesto de desconfianza.
—Tiene que ver. Si no, no estaría aquí diciéndotelo en persona.

Ágata se inclinó hacia adelante, intrigada.

—¿De quién se trata entonces?
—Sí, dilo ya —exigió Joel, cada vez más alterado.
—Lo hemos identificado esta mañana… —empezó Roque.
—¿Quién es? —lo cortó Joel, con un nudo en la garganta.

CAPÍTULO 33

En Zagreb (2007- Actualidad):

El tiempo pasaba y Eira no lograba apartar a Alen de su mente. Aunque de vez en cuando hablaban por teléfono, ella notaba la distancia, como si algo se hubiera enfriado entre los dos. En una de esas conversaciones, le confesó lo que había comentado con su hermana acerca de su padre, un tema que aún le removía por dentro.
Aquella tarde, al salir de la escuela, Eira decidió no subir directamente a su casa. En lugar de eso, se detuvo frente a la puerta de Nika y llamó.

—Hola, pasa —la recibió Nika con una sonrisa.
—¿Qué tal? —preguntó Eira mientras entraba al salón.
—Siéntate, estamos solas.

Las dos comenzaron a charlar de todo un poco. En medio de la conversación, Nika le contó que por la noche pensaban salir a tomar algo y que su novio también iría.
—Vale. ¿Y Mara?
—También viene. Puedes llamar a Judit y que se anime.
—Sí, la voy a llamar. Luego nos vemos.

Eira subió a casa. Justo al entrar, vio a su madre salir por la puerta: había quedado con Eva para cenar, así que se quedaba sola. Caminó hasta su habitación pensando en qué ponerse para la salida. En ese momento sonó su teléfono.

Llamada

Alen: Hola, preciosa.
Eira: ¡Holaaa! Qué sorpresa. ¿Qué tal?
Alen: De momento todo muy bien. Estoy contento. Ya está todo montado y funcionando; tengo un grupo de alumnos bastante amplio. Vivo en un loft cerca de la escuela. ¿Y tú, qué tal?
Eira: Eso es genial. Me alegro por ti. Yo voy a salir esta noche con mis amigas.
Alen: Pásatelo bien. ¿Sabes algo nuevo de tu padre?
Eira: Aún no. ¿Cómo está tu familia?
Alen: Bien, sin muchos cambios. No les gusta que no baile con ellos, pero lo entienden… todos menos mi padre. Bueno, te dejo, hablamos otro día.
Eira: Sí, vale. Hasta luego.
Alen: ¿Solo hasta luego? Te echo de menos.
Eira: Yo también, Alen, pero…
Alen: Pero ¿qué? —la interrumpió con un tono herido —. Si prefieres que no te llame, lo entiendo.
Eira: No es eso. Es que, cuando hablo contigo me alegro mucho, pero después me siento peor, porque no estás aquí conmigo.
Alen: Lo sé, pero de momento es lo que tenemos.
Eira: Sí… bueno, hablamos otro día. Un beso.
Alen: Vale. Un beso.

Al colgar, Eira se quedó pensativa. El silencio de su cuarto le pesó aún más que antes. Alen ya no insistía en que fuera a visitarlo, y sus palabras sonaban como las de un amigo lejano. Quizá no fuera esa la intención de él, pero era lo que ella sentía: que poco a poco dejaba de ser la mujer que ocupaba su vida para convertirse solo en una voz más al otro lado del teléfono.

Después de elegir la ropa, Eira llamó a Judit, que enseguida se animó a salir. Fue ella quien propuso ir a un pub nuevo del que había oído hablar muy bien.

Ya preparada, Eira bajó a buscar a Nika y juntas se dirigieron al punto de encuentro. Allí estaba ya el resto del grupo. Judit insistió con lo del pub, y todos aceptaron. Durante el camino, Eira aprovechó para contar lo de su padre, poniéndolas al día sobre su posible regreso.
El local resultó ser más grande de lo que esperaban. En la barra se agrupaba un corrillo de personas que charlaban y reían con tanto estrépito que parecía un gallinero. En el centro había una pequeña plataforma que servía de pista de baile. La música oscilaba entre clásicos antiguos y algún tema actual que animaba el ambiente.
Pidieron algo de beber y se apartaron de la barra para bailar. Poco a poco, la noche fue tomando ritmo. Eira y Judit permanecían juntas casi todo el tiempo, mientras Nika se perdía con Milan y Mara con Igor.
Entre risas y pasos improvisados, se acercaron a ellas dos chicos con más alcohol que sentido común. Al principio se limitaron a sonreír y hacer gestos para invitarlas a bailar, pero pronto comenzaron a arrimarse demasiado. Aunque Eira les contestó de manera cortante, los chicos no parecían captar la indirecta y seguían insistiendo, invadiendo su espacio como si no existiera un "no".
Se acercó otro chico, distinto a los anteriores, con gesto decidido.

—Venga, chicos, dejadlas en paz. ¿No veis que las estáis molestando?
—No las molestamos —balbuceó uno de ellos, con la voz pastosa.
—¡Pues sí que molestáis! Así que largaos —saltó Eira, visiblemente enfadada.
—¿Lo veis? Vamos, os acompaño fuera —insistió el recién llegado.

Con firmeza, los condujo hasta la puerta y los echó del local. Cuando regresó, se acercó a ellas con una sonrisa tranquila.

—¿Estáis bien, chicas? —preguntó amablemente.
—Sí, gracias —respondió Judit.
—¡Venid, os invito a un chupito! —propuso, caminando hacia la barra y entrando detrás de ella.

Eira y Judit se miraron un segundo y lo siguieron. Brindaron con él y apuraron el trago.

—¿Qué tal? ¿Os ha gustado? —dijo el chico desde dentro de la barra.
—Sí, ¿qué lleva? Está muy suave —preguntó Judit, aun saboreando el último sorbo.
—Ahhh, secreto profesional —replicó con una sonrisa pícara. Por cierto, soy Eddy. ¿Y vosotras?
—Yo soy Judit, y ella es Eira.
—Encantado. ¿Os gusta el local? Lo inauguré la semana pasada.
—Sí, está muy bien. ¿Es tuyo? —dijo Judit, interesada.
—Eso es, mío al cien por cien —contestó orgulloso. Luego giró la vista hacia Eira. Y tú, ¿qué opinas?
—Sí, está bien. Me gusta la decoración —respondió ella con sinceridad.
—Perfecto. Bueno, ya no os molesto más. Espero que volváis a menudo —dijo Eddy, guiñándoles un ojo antes de atender a otros clientes.

Se despidieron de Eddy y regresaron a la pista, donde sus amigos seguían bailando. La música llenaba el local y las risas se mezclaban con el bullicio, pero Eira pronto notó que Eddy no apartaba los ojos de ella. Esa insistencia la incomodó. Todavía arrastraba el malestar por la escena anterior con los chicos ebrios y no tenía el menor ánimo de agradar a nadie. Sus sentimientos estaban en otra parte. Su corazón, lento y cansado, seguía latiendo con un ritmo que ya no le pertenecía del todo: una parte de él se había quedado con Alen.
Eddy era, sin duda, atractivo: de estatura media, complexión normal, cabello castaño y unos ojos que parecían tener reflejos color miel. Sin embargo, Eira apenas reparó en esos detalles. Su mente seguía distraída, enredada en recuerdos y pensamientos que la devolvían siempre a Alen.
Pasó un buen rato antes de que el grupo decidiera marcharse. Justo cuando se disponían a salir, Eddy se interpuso en el camino de Eira, deteniéndola con un gesto firme pero cortés.

—Perdona, Eira.

—Sí.
—¿Me puedes dar tu número? Y si quieres, salimos un día a tomar un café… o a donde prefieras.
—Pues no sé, es que…
—Vale, vale, no quiero incomodarte. Mejor te dejo el mío y, si algún día te apetece, me llamas.
—Está bien, mejor así.

Le anotó el teléfono, se despidieron con una sonrisa cortés y Eira regresó con sus amigas.

—Bueno, bueno, te has ligado a ese *macizorro* —dijo Judit riéndose, con un matiz de envidia en la voz.
—No te pases —respondió Eira, quitándole importancia.
—Yo, en tu lugar, le llamaría. Es hora de pasar página con Alen —opinó Mara, sin rodeos.
—Es muy atractivo y simpático —añadió Nika, con complicidad.
—Bueno… sí, pero no sé —dijo Eira, dubitativa, sin querer darle demasiadas vueltas.

Cuando llegó a casa, su madre ya dormía. Eira fue directa al baño, se lavó la cara y notó un leve agobio mezclado con nervios. En la cocina se preparó unas hierbas calientes, buscando calma, y después se metió en la cama.
El descanso, sin embargo, no llegó. Esa noche las pesadillas la asediaron, obligándola a despertar varias veces. En una de ellas soñó con su padre: corría tras él, intentando alcanzarlo, pero sus piernas no avanzaban y su voz quedaba atrapada en la garganta. Despertó angustiada, con el corazón acelerado.
Al volver a dormirse, fue Alen quien ocupó sus sueños. Primero, se encontró con él en un lago de aguas cristalinas. Estaban desnudos, y Alen acariciaba suavemente su rostro. Pero, de repente, la sumergía bajo el agua como en un juego extraño. Cuando el aire ya no alcanzaba y la sensación de ahogo era insoportable, Eira despertó de golpe, jadeando.
En el siguiente sueño, se hallaba en una habitación oscura, apenas iluminada por las sombras que entraban a través de una ventana. Escuchaba la voz de Alen, pero no lograba encontrarlo. Tanteaba a

su alrededor hasta que sus dedos tocaron un brazo. Creyó al fin tenerlo junto a ella, pero al girar, el rostro que apareció era el de un desconocido, grotesco y desagradable. Intentó huir, pero el hombre la atrapó con fuerza. Eira gritó, aunque ningún sonido salía de su boca. El miedo la sacudió tanto que despertó sobresaltada.

Se recostó de nuevo, abrazando la almohada como si en ella pudiera encontrar un poco de refugio. El silencio de la casa era tan denso que podía escuchar el ritmo de su propia respiración, entrecortada aún por el sobresalto. Cerró los ojos con cautela, temiendo que las pesadillas regresaran, pero el cansancio fue más fuerte.

El sueño volvió poco a poco, aunque ya no era profundo ni reparador. Se quedó atrapada en un duermevela extraño, con imágenes difusas y pensamientos que se entrelazaban sin lógica. El rostro de Alen aparecía y desaparecía entre sombras, y a veces se confundía con el de su padre. Esa mezcla la inquietaba todavía más, como si su mente quisiera advertirle de algo que aún no alcanzaba a comprender.

Cuando por fin amaneció, Eira tenía la sensación de no haber descansado nada. Su cuerpo estaba pesado, y la tensión de la noche anterior seguía oprimiéndole el pecho.

CAPÍTULO 34

Eira hablaba cada vez menos con Alen. La distancia se hacía evidente: siempre era ella quien llamaba, y cada conversación parecía más fría que la anterior. Para no perderlo del todo, se refugiaba en los recuerdos, rebuscando en ellos alguna chispa capaz de arrancarle una sonrisa.

Con sus amigas lograba evadirse, reír, bailar, sentir que aún quedaba ligereza en su vida. Quizá por eso se envalentonó y decidió llamar a Eddy, el chico del pub. Al principio fue emocionante: un par de citas, charlas largas, algún que otro beso robado. Por momentos, Eira llegó a pensar que él podía ser la tabla de salvación que necesitaba para dejar de pensar en Alen.

Eddy tenía muchas virtudes: trabajador, simpático, educado, con facilidad para tratar a la gente. Sin embargo, había en él una seriedad que lo hacía menos espontáneo, y Eira lo notaba. Aunque le tenía aprecio, no conseguía mirarlo con ojos de pareja. Para ella, era más un buen amigo que otra cosa.

Eddy, en cambio, sí se sentía atraído de verdad. Le costó aceptar la decisión de Eira, pero prefirió no perderla y se conformó con el papel de amigo. Ella también lo entendía: descubrir que otra persona no lograba ocupar el lugar de Alen fue doloroso, pero al menos había aprendido algo. Estar con alguien más no bastaba para borrar lo que aún llevaba grabado en el corazón.

Eira seguía volcada en su trabajo, alternando las actuaciones en teatros con su labor como ayudante de coreografía en la escuela. La

rutina cambió con la llegada de una nueva coreógrafa: Nina. Tenía apenas treinta años, venía de Austria y, aunque ya no pisaba los escenarios, en su país era una figura reconocida. Desde el primer día dejó claro que su método era estricto y sin concesiones. Eira comprendió que tendría que esforzarse al máximo si quería estar a la altura.

Al mismo tiempo, decidió darse un pequeño lujo: comprarse un coche de segunda mano, un Ford Fiesta rojo. Aquella adquisición le dio una nueva sensación de independencia. Ahora podía moverse con más libertad, improvisar visitas y, sobre todo, acercarse con más frecuencia a Maribor para pasar tiempo con su hermana Olivia y con sus abuelos. Cada viaje se convertía en un respiro, un recordatorio de que, más allá de la exigencia y las tensiones, seguía teniendo un hogar donde encontrar calma.

CAPÍTULO 35

En Cádiz:

Joel y Ágata esperaban la respuesta de Roque con un nudo en la garganta.

—Siento decirte que se trata de Marco —dijo al fin, con la voz grave.

El rostro de Ágata se desencajó.

—No puede ser… —murmuró, temblorosa.
—¿Estás seguro? —preguntó Joel, como si aún buscara una rendija de esperanza.
—Sí, lo siento mucho.

Ágata respiraba agitadamente, presa de los nervios.

—¿Y por qué mi madre no me ha dicho nada?
—No quería preocuparte —explicó Roque.
—¡Joder! —estalló Joel, apretando los puños.
—Tengo que ir a verlo con mis propios ojos —dijo

Ágata, con la voz quebrada.

—Sí, vamos —asintió Joel sin pensarlo.
—Os acompaño —se ofreció Roque.
—No, mejor no —respondió Joel con frialdad.

—Yo voy para allá igualmente.
—Haz lo que quieras —zanjó Joel, antes de subir al coche con Ágata, que contenía a duras penas las lágrimas.
—Tranquila —susurró mientras conducía—. Quizá se hayan equivocado.

Ágata no contestó. Tenía la garganta cerrada, un mar de pensamientos atropellándose en su cabeza. —Después de tanto tiempo buscándole, después de haberle encontrado vivo… ¿y ahora qué iba a decirle a su madre? —
Cuando llegaron a la comisaría, Roque ya estaba allí, hablando con el comisario y acompañado de su compañero. Joel alcanzó a ver a su madre saliendo del baño, con los ojos enrojecidos.

—¡Mamá! —la llamó, corriendo hacia ella.

Ella lo abrazó de inmediato, rota en sollozos.

—Marco… Marco está muerto —dijo, derrumbada contra el pecho de su hijo.
—Tranquila, mamá. ¿Estás segura? ¿Dónde está?
—Lo he visto en el depósito. Ágata… hola. Lo siento, tu padre…

Ágata tragó saliva con dificultad, intentando no derrumbarse.

—Sí, lo sé. Voy a verle.
—¿Y Noé? —preguntó Joel, preocupado.
—Se lo he dejado a tu tía.
—Vale, mejor vete a casa, mamá. Descansa.

Joel tomó la mano de Ágata con firmeza.

—Vamos a hablar con el comisario. Tenemos que saber qué ha pasado… y después podrás verle.
—No paséis, yo os acompaño al depósito. El comisario tiene una llamada importante. Y Cintia, ahora te llevo —dijo Roque.
—Pero, ¿saben que ha pasado? —dijo Joel.
—Le han encontrado en la playa de cortadura, entre las dunas. Tenía una puñalada en el corazón. Cuando le hagan la autopsia determinaran más detalles —dijo Roque.
—¿En serio? ¡lo han asesinado! —dijo gritando Ágata.

—Tranquila, vamos a verle —dijo Joel intentando tranquilizarla y aguantando el tipo como podía.
—Está bien.

Bajaron al depósito sin apenas cruzar palabra. A cada paso, las piernas de Ágata temblaban más, como si pesaran toneladas. Roque los dejó allí, marchándose para llevar a Cintia a casa.
Cuando entraron, el silencio del lugar la envolvió. Y entonces lo vio. El tiempo se detuvo de golpe: su padre estaba allí, inmóvil, ajeno al mundo. Ágata quedó paralizada, observando su cuerpo con la intensidad con la que se contempla un monumento que duele. La falta de aire la golpeó de improviso, como si el pecho se le cerrara.
Sus ojos permanecían fijos, incapaces de parpadear, incrustados en aquella figura que tantas veces había imaginado encontrar con vida. En un instante fugaz, su mente recorrió todos los momentos de búsqueda, todas las ilusiones, todas las esperanzas que ahora se desmoronaban. Un suspiro profundo sacudió su cuerpo y rompió el embrujo.
De pronto, como despertando de un trance, giró sobre sí misma y salió corriendo, con las lágrimas desbordando su rostro. Corrió por el pasillo hasta llegar al baño, donde se encerró de golpe. Joel, angustiado, la siguió y llamó suavemente a la puerta.

—Ágata, ¿estás bien? —dijo detrás de la puerta.
—Ya salgo, déjame un momento —respondió mientras secaba sus lágrimas.
—Vale, te espero aquí.

Salió del baño y regresaron al depósito. Aquel 28 de octubre quedaría marcado para siempre en la memoria de Ágata. Joel la rodeó con los brazos mientras ella, alzando la mirada al cuerpo yacente de Marco —su padre, su Max—, sentía que la vida se le desgarraba en silencio.
Más tarde, subieron las escaleras. Cada peldaño era un suplicio: el cuerpo de Ágata parecía hecho de cemento, las piernas apenas la sostenían y la cabeza se inclinaba hacia el suelo, como si le pesaran mil pensamientos. Sus ojos, secos de tanto llorar, seguían abiertos sin parpadear, como si estuviera bajo un hechizo.

Al llegar arriba, vio que el despacho del comisario estaba libre y, sin pensarlo, entró con brusquedad, sin llamar.

—Comisario, ¿qué ha pasado con Marco? ¿Quién lo ha matado? —exigió, alzando la voz cargada de rabia y desesperación.
—Lo siento, comisario —intervino Joel, intentando excusarla.
—El hombre los miró con seriedad, aunque sin perder la calma.
—No pasa nada. Entiendo la situación. A ver, señorita: todavía no sabemos nada. Mis agentes están trabajando en ello, estamos recogiendo pruebas y buscando al asesino. Pero debe comprender que todo esto es confidencial. Sé que usted es inspectora y por eso le hablo con franqueza, pero tendrá que canalizar la información a través de su superior. Yo veré qué puedo hacer. Y, por favor, la próxima vez llame a la puerta. Esta vez lo paso por alto porque conozco a la familia de Joel, y porque Roque ha trabajado aquí con nosotros y está a punto de reincorporarse. Ahora, si me disculpan, debo continuar con mi trabajo.
—Es que necesito… —intentó insistir Ágata.
—Vamos, Ágata —la interrumpió Joel, tomándola suavemente del brazo y sacándola del despacho.
—Está bien —murmuró ella, resignada.
—Vámonos a casa.
—Vale.

Se subieron al coche. Durante el trayecto, Joel no dejaba de lanzarle miradas a Ágata, preocupado por su silencio y la forma en que sus ojos parecían perdidos, como si la realidad aún no terminara de encajar en su mente.
Al llegar a casa, Joel llamó por teléfono a su madre para saber cómo se encontraba. Fue su tía Sara, la hermana de Cintia, quien respondió. Le dijo que, por fin, se había conseguido dormir, y que no se preocupara, que ella se encargaría de cuidarla y de atender también al bebé.
Ágata no tuvo fuerzas para hablar con su madre. Se sentía agotada, con la cabeza pesada y el cuerpo vacío. Apenas tuvo voluntad para ponerse el pijama y dejarse caer en la cama. Joel hizo lo mismo,

intentando disimular el peso de su propia tristeza para no aumentar la de ella.
Cuando se acostaron, él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Hablaron en voz baja un rato, palabras sencillas, casi susurros, que servían más para sentirse acompañados que para decir nada concreto. Poco a poco, entre silencios y caricias, el cansancio fue venciendo al dolor, hasta que al fin se quedaron dormidos, abrazados, como si en ese gesto encontraran el único refugio posible.

CAPÍTULO 36

En Zagreb:

A la mañana siguiente, Ágata reunió las fuerzas justas para llamar a su madre y contarle lo sucedido.
En casa, Eira se despertó sobresaltada por el sonido de unos sollozos. Miró el reloj: eran casi las doce. Salió de su habitación y caminó hacia el salón, donde encontró a su madre derrumbada en el sofá, llorando como hacía tiempo que no la veía llorar.

—Mamá, ¿qué pasa? —preguntó Eira, con el corazón encogido.
—Ven aquí, siéntate —respondió ella, intentando secarse las lágrimas.

Cuando Eira se acomodó a su lado, su madre inspiró hondo y, con la voz rota, explicó:

—Me ha llamado Ágata… y dice que tu padre…

Le contó todo lo ocurrido la noche anterior. Ambas quedaron paralizadas, incrédulas, incapaces de asimilarlo. La idea de que Max hubiera muerto de aquella forma las golpeaba con la violencia de lo imposible. El dolor se mezclaba con una rabia sorda, una impotencia que las dejaba sin aliento.

No había tiempo para detenerse demasiado en la pena. Tenían que preparar el equipaje: viajarían a Cádiz para el funeral. Cintia había decidido enterrarlo allí, y Ágata estaba de acuerdo. Cuando se lo contaron a su madre, ella también accedió, con un gesto cansado pero firme.
Mientras Opal, casi sin fuerzas, intentaba armar la maleta, llegó Olivia. Su abrazo fue un alivio, aunque breve: Mirko no podía acompañarla, su padre estaba enfermo y debía quedarse a cargo del negocio.
Eira la recibió con un beso y un abrazo fuerte, intentando transmitirle lo que las palabras no podían. Después se retiró a su cuarto. Allí, en soledad, con el peso de la noticia aun oprimiéndole el pecho, tomó el teléfono con una idea clara: tenía ganas de llamar a Alen.

Llamada

Alen: ¡Hola, preciosa! ¿Cómo estás? —dijo casi gritando, con un bullicio de fondo.
Eira: Hola… ¿Qué ruido es ese?
Alen: Han venido unos amigos que hacía tiempo no veía. Ya sabes, son un poco escandalosos.
Eira: ¿Tan pronto?
Alen: Sí, se van a quedar a comer. Voy a la habitación y me cuentas.
Eira: Bueno… si te pillo mal…
Alen: No, ¡qué dices!
Eira: Es que tenía ganas de hablar contigo. Hace tiempo que no hablamos y… en parte, es porque me voy a España…
Alen: ¿Y eso? —la interrumpió de inmediato.
Eira: Pues verás… a mi padre… a mi padre lo han encontrado muerto, con una puñalada en el corazón —dijo tragando saliva, mientras las lágrimas le empañaban los ojos.
Alen: ¿Quéee? ¿Pero qué dices? —exclamó sorprendido.
Eira: No sabemos muy bien lo que ha pasado. No he hablado directamente con mi hermana; mi madre me dijo que eso fue lo que contó Ágata. Hasta que no termine la autopsia no tendremos nada claro. Estamos preparando las maletas ya, creo que en uno o dos días será el funeral.

Alen: No me lo puedo creer… lo siento muchísimo, Eira. Si necesitas algo, aquí estoy.
Eira: Te necesito a ti —susurró, con un tono quebrado y suave.
De fondo se escuchó una voz femenina llamándole: — *¡Aleeen, vienes?*
Alen: ¡Sí, voy en un momento! —respondió él, intentando disimular.
Eira: Bueno, no quiero molestarte. Te dejo —dijo ella, molesta y herida.
Alen: ¿Qué dices? Tú no molestas. Es que… no sé qué decir en estos casos. Pero, si quieres, voy contigo al funeral. De París a Cádiz son dos horas y media o tres en avión. Sólo podría quedarme dos días, tendría que pedirle a mi hermano que me cubriera.
Eira: No hace falta. Sería mucho lío y una paliza. Nosotras estaremos tres o cuatro días, creo.
Alen: Bueno, lo miro a ver si puedo. Quiero estar contigo.
Eira: Vale, como quieras. Te dejo, tengo que seguir con la maleta.
Alen: Vale, cuando lo mire te llamo.

Eira se quedó pensativa tras colgar. No esperaba que Alen se ofreciera a ir al funeral; la idea le revolvió sentimientos contradictorios. Con la mente aun vagando en él y sin apenas darse cuenta, siguió metiendo ropa en la maleta de forma casi automática, como si sus manos trabajaran solas.
A la mañana siguiente se levantaron temprano. Su madre y Olivia ya estaban listas, con gesto cansado pero sereno, mientras Eira aún daba las últimas vueltas para asegurarse de no olvidar nada. El ambiente en la casa era silencioso, pesado, como si cada movimiento se hiciera con esfuerzo.
Pidieron un taxi para el aeropuerto. Ágata, siempre práctica, lo había dejado todo preparado con antelación: había reservado los billetes de avión y también el hotel en Cádiz, de modo que, al llegar, sólo tendrían que dejar las maletas y enfrentarse a lo inevitable.

TERCERA PARTE

TIEMPOS REVUELTOS

CAPÍTULO 37

En Cádiz:

Al cabo de unas horas, llegaron al aeropuerto de Jerez. Desde allí tomaron un taxi directo al hotel. En la entrada, Ágata las esperaba impaciente, caminando de un lado a otro.

—¡Hola, mamá! Hola, chicas —exclamó en cuanto las vio, corriendo a abrazarlas.
—Hola, hija —dijo su madre, fundiéndose en un largo abrazo con ella.
—Hola, Ágata —añadieron Eira y Olivia, que también la rodearon con sus brazos.

La reunión estuvo marcada por la emoción contenida, entre sonrisas débiles y ojos humedecidos. Mientras comentaban lo pesado del viaje, subieron juntas hasta la habitación.

—¡Vaya, qué habitación tan grande! —se sorprendió Olivia, recorriendo con la vista el espacio.
—Sí, así podemos estar las cuatro juntas —explicó Ágata, dejando el bolso sobre la cama. Acto seguido, se giró hacia ellas con expresión seria —. Tengo que irme ahora. Me han avisado de que ya tienen lista la autopsia. Vosotras acomodaos, y cuando vuelva os lo cuento.
—Está bien, hija —dijo su madre, resignada.

Ágata tomó el bolso y la tarjeta de la habitación, y se dirigió a la salida. Justo al atravesar la puerta del hotel, su teléfono empezó a sonar.

Llamada

Joel: Hola.
Ágata: Hola… ¿sabes ya lo de la autopsia?
Joel: Sí, me llamó mi padre hace un rato para decírmelo.
Ágata: Yo voy saliendo ahora mismo del hotel.
Joel: Espera, estoy de camino, te paso a buscar.
Ágata: No te preocupes, voy andando mientras tanto.
Joel: Está bien, salgo ya. Te alcanzo y te recojo en seguida.
Ágata: De acuerdo.

Ágata caminaba sin rumbo fijo, con la mente completamente ida. Daba vueltas y vueltas a la misma idea: ¿qué podía haber llevado a alguien a hacerle eso a su padre? La frustración la consumía; todo el esfuerzo invertido en encontrarlo parecía haberse desvanecido en un instante cruel.
El claxon de un coche la arrancó de golpe de sus pensamientos.

—¡Ágata! —gritó Joel desde la ventanilla.

Ella se apresuró a entrar en el coche.

—Hola.
—Hola —respondió él, mirándola con preocupación —. ¿Estás bien?
—Bueno… ya han llegado mi madre y mis hermanas.
—¿Y tu marido y tu hijo?
—Vienen mañana por la mañana. Mi marido tenía una reunión importante a la que no podía faltar.
—Vaya… —dijo Joel, con un matiz de decepción que intentó ocultar.

Ágata lo miró, con un suspiro cargado de sinceridad.

—Mira, Joel… lo que ha pasado entre nosotros ha estado muy bien, pero…
—No tienes que decirme nada —la interrumpió, tragando saliva —. Sé que tienes tu familia. Sabía lo que había desde el principio.

Ella lo sostuvo con la mirada, con un brillo melancólico en los ojos.

—No me arrepiento de nada. Eres un *tío* increíble —dijo en español, para remarcar la fuerza de sus palabras.

Joel sonrió, con el corazón encogido.

—Tú sí que eres una *tía* increíble —remarcó Joel.

Al llegar, Joel aparcó el coche y juntos se dirigieron al depósito. Gracias a la intervención del padre de Joel, pudieron hablar directamente con el patólogo.

—Buenas, soy Manuel Hernández. Pasad —dijo el forense, mientras los conducía a una pequeña sala.

Tras las presentaciones, Joel preguntó si podían hablar en inglés, y Manuel asintió antes de invitarlos a sentarse frente a su escritorio.

—Veréis —empezó el forense, el estudio clínico confirma que la causa de la muerte fue una lesión directa en el corazón provocada por un arma blanca.

Hizo una breve pausa antes de continuar:

—Tengo varias teorías. Lo más relevante es que la persona que le asestó la puñalada conocía a la víctima.
—¿Cómo que se conocían? —preguntó Ágata, con un hilo de voz cargado de incredulidad.
—No hay señales de resistencia, ni heridas defensivas, ni violencia previa. Marco no se defendió, lo que sugiere que confiaba en quien estaba frente a él.

Joel frunció el ceño.

—Eso no puede ser… siempre se llevaba bien con todo el mundo.
—Lo lamento, pero los hechos apuntan en esa dirección —respondió Manuel con calma profesional.

Se inclinó hacia ellos y añadió:

—Además, la cámara de un hotel cercano captó imágenes de Marco discutiendo con su agresor.

Ágata contuvo el aliento.

—Entonces ya sabéis quién fue.

—No exactamente —corrigió el forense —. La persona aparece de espaldas, con una capucha. Es imposible identificarlo. Lo único que podemos deducir es que parece un hombre corpulento… y que usó la mano izquierda para apuñalar. Es muy probable que fuera zurdo.

Ágata se adelantó en la silla, impaciente.

—Quiero ver esas imágenes.
—No estoy autorizado —dijo Manuel con firmeza —. Para eso debéis hablar con el juez. El comisario os dirá cómo proceder.

Ágata asintió, con la frustración brillando en su mirada.

—Lo sé. Hablaré con él.
—Hay otra posibilidad —añadió Manuel —. Podría tratarse de un ajuste de cuentas.
—Imposible. Eso no tiene sentido —saltó Ágata.
—No descartamos esa línea —insistió el forense.
—Yo tampoco lo creo —intervino Joel, apoyándola.

El doctor Hernández cerró la carpeta de informes.

—Eso es todo lo que puedo deciros por ahora. Debo dejaros.
—Joel se levantó primero.
—Gracias por atendernos.
—Sí… gracias —añadió Ágata, aunque la tensión en su voz dejaba claro que no estaba conforme.

Mientras caminaban hacia el coche, Ágata no dejaba de pensar en ir a ver al comisario. Necesitaba saber con qué juez tenía que hablar para acceder a las imágenes. Sin embargo, dentro del coche, el silencio se impuso. Joel no apartaba la mirada de ella, preocupado por su expresión ausente.

—Sé que no es lo que esperabas —dijo finalmente.
—No —respondió Ágata con la vista perdida —. No es lo que esperaba… pero descubriré quién ha sido.

Joel asintió con calma.

—Podemos ir a hablar con el comisario ahora, si quieres.
—Prefiero hacerlo mañana por la mañana. Hoy ya… no puedo más. ¿Te importa que pasemos por tu casa? Tengo que recoger mis cosas.

—Claro, vamos para allá —contestó él, aunque en su voz se notaba el cansancio.

Al llegar, Ágata comenzó a recoger sus cosas en silencio. Joel se acercó despacio.

—Puedes venir aquí cuando quieras —dijo suavemente.

Ágata se giró y lo abrazó con fuerza.

—Gracias. Por todo lo que has hecho por mí.
—No ha sido nada. Me ha encantado —susurró él, antes de rozarle los labios con un beso.

Ágata se dejó llevar. Los besos de Joel eran alivio y desahogo, pero también deseo. El olor fresco de su piel la invitaba a acercarse más, a olvidar por un instante el peso que llevaba encima. Poco a poco, sus mentes se desconectaron de todo lo demás: las ropas fueron cayendo al suelo, hasta que quedaron desnudos. Joel recorrió su piel con caricias y besos, dibujando un camino lento hasta arrancarle una risa breve, dulce, que se mezcló con sus gemidos de placer.
El tiempo pareció detenerse. La habitación estaba iluminada, pero Ágata solo veía la luz de Joel, la chispa que en ese momento lo llenaba todo.

—Nadie me había besado como tú —susurró ella, con una ternura inesperada.
—¿Eso quiere decir que te gusta? —respondió él en el mismo tono.
—Sí… así he querido siempre que me besaran.
—Y a mí me gusta mucho cómo lo haces tú —confesó Joel, sonriendo.

El hechizo duró un rato más, hasta que Ágata suspiró con resignación.

—Tengo que irme.
—Quédate un poco más —pidió él, volviendo a besarla.
—Debo irme —repitió, vistiéndose despacio, sin ganas de marcharse. Nos vemos mañana por la tarde, en el funeral.
—Sí… pero espera, te llevo yo.
—Puedo pedir un taxi.

—Lo sé, pero quiero llevarte —dijo él, con una sonrisa suave.

Ágata cedió.

—Está bien.

Así lo hizo Joel: la llevó hasta el hotel y, antes de despedirse, se dieron un beso largo, cargado de deseo y complicidad. Ágata subió a la habitación con el pulso acelerado.

—Hola, ya estoy aquí —anunció al entrar.
—Eira la miró desde la cama con gesto serio.
—Hola… ¿Quién era ese chico? —preguntó con un tono acusador —. Os he visto por la ventana.

Ágata vaciló un instante antes de responder.

—Bueno… es Joel, el hijo de Cintia. ¿Dónde están mamá y Olivia? —intentó desviar la conversación.
—Se han bajado a picar algo. ¿Y qué pasa con Joel? ¿Te has liado con él?

Ágata respiró hondo.

—Verás… no tengo ganas de explicarte nada. Pero sí, he estado con él. Filip y yo no estamos bien y…
—¡¿Pero estás loca?! ¡Cómo se te ocurre! No lo entiendo —exclamó Eira, molesta.
—Para, no sigas por ahí. No es el momento. Además, tampoco espero que lo entiendas.
—Pues explícamelo. Ahora es el momento —insistió Eira, cruzándose de brazos.
—Está bien, siéntate —se acomodó en una de las butacas junto a la ventana, invitando a su hermana a hacer lo mismo.

Eira obedeció, expectante. Ágata, con voz pausada, le contó por encima lo que había pasado con Joel. Al menos, compartirlo le aligeró un poco el peso que llevaba dentro.

—Y ahora… ¿qué va a pasar? ¿Qué vais a hacer? —preguntó Eira, más calmada pero aún con incredulidad.
—No lo sé, la verdad. Con él estoy muy a gusto y es un encanto.

Eira la observó unos segundos en silencio, hasta que dejó escapar una sonrisa irónica.

—Creo que te has enamorado.
—¡Nooo! —respondió Ágata, casi a la defensiva, aunque sus mejillas se tiñeron de un leve rubor.
—¡Siii! —dijo Eira con una sonrisa nerviosa.
—Vale, déjalo ya —replicó Ágata, intentando cortar el tema.
—Pero si ya no quieres a Filip, deberías divorciarte.
—Aún le quiero… aunque es verdad que desde hace tiempo ya no estoy enamorada de él. Siempre estamos discutiendo.

En ese momento la puerta se abrió y entró Opal.

—Hola. ¿Qué te han dicho de la autopsia?
Detrás apareció Olivia, expectante.
—Eso, cuéntanos —insistió.
—Sí, cuéntanos —repitió Eira.

Ágata respiró hondo y les relató con detalle lo que el patólogo les había explicado. Aun así, ninguna de ellas lograba asimilarlo. ¿Quién podía odiar tanto a Max como para matarlo? La idea era tan absurda como dolorosa.
Opal, al imaginar la escena de un individuo hundiendo un cuchillo en el corazón de su marido, sintió que las fuerzas le abandonaban. Se llevó una mano al pecho, como si el aire le faltara, y estuvo a punto de desvanecerse. Su corazón se aceleró con violencia; la rabia se mezclaba con la impotencia, y las lágrimas comenzaron a correrle por las mejillas sin contención.
Eran lágrimas tan desbordadas, tan contagiosas, que sus hijas no pudieron resistirse. Pronto las tres la acompañaban en un llanto compartido, fundidas en un mismo dolor.
Cuando por fin lograron calmarse, la tarde había dado paso a la noche. Bajaron al restaurante del hotel y picaron algo ligero, sin demasiado apetito. Después regresaron a la habitación, agotadas por las emociones del día.
Las cuatro se acomodaron en las camas y, casi sin proponérselo, comenzaron a recordar vivencias con Max: anécdotas de la infancia,

frases que solía repetir, gestos que solo él tenía. Entre risas que afloraban como un respiro y sollozos que volvían a quebrar la voz, pasaron un largo rato compartiendo recuerdos.

El llanto regresaba una y otra vez, pero también la calidez de lo vivido. Esa mezcla de tristeza y cariño terminó por arrullarles el sueño. Poco a poco, se fueron quedando dormidas, abrazadas por la memoria de Max.

CAPÍTULO 38

El viento soplaba con fuerza, arrastrando las hojas secas que danzaban por el suelo como si la naturaleza entera participara en una despedida. Sin embargo, el sol brillaba alto, iluminando un día que parecía hermoso para decir adiós a Max.
Ágata fue la primera en levantarse. Se dio una ducha rápida, se vistió con cuidado y tomó su bolso y la tarjeta de la habitación. Justo cuando iba a salir, escuchó la voz adormilada de su hermana.

—¿Dónde vas? —preguntó Eira, incorporándose en la cama.
—Voy a desayunar, necesito un café. No quería despertarte.
—Voy contigo.
—Vale, te espero abajo y cojo mesa.
—De acuerdo.

Eira se vistió deprisa, y en ese momento también despertaron Olivia y su madre. Finalmente, las cuatro bajaron juntas y compartieron el desayuno, en un silencio extraño, donde cada palabra parecía medida y cada sorbo de café sabía a nudo en la garganta.
En medio de esa calma tensa, el teléfono de Ágata comenzó a sonar.

Llamada

Ágata: Hola, Filip.
Filip: Hola, ya estamos en la puerta del hotel, ¿en qué habitación estáis?
Ágata: Voy para allá estamos terminando de desayunar. Es la 212. Pero la vuestra es la 214.
Filip: Vale, voy haciendo el check-in.

Ágata: Ok.

Ágata se dirigió a la recepción y allí, para su alegría, vio a su marido y a su hijo. Un brillo de alegría iluminó su rostro. Sin pensarlo, corrió hacia el pequeño, lo alzó en brazos y lo cubrió de besos interminables, como si quisiera recuperar en un instante todo el tiempo de ausencia.

A Filip apenas le dedicó un beso rápido, casi protocolario, antes de volver a volcar toda su atención en su hijo. Los tres subieron juntos a la habitación para dejar las maletas. Apenas habían terminado de acomodarse cuando llamaron a la puerta.

Al abrir, se encontraron con Eira, Olivia y Opal. Los saludos se entrelazaron en abrazos, sonrisas contenidas y palabras que sonaban más cálidas de lo habitual, como si todos supieran que aquel día necesitaban más que nunca la cercanía familiar.

Llamada

Eira: ¡Alen! Estaba esperando tu llamada —dijo con voz preocupada.

Alen: Hola, Eira. Lo siento mucho, pero no puedo ir. Estoy en el hospital. Mi madre se cayó esta mañana por las escaleras y se ha dado un buen golpe. Tiene una costilla rota, un esguince en el tobillo y otro en la muñeca.

Eira: ¡Dios mío! ¿Pero está bien?

Alen: Sí, está fuera de peligro. Pero no hay nadie que pueda quedarse con ella hoy, y no quería dejarla sola. He tenido que cancelar el vuelo. Tenía todo organizado para ir, lo siento.

Eira: No pasa nada, lo entiendo. Espero que se recupere pronto.

Alen: Seguro que sí. Aunque ya puedes imaginar que el baile, por un tiempo, se ha terminado. Bueno, ¿y tú? ¿Cómo estás? ¿Y tu familia?

Eira: Imagínate… esto es un drama para todos. Pero, en fin, hay que pasarlo respondió con un tono melancólico.

Alen: Te dejo, ha venido la enfermera. Después te llamo. Besos.

Eira: Vale. Besos.

Al colgar, Eira se quedó con un nudo en la garganta. La desilusión pesaba más que sus palabras de comprensión. Había esperado que Alen estuviera allí con ella, para sostenerla y darle un respiro en medio del dolor, pero la realidad la devolvía a la soledad de sus pensamientos.

Al cabo de un rato, toda la familia estaba preparada para ir al velatorio. “Preparada” era solo una forma de decir: para un velatorio nadie lo está nunca.
Cuando entraron en la sala destinada a la despedida, el ambiente se volvió denso, cargado de silencios y miradas contenidas. Vieron a Cintia junto a Joel, rodeados de familiares, amigos y vecinos. Los saludos fueron sobrios, acompañados de gestos solemnes y miradas que, sin palabras, lo decían todo. La situación resultaba extraña y dolorosa, como si el aire mismo se hubiera detenido.
Joel miraba a Ágata con cierta discreción, y ella, sin darse cuenta, en más de una ocasión devolvía esa mirada. Había entre ambos un silencio compartido, un entendimiento que no necesitaba palabras.
Opal y sus hijas se acercaron para ver por última vez a Max. Opal lo contempló con un aire de infinita tristeza. Allí estaba, el hombre con el que compartió tantos años de su vida, el hombre del que se había enamorado por completo, el padre de sus tres hijas. El mismo que un día el mar le arrebató sin dar explicación, dejándola sola, habitada por un dolor que nunca había cicatrizado.
Durante un tiempo, Opal había vuelto a soñar con la posibilidad de reencontrarse con él, de volver a abrazarlo, de sentir su olor y su calor. Pero frente a aquel cuerpo inerte, el mundo se le vino abajo de nuevo. Ya no había sueños posibles.
Sus hijas, destrozadas, apenas podían articular palabra. Olivia y Eira no se separaban de su madre, dándole apoyo con su sola presencia. Ágata, en cambio, buscó un respiro acercándose a Joel y a Cintia, compartiendo unos instantes de compañía en medio de la desolación. Filip, al verla, la observó con un aire de desagrado. Sin embargo, terminó por acercarse también, acompañado de su hijo, para unirse a Opal.
A las cuatro de la tarde comenzó el entierro. Aunque Opal y Max habían hablado en vida de incinerarse, Cintia no lo aceptaba: ella necesitaba un lugar físico al que acudir, un sitio donde llorarle y visitarle. Finalmente, decidieron enterrarlo.
La ceremonia fue tan dura como cabía esperar. Lágrimas, silencios, manos apretadas en busca de consuelo.

Antes de marcharse, Cintia se acercó a Opal. Le entregó una pulsera de cuero con una inicial en plata: la que Max llevaba puesta cuando lo encontraron. Era la misma que Opal le había regalado en su décimo aniversario de bodas. El gesto la quebró, pero también lo agradeció con todo su corazón. Se despidieron con un abrazo silencioso, sabiendo que aquel objeto se convertía en un puente entre el pasado y la memoria.
Opal no pudo contener el llanto al recordar el día en que le entregó aquella pulsera. Los ojos de Max se iluminaron con un brillo especial, y su sonrisa, entre asombro y ternura, le quedó grabada para siempre. No tardó ni un segundo en ponérsela en la muñeca y, desde entonces, nunca volvió a quitársela. Ese recuerdo ahora la atravesaba con la misma fuerza que el dolor de su ausencia.
Tras la despedida en el cementerio, la familia regresó al hotel. Cada paso de vuelta parecía más pesado que el anterior. Una vez en las habitaciones, Ágata buscó la de su marido y su hijo. Necesitaba pasar la tarde con ellos, sobre todo hablando con su hijo, como si en sus palabras pudiera encontrar un respiro.
Se sentó con ellos, intentando forzar una conversación normal, entre gestos cansados y sonrisas a medias. Sin embargo, en medio de aquella frágil calma, el teléfono de Ágata comenzó a sonar.

Llamada

Ágata: Hola, ¿cómo estás? ¿Y tu madre? —preguntó apartándose un poco, para que Filip y su hijo no escucharan demasiado.
Joel: Hola… eso mismo iba a preguntarte yo. Pero ya te puedes imaginar cómo estoy.
Ágata: Mi familia también está destrozada y yo… bueno, ahora estoy
en la habitación con Filip y con mi hijo.
Joel: Ah… entonces te dejo, no quiero molestar —dijo con un tono nervioso, casi incómodo.
Ágata: Tranquilo, no molestas. Solo quería decirte que mañana nos vamos todos a Zagreb y…
Joel: ¿Tú también? ¿No te quedas? —la interrumpió, con un matiz de reproche en la voz.
Ágata: No puedo. Tengo que volver, arreglar las cosas en casa y en el trabajo. Además… quiero pedir que me permitan llevar el caso de mi padre.
Joel: Ya… lo entiendo. Que tengáis buen viaje. Adiós, Ágata.

Ágata: Joel, pero… —no le dio tiempo a terminar; la línea quedó en silencio. Joel había colgado.

Ágata se quedó con el teléfono en la mano, mirando a la nada. Por un instante quiso volver a marcar su número, pero se contuvo. El vacío de aquella despedida pesaba más que cualquier palabra no dicha.

—¿Va todo bien? —preguntó Filip con tono molesto.
—Sí… perfecto —respondió Ágata, sin ganas.
—¿Con quién hablabas? —insistió, con un matiz acusador en la voz.
—Con Joel, el hijo de Cintia. ¿Por qué lo preguntas?
—Porque veo que te llevas demasiado bien con él —dijo, elevando un poco el tono.

En ese momento, Marín intervino incómodo:

—Bueno, os dejo que sigáis *hablando*. Vuelvo luego.
—No pasa nada, ya hemos terminado —dijo Ágata.
—¡No! No hemos terminado —replicó Filip, alzando la voz.

Marín se marchó cerrando la puerta. El silencio duró apenas un segundo.

—Por mí sí. Hemos terminado. No tengo nada más que decirte —dijo Ágata, cada vez más alterada.
—¿Qué es exactamente lo que has terminado?
—Pues esto, Filip. Esta absurda discusión.
—¿Absurda? No me lo puedo creer, Ágata. A mí esto me supera. ¿Me vas a decir la verdad? ¿Me vas a decir que no has estado con él?

Ágata se quedó callada. Una breve pausa heló la habitación. Filip, con los ojos vidriosos, la miraba fijamente.

—Verás…
—¡Joder, Ágata! —la interrumpió él, golpeado por la sospecha —. No me jodas…

Ella respiró hondo, tratando de mantener la calma.

—Entre nosotros ya no hay nada. Hace tiempo que no tenemos intimidad y más de una vez he mencionado el divorcio, pero tú nunca quieres hablarlo.

—Porque te quiero. Sé que no lo entiendes, pero cada vez que intento acercarme, me rechazas. Nunca quieres hacer cosas conmigo. ¿O acaso ya no recuerdas todos estos años juntos?
—Claro que me acuerdo —dijo ella, firme —. Pero no intentes desviar la conversación.
—No la desvío… solo digo que… ¿no podemos arreglarlo?

Ágata lo miró con frialdad y compasión al mismo tiempo.

—Creo que no, Filip. Ya no siento lo mismo. No estoy enamorada de ti. Lo siento.

Él tragó saliva, luchando contra las lágrimas.

—Está claro que no es como al principio, que nos hemos distanciado. Pero yo… yo querría encontrar una forma de arreglarlo. —La abrazó, desesperado, como si ese gesto pudiera retenerla.

Ágata le devolvió el abrazo, pero lo hizo con la misma ternura con la que se consuela a un niño después de una riña. Por un instante, la emoción le sembró dudas, un destello de inquietud que casi la hizo flaquear. Pero de pronto, la imagen de Joel apareció en su mente: lo que había sentido en sus brazos, la pasión, la calma, el deseo. Eso fue suficiente para recuperar la claridad.
Con suavidad, apartó a Filip de su abrazo. Él, como último recurso, buscó sus labios y la besó con la esperanza de despertar en ella lo que ya no existía.

—No sigas, Filip. No puedo. Siento mucho esta situación. Sé que no es el momento, pero… quiero el divorcio.

Filip la miró con los ojos enrojecidos, conteniendo la rabia y el dolor.

—Eres… —se detuvo, apretando los dientes —. Bueno, mejor me callo. Muy bien, hablaré con mi abogado y arreglaré todo. ¡Si eso es lo que quieres!
—Sí —respondió Ágata con firmeza, sin vacilar.

Después de aquella conversación, regresó a la habitación donde la esperaban su madre y sus hermanas. Su hijo estaba allí, y en cuanto la vio entrar, corrió hacia ella para abrazarla. Ágata lo sostuvo con fuerza, antes de dejarlo ir con su padre.

La noche llegó con un cansancio inevitable. Las cuatro mujeres hablaron un rato, intentando consolarse unas a otras, hasta que poco a poco fueron cediendo al sueño. Solo Ágata permaneció inquieta, atrapada entre pensamientos que no la dejaban descansar.
A la mañana siguiente, toda la familia emprendió el viaje rumbo a Zagreb.

CAPÍTULO 39

En Zagreb:

Pasaron varias semanas. Finalmente, Ágata siguió adelante con los papeles del divorcio. Filip se marchó de casa y alquiló un apartamento cerca del trabajo, pero también lo bastante próximo para poder ver a su hijo. Marín lo entendió mejor que nadie: sabía que tarde o temprano llegaría ese momento, después de tantas disputas entre sus padres.

El muchacho, que acababa de cumplir dieciséis años, ya tenía todo preparado para marcharse a Estados Unidos a estudiar Criminología. Había adelantado varios cursos gracias a sus altas capacidades, y estaba listo para ingresar en la universidad. Sus padres estaban orgullosos de él, aunque la distancia les doliera. «*Marín no tendría problemas en los estudios, con sus altas capacidades y esa memoria fotográfica… es un crack*», pensó Ágata, y esa certeza la tranquilizó.

Aun así, había algo que no la dejaba en paz: Joel. Su sombra parecía acompañarla a todas partes. Lo sentía en cada árbol que cruzaba, en cada calle, en cada almohada que abrazaba por las noches. Pero no sabía nada de él. No volvió a llamarla, ni siquiera un mensaje breve. Un silencio que dolía más que la ausencia.

Para distraerse, seguía en contacto con la comisaría de Cádiz, empeñada en que la mantuvieran informada sobre los

interrogatorios y el curso de la investigación. En su trabajo había solicitado una excedencia: quería dedicar todo su tiempo a descubrir qué había pasado realmente con su padre. Su jefe no estaba convencido, pero al final cedió.

Gracias a su insistencia, consiguió que le enviaran la grabación del hotel donde aparecía la figura del asesino. La llevó a casa, se encerró en el despacho y, con los cascos puestos, dio al *"play"*. Se dispuso a ver y escuchar cada detalle con minuciosidad, como si en esos segundos de imágenes pudiera esconderse la clave.

Mientras tanto, Olivia seguía con su rutina: el trabajo, la ayuda en el *Bed*&*Breakfast* y los progresos en la decoración de su casa.

Eira continuaba con sus clases, sometida a la dureza de Nina, que la exprimía al máximo. Llegaba a casa agotada, y poco a poco su carácter fue cambiando. Con sus amigas aún reía, pero notaban el cambio: más distante, irritable y seria. Su eterna sonrisa parecía haberse dormido. Con la familia, cualquier cosa le molestaba; saltaba a la mínima, contestona, borde.

Opal, por su parte, tenía sus altibajos. La muerte de Max había sido un segundo golpe, tan brutal como un huracán. Volver a verlo había despertado en ella la ilusión de una vida juntos, de recuperar la sonrisa… y perderlo otra vez la había destrozado. Aun así, trataba de seguir adelante: el trabajo, la familia, incluso la vida social. Eva estaba siempre a su lado; iba con frecuencia a su casa para hablar, compartir un café o ver una película. "El tiempo lo cura todo", solían decir… pero nadie aclaraba cuánto tiempo hacía falta.

CAPÍTULO 40

Ágata llevaba horas en su despacho, con los cascos puestos, revisando la grabación una y otra vez. Rebobinaba, detenía, volvía a reproducir… pero por más que lo intentaba, no conseguía sacar nada en claro. En las imágenes no aparecía nadie más acercándose a su padre, tan solo aquella figura encapuchada.

Aun así, al detenerse en un fotograma y ampliar al máximo el zoom, algo llamó su atención: una huella distinta, apenas perceptible junto a las otras dos. Era diferente en forma y dirección. Podía ser de cualquiera que hubiese pasado por allí, sí… pero no podía descartarlo.

La imprimió y la observó con detenimiento, comparando, tomando notas. Luego guardó todo en la carpeta donde reunía cada fragmento de información sobre el caso. Su mente divagaba en todas direcciones, imaginando los pasos del asesino, reconstruyendo posibles movimientos, incluso contemplando la idea de que no hubiera actuado solo. ¿Qué podía haber motivado a alguien a clavar un cuchillo en el corazón de su padre? ¿Un ajuste de cuentas, una traición, un secreto?

Perdida en esas conjeturas, el sonido repentino de su móvil la sobresaltó. El timbre quebró el silencio de la habitación y le aceleró el pulso.

Llamada

Ágata: Sí —contestó con curiosidad, al no reconocer el número.

Caños: Buenos día. ¿Ágata Novak?
Ágata: Sí, soy yo, ¿Quién es?
Caños: Soy el inspector Caños. Le llamo de la comisaría de Cádiz. El comisario me ha comentado que necesitamos que venga, tenemos que interrogarla —habló directamente en inglés ya que contestó en ese idioma.
Ágata: Pero, a mí, ¿por qué? —dijo extrañada.
Caños: Es mero procedimiento. Nos falta su interrogatorio y alguno que otro más. ¿Cuándo podría venir?
Ágata: Pues, si hay vuelo, mañana mismo podría estar allí.
Caños: Bien, la esperamos en comisaría.

Ágata se puso nerviosa sin saber muy bien por qué; como si la ciudad en torno a ella se hubiese vuelto un rumor que no dejaba de crecer. Empezó a mirar vuelos y el hotel de siempre para mañana —esa costumbre que tendía puentes entre lo conocido y lo imposible.
Era viernes; llamó a su madre para contarle que se iba, y después a Filip, porque aquel fin de semana Marín se quedaría con él y necesitaba cerrarlo todo con una voz amiga.
Saltó entonces a la práctica doméstica: la maleta. Seleccionó ropa con manos que querían ser metódicas para contener la ansiedad. Abrió el neceser, colocó el cepillo de dientes, el pintalabios y sus pequeños tesoros con cuidado ritual. Metió el portátil y, con mayor devoción, la carpeta roja donde guardaba toda la información de su padre. Lo depositó en su maletín como quien confía en un secreto; al lado, la placa y la pistola, objetos que le recordaban la delgada línea entre su vida pública y aquello que la perseguía en privado. «*Papá, descubriré quién ha sido, no pararé*», se repetía en voz baja, como una letanía que la templaba.
Si volvía a Cádiz, pensó, adelantaría su excedencia: se quedaría el tiempo que hiciera falta para hurgar, preguntar, encontrar. Y, en el ruido de esos planes, se coló otro latido: ver a Joel, rozar la posibilidad de volver a estar juntos. Por la noche preparó un sándwich sin prisa; después, en pijama, sacó los papeles de la carpeta roja y los extendió sobre la mesa. Justo entonces sonó el timbre, y la casa —con toda su calma ensayada— dejó de ser un refugio.
Ágata abrió la puerta y se encontró con Marín al otro lado.

—¿Hola, hijo? ¿Qué haces aquí?, ¿pasa algo? —preguntó con un gesto de sorpresa.
—Hola, mamá —respondió él, dándole un beso rápido en la mejilla. No, no pasa nada… Solo quería despedirme de ti. Papá me dijo que te vas mañana.

Entró en el salón y se dejó caer en el sofá. Su mirada no tardó en subir hacia la mesa, donde los papeles estaban perfectamente ordenados.

—Sí, me voy mañana —dijo Ágata, mientras recogía los documentos con cierta prisa. ¿Quieres que te prepare algo?
—No, gracias. Ya he cenado —respondió, sin apartar los ojos de la mesa. ¿Qué son esos papeles?
—Nada… cosas de la investigación de tu abuelo —contestó ella, esquivando su curiosidad.

Marín ladeó la cabeza.

—¿Puedo verlos? A lo mejor puedo ayudarte.
—No, cariño, tú ya tienes bastante con tus cosas —intentó zanjar.
— Me gustaría verlos, de verdad.

Hubo un instante de silencio. Al final, Ágata cedió.
Está bien… toma.
Se sentaron juntos, repasando páginas y anotaciones. Ágata le explicó lo justo; aun así, vio en los ojos de su hijo cómo cada dato quedaba grabado, como si lo almacenara en secreto.
Pasado un rato, Marín se levantó. La abrazó fuerte antes de irse y salió sin decir mucho más. Su silencio la dejó inquieta.
Ágata apagó las luces, se metió en la cama y, mientras el sueño la eludía, repasó mentalmente las preguntas del interrogatorio que le esperaba al día siguiente. Afuera, la noche se sentía más densa que nunca.

CAPÍTULO 41

En Cádiz:

A la mañana siguiente, Ágata llegó a Cádiz. Había reservado en el mismo hotel de la última vez, el *Brilla*, un lugar que le resultaba casi un refugio por lo familiar. Tras dejar la maleta en la habitación y cambiarse de ropa, no perdió tiempo: se dirigió directamente a la comisaría.
El despacho del comisario estaba ocupado. Una joven agente uniformada esperaba de pie junto a la puerta, mientras un hombre de unos cuarenta años, vestido con vaqueros y un polo azul oscuro, salía del interior.

—Buenos días —saludó él en un castellano claro, antes de reparar en ella. ¿En qué puedo ayudarla?
—Buenos días —respondió Ágata, en inglés. Soy Ágata Novak. Busco al inspector Caños.
—El hombre sonrió, reconociendo el nombre. Su respuesta, en un inglés torpe pero suficiente, la tranquilizó.
—Ah, sí. Le estaba esperando. Por aquí, por favor. Venga a mi despacho.

Caminaron por el pasillo, y al entrar, el inspector Caños se acomodó tras su mesa. Se puso las gafas, sacó una hoja en blanco de un

cajón y la colocó con precisión frente a él, junto a un bolígrafo.
Ágata lo observó con rapidez, como quien descifra un retrato en segundos: tendría unos cuarenta años, llevaba aún la marca blanquecina del anillo en el dedo anular —signo de un divorcio reciente, pensó—. Su cabello negro contrastaba con sus ojos oscuros, profundos y vigilantes. De estatura media, sus rasgos transmitían cierta calma, casi angelical, aunque en la forma de moverse había algo firme, casi militar, que imponía respeto.
El despacho quedó en silencio unos instantes. El bolígrafo golpeó suavemente la mesa en manos de Caños antes de que levantara la vista hacia ella.

—Bien, señorita Novak—dijo finalmente. Dígame, ¿qué sabe de la investigación de su padre?
—Ágata por favor.
—Está bien, Ágata. Voy a proceder con el interrogatorio. ¿Está de acuerdo?
—Sí, claro.
—Por lo que sabemos, Marco era su padre.
—Max, se llamaba Max.
—Sí, es cierto, su verdadero nombre era Max.
—Era mi padre, sí.
—Desapareció el 10 de julio de 2000, en Croacia. En el informe dice que salió con el barco a pesar de la meteorología. Iba con dos personas más, una pareja, de la cual no se ha sabido nada más de ellos.
—Así es.
—Cuando vino por primera vez a Cádiz, ¿qué es lo que hizo?
—Pues vine porque tenía cierta información de mi padre y… —le explicó todo.
—Se lo pregunto para situarme, aunque lo pone en el informe que adjuntó en su día, quería que me lo contase mejor. ¿Qué hizo la semana antes del 20 de octubre?
—Mi padre iba a volver con nosotras a Croacia para ver si le venía algún recuerdo. Hablaba con él, iba a su casa, cosas así… —siguió contándole.

—¿De qué conoce a Joel?, el hijo de Roque.
—Bueno, somos amigos, él me ayudó.
—¿Es cierto que mantuvo una relación sentimental con él?
—Eso qué tienes que ver.
—Solo es una pregunta.
—Sí, he estado con él.
—¿Ha visto o notado, algo sospechoso en él?
—No. Claro que no.
—¿Y en Cintia?, su madre.
—Tampoco. Pero, ¿Por qué no se dedican a buscar al verdadero culpable y dejan de preguntar esas cosas?
—Tengo que hacerle esas preguntas.
El interrogatorio prosiguió unos minutos más. Al terminar Ágata estaba algo molesta.
—Tengo entendido que se quedará un tiempo por aquí. Toda la información que le pueda facilitar, se la haré llegar. En el informe de la cámara de seguridad del hotel, hemos descubierto más huellas a parte de la de la víctima y el agresor.
—Lo sé. ¿No tienen nada nuevo?
—Por el momento, no. Ya se puede marchar, gracias. Ahí viene mi número para cualquier cosa —le dijo dándole una tarjeta.
—Vale, gracias —dijo saliendo por la puerta.
Ágata cogió un taxi y sin ninguna especulación, fue a casa de Joel. Estaba impaciente por verle, pero inquieta por la forma que reaccionó cuando se fue. No había sabido nada de él y no sabía con lo que se iba a encontrar cuando le viera.

Era ya casi la hora de comer y ella suponía que era probable que estuviese en casa. Cuando llegó, se bajó del taxi y llamó a la puerta.
—¡¡¡Ágata!!! Pero… ¿qué haces aquí? —exclamó Joel, sorprendido.
— Hola, Joel —contestó ella, sonriendo mientras lo abrazaba.
—Pasa, pasa. Qué sorpresa. ¿Cómo estás? —le dijo, dándole dos besos en la mejilla, siguiendo la costumbre española.
—Bien… ¿y tú? —respondió Ágata, aunque su mirada se desvió hacia el sofá. Veo que tienes compañía, quizá debería venir en otro momento.

—No, no, nada de eso —replicó él con rapidez. Es Kike, un amigo. Con todo lo que pasó, no habías tenido la oportunidad de conocerlo.
—Hola, soy Kike —dijo el hombre levantándose un poco.
—Hola, Ágata —respondió ella.
—Íbamos a pedir comida china, ¿te gusta? —preguntó Joel, tomando la carta entre las manos.
—Sí, claro, pero no quiero molestar.
—No molestas —aseguró él.
—Quédate —añadió Kike. Yo llamo y la pido. Voy a la cocina y así podéis poneros al día.

Cuando Kike salió, Joel se recostó en el respaldo del sofá y la observó unos segundos en silencio.

—Bueno… ¿y cómo estás?

La intensidad de sus ojos hizo que Ágata se removiera incómoda.
—¿Por qué me miras así?
—Porque te he echado de menos —respondió él, sin apartar la mirada.

El aire se volvió denso. Ágata no contestó; no se esperaba aquello y, por un instante, sintió un impulso irrefrenable de besarlo. Para romper la tensión, cambió de tema:

—¿Cómo está tu familia?
—Mi madre es la que peor lo lleva, pero es fuerte… tira "pa'lante" por el pequeño. Mi tía siempre está con ella.
—Supongo que es duro —murmuró Ágata.
—Sí, aunque yo ayudo en todo lo que puedo. Pero… aún no me creo que estés aquí —añadió con una leve sonrisa.
—Me llamaron de la comisaría —dijo ella, bajando la voz. Me han estado interrogando.
—¿A ti? —preguntó, sorprendido.
—Sí, pero tranquilo, todo bien.

En ese momento apareció Kike, entrando con energía.

—¡Ya está! En media horita lo traen —dijo, dejándose caer en el sofá.

—¡Genial! —respondió Joel.
—¿Y de qué os conocéis? —preguntó Ágata, curiosa.
—Desde el colegio —contestó Kike con naturalidad. Amigos de toda la vida.

Al poco llegó la comida. Comieron los tres entre risas y preguntas, pero cada tanto, las miradas entre Ágata y Joel se encontraban, difíciles de disimular.
Al terminar, Kike se levantó.

—Bueno, chicos, yo os dejo. He quedado con la familia para tomar café. Es el cumple de mi abuela. Aunque estoy lleno, no me cabe ni un trozo de tarta —bromeó.
—Vale, hablamos luego —dijo Joel.
—Sí, encantado —añadió Kike.
—Igualmente —respondió Ágata con una sonrisa.

Cuando la puerta se cerró, el silencio volvió a instalarse entre ellos. Joel se levantó hacia la cocina.

—Bueno… ¿quieres un café?
—Sí —contestó ella. Con leche.

Al rato volvió con los cafés y se sentaron juntos en el sofá.

—Te lo tengo que preguntar, si no reviento —dijo Joel, mirándola con una mezcla de temor y esperanza—. ¿Qué ha pasado con tu marido?, ¿habéis arreglado las cosas?
—Bueno… en realidad, nos estamos divorciando —confesó ella.

Joel tragó saliva. Durante un instante bajó la vista, pero no pudo contener una sonrisa apenas disimulada.

—Pues… lo siento y, a la vez, me alegro —admitió en voz baja.

Ágata arqueó una ceja.

—¿Así que te alegras?
—Sí, Ágata, sí. Ya sé que hablamos de que lo nuestro se quedaría en el pasado, pero… en este tiempo me he vuelto loco. No sabía qué pensar. Muchas veces quise llamarte, pero no me atrevía. Y ahora que te tengo aquí, sé que también querías verme. Si no, no hubieras venido.

Ágata lo miró con los ojos brillantes.

—Claro que quería verte. Yo también te he echado de menos.

Ya no hubo más palabras. Joel se inclinó y sus labios encontraron los de ella. El beso fue urgente, intenso, como si hubieran estado conteniéndose demasiado tiempo. Los corazones de ambos retumbaban como tambores, y el mundo alrededor se desvaneció.
Se abrazaron con fuerza, perdiéndose entre besos que parecían no tener fin. La pasión, contenida durante meses, explotó con la naturalidad de algo inevitable. Todo en ellos encajaba, como dos piezas destinadas a unirse.
Más tarde, exhaustos y envueltos en la calma después de la tormenta, permanecieron tumbados, respirando aún agitados. Joel se giró hacia ella y, sonriendo, rompió el silencio:

—Guau… eres increíble, Ágata.

Ella le acarició la mejilla con ternura.

—Tú también lo eres.

Joel se incorporó un poco.

—¿Hasta cuándo te quedas?
—He pedido una excedencia de un año.
—¿Un año? ¿En serio? —exclamó, sorprendido y feliz a la vez, antes de besarla de nuevo.
—Sí.
—Entonces te quedarás aquí conmigo, ¿verdad? No quiero que estés en un hotel. Todavía tienes tu habitación aquí, y… no te molestaré. Bueno, quizá un poco —añadió con una sonrisa traviesa, acercándose a besarla otra vez.

Ágata rio suavemente.

—Vale, vale, me has convencido.
—Me alegro —dijo él, con ese encanto natural que siempre la desarmaba.
—Si quieres, luego vamos a por mí maleta al hotel.
—Perfecto.

Ese fin de semana lo pasaron juntos, entre recuerdos de lo vivido y promesas sin decir en voz alta. Redescubrieron la complicidad de antes, y al mismo tiempo, construyeron nuevos momentos que los unieron todavía más.

Como un tren de alta velocidad, así transcurrían los días. Ágata no descansaba en su empeño por desentrañar el misterio de la muerte de su padre, aunque de momento no había logrado hallar nada nuevo. Los interrogatorios se habían detenido: según el inspector Caños, no quedaban testigos a los que convocar por el momento. Incluso Joel y la madre de Ágata habían pasado por la sala de preguntas.

Aun así, Caños no se detuvo. Recorrió Cádiz de punta a punta, siguiendo hilos invisibles, buscando cualquier pista que pudiera abrir una grieta en el silencio. Ágata le estaba profundamente agradecida; era el único que mostraba verdadero interés en el caso, el único que no lo daba por cerrado.

Mientras tanto, su vida con Joel discurría en un terreno completamente distinto. Entre ellos había nacido una euforia desbordante, una aventura de emociones y sensaciones que ambos parecían incapaces de detener. Cada encuentro era un descubrimiento, un salto al vacío que los unía más de lo que querían reconocer. Ágata se sorprendía a sí misma: con Joel estaba viviendo experiencias que jamás había imaginado. Filip, en comparación, había sido rutina; lo suyo era una vida medida, sin sorpresas, con un amor que había caído en la monotonía. Joel, en cambio, la hacía sentirse viva.

Por su parte, Marín había iniciado su propia etapa lejos de todo aquello. Instalado ya en una residencia universitaria en Estados Unidos, compartía habitación con dos compañeros y se enfrentaba al vértigo de los primeros días de clase. Todo era nuevo: las aulas, los

rostros, la ciudad. Su vida también había entrado en un ritmo de tren de alta velocidad.

CAPÍTULO 42

En Zagreb:

Opal poco a poco comenzaba a remontar su vida. Se aferraba a su trabajo, a su rutina diaria, como si fueran anclas que la mantenían a flote. Volvió a animarse a salir más de casa y, en ese proceso, su amiga Eva se convirtió en su medicina, en su desahogo más sincero.
De vez en cuando hablaba por teléfono con Marcus. Aquellas conversaciones eran pequeñas luces en medio de sus días grises. Aún no se sentía preparada para verlo en persona, mucho menos para empezar una relación. Él lo comprendía y siempre le repetía que se tomara el tiempo que necesitara, que estaría ahí cuando ella estuviera lista. Esa paciencia le regalaba un respiro.
Mientras tanto, la vida de Eira transitaba por un camino mucho más agitado. Las clases se habían vuelto un suplicio: la nueva coreógrafa le exigía sin descanso y, además, no terminaban de conectar. La tensión crecía día tras día.
Con Alen apenas quedaba nada. Se habían distanciado casi por completo, hasta el punto de casi no hablarse. Había pasado casi un año, y para Eira ese vacío era insoportable. Había quedado atrapada en el hechizo de una historia de amor que, entendió tarde, había sido solo suya. Ella lo había idolatrado, y esa idealización fue lo que

terminó hundiéndola. Era como una melodía rota: aunque suene, nunca se apaga, y en su resonar constante no hay consuelo posible.
Cuando salía con sus amigas, algo en su comportamiento había cambiado. Estaba más apática, distante. Rechazaba de plano a cualquier chico que intentara acercarse; lo hacía con rabia, casi con desprecio. No comprendía que aquello no era más que la herida del desamor, abierta y sangrante.
Con el tiempo, sin embargo, esa rabia mutó en lo contrario: pasó de no querer que nadie se acercara a desear que lo hicieran todos. Empezó a vivir sus primeros *"rollos"*: un beso aquí, una caricia allá, y con alguno que otro llegó incluso a algo más.
Sus amigas trataban de entenderla y, en la medida de lo posible, aceptaban sus decisiones. Pero el malestar no se quedaba ahí. Eira también comenzó a discutir con su madre: cualquier gesto le parecía una ofensa, cualquier palabra un ataque. Sus respuestas se volvían lanzas que atravesaban el corazón de ella. Olivia, su hermana, intentaba tender puentes, le preguntaba una y otra vez por qué se comportaba así. Pero Eira se cerraba, como si no quisiera escuchar nada.
Ella seguía perdida en otro mundo, en una versión de sí misma que no terminaba de reconocer. Se empeñaba en repetir a todos que estaba bien, pero quienes de verdad la conocían sabían que aquello no era cierto. No podían hacer mucho más que acompañarla en silencio, esperando a que encontrara su propio rumbo.
En ese proceso apareció Sam. Un chico del barrio, alguien cercano, con quien se cruzaba desde siempre. Una noche coincidieron en un pub, entre risas y copas, y empezaron a verse con más frecuencia. Sam no la llenaba del todo, pero era alguien con quien podía hablar de cualquier cosa, incluso de Alen. Y Sam lo aceptaba. Sabía que Eira seguía atrapada en aquel amor imposible, pero se decía a sí mismo que, con el tiempo, ella terminaría olvidándolo.
Aquel sábado habían planeado ir al cine. Sam se adelantó a comprar las entradas, mientras Eira revisaba el móvil distraída. Fue entonces cuando sonó una llamada inesperada.
El nombre que apareció en la pantalla hizo que se le helara la sangre.

Llamada

Eira: ¡Alen! Qué sorpresa… ¿cómo estás? —dijo, con el corazón acelerado al reconocer su voz.
Alen: Hola, preciosa. ¿Qué tal te va todo? Hace mucho que no sé de ti.
Eira: Sí… es que, si yo no te llamo, tú tampoco lo haces —replicó con una mezcla de reproche y nostalgia.
Alen: Bueno, ahora soy yo quien te llama, ¿no? —respondió con una sonrisa implícita en la voz.
Eira: Sí… —dijo sin saber bien cómo continuar.
Alen: ¿Y qué haces ahora?
Eira: Estoy a punto de entrar al cine, ¿y tú?
Alen: He quedado con unos amigos para tomar algo. He tenido demasiado trabajo y necesito desconectar. Pero hoy sábado…
¿al cine? —dijo con cierto asombro.
Eira: Sí, estoy con un amigo.

Hubo un silencio breve, cargado de matices.

Alen: Ah… vale. Entonces te dejo, no quiero molestarte —su tono había cambiado, más serio, casi distante.
Eira: No me molestas. Te llamo mañana, ¿te parece?
Alen: Como quieras —contestó con voz apagada.
Eira: Vale… hasta luego. Un beso.
Alen: Sí, otro.

La llamada terminó y Eira se quedó mirando la pantalla del móvil, con el corazón todavía golpeándole el pecho. Se mordió el labio, intentando reprimir la sensación que la invadía. Por mucho que quisiera convencerse, era evidente: lo único que deseaba en aquel momento era estar con él.

—¿Estás bien? —preguntó Sam, algo cabizbajo.
—Sí… ¿entramos? —respondió Eira, sosteniendo las entradas en la mano.
—Claro.

Vieron la película y, al salir, caminaron en silencio hacia la casa de Eira.

—Estás muy callada hoy —dijo él, rompiendo el silencio —. Era Alen con quien hablaste antes, ¿verdad?
—Sí… aunque tampoco hablamos mucho, solo…
—Oye, no pasa nada —la interrumpió Sam, tomándola por sorpresa con un beso largo.

Eira apartó la mirada.

—Verás, Sam… estoy muy a gusto contigo, me lo paso bien, pero…
—Eso es suficiente. No me digas más. Sé que aún sientes algo por él.
—Entonces, si lo sabes, ¿por qué te empeñas en seguir?
—Porque me gustas demasiado. Y sé que yo también te gusto.
—Sí… pero no estoy enamorada de ti —dijo con sinceridad.
—Lo sé, pero puede que eso cambie —contestó él, con un brillo vulnerable en los ojos.

Después, la invitó a quedarse en su casa aquella noche.

—No tiene por qué pasar nada —le aseguró, acariciándole el rostro.

Eira aceptó con una sonrisa leve. Envió un mensaje rápido a su madre y caminaron juntos hasta su casa.
Sam estaba nervioso. Preparó una cena sencilla, una ensalada con zumo. Durante la comida, habló casi todo el tiempo: de su rutina, del gimnasio, de lo mucho que disfrutaba cuidándose. Eira lo escuchaba, apreciando su entusiasmo, aunque su mente parecía estar en otra parte.
Al llegar la noche, Sam le ofreció dormir en la cama de su hermana, pero Eira aceptó compartir la suya. Se pusieron cómodos, espalda con espalda, aunque ninguno de los dos conciliaba el sueño. Sam se giró y apoyó la mano en su cintura.

—¿Te he despertado? —susurró.
—No… no estaba dormida —contestó ella.

La miró en la penumbra.

—Eres muy guapa, Eira. Y me gustas mucho.

Se inclinó y la besó. Esta vez, ella no lo rechazó. La cercanía, el calor, el deseo contenido hicieron el resto. Se dejó llevar, con los ojos cerrados, aunque en lo más profundo de su mente era otro nombre, otra presencia, la que la dominaba: Alen. Fue intensa, pero también una entrega llena de contradicciones.

Horas más tarde, en mitad de la madrugada, Eira despertó. Miró a Sam dormido a su lado y rompió a llorar en silencio. No por lo ocurrido, sino porque en su interior sabía que estaba alimentando una esperanza que no podía corresponder. No había sido Alen con quien compartía la cama.

A la mañana siguiente regresó a su casa. Era casi la hora de comer cuando tomó el móvil y llamó a Alen. Esperó, pero él no contestó.

CAPÍTULO 43

En Cádiz:

El tiempo transcurría como el viento errante, que no haya nunca dónde fenecer. El verano ya se había instalado, y las flores parecían murmurar entre ellas los mismos secretos que los pájaros canturreaban desde lo alto.
El inspector Caños citó a Ágata en la cafetería de siempre: había logrado descubrir algo más acerca de su padre.
—Buenos días, Ágata —dijo el inspector Caños, acomodándose en la silla de la cafetería donde solían reunirse.
—Buenos días… Bueno, cuéntame —apremió ella, incapaz de ocultar la impaciencia.
—He conseguido la imagen de otro local, no tan cerca de la playa, sino junto al puerto donde trabajaba tu padre. Es increíble lo que se tarda en obtener una orden para estas cosas… el tiempo pasa y todo se congela.
—¿Y qué has visto? —preguntó Ágata, con un nudo en el estómago.
—Me costó trabajo identificarla, pero no hay duda: es Zora, la mujer que iba en el barco con tu padre.
—¿Zora? ¿Está viva? ¿Cómo es posible? ¿Y ni una señal en todo este tiempo? ¡Qué raro! —de pronto, se le escapó en croata— *kakav kurvin sin*… (*qué hija de p*…).

—La he puesto en busca y captura. Ahora mismo es la principal sospechosa.
—¿No has podido localizarla?
—Nada. Es como si se la hubiera tragado la tierra.
—Tenemos que encontrarla.
—En eso estamos.
—Yo puedo vigilar el puerto —propuso Ágata, con determinación.
—Sí, pero no irás sola. Te acompañará un novato que entró hace unos días en la comisaría. Parece despierto.
—No hace falta que me acompañe nadie.
—Puede ser peligroso, y no pienso arriesgarme. Te acompañará, además aquí no tienes ninguna jurisdicción ni puedes portar armas.
Ágata respiró hondo, aceptando a regañadientes.
—Está bien. Esta tarde lo recojo en la comisaría con el coche de Joel, no creo que lo necesite.
—No. Tenemos un coche no oficial, que sea él quien te recoja.
—Vale.
— Pues eso es todo. Mantenme informado. Tengo que dejarte, me esperan en comisaría.
—Sí… hasta luego.
—Hasta luego.

Caños se levantó, dejó cinco euros sobre la mesa y, sin más, se marchó. En cuestión de segundos se perdió entre la gente y desapareció de la vista de Ágata. Ella permaneció un rato inmóvil, apurando la última gota de café, antes de salir con la mirada perdida y mil preguntas en la cabeza.
Cuando llegó a casa, Joel estaba saliendo de la ducha. Mientras se vestía, Ágata le contó con detalle la conversación que había tenido con Caños. Joel se detuvo a medio abotonar la camisa y la miró con incredulidad.

—¿Zora? ¿Viva? —repitió como si quisiera convencerse de que lo había escuchado bien.

Ágata asintió en silencio. Sabía que aquella revelación removía mucho más que un simple recuerdo.

La tarde cayó lenta, arrastrando consigo un aire de expectación. Y entonces, el timbre sonó, rompiendo de golpe la calma del piso.
Joel se cercó en silencio. Respiró hondo, avanzó hacia la puerta y al girar el pomo…

—Hola, busco a Ágata. Soy Cristian, vengo de parte del inspector Caños —dijo el muchacho, algo tímido, casi inseguro.
—Ah, sí, pasa —respondió Joel, haciéndose a un lado para dejarle entrar —. ¡Ágata! Te buscan.
Ella apareció desde el pasillo, secándose las manos en una toalla.
— Hola, soy Ágata —dijo, estrechándole la mano con firmeza.
—Cristian —respondió él, apretando un poco más de la cuenta.
—Bien, pues vámonos —añadió Ágata, dándole un beso rápido a Joel —. Hasta luego.

Salieron juntos y se montaron en el coche. Durante el trayecto, Ágata no paró de hablar, dándole indicaciones y consejos, marcando el tono de la operación. Cristian asentía, tratando de absorber todo lo que podía.
Al llegar al puerto, Ágata señaló un lugar algo apartado.

—Bien, Cris, te puedo llamar así, ¿no?
—Sí, claro.
—Aparca ahí. Luego da una vuelta, por si la ves.
Tienes la foto, ¿verdad?
—Sí, la llevo aquí —sacó la copia arrugada de un bolsillo —. Aunque no me haría falta. Es… bastante llamativa.

Zora lo era. Una mujer alta y corpulenta, con el cabello rubio cayendo en ondas largas, y una cicatriz inconfundible en la barbilla. Aquella marca era el detonante que la delataba.
Cristian salió del coche y se internó en la zona portuaria. El bullicio de la tarde iba apagándose con el olor a gasoil y salitre impregnando el aire. Ágata, mientras tanto, permaneció dentro del coche, repasando la foto una y otra vez y tomando notas rápidas en su libreta.
Media hora después, la puerta del copiloto se abrió de golpe. Cristian había vuelto, el sudor perlándole la frente y una expresión extraña

en la mirada.
Ágata lo miró de inmediato, cerrando la libreta de un golpe.

—¿Qué pasa? —preguntó, notando que Cristian respiraba con rapidez.

Él tragó saliva antes de hablar.

—Creo que la he visto.

El corazón de Ágata dio un vuelco.

—¿Estás seguro?
—No del todo… había poca luz y estaba de espaldas, pero la altura, el pelo… incluso juraría haber visto el brillo de la cicatriz cuando giró la cara.

Ágata lo observó en silencio, calibrando cada palabra.

—¿Dónde? —dijo al fin, con tono seco.
—Cerca de un almacén, por la zona donde atracan los barcos pesqueros. No iba sola. Dos hombres estaban con ella, parecían… armarios roperos.

La mente de Ágata se aceleró. Zora viva, allí mismo, y protegida.

—Maldita sea… —susurró —. Esto cambia todo.

Cristian la miró, inquieto.

—¿Qué hacemos?

Ágata inspiró hondo, intentando enfriar la sangre que le hervía.

—Primero, observar. Si está aquí, tarde o temprano cometerá un error. Y cuando lo haga, estaremos preparados.

Se miraron unos segundos en silencio, hasta que ella añadió:

—Vamos, enséñame exactamente dónde.
—Bueno, Cris, ahora me toca a mí dar la vuelta —dijo cogiendo la pistola de Cris.
—Sabes que no te puedo dejar que te lleves mi arma. Puedo salir yo mejor.
—No te preocupes, tú quédate vigilando.

—Vale, yo me quedo en el coche, pero el arma no te la puedes llevar —dijo algo preocupado.

Ágata resignada al no poder llevar el arma, se acercó al almacén y se quedó helada. El haz intermitente de la farola dibujaba la silueta de la mujer como un espectro en la penumbra. El parpadeo de la luz reveló por un segundo la cicatriz en la barbilla… y sus ojos, fríos, fijos en ella.
Un escalofrío recorrió la espalda de Ágata.
Intentó articular palabra, pero la voz se le quedó atrapada en la garganta.
La mujer no se movió. Ni un gesto. Ni un parpadeo. Solo esa mirada que parecía atravesarla, como si ya supiera quién era y qué buscaba.
El silencio se volvió insoportable. Entonces, la farola volvió a apagarse de golpe, y en esa fracción de oscuridad, la sombra desapareció.
Ágata giró sobre sí misma.

—¡Eh, alto! —gritó con su voz retumbando en el silencio.

Nada. Solo el eco lejano de pasos que se confundían con el rumor del mar.
Su respiración era lo único que llenaba el espacio vacío.
Cuando volvió al coche, aún con la adrenalina bombeándole en las sienes, lo único que llevaba consigo era la certeza de haber estado cara a cara con ella. Y la incómoda sensación de que Zora la había dejado marchar… a propósito.

CAPÍTULO 44

En Zagreb:

Eira comenzó el verano rodeada de cambios. Sam había quedado atrás. A él no le sentó nada bien que ella lo dejara, pero Eira sabía que no podía seguir con alguien mientras su corazón seguía girando en torno a Alen.

Poco después, en un concierto benéfico, la vida le tendió una sorpresa. Allí conoció a un guitarrista. Al finalizar el recital, terminaron en un pub cercano, acompañados de amigos. Entre risas, vasos tintineando y canciones improvisadas, congeniaron de inmediato. Fue un flechazo.

Él era extrovertido, independiente, charlatán. Su melena rubia y alborotada le confería un aire despreocupado; bajo las luces y el humo, sus ojos marrones parecían encendidos de un rojo cálido, casi hipnótico. Su andar seguro y la forma de hablar delataban cierta chulería… un matiz que, para sorpresa de Eira, le resultó atractivo.

No dejaron de hablar en toda la noche. Entre confidencias y bromas, el tiempo se esfumó como si el mundo hubiera desaparecido a su alrededor. Antes de despedirse, se intercambiaron los teléfonos. Y así, casi sin darse cuenta, comenzó una nueva historia en la vida de Eira.

En apenas un par de semanas comenzaron a salir juntos. Eira pasaba gran parte del tiempo en casa de Otto, que así se llamaba el chico. Vivía solo unas calles más arriba de la suya. Sus padres residían en Bale, en la península de Istria, y allí también vivía su hermano mayor, recién instalado de nuevo con ellos tras un divorcio complicado.
Eira estaba ilusionada con esta nueva relación; la frescura y energía de Otto le devolvían la risa. Sin embargo, en lo más profundo de sí, todavía sentía la punzada de la ausencia de Alen. Apenas tenían contacto ya, pero su recuerdo seguía apareciendo en momentos inesperados.
Era jueves. Eira estaba de vacaciones y disfrutaba de la calma del verano, mientras Otto se preparaba para salir temprano: tenía ensayo con su grupo de música.

—Buenos días, ¿ya te vas? —dijo Eira, desperezándose entre las sábanas.
—Sí, bueno… desayuna tranquila, yo ya me tengo que ir —respondió Otto mientras cogía un bollo de la cocina —. Después comemos juntos.

Le lanzó una sonrisa rápida antes de salir por la puerta.
Eira desayunó con calma, recogió la casa y bajó al supermercado de la esquina a por algunas cosas para la comida. De vuelta en la cocina, mientras cortaba verduras, sonó el teléfono.

—Hola —dijo al contestar.
—Hola, hija. ¿Sigues en casa de Otto? —era la voz de su madre, Opal, con un matiz de preocupación.
—Sí, ¿por qué? —respondió Eira, un tanto tajante.
—¿Y cuándo piensas venir a casa?
—Estoy de vacaciones, mamá, y me quedaré aquí unos días — alzando un poco la voz, como si quisiera zanjar el tema.
—Bueno, no quiero discutir. Solo… ten cuidado.
—Sí. Hasta luego, mamá.

Eira suspiró al colgar, apartando la incomodidad con un gesto. Preparó la mesa, dejó la comida lista y al poco tiempo escuchó la

llave girar en la cerradura.

—Holaaa, ya estoy en casa —dijo Otto, entrando con una sonrisa y acercándose a besarla.
—Apestas a alcohol.
—Sí… hemos tomado unas cervezas después del ensayo.
—Bueno, vamos a comer.

Tiene muy buena pinta —respondió él, mirando el plato con hambre genuina.
Tras la comida se acomodaron en el sofá. El murmullo de la televisión se apagó en el fondo, convertido en un ruido lejano frente al calor que crecía entre ellos. Otto la sostuvo por la cintura, guiándola suavemente hasta que quedó sobre él, sus piernas enredadas.

Los besos se volvieron más lentos, más profundos, cargados de una urgencia contenida. Las manos de Otto recorrían la espalda de Eira, deslizándose con la naturalidad de quien toca una melodía conocida. Ella arqueó el cuerpo al sentirlo, dejándose llevar por ese ritmo que se aceleraba sin que ninguno lo detuviera.
El sofá se transformó en un refugio íntimo, donde cada caricia, cada roce, avivaba el deseo. El olor a su piel, mezclado con el del verano que entraba por la ventana abierta, la envolvía por completo.
Eira cerró los ojos, entregándose a las sensaciones, olvidando la película, la hora, el mundo entero. Solo quedaban ellos dos, fundiéndose en un vaivén lento, cada vez más intenso, hasta perder la noción del tiempo.

—Te vas a quedar unos días aquí, ¿no? —dijo Otto.
—Sí, ya lo sabe mi madre.
—¿Cuándo empiezas a currar?
—En septiembre empezaré a preparar nuevas coreografías y en octubre comienzan las clases.
—¡Qué bien!
—Podemos ir el fin de semana a la playa —sugirió Eira.
—Sabes que no me gusta mucho la playa, pero vale.
—Se lo diré a Nika y…

—¿Se lo vas a decir a tus amigas? —le cortó antes de terminar.
—Sí, ¿por qué?
—Bueno, quería estar contigo a solas, pero díselo si te apetece.
—Se lo voy a decir a Nika solo, vendrá también Milan, su novio.
—Vale, díselo.
Cuando llegó el sábado, fueron a la playa a pasar el día. Eira estuvo casi todo el tiempo en el agua con Nika. Otto y Milan hablando o en el chiringuito refrescándose con cervezas.
—Bueno, ¿qué tal con Otto? —preguntó Nika mientras se secaba con una toalla.
—Bien, de momento todo bien. ¿Y tú con Milan?
—La verdad es que muy bien. Hemos estudiado mucho este invierno, las notas fenomenales y nos merecemos unas vacaciones.
—¡Qué bien! ¿Os vais de vacas?
—Sí, nos vamos a Venecia una semana.
—¡Qué guay! ¿Y cuándo os vais?
—Pues el lunes, mañana tengo que terminar las maletas. Según Milan ya lo tiene todo preparado, claro que su madre ha colaborado.
—Así también hago yo la maleta, jajaja —rieron.
—Y vosotros, ¿os vais?
—Bueno, yo quiero ir una semana a ver a mi hermana Ágata. Mi madre se va con Marcus unos días a su pueblo. Tiene una casa en Kumrovec.
—¿Han vuelto a salir juntos? —preguntó Nika con cierta picardía.
—Pues no sé, supongo que están en ello. Olivia no se va de vacaciones, ahora es cuando el negocio del *B&B* le da más trabajo. Así que tendrá que quedarse. Pero bueno, alguna escapada a la playa sí que hará.
—¿Has hablado con Mara? Supongo que se habrá ido a su pueblo, como siempre.
—Sí, hablé el otro día con ella y ya estaba allí. Pero adivina, se ha ido con Igor.
—¿En serio?
—Sí.
—La cosa va en marcha.
—Pues sí. Oye ¿y Jasmín?

—De momento se queda aquí. Creo que venía un primo a verla que vive en Suiza.
—¿Y tú? ¿Cuándo te vas a España?
—Tengo que mirar los vuelos, pero me quiero ir el martes o miércoles.
—¿Y Otto no va?
—Nooo, tampoco llevamos tanto tiempo. Además, quiero también tener mi espacio y él trabaja.
—No sé…
—El qué no sabes. Dilo.
—Pues no te pega mucho, tú tienes veinte años y a él se le ve más mayor, además le veo un poco, celoso.
—Sólo nos llevamos dos años de diferencia y eso es lo que parece, pero no lo es.
—Sí, puede ser.
—¿Ya os habéis cansado del agua? —dijo Milan acercándose a ellas.
—Sí que os gusta el agua —agregó Otto.
—Sí, ya lo sabéis, nos encanta. A vosotros os gusta más otros líquidos, jajaja —respondió Nika.
—Nosotros nos tenemos que ir.
—Sí, ya está anocheciendo.

Después de despedirse todos, entre abrazos y deseos de buenas vacaciones, cada uno tomó rumbo a su casa. La noche había caído con ese silencio amable que sigue a los días largos de verano.
Eira y Otto, agotados por la jornada y el trajín de preparativos, se dejaron caer en la cama sin demasiadas palabras. El cansancio les pesaba en los párpados, pero aun así compartieron un último beso, suave y lento, como quien se promete algo sin necesidad de decirlo.
La respiración de Otto pronto se hizo profunda, marcando un ritmo tranquilo en la penumbra. Eira, en cambio, permaneció unos minutos despierta, observando el techo, dejando que los recuerdos de los últimos días desfilaran por su mente. Entre la ilusión del presente y las sombras del pasado, se fue rindiendo al sueño, hasta que el cansancio pudo con todo.

La habitación quedó en calma, iluminada apenas por la luz tenue de la calle que se filtraba por la ventana. Afuera, el verano seguía su curso; adentro, la noche envolvía sus cuerpos en un descanso compartido.
Llegó el martes por la tarde y Eira ya lo tenía todo preparado: la maleta cerrada junto a la puerta, los billetes guardados con cuidado en el bolso y el taxi esperando con el motor en marcha. Su madre la abrazó fuerte antes de despedirse.

—Cuídate mucho, hija. Y llámame cuando llegues.
—Sí, mamá. No te preocupes —respondió Eira, tratando de sonar ligera, aunque la emoción se le notaba en los ojos.

Ya dentro del taxi, mientras el coche se alejaba de la casa, sacó el móvil y buscó el número de Otto. No tardó en responder.

Llamada

Otto: ¿Ya vas camino del aeropuerto? —dijo él, con la voz animada.
Eira: Sí, todo listo. Estoy en el taxi.
Otto: Qué envidia… yo aquí, con ensayo. —Se rio, pero enseguida añadió: Te voy a echar de menos.

Eira sonrió, mirando por la ventanilla el paisaje que se deslizaba con rapidez.

Eira: Yo también. Pero serán solo unos días.
Otto: Ya… aunque para mí seguro se harán eternos. Escríbeme en cuanto llegues.
Eira: Lo haré.
Otto: Y tú, compórtate —dijo en tono
juguetón.
Eira: Sí y tú también.
Otto: Eso no te lo puedo prometer.

La risa de Otto la acompañó unos segundos más, hasta que colgó. Eira apoyó la frente contra el cristal. El viaje apenas empezaba, y con él, la sensación de que algo estaba a punto de cambiar…

CAPÍTULO 45

En Cádiz:

Ágata no podía creerlo. Esa mirada, esa cicatriz iluminada por la farola… no había duda, era Zora. Había corrido tras ella, desesperada por alcanzarla, pero la mujer se había desvanecido entre las sombras como un fantasma.
Agitada y con la respiración entrecortada, le contó lo sucedido a Cris con frases rápidas, todavía incrédula. Él escuchó en silencio, con los ojos muy abiertos, mientras arrancaba el motor.
Dieron varias vueltas por las calles adyacentes, peinando la zona, observando cada esquina, cada almacén, con la esperanza de encontrar algún rastro. Pero fue inútil.
La noche los envolvía y el puerto volvía a su calma habitual, como si nada hubiera pasado. Al final, derrotados por la impotencia, decidieron regresar a casa.
El silencio en el coche era pesado. Ágata apretaba la foto de Zora entre sus manos, con la firme determinación de que no sería la última vez que se cruzaran.

Al día siguiente, el teléfono vibró sobre la mesa justo cuando Ágata cerraba la carpeta con las notas de la investigación. Miró la pantalla: número oculto.

Dudó unos segundos antes de responder.

Llamada

Al otro lado se escuchó una respiración entrecortada, seguida de un silencio inquietante.

Desconocido: Ágata… —susurró una voz disfrazada, grave, metálica —. Deja de buscar.

El corazón le dio un vuelco.
Ágata: ¿Quién es? —preguntó, firme

La voz no contestó enseguida. Se oyó un ruido, como de pasos en un pasillo vacío, y luego:
Desconocido: No sabes en qué te estás metiendo.

La línea se cortó.
Al colgar, el silencio la envolvió durante unos segundos. Todavía tenía la piel erizada por aquella voz anónima, y el corazón le golpeaba en el pecho con fuerza.
Se pasó la mano por la frente, intentando calmarse. No podía dejarlo pasar. Tenía que llamar a Caños y contarle lo de Zora.
Marcó su número con dedos temblorosos. El tono sonó dos veces antes de que respondiera.

Llamada

Ágata: Hola Caños.
Caños: Hola, tenemos que vernos, tengo algo que contarte.
Ágata: ¿El qué? He quedado con Cris. Además, he visto a Zora. Y alguien me ha llamado hace un momento… sabía mi nombre, sabe quién soy.

Caños guardó silencio unos segundos. Al otro lado, solo se escuchaba el rumor de papeles y un leve suspiro.

Caños: Tranquila —dijo para tranquilizarla.
Ágata: Lo intento, pero ella está aquí, cerca, lo noto —respondió, con la mirada fija en la ventana, como si pudiera ver a Zora acechando en la oscuridad.

Caños bajó el tono de voz, con una seriedad que caló en ella como un cuchillo.

Caños: Entonces el juego acaba de empezar.
He hablado con Cris y hoy no vais a quedar. Nos vemos en la cafetería en una hora.
Ágata: Esta bien.

Ágata no dejaba de darle vueltas. La intriga la devoraba; no sabía qué podía ser aquello que Caños quería revelarle con tanto empeño. A la vez, la punzada de inquietud seguía ahí, agazapada en su pecho desde la llamada anónima.
Cuando llegó la hora, tomó las llaves del coche de Joel y condujo hasta la cafetería. El murmullo de la tarde se filtraba por los ventanales al entrar. Allí, en una mesa apartada, estaba Caños: el cuaderno abierto frente a él, un bolígrafo preparado y un café a medio enfriar.

—Hola, Caños —dijo Ágata mientras se sentaba y pedía un café.
—Hola, Ágata. Cris me contó lo que pasó ayer con Zora.
—Sí, no tuve ocasión de contártelo yo.
—¿Qué pasa con esa llamada?
—No lo sé… —dijo mientras le contaba todo.
—Podemos intentar averiguar de donde procede.
—Déjalo no te molestes. Si vuelve a ocurrir entonces sí —no quiso que perdiera el tiempo en eso, prefería no pensar más en aquella llamada.
—Vale, como quieras.
—Bueno, ¿qué sucede?

Caños bajó la voz, inclinándose ligeramente hacia ella.

—En realidad, no traigo buenas noticias. Esta mañana encontraron el cadáver de una mujer en un descampado. Me confirmaron que la hora de la muerte fue alrededor de las tres de la madrugada.

Ágata lo interrumpió con un gesto brusco.

—¿Y eso qué tiene que ver con nuestro caso?
—Espera, no seas impaciente. A esa mujer la apuñalaron en el corazón. Exactamente igual que a tu padre. Podría tratarse de un asesino en serie, aunque necesitamos estudiarlo con calma.
—También pudo ser casualidad —replicó con escepticismo.

—Sí, pero no lo creo. Y hay algo más: se trataba de Zora.

Ágata sintió que la sangre se le helaba.

—Pero… si la vi ayer.
—Lo sé. Y eso no es todo. Ella no había perdido la memoria como podíamos pensar…
—Entonces, ¿tenemos más información? —dijo Ágata, cada vez más impaciente.
—Esta mañana se presentó en comisaría una mujer que, al parecer, vivía con ella. Declaró que Zora nunca dormía fuera de casa, y por eso sospechó que algo había ocurrido. He quedado aquí con ella; no quería intimidarla en la comisaría. Prefiero un tono más informal, al menos de momento. No debería tardar en llegar.
—¿Y dónde vivían?
—En Sancti Petri.
—¿Y eso dónde está?
—Es un pequeño pueblo pesquero. Pertenece al municipio de Chiclana de la Frontera, a poco más de media hora de aquí.
Ágata frunció el ceño, confundida.
—No entiendo nada…

En ese momento una voz interrumpió la tensión.

—Hola, inspector Caños. Tú debes de ser Ágata —dijo una mujer acercándose a la mesa.
—Caños se levantó enseguida.
—Hola, Elisa. Sí, ella es la inspectora Ágata. Siéntate, por favor.

Ágata asintió, todavía intentando procesar la avalancha de revelaciones, mientras saludaba a la recién llegada.
Era una mujer corpulenta, con su pelo negro recogido con un moño. Ojos pequeños y negros, algo inquietos, que delataban su timidez.

—Me dijo el inspector que no hablas español, y que os comunicáis en inglés. Lo siento, no lo domino demasiado bien —se excusó Elisa con cierta timidez.
—No importa, yo iré traduciendo —intervino Caños.

Ágata, como siempre impaciente, se inclinó hacia delante.

—Bueno, cuéntanos, ¿cómo apareció esa mujer allí?

Elisa tomó aire, como si reviviera cada detalle.

—Verás… aquel día iba en mi barca. Normalmente salgo con una amiga, pero no pudo venir y fui sola. Me alejé un poco, me gusta tomar el sol desnuda y nadar en el mar sin miradas indiscretas. A la vuelta, casi choqué con una tabla enorme que flotaba a la deriva. Al acercarme, vi que sobre ella había una mujer tumbada.

—Me lancé al agua y, con mucho esfuerzo, la subí a la barca. Estaba confusa, pero consciente. Le pregunté qué le había pasado, cómo se llamaba, le dije que la llevaría al hospital. Pero no me entendía. Balbuceaba en un idioma extraño. Al final intentamos comunicarnos en inglés, aunque apenas logramos entendernos. Lo único claro fue su súplica: que no la llevara al hospital, que por favor la llevase a mi casa. Y sin pensarlo demasiado, lo hice. No podía dejarla tirada allí.

Elisa miró a Ágata con seriedad.

—Cuando llegamos, le di ropa limpia y curé algunas heridas. Después le preparé algo de comer, y devoró la comida como si llevara días sin probar bocado. Luego cayó rendida y durmió un día entero. Yo estaba inquieta, sin saber qué pensar. ¿Por qué no quería que la atendieran en un hospital? Encendí las noticias esperando alguna pista, pero nada.

Ágata frunció el ceño, cortándola.

—¿Y no te dijo cómo había acabado en el mar?
—Sí —respondió Elisa —. Cuando despertó, me lo contó. No quería que la prensa la acosara, porque su padre era alguien importante. Dijo que viajaba en un barco con su marido y el capitán. Era su luna de miel. Habían pagado bastante dinero para que los llevara al Parque Nacional de Kornati. Querían pasar allí unos días, bucear, hacer senderismo. Después visitarían más lugares.

Elisa se detuvo un instante, bajando la voz.

—Pero el tiempo cambió de repente. El viento era tan fuerte que el barco apenas se mantenía a flote. La lluvia golpeaba con furia y el

capitán, desesperado, intentaba controlar la embarcación. En un descuido resbaló, se golpeó en la cabeza y quedó inconsciente…

En ese momento, el móvil de Elisa sonó con insistencia. Se excusó apresuradamente, diciendo que debía marcharse.

—Os llamaré para seguir contándoos —prometió antes de desaparecer por la puerta.

Ágata la siguió con la mirada, incrédula.

—¿Y ahora se va? No me lo puedo creer. ¿Sabes la distancia que hay desde esa isla hasta aquí? ¡Al menos dos mil kilómetros, unas mil doscientas millas! —exclamó sorprendida.
—Caños suspiró, sereno.
—Lo sé. Esperemos que termine de contarnos lo que sabe. Después seguiremos investigando. Ahora deberías irte a casa.
—Sí, me voy —dijo Ágata, desanimada.
—Seguiremos hablando, hasta luego.
—Ok, hasta luego.

Cuando Ágata llegó a casa de Joel, el aroma de la comida recién hecha la envolvió.

—Uhm… qué bien huele —dijo, dándole un beso.
—Joel sonrió.
—Ah, ya estás aquí. ¿Cómo te ha ido?
—Ágata se dejó caer en la silla, pensativa.
—Pues… cada vez entiendo menos.
—No te preocupes, tarde o temprano atraparán al culpable.

Ella negó con la cabeza, con un brillo de desconfianza en los ojos. Mientras comían, Ágata le relató con gestos y vehemencia cada detalle de la historia.
Sin embargo, cuanto más lo repetía, más enredado parecía todo. Se sentía atrapada en un laberinto: cada paso hacia adelante la empujaba diez atrás. La verdad parecía cada vez más lejana.
Ágata sentía en su cuello el aliento fresco de Joel, seguido por el roce húmedo y cálido de sus labios. Esa mezcla de sensaciones la envolvía en una calma inesperada, una serenidad que parecía

detener el tiempo, devolviéndole un instante de equilibrio en medio del caos.

—Ven, vamos dentro —dijo Joel, tomándola de la mano. La condujo hasta la habitación y, con suavidad, la tumbó sobre la cama —. Necesitas un buen masaje.
—Pues sí —sonrió ella, quitándose el jersey y tratando de apartar todo pensamiento mientras se acomodaba boca abajo.

Joel se untó las manos con una crema de textura aceitosa y un aroma fresco a cítricos. Con movimientos lentos y firmes comenzó a recorrer su espalda. En el ambiente flotaban los sonidos de la naturaleza: agua corriendo, pájaros lejanos, un murmullo que parecía envolverlos en un bosque tranquilo. Era un viejo *CD* que él conservaba desde hacía años, casi como una reliquia.
Ágata cerró los ojos, intentando dejarse llevar. Pero por más que lo deseaba, no lograba acallar el torbellino en su mente. La calma que le ofrecían las manos de Joel chocaba con la inquietud que se aferraba a su pecho.
Y de pronto, como un destello incómodo, regresó la pregunta que la perseguía desde la cafetería: *«¿Por qué Elisa no llevó a esa chica al hospital?»*

CAPÍTULO 46

Al cabo de unas horas, Eira aterrizó en el aeropuerto de Jerez de la Frontera. Caminó por la terminal arrastrando su maleta, con el pulso acelerado y la mente aún revuelta por el viaje. Cuando cruzó las puertas de salida, alzó la vista.
Allí, junto al coche, la esperaban Ágata y Joel. Ambos la miraban con expectación, como si aquel momento fuese mucho más que una simple llegada.

—Hola, chicos —saludó Eira con una sonrisa, alzando la mano.
—Hola, hermanita —respondió Ágata, abrazándola con fuerza y dándole un beso en la mejilla.
—Hola, Eira. ¿Qué tal el viaje? —añadió Joel mientras le daba un par de besos y cogía su maleta para guardarla en el maletero.
—Todo bien. Uff… hace calor por aquí.
—Sí, pero por la noche refresca —contestó Joel con naturalidad.

Se subieron al coche y Eira pasó el trayecto hablando y con momentos de silencio, disfrutando del paisaje que se extendía tras la ventanilla: campos infinitos y árboles que parecían repetirse uno tras otro. En apenas cincuenta minutos llegaron a la casa de Joel.
Al bajar, Eira se quedó impresionada por el lugar. El enclave era peculiar, casi mágico, y las vistas se abrían hacia un acantilado que parecía no tener fin. Se acercó lo máximo posible al borde, estirando el cuello como si pudiera alargarlo hasta alcanzar un horizonte más lejano. Permaneció allí unos instantes, embelesada, antes de entrar.

Su habitación ya estaba lista: la cama hecha, un par de toallas dobladas con esmero. Era la misma donde Ágata había dormido al principio de su llegada. Eira dejó la maleta, sacó el camisón y se cambió de ropa. Después salió con el móvil en la mano hacia la puerta, mientras su hermana y Joel se movían en la cocina, entre risas y murmullos, preparando algo para la cena.

Llamada

Otto: Hola, ¿ya has llegado?
Eira: Sí, ya estoy en casa de Joel. Es precioso, la casa está junto a un acantilado y desde aquí se ve todo el mar.
Otto: (tras una breve pausa) Qué bien… seguro que te gusta.
Eira: Mucho. Bueno, te dejo, que vamos a cenar. Mañana hablamos con calma.
Otto: Claro. Pero llámame antes de irte a dormir… ya sabes que me gusta despedirme de ti.
Eira: Vale. Un beso.
Otto: Otro… —su tono bajó un poco, casi como si se hubiera quedado pensando en otra cosa —. Descansa, y no olvides llamarme.

Eira sonrió, pero al colgar se quedó un instante pensativa. Había algo en la forma en que Otto lo decía, en esas pausas demasiado largas, como si hubiera cosas que callara.
La cena transcurrió entre confidencias y risas. Habían preparado unas caballas al horno acompañadas de un picadillo de tomate, cebolla y pimiento (piriñaca, en el habla local) que llenaba la casa de un olor marinero y familiar. Mientras comían, cada uno fue poniéndose al día: las anécdotas, los problemas recientes, los silencios incómodos que poco a poco se iban rompiendo.
Al terminar, recogieron la mesa y se acomodaron en el sofá del salón. Allí, entre cojines y un murmullo tranquilo, siguieron conversando hasta que el sueño comenzó a vencerlos. Ágata y Joel se retiraron a su habitación, dejando a Eira en la suya.
Ya tumbada en la cama, con la luz tenue de la lámpara iluminando apenas las sábanas, Eira tomó el móvil y marcó el número de Otto.

Llamada

Otto: ¿Ya has cenado? Has tardado mucho.

Eira: Sí, nos quedamos un rato hablando.
Otto: ¿Y ahora… ya estás en la cama?
Eira: Sí. ¿Y tú?
Otto: También. Me gusta imaginarte ahí, en silencio, solo para mí.
¿Qué llevas puesto?
Eira: (sonríe) Llevo mi camisón de siempre.
Otto: Seguro que te queda mejor de lo que piensas… Ojalá pudiera
verlo ahora.
Eira: ¿Y tú?
Otto: Lo justo para que sigas pensando en mí cuando cierres los ojos.

Eira se acomodó entre las sábanas, jugando con un mechón de su pelo, mientras escuchaba su voz grave al otro lado. Había deseo, sí, pero también una intensidad que la desarmaba.
Otto: Cierra los ojos e imagíname cerca, muy cerca. Quiero que sientas mi respiración en tu piel.
Eira: (en un susurro) Lo estoy sintiendo…
Otto: Bien. Quédate con esa sensación. Guárdala solo para ti y para mí.

Hubo un silencio cargado, como si las palabras no pudieran abarcar lo que pasaba entre ellos.

Otto: Ahora duerme tranquila. Mañana quiero ser lo primero en lo que pienses al despertar.
Eira: Lo intentaré…
Otto: —No lo intentarás, lo harás —susurró con firmeza. Había en su voz una mezcla extraña: la exigencia de quien reclama lo que cree suyo, envuelta en un tono juguetón que la hacía dudar si debía sonreír… o inquietarse —. Buenas noches.
Eira: Buenas noches.

Cuando colgó, permaneció con el móvil sobre el pecho. Sonreía, pero al mismo tiempo una extraña inquietud la recorría: había dulzura en Otto, pero también algo más profundo, oculto, que la hacía preguntarse quién era realmente el hombre con el que compartía sus noches en la distancia.
Eira se quedó pensativa, con una ligera sonrisa dibujada en los labios. Le resultaba curioso lo que sentía, aunque en el fondo le

gustaba. Al poco rato, el sueño la venció y cayó profundamente dormida.
La mañana siguiente amaneció algo nublada. Algunos rayos de luz se filtraban tímidamente por la ventana de su habitación. Eira, aún adormilada, se frotó los ojos antes de incorporarse lentamente. Caminó hasta el baño y, después de arreglarse un poco, se dirigió a la cocina.

—Buenos días, dormilona —dijo Ágata mientras terminaba de preparar el desayuno.
—Buenos días… pero, ¿qué hora es?
—Las once de la mañana.
—Uf, pues sí que he dormido.
—Anda, desayuna rápido. Vamos a la playa. Joel ya está allí dando la clase. Nos damos un baño y, cuando termine, nos vamos a comer. Luego, por la tarde, hacemos algo de turismo, lo que nos dé tiempo. ¿Te parece?
—Sí, vale.

Eira no tardó en sentarse a la mesa. Tomó un zumo de naranja recién exprimido y un par de tostadas que su hermana había preparado con finas rodajas de tomate y jamón, un desayuno muy típico español. Enseguida se puso el bañador, se enfundó un vestido ligero y recogió su melena en una cola de caballo.
Minutos después, ya estaban en la playa. La arena aún guardaba la frescura de la mañana, y frente a ellas, en el mar, Joel deslizaba su tabla sobre las olas mientras impartía la clase de surf.
El día terminó por despejarse y el sol empezó a apretar con fuerza. Eira no lo dudó y, junto a su hermana, se lanzó al agua. Se sumergieron entre risas, pero la temperatura estaba más fría de lo esperado, así que el baño fue breve. Enseguida salieron, se envolvieron en las toallas y se tumbaron sobre la arena, dejando que el calor del sol las secara mientras charlaban.
Al mediodía pusieron rumbo a Cádiz para comer en un freidor, uno de esos locales donde preparan el famoso *pescaito frito*, tan típico de la zona. A Eira le sorprendió la rapidez con la que trabajaban y la variedad que ofrecían. Los pedidos se cantaban a viva voz, y en una

gran plancha de acero iban colocando las raciones: pescadilla, cazón con y sin adobo, chocos, puntillitas, croquetas, empanadillas y mucho más. Ellas eligieron varias cosas, y a Eira le encantó la forma de servirlo: un cucurucho de papel en el que el pescado crujiente se disfrutaba al momento, de pie en la calle, en el propio bar del freidor o para llevarlo después a la playa.
Tras saciar el hambre, pasearon por la ciudad. Se detuvieron en distintos rincones para que Eira pudiera conocerla. La capital la cautivó: más allá de sus monumentos, le encantaron sus calles estrechas de fachadas blancas, las terrazas siempre llenas, la gente moviéndose con naturalidad y esa alegría que parecía flotar en el aire.
Cuando por fin regresaron a casa, Eira estaba rendida. Se dio una ducha rápida y se dejó caer en la cama. Al encender el móvil, se quedó helada: tenía dieciocho llamadas perdidas y cuatro mensajes de Otto. Con más cansancio que ganas, suspiró, tomó el teléfono entre sus manos y lo llamó.

Llamada

Otto: Joder, ¿dónde te habías metido? —soltó Otto, visiblemente enfadado.
Eira: Pues… en la playa, visitando cosas. Se me olvidó el móvil —se excusó Eira con un tono apaciguador.
Otto: ¿Y eso es lo que te acuerdas de mí? Que no llevas el móvil encima.
Eira: Estoy de vacaciones, Otto. Eso no significa que no me acuerde de ti.
Otto: Pues no lo parece. Mañana llévatelo, así podremos hablar —replicó, ya más calmado.
Eira: Vale… pero no hace falta que te enfades.
Otto: Tienes razón, lo siento. ¿No me cuentas nada de lo que has hecho hoy?
Eira: Estoy agotada. Mañana te lo cuento con calma.
Otto: Está bien. Hasta mañana

Cuando colgó, Eira se quedó tumbada en la cama, ensimismada. No entendía bien por qué Otto se había enfadado tanto; todavía resonaba en su cabeza el tono áspero con el que le había gritado al principio. Ella solo quería desconectar, disfrutar de sus vacaciones, no añadir más tensión a lo que ya cargaba dentro.
Esa noche durmió intranquila. Los sueños la invadieron como una marea oscura y su subconsciente le jugó una mala pasada: las

escenas se sucedían confusas, cargadas de miedo y de angustia. Fue una noche de turbulentas pesadillas que la dejaron aún más cansada al amanecer.

CAPÍTULO 47

Pasaron los días casi sin darse cuenta y, cuando quiso mirar el calendario, a Eira apenas le quedaban un par de días antes de regresar. Se sentía agradecida: su hermana y Joel habían estado pendientes de ella en todo momento, haciéndola sentir como en casa. Había recorrido lugares que no conocía, descubierto rincones sorprendentes y, además, algunos de los amigos de Joel habían logrado arrancarle sonrisas sinceras; la acogieron con naturalidad y congeniaron de inmediato.

Otto, en cambio, no le daba tregua. La llamaba a todas horas, insistente, como si quisiera tenerla sujeta a distancia. Eira, aunque lo notaba controlador, no encontró fuerzas para imponerse y, de algún modo, lo permitió.

Aquel día decidieron pasar la jornada en la playa de Roche, al final de la extensa La Barrosa, tras la *Torre del Puerco*. El paraje la dejó sin aliento: un conjunto de calas rocosas escondidas bajo majestuosos acantilados de un rojo intenso, que parecían encenderse con los últimos rayos del sol. El acceso resultaba sencillo gracias a las escaleras de madera, pero una vez abajo, la sensación era de hallarse en un refugio secreto, donde el mar golpeaba con fuerza y la luz dorada convertía el paisaje en un cuadro vivo.

Eira había decidido dejar el móvil en casa, aunque supiera que a Otto no le haría ninguna gracia. Ese día quería sentirse libre, sin interrupciones, sin la presión de estar pendiente de sus llamadas. La compañía le resultaba reconfortante: su hermana, Joel y algunos de

sus amigos —Kike y la pareja formada por Carla y Guille— la hacían sentir parte de un círculo cálido y ligero, muy distinto al que arrastraba en su interior.
Mientras caminaba junto a Ágata por la orilla, con el agua rozándoles los pies y el horizonte teñido de azul infinito, percibió la mirada inquisitiva de su hermana.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja, casi como si temiera la respuesta.

Eira sonrió levemente.

—Sí. ¿Por qué lo dices?
—Porque te conozco —contestó Ágata, con la serenidad de quien no necesita pruebas para intuir la verdad —. Y sé que, aunque has intentado disfrutar, hay algo que no termina de dejarte en paz. ¿De verdad estás bien con Otto?

El nombre cayó entre ellas como un peso invisible. Eira bajó la vista hacia la espuma que se deshacía en la arena.

—He disfrutado mucho, me ha encantado Cádiz… pero con Otto… si soy sincera, no lo sé.

Ágata suspiró, deteniéndose un instante para mirarla de frente.

—Yo, desde fuera, lo veo claro. No parece que te haga bien. Discutís por cosas que no tendrían ni que importar.

Eira sintió un nudo en el pecho.

—Puede que tengas razón. Quizás, cuando vuelva… lo deje.

Su hermana la rodeó con un abrazo silencioso. Eira se dejó envolver, agradecida. Por un momento, el murmullo de las olas y el calor de aquel gesto bastaron para recordarle lo sencillo que era sentirse en paz, sin presiones ni exigencias, solo presente.
Eira decidió entregarse al momento y se metió en el agua. Kike no tardó en seguirla. Empezaron a jugar como dos niños: salpicones, risas, intentos de zafarse de los empujones. Kike trataba de alzarla para lanzarla al agua, y enredaba algas en su pelo, divertido por las expresiones exageradas que ella ponía. A Eira, aquello le resultaba molesto y gracioso al mismo tiempo; lo suficiente como para idear

su venganza. Buceó un instante, atrapó un puñado de arena y, sin que él lo esperara, se la deslizó dentro del bañador. La carcajada de Kike estalló mientras trataba de sacudirla, y durante unos minutos quedaron atrapados en aquella guerra sin importancia, como si el tiempo no existiera.
Agotados, salieron del agua y se tumbaron sobre las toallas, dejando que la brisa templada secara sus cuerpos. A lo lejos, en el chiringuito, los demás se refrescaban con bebidas frías, sumidos en su propia calma.
La tarde fue muriendo despacio, tiñendo los acantilados de un rojo aún más intenso. Cuando el sol se hundía casi por completo, regresaron todos a casa. Joel había organizado una barbacoa improvisada para seguir con el buen ambiente y había invitado también a otros amigos de siempre.
Antes de cenar, Eira se duchó con calma, intentando retener un poco de aquella paz que el mar le había regalado. Se vistió con unos vaqueros finos, una camiseta y una sudadera ligera. Al fin, decidió mirar el móvil. Parpadeó incrédula: decenas de llamadas perdidas, mensajes acumulados, todos de Otto. Sintió el estómago encogerse. No tenía la más mínima gana de responder, pero, al final, tomó aire, buscó fuerzas y marcó su número.

Llamada

Otto: ¡Joder! Es increíble. Me dices que te vas a llevar el móvil y luego no me coges el teléfono —dijo con irritación contenida.
Eira: Lo sé… es que…
Otto: ¿Es que qué? ¿Me estás engañando? ¿Estás con alguien? —la interrumpió con voz dura.
Eira: ¡No! Sólo… sólo quiero despejarme un poco y relajarme.
Otto: Perfecto, pues relájate entonces. ¿Cuándo vuelves?
Eira: Pasado mañana.
Otto: ¿Y qué has hecho hoy?
Eira: Fuimos a la playa… y esta noche habrá una barbacoa.
Otto: ¿Con quién?
Eira: Con un amigo de Joel y una pareja, también amigos suyos.
Otto: Bien… Llámame antes de acostarte, que ahora me tengo que ir.
Eira: ¿A dónde, a estas horas?
Otto: He quedado a tomar algo con los del grupo.

Eira: Vale…
Otto: Hasta luego.
Eira: Sí… hasta luego.

Eira se quedó mirando la pantalla unos segundos, como si las letras pudieran disiparse por arte de magia. Sentía que aquella conversación le había drenado más energía de la que tenía. Inspiró hondo, buscando en su interior el mismo sosiego que había sentido horas antes, flotando en el mar, y que ahora se le escapaba como arena entre los dedos.
No daba crédito al comportamiento de Otto. Una parte de ella pensaba que debería haberle colgado en cuanto alzó la voz; en otras circunstancias, por algo mucho menor, ni siquiera se lo habría pensado. Pero ahí estaba, aun aguantando, sin entender del todo por qué.
Sacudió la cabeza, como quien espanta un mal sueño, y decidió no darle más vueltas. Salió al exterior, dejando atrás el calor del teléfono y sus pensamientos, dispuesta a cenar y a recuperar la ligereza del momento.
La barbacoa llegaba a su fin. Entre risas y voces cruzadas, el grupo seguía charlando como un gallinero, tratando de arreglar el mundo entre sorbos de cerveza y confidencias pasajeras. La noche era cálida, casi perfecta: ni frío ni viento, solo el murmullo lejano del mar contra los acantilados.
Eira, en un momento de silencio interior, se apartó unos pasos. Se acercó al borde del acantilado, dejando que la brisa le despeinara suavemente, con el móvil en la mano como pretexto.

—¿Cómo estás, Eira? ¿Qué haces aquí sola? —preguntó Kike al acercarse, su tono cálido, sin invadirla.
—Estaba mandando un mensaje a mi madre —respondió ella, mostrando la pantalla. Luego lo miró —. ¿Y tú qué tal?
—Bien, algo cansado. Hoy ha sido un día intenso.
—Sí que lo ha sido —asintió ella —. Yo también estoy agotada.
—Ya te vas dentro de poco, ¿no?
—Sí, pasado mañana. Se me acaba lo bueno.

—A mí también —suspiró él —. La semana que viene vuelvo al trabajo.
—¿En qué trabajas? Creo que no me lo has dicho.
—Soy celador en el hospital.
—¡Ah! Pensaba que trabajabas con Joel.
—Bueno, también, por las tardes.
—¡Vaya! Qué trabajador…
—Tengo que serlo. Quiero comprarme una casa, ahorrar todo lo que pueda. Mis hermanas ya se independizaron, ahora me toca a mí.
—¿Cuántas hermanas tienes?
—Dos. Y tengo un sobrino y una sobrina.
—Yo también tengo un sobrino, como ya sabrás.
—Sí, lo sé. Y dime… ¿qué tal con tu novio? Dijiste que tenías, ¿no? —preguntó, mirándola con un interés sereno.

Eira bajó la vista un instante.

—Sí… bueno. La verdad es que estoy pensando en dejarlo cuando vuelva. Estas vacaciones me he sentido muy agobiada, no me ha dejado respirar con tantas llamadas y mensajes.

Kike negó con la cabeza.

—Lo siento. No entiendo a ese tipo de personas.
—Ya… —murmuró Eira, encogiéndose de hombros. Después le devolvió la pregunta —. ¿Y tú? ¿No tienes novia?
—¿Yo? Nooo —contestó tajante, aunque con una media sonrisa —. Tengo mis "rollos", pero nada serio. Supongo que aún no ha llegado la persona adecuada.
—Bueno, todo llega.
—No tengo prisa. Pero espero que vuelvas por aquí —dijo, mirándola a los ojos, con un brillo distinto en la voz.

Eira sonrió, apartando la mirada hacia el mar.

—Seguro que sí. Aquí está mi hermana, vendré a verla.
—Y también estoy yo, Joel y los demás —añadió él, esbozando una sonrisa ligera.
—Claro, también os vería.

Hubo un silencio breve, cómodo, que no necesitó palabras

—Bueno, me voy despidiendo ya. Mañana no puedo quedar, así que aprovecho ahora —dijo Kike con naturalidad.
—Sí, yo también me voy a la cama. Estoy rendida.

Se sonrieron una última vez antes de volver a la casa, cada uno refugiado en sus propios pensamientos. La despedida con Kike fue sencilla, casi ligera, y después Eira se despidió también del resto, guardando en la memoria la calidez de aquella noche tranquila.
Cuando por fin se tumbó en la cama, con el silencio de la casa a su alrededor, tomó el móvil entre las manos. Durante un instante dudó: una parte de ella quería dejarlo apagado, aferrarse a la serenidad del día. Pero la otra, la que todavía no se atrevía a romper con Otto, terminó imponiéndose.
Marcó su número y esperó a que la llamada conectara, sintiendo cómo el sosiego se deshacía poco a poco, igual que la espuma en la orilla.

Llamada

Otto: Hola… ¿ya estás en la cama?
Eira: Sí.
Otto: Bueno… ¿no me cuentas nada?
Eira: ¿Qué te voy a contar? Hemos estado en la playa y, como ya te dije, cenamos una barbacoa.
Otto: Eso ya lo sé. Pero dime, ¿con quién hablaste? ¿Con algún chico? ¿Qué más hiciste?
Eira: Pues lo normal… nadar, pasear, comer, charlar un poco con todos. Su voz sonaba hastiada, como si aquella rutina de preguntas la agotara más que el día entero.
Otto: Veo que no me quieres contar nada. ¿Acaso ocultas algo?
Eira: No oculto nada. Solo estoy cansada y quiero dormir.
Otto: Está bien… ya hablamos mañana.
Eira: No. Mañana no. Cuando vuelva nos vemos y hablamos.

Hubo un silencio pesado, apenas unos segundos, y luego la voz de Otto, seca:

Otto: Como quieras.

La llamada se cortó sin despedida.
Eira dejó el móvil sobre la mesita y cerró los ojos. Sentía el corazón acelerado, pero a la vez un extraño alivio: por primera vez se había atrevido a marcar un límite, aunque fuera pequeño.
Eira estaba agotada de cómo se había comportado Otto aquellos días. Sentía que la relación se iba apagando poco a poco, como una bombilla vieja que parpadea antes de extinguirse del todo. Con esa imagen en la mente y sin fuerzas para pensar más, se dejó caer en un sueño, pero esta vez profundo y reparador.
A la mañana siguiente, el día comenzó con calma. Decidió pasarlo entero con su hermana: regresaron a la playa, dejaron que el sol les acariciara la piel y, más tarde, aprovecharon para ir de compras por el centro. Eira eligió algunos recuerdos para su madre, pequeñas cosas que sabía que la harían sonreír al recibirlas.
En medio de aquella rutina tranquila, el móvil de Ágata sonó. Ella lo sacó del bolso y contestó, mientras Eira la observaba con curiosidad. Al ver el nombre en la pantalla, se apartó un poco para contestar.

Llamada

Ágata: Hola, inspector Caños.
Caños: Ágata, hola. Me ha llamado Elisa —respondió con tono serio, como si cada palabra llevara peso.
Ágata: —¿Para volver a quedar? —preguntó ella de inmediato, con un deje de impaciencia.
Caños: Sí. No sé si puedes mañana.
Ágata: Sí, pero tendría que ser por la tarde. Por la mañana llevo a mi hermana al aeropuerto.
Caños: Perfecto. Entonces, a las cinco y media, en la cafetería de siempre.
Ágata: Vale, allí nos vemos. Hasta luego.

Ágata guardó el móvil en el bolso, y durante un instante quedó pensativa, con la mirada perdida en algún punto de la calle. Eira, que acababa de salir de una tienda con una bolsa en la mano, notó el gesto serio en el rostro de su hermana.

—¿Quién era? ¿Era por lo de papá? —dijo Eira interesada.
—Sí. Era el inspector. Vamos a quedar otra vez con la mujer que te conté.

—A ver si te dice algo más.
—Eso espero.

Al anochecer, cuando la casa se fue quedando en calma, Eira salió en silencio hacia el acantilado. El aire era más fresco que durante el día y el murmullo constante del mar llegaba desde abajo, como un arrullo lejano. Se sentó sobre una roca, abrazando sus rodillas, y levantó la mirada hacia el cielo.
Las estrellas comenzaban a brillar con fuerza, tímidas al principio, luego cada vez más nítidas, como si el universo quisiera recordarle su pequeñez y, al mismo tiempo, su libertad. Eira respiró hondo; sentía que aquel instante le pertenecía por completo.
No quiso mirar el móvil, ni siquiera comprobar si Otto había vuelto a llamar. Necesitaba desconectar, ser ella misma sin voces externas, sin exigencias. Solo el rumor del mar, el cielo abierto y sus pensamientos, que se enredaban entre recuerdos y decisiones por tomar.
Por primera vez en muchos días, experimentó una paz verdadera, como si al dejar el teléfono olvidado hubiera logrado también apagar el ruido que le perseguía.

—¿No puedes dormir? ¿O estás disfrutando de tu última noche? —preguntó Joel, saliendo al acantilado con las manos en los bolsillos.
—Ah, hola. Pues… sí, disfrutando. Pero tampoco puedo dormir —respondió Eira con una sonrisa cansada.
—Yo tampoco —dijo él, encogiéndose de hombros —. Hace calor y no corre ni una brisa. Tu hermana está *KO*. ¿Te preocupa algo?
—Bueno… cosas de chicos.
—Si quieres hablar, yo sé un poco de eso —bromeó con una sonrisa confiada.
—¿Sí? ¿De verdad? —contestó Eira, con una ironía ligera.
—¡Claro! —sonrió Joel.

Eira lo pensó unos segundos, como dudando en abrirse, pero al final habló.

—Creo que, cuando llegue, voy a dejar a Otto.
—Tendrás tus razones —dijo él, serio ahora.

—Sí… es que no me ha gustado cómo se ha comportado estos días. Llamándome continuamente, mensajes, contestaciones, preguntas… me he sentido vigilada.

Joel la miró con complicidad.

—Tú tranquila, no vas a tener problema en encontrar a alguien mejor. Eres muy guapa. Mira Kike, por ejemplo, es un buen tío. ¿No te gusta? Creo que le has gustado.

Eira se rio, bajando un poco la mirada. Kike era atractivo, no podía negarlo. Su pelo siempre alborotado en rizos desordenados, los ojos grandes y marrones que parecían reír con él, y aquella sonrisa franca que lo hacía cercano. Deportista, lleno de energía, irradiaba una simpatía natural.

—Jajaja… sí, Kike está muy bien —admitió ella—. Pero no le conozco mucho y, además, yo no vivo aquí.
—Bah, eso no es problema —replicó Joel, guiñándole un ojo.
—Bueno, deja ya el tema —dijo Eira, cortante.
—Vale, vale, lo capto —respondió Joel, levantando las manos en señal de tregua.
—Voy a ver si consigo dormir algo.
—Sí, yo también.

Eira se retiró a la habitación. Apenas apoyó la cabeza en la almohada, su mente comenzó a golpearla con pensamientos circulares sobre Otto. Sentía un nudo en el pecho; sus ojos se humedecieron hasta que las lágrimas terminaron por impregnar la tela. No era solo tristeza, era también agotamiento. La idea de volver a casa le resultaba pesada, sin entusiasmo.
En su interior, ya había tomado una decisión: terminar la relación. Pero a la vez, una parte de ella se resistía. Le gustaba Otto, en cierto modo le quería. No llevaban tanto tiempo, y, sin embargo, habían compartido días intensos, llenos de sensaciones nuevas para ella. Le agradaba sentirse deseada, y en el fondo sabía que él también la quería. Esa contradicción la desgastaba.
Dejó que todos esos pensamientos se disolvieran en la almohada, hasta que el sueño terminó por vencerla.

A la mañana siguiente, con el sol asomando entre nubes tenues, comenzó a hacer la maleta. Guardó cada prenda despacio, como si se tratara de un ritual silencioso de despedida. Cuando todo estuvo listo, salió con su hermana hacia el aeropuerto. Era hora de volver a casa y enfrentarse con un futuro cercano incierto...

CAPÍTULO 48

En Zagreb:

Eira llegó a casa y encontró la vivienda en silencio; su madre no estaba. Dejó la maleta en la habitación, sin deshacerla siquiera, como si el viaje aún no hubiera terminado. Algo dentro de ella sabía que aún quedaba un último paso por dar.
Decidió ir a ver a Otto. Mientras caminaba hacia su casa, repasaba en su mente todas las dudas y los recuerdos recientes. Se preguntaba si todavía había alguna posibilidad de arreglar lo que tenían, pero en el fondo lo sabía: no quedaba ninguna. Solo sentía la necesidad de escapar de la persona en la que Otto se había convertido. Sí, de algún modo lo quería, lo reconocía, pero no así, no a costa de su libertad ni de su paz.
Cuando llegó frente a la puerta, el corazón le latía con fuerza. Tocó el timbre y, apenas unos segundos después, la puerta se abrió. Otto apareció en el umbral, mirándola fijamente.

—Hola —dijo Eira al entrar.
—Hola.
—Voy a recoger las cosas que tengo y me voy. No puedo seguir contigo así —dijo mientras empezaba a tomar sus pertenencias, evitando mirarle demasiado tiempo.

—¿Que no puedes seguir así? ¿Y yo qué? —replicó Otto, alzando la voz —. Te vas de vacaciones y prácticamente no me cuentas nada.
—¿Pero qué quieres que te cuente? Ya te he contado todo… —respondió, sintiendo que no servía de nada justificarse.
—Estoy seguro de que todo no. Además, no me has dicho nada importante.

Eira suspiró, cansada, sin fuerzas para seguir en aquel bucle.

—Déjalo ya, Otto. Me voy. Y esto… se ha terminado.

Terminó de recoger lo poco que tenía allí y, ya en la puerta, se giró un instante.

—Adiós, Otto.
—Adiós… —contestó él, resignado, sin intentar detenerla.

De vuelta en su casa, Eira dejó la maleta en el suelo y se dejó caer en la cama. El alivio la envolvió poco a poco, como si por fin hubiera dejado atrás un peso que no era suyo. Aun así, su mente no pudo evitar repasar los últimos momentos con Otto: lo fútiles que habían sido, las discusiones absurdas, pero también aquellas sensaciones nuevas que en su día la habían hecho sentirse viva, deseada.
Sin embargo, en lo más profundo de su corazón, todavía habitaba Alen. Era imposible no pensar en él. Lo echaba de menos con una fuerza que dolía, y en sus sueños seguía apareciendo, robándole la calma. Los recuerdos de su tiempo juntos la perseguían día tras día, envolviéndola en un mundo de fantasía del que no quería despertar.
Con el corazón latiéndole fuerte, tomó el móvil. Y, casi sin pensarlo, lo llamó.

Llamada

Alen: ¡Holaaa! Qué sorpresa.
Eira: Hola… ¿qué tal estás? Hace tiempo que no sé nada de ti.
Alen: Estoy bien. Es verdad, hace mucho que no hablamos. ¿Y tú? ¿Cómo estás?
Eira: Bueno… bien.
Alen: No lo dices muy convencida. ¿Ha pasado algo? —preguntó con un matiz de preocupación en la voz.
Eira: No, nada. He estado de vacaciones en España, visitando a mi hermana.

Alen: ¡Qué bien! Yo justo me voy ahora, con mi hermana, a Italia. Solo una semana. Tengo allí a mis abuelos y primos.
Eira: Por parte de tu madre, que es de allí, ¿no?
Alen: Sí, de Tropea.
Eira: ¿Y cómo te va con las clases?
Alen: Muy bien. Bastian me echa una mano de vez en cuando. De hecho, esta semana, mientras yo me voy, él estará allí.
Eira: Me alegro mucho.
Alen: ¿Y tú? Ya estarás hecha toda una coreógrafa profesional, ¿no?
Eira: Jajaja, qué va. Es complicado con Nina. Hasta octubre no empiezo de verdad con la rutina.
Alen: Sí, Nina es dura. Bueno… ¿y sabes algo más de lo de tu padre?
Eira: Aún no. Mi hermana y un inspector español siguen con ello. Espero que encuentren pronto al culpable.
Alen: Seguro que sí.

Se escuchó un ruido de fondo y la voz de Alen se entrecortó un poco.

Alen: Tengo que dejarte, me están esperando.
Eira: Sí, claro.
Alen: Me alegra mucho hablar contigo. Otro día hablamos, a ver si te llamo.
Eia: Yo también me alegro… Sí, a ver si me llamas. Sabes que te echo de menos.
Alen: Yo también. Besos.
Eira: Besos.

La llamada terminó y Eira permaneció unos segundos con el móvil en la mano, en silencio. Sentía un sabor agridulce: la alegría de escuchar su voz y, al mismo tiempo, la punzada de la distancia. Lo había confirmado sin remedio: seguía enamorada de él.

CAPÍTULO 49

En Cádiz:

Ágata llegó a la cafetería habitual a las cinco y cuarto de la tarde, con unos minutos de adelanto. El lugar estaba tranquilo, con el murmullo constante de conversaciones apagadas y el tintinear de tazas al ser dejadas sobre los platillos.
Alzó la vista recorriendo todas las mesas: todavía no habían llegado. Se dirigió hacia el fondo del salón, donde una ventana dejaba entrar la luz de la tarde, y eligió una mesa apartada. Dejó el bolso a un lado y pidió un café cortado.
Los minutos se le hicieron largos. Impaciente, no dejaba de alternar la mirada entre la ventana y la puerta, como si esperara que en cualquier momento apareciera la persona que necesitaba ver. Sus dedos jugaban con el asa de la taza, marcando un ritmo nervioso.
Finalmente, la puerta se abrió y allí estaba. El inspector Caños entró con paso firme, buscando con la mirada hasta que la encontró. Una leve sensación de alivio recorrió a Ágata: por fin había llegado.

—Buenas tardes, Ágata. Perdón el retraso. ¿No ha venido Elisa? —dijo Caños mientras se sentaba, pedía un café y lanzaba una mirada rápida al reloj de la pared, que marcaba las cinco y cuarenta.
—Buenas tardes. No, todavía no ha venido.

—Espero que no tarde.
—No me creo nada de lo que está contando. Sé que oculta algo, ¿no lo crees? —dijo Ágata, con firmeza.
—Puede ser —respondió el inspector, sin dar demasiadas pistas.

En ese momento, la puerta se abrió y Elisa entró con aire apurado.

—Hola, inspectores —saludó mientras se dejaba caer en la silla y pedía una botella de agua.
—Hola —respondieron casi a la vez.
—Perdonad el retraso… y el no haberos llamado antes. Han operado a mi padre y he estado muy ocupada.
—¿Está bien? —preguntó Caños.
—Sí, gracias. Bueno, ¿por dónde lo habíamos dejado?
—Que el capitán se quedó inconsciente —respondió Ágata con rapidez. Entonces reparó en un detalle: cada vez que Elisa hablaba, sus ojos se desviaban hacia la izquierda —. «*Eso la delata… está mintiendo*», pensó.
—Ah, sí. Continúo —dijo Elisa, recomponiéndose.
—Sí, por favor —la animó Caños.
—La pareja luchaba por salvar sus vidas, así que no hicieron mucho por el capitán, más allá de ponerle un salvavidas. El barco se hundía, se partía en pedazos. Ellos se colocaron los suyos y saltaron. Zora, que así se llamaba (aunque a mí me dijo que se llamaba Tina) se aferró a una tabla y no volvió a ver a su marido, Ted. El resto ya lo sabéis, no sé nada más —concluyó.
—¿Eso es todo? ¿No sabes nada más? —preguntó Ágata, ladeando la cabeza.
—¿Y cómo era su comportamiento? ¿No te dijo nada extraño? —añadió Caños.
—Pues no sé… parecía nerviosa, ansiosa por saber de su marido. Me dijo que había preguntado por los hospitales, pero no obtuvo respuesta. Ah, sí, hay algo más.
—*Kakva novost*… (qué novedad) —murmuró Ágata en perfecto croata, alzando las cejas.
—¿Cómo dice? —preguntó Elisa, desconcertada.
—Nada, nada, siga —respondió Ágata, desanimada.

—Vale. Zora no hace mucho llamó a su padre y habló con él, pero no entendí nada de la conversación. Luego me explicó que su padre le iba a mandar dinero para regresar a su casa. Una vez allí seguirían buscando a su marido… Lástima que no pudo volver —añadió con un deje de pena.
—Muy bien, Elisa. Si recuerda algún detalle más, no dude en contactar conmigo —dijo Caños.
—*Jebiga, još uvijek ništa ne razumijem* («*joder, sigo sin entender nada*») —se le escapó a Ágata, otra vez en croata.
—¿Perdona? —preguntó Elisa, extrañada.
—Nada. Si hay alguna novedad, nos llamas —cortó Ágata, levantándose de la silla con desgana.
—Sí, claro. Espero que encontréis pronto al culpable. Hasta luego —dijo Elisa, marchándose con prisa.
—Estamos en ello. Hasta luego —respondió Caños.
—Sí, hasta luego —añadió Ágata, despidiéndose sin convicción.

Cuando Elisa se hubo marchado, el inspector se volvió hacia su compañera.

—Bueno, Ágata… algo más sabemos, aunque no nos sirva demasiado.
—Caños, ¿de verdad te crees todo esto? —preguntó ella, con la duda escrita en el rostro.
—Eso es lo que debemos averiguar: qué es cierto y qué no. Seguiré investigando en cuanto tenga un hueco. Ahora estoy con un caso importante, pero en los ratos libres me pondré con esto. Me tengo que ir. Hasta luego.
—Está bien… gracias por el esfuerzo. Hasta luego —respondió Ágata, resignada, mientras lo veía alejarse.

Ágata entró por la puerta de casa de Joel. Él no se encontraba allí. Salió, se sentó en el banco y mientras contemplaba azorada el paisaje, llamó a su hijo.

Llamada

Marín: ¡Hola, mamá! ¿Cómo estás? —saludó Marín con entusiasmo.

Ágata: Hola, hijo. Yo estoy bien, ¿y tú? —respondió Ágata con una sonrisa que se notaba en su voz.
Marín: Todo bien. Estoy aprendiendo un montón de cosas. Me encanta la clase de psicopatología: nos ponen casos de asesinos y tenemos que analizarlos al detalle. Y, la verdad, no se me da nada mal.

Ágata lo escuchaba con orgullo, imaginándoselo con esa energía tan suya.

Marín: De momento, con los compañeros también bien. Ah, ayer hablé con papá. Se ha mudado a casa para no pagar habitación. Como ahora no vive nadie allí, pensó que era lo mejor. Me dijo que te lo comentara… No le eches la bronca, creo que lo está pasando mal. No para de hablar de ti y que aún sigue enamorado.
Ágata: Sí, no pasa nada —dijo Ágata, con voz serena —. Ya hablaré con él.
Marín: Bueno, ¿sabes algo más de la investigación?
Ágata: No mucho más —respondió ella, bajando un poco el tono.

Entonces Ágata le contó, a grandes rasgos, la reunión con Elisa. Marín escuchaba con atención, casi con fascinación, y no tardó en insistir en que le pasara toda la información para revisarla en sus ratos libres. Estaba convencido de que podría ayudar. Pero Ágata se negó con firmeza: no quería que nada lo distrajera de sus estudios. Tras unos minutos más de conversación, se despidieron con cariño.
Ágata dejó el teléfono sobre la mesa y se dirigió a la cocina, donde comenzó a preparar la cena. El silencio de la casa apenas duró un rato: poco después, la puerta se abrió y Joel entró, trayendo consigo la frescura de la calle y el calor de su sonrisa.

—Hola, mi niña… qué bien huele —dijo Joel al entrar en la cocina, acercándose a darle un beso largo y cálido en los labios.
—Holaaa. ¿Tienes hambre?
—Sí, mucha. He estado con Kike tomando unas cervezas. ¿Y tú? ¿Cómo te ha ido con Caños?

Ágata suspiró, dejando la cuchara de madera sobre la encimera.

—Pufff… Elisa creo que nos ha contado un montón de patrañas. No me creo nada. Es que no me cuadran las cosas… pero seguiremos investigando —respondió, contándole con detalle la conversación que había tenido con Caños y Elisa.

Joel la escuchó en silencio, apoyado en el marco de la puerta, y cuando terminó habló con calma:

—No te desesperes. Seguro que todo tiene sentido y al final encontraréis al culpable.
—Eso espero… —dijo Ágata, con el gesto sombrío.

Él se acercó despacio, rodeándola con los brazos y atrayéndola hacia sí.

—Ven aquí, no te pongas así.

Ella se dejó abrazar, cerrando los ojos por un instante, agradecida de poder descansar en la seguridad de aquel gesto.
El abrazo se transformó en besos, y de los besos surgieron caricias que encendieron un deseo imposible de contener. Joel, en un impulso, la levantó y la sentó sobre la mesa de la cocina. La urgencia en sus gestos contrastaba con la entrega en su mirada. Sus labios recorrieron la piel de Ágata, despertando en ella un placer que parecía infinito.
Ella, en medio de esa turbulencia, tuvo un instante de lucidez: apagó el fuego de la cena antes de que el calor del momento acabara también con la cocina. Con una sonrisa traviesa, lo condujo hasta el sofá, donde la pasión se desató sin reservas.
Mirándose a los ojos, sintiéndose atrapada en la intensidad de él, Ágata comprendió de golpe que estaba enganchada a Joel. Hipnotizada, embrujada… como si fuera el mayor mago que había conocido.
Después, poco a poco, volvieron a la realidad. Con esfuerzo se levantaron, compartieron la cena entre risas cómplices y, rendidos, se arrastraron como zombis hacia la cama. El sueño los venció pronto, envolviéndolos en un descanso plácido.
A medianoche, Ágata se despertó con la garganta seca. Fue a beber un vaso de agua y, mientras el silencio de la casa la rodeaba, un pensamiento regresó con fuerza:
«¿Por qué Zora dijo llamarse Tina? ¿Qué pretendía ocultar?».
Se quedó un rato en penumbras, sin hallar respuesta. Luego volvió a la cama, donde el sueño la reclamó de nuevo, aunque las preguntas

siguieron latiendo en el fondo de su mente.

CAPÍTULO 50

En Zagreb:

Ya habían transcurrido varias semanas y septiembre se había estrenado con un festín de tormentas. El viento rugía con fiereza, arrastrando en su danza a las hojas secas que reposaban en el suelo. Los árboles se agitaban como si quisieran atrapar a los pájaros juguetones que intentaban refugiarse entre sus ramas.

Eira había retomado los ensayos; quería estar preparada para comenzar con fuerza la rutina en octubre. De vez en cuando, Jasmín la ayudaba, aunque pronto tendría que arreglárselas sola. Su primo se marchaba en un par de días a Suiza. Había alargado su estancia más de lo previsto. Era cuatro años mayor que ella, alto, de ojos verdes y cabello rubio. Según Jasmín, gozaba de gran éxito entre las chicas, no tanto por su físico —que no dejaba de ser atractivo—, sino por su desparpajo. Era de esos chicos que parecen saber de todo y poseen un encanto difícil de definir, algo que inevitablemente atrae.

Aquella noche, siendo sábado, no había duda: todos tenían cita en VenOx.

En la discoteca, las luces giraban al ritmo de la música y Mara y Eira no paraban de bailar, dejándose arrastrar por la euforia de la pista.

Mientras tanto, Jasmín se había quedado en los sofás charlando con su primo Brent y con Nika.
Cada vez que Eira lanzaba una mirada hacia aquella esquina, descubría los ojos de Brent fijos en ella, como si el ruido y la multitud no existieran. Aquella insistencia la desconcertaba, aunque también la hacía sentir un cosquilleo extraño.
Cuando el cansancio empezó a notarse en sus piernas, decidió acercarse a los sofás para descansar un momento. Justo entonces, Nika y Jasmín se levantaron entre sonrisas y se lanzaron a la pista, dejándola a solas frente a Brent.

—No os cansáis de bailar —comentó Brent, con una sonrisa relajada.
—La verdad es que nos encanta —respondió Eira, aún con la respiración agitada.
—¿Quieres tomar algo? Te invito.
—Vale, una Coca-Cola light.

Brent se levantó con calma y, al rato, regresó con dos vasos en la mano.

—Gracias.
—De nada.

Eira lo miró con curiosidad.

—Así que te vas ya.
—Sí, pasado mañana. Me quedaría más tiempo, pero tengo que trabajar. Al final me he quedado más de lo que pensaba.
—¿En qué trabajas?
—Estoy en la empresa familiar, soy abogado. Creí que lo sabías.
—No, tu prima no me ha contado nada. Vaya, qué bien. Yo, en cambio, vivo por y para el baile. No me veo haciendo otra cosa. Me encanta bailar y preparar coreografías.
—Eso está muy bien —dijo él, observándola con interés —. Parece que tienes las cosas claras. Y dime… ¿no tienes novio?
—No. Hace poco lo dejé con un chico. ¿Y tú?
—No, yo tampoco tengo novio —bromeó con picardía.

Eira soltó una carcajada.

—Jajaja, qué gracioso.
—No, en serio, no tengo novia. Lo dejamos hace un par de meses —hizo una pausa y luego se puso de pie —. Voy a salir a fumar un cigarro, ¿me acompañas?
—Sí, vale.

Al salir, una ráfaga de aire fresco los envolvió.

—Ufff, aquí se está mejor. Dentro hace un calor insoportable, aunque ahora refresca —dijo Brent, encendiendo un cigarrillo. Le ofreció la cajetilla.
—¿Quieres uno?
—No, no fumo.
—Haces bien.

Caminaron juntos un poco, alejándose de la puerta de la discoteca. La música seguía latiendo en el aire, como un eco distante que los acompañaba en silencio.
Continuaron hablando de sus vidas, compartiendo confidencias sin darse cuenta del paso del tiempo. La complicidad había surgido de manera natural, hasta el punto de olvidarse de los demás. Brent, en un gesto impulsivo, se inclinó hacia ella y la besó. Eira, sorprendida al principio, terminó correspondiéndole con la misma intensidad.
Se separaron apenas un instante, lo suficiente para mirarse a los ojos y, sin palabras, volver a fundirse en otro beso más largo, más consciente.

—Podríamos ir a algún sitio a solas… contigo —susurró Brent, insinuante.

Eira dudó unos segundos, su corazón latiendo con fuerza.

—No sé… no es el momento. Me has gustado, y me ha gustado lo que ha pasado, pero…
—Vale, vale, tranquila, lo entiendo —la interrumpió con una sonrisa conciliadora, restándole tensión—. ¿Entramos dentro?
—Bueno, vale.

Y juntos emprendieron el camino de regreso, con la música de la discoteca envolviéndolos como si nada hubiera cambiado, aunque

ambos sabían que algo sí lo había hecho.
Al volver al interior, Eira tomó a Brent del brazo y, sin darle opción, lo arrastró hasta la pista de baile. Justo en ese momento comenzó a sonar una de sus canciones favoritas, *Everybody* de los Backstreet Boys, y no pudo resistirse.
Con energía desbordante, se unió al coro de voces que coreaban el estribillo, mientras Brent intentaba seguirle el ritmo entre risas. Pronto llegaron sus amigas, que se sumaron al grupo, y juntas formaron un pequeño círculo de baile que irradiaba pura diversión.
Después de varias canciones, con el cansancio marcando el paso, decidieron marcharse. Afuera, bajo las luces de la calle, Brent se despidió de Eira con un beso suave en la mejilla, acompañado de una sonrisa cómplice y un guiño travieso.
Eira, sin decir nada, se limitó a devolverle la sonrisa, guardando para sí la chispa de aquel momento.

CAPÍTULO 51

A la mañana siguiente, Eira despertó con una sonrisa. El recuerdo de los besos con Brent le vino a la mente sin razón aparente. Le resultaba extraño; nunca se habría imaginado que él se atreviera a algo así, y mucho menos que ella le correspondiera. Sin embargo, le había gustado. No le dio más importancia. Al fin y al cabo, ni siquiera sabía si volvería a verlo algún día.
A la hora de la comida se sentó junto a su madre y Marcus. Su madre estaba de buen humor, hablaba sin parar y se notaba lo a gusto que se sentía a su lado. Comentaba detalles de su trabajo: esperaba un aumento de sueldo y, además, sus compañeras la animaban a presentarse para el puesto de encargada.
En ese momento, el timbre del teléfono rompió la conversación.

Llamada

Eira: Hola. ¿Qué tal?
Otto: Hola… Bueno, ¿podemos quedar? Me gustaría hablar contigo.
Eira: No sé… ¿de qué quieres hablar?
Otto: Venga, no me lo pongas más difícil. ¿Quedamos esta tarde?
Eira: Está bien, ¿a las seis?
Otto: ¿Puedes venir a mi casa? Estaremos más tranquilos.
Eira: Vale.
Otto: Pues a las seis te espero.

Eira: Sí, hasta luego.

Otto: Hasta luego.

Cuando colgó, se quedó un momento con el móvil en la mano antes de regresar a la mesa. Durante el postre, Eira contó cómo le estaba yendo en las clases, intentando aparentar normalidad. Su madre y Marcus la escuchaban con interés, ajenos al nudo que empezaba a apretarle el estómago.

Al llegar la hora, Eira entró a su habitación para cambiarse y coger el bolso. Se miró un instante en el espejo, tratando de calmar los nervios, y después bajó a despedirse. Marcus y su madre le desearon una buena tarde, sin hacer más preguntas.

Al cruzar la puerta, el aire fresco le golpeó el rostro. Caminó con paso firme hacia la casa de Otto, aunque por dentro sentía el corazón acelerado. Seguía habiendo algo entre ellos, una chispa que no se apagaba, pero no sabía en qué podía desembocar aquella conversación.

Cuando Eira llegó, Otto la recibió sin titubeos y la condujo al salón. Se sentaron en el sofá, el silencio inicial flotaba entre ellos como una barrera invisible.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó él, con un tono que parecía disfrazar la vulnerabilidad de un niño.

—No, ahora no.

—Vale… —suspiró Otto, bajando la mirada antes de reunir valor —. Eira, siento mucho lo que pasó. No entiendo por qué me comporté así… Me gustaría estar contigo, de verdad. Quiero que me des otra oportunidad. Te echo de menos —dijo con voz entrecortada, como si temiera quedarse sin aliento.

Eira lo miró seria, con los brazos cruzados.

—No sé, Otto. No me ha gustado tu comportamiento. Y no sé si volvería a pasar si lo intentáramos otra vez.

—Te juro que no. Pero… por favor, no me des motivos para desconfiar. Cuando no me cuentas las cosas, mi cabeza vuela y me imagino lo peor.

—Otto, yo creo que no te he dado motivos. Me conoces, sabes que soy abierta, que me gusta hablar con la gente. Pero eso no significa

nada más.
—Sí, lo sé… —admitió bajando la voz—. Puedo intentarlo.
—¿Intentar qué?
—Intentar controlar mis celos. Sabes lo que me pasó con Diane… la pillé con otro en la cama. Te lo conté. Desde entonces soy así. Pero contigo es diferente, yo quiero estar contigo, Eira. Yo… te quiero.

Otto se inclinó despacio, tan cerca que podía sentir el calor de su aliento. Al final, la besó con la intensidad de quien revive un primer encuentro.
Eira cerró los ojos. En ese momento supo que aún quería estar con él, que todo en Otto la atraía… salvo sus celos. Y, sin embargo, comprendió algo nuevo: tampoco ella se había puesto en su lugar. Imaginó por un instante lo mal que lo había pasado con su antigua novia, y eso suavizó sus dudas. Habían compartido tres meses intensos, y aunque el miedo seguía ahí, también lo estaba la chispa que los mantenía unidos.
Se dejaron arrastrar por los sentimientos, sin medir el tiempo ni la razón. Los besos se hicieron más urgentes, las caricias más intensas. Otto la condujo hasta su habitación, y Eira no pudo evitar notar el desorden que reinaba en ella. Él apartó lo que pudo de la cama y, con un gesto rápido, la hizo recostarse.
La ropa cayó al suelo de manera apresurada, casi atropellada, como si el deseo no les permitiera ir despacio. Hicieron el amor con la misma prisa con la que se desnudaron, volcados en recuperar aquello que habían perdido.

—Guau… cuánto echaba esto de menos —murmuró Otto, aún agitado.
—Sí, yo también —respondió Eira, con un hilo de voz.
—Entonces, ¿me perdonas?
—Sí… podemos intentarlo.
—Pero dime, ¿hay algo que deba saber para empezar de cero? —preguntó él, con un dejo de desconfianza.
—No. Ya te he contado todo —dijo ella, esquivando su mirada.
—Vale —asintió, satisfecho con la respuesta.

Eira, sin embargo, guardaba silencio en su interior. No quiso contarle lo de Brent, ni tampoco el juego inocente con Kike. Para ella no tenía importancia, pero sabía que, para Otto, podría significar una tormenta. Así que optó por callar.

Decidieron volver a intentarlo. Aunque, en el fondo, Eira no podía dejar de preguntarse si Otto sería capaz de cambiar… o si los celos terminarían volviendo a interponerse entre ellos.

CAPÍTULO 52

El tiempo corría sin detenerse; los meses se deslizaban casi sin que nadie se diera cuenta. Febrero había llegado fresco y ventoso. Las últimas hojas, tercas en su caída, brincaban por las calles al capricho del aire.

Ágata seguía sin encontrar ninguna pista. El inspector Caños tampoco había logrado avances en el caso. Había días en los que la desesperanza y el desánimo la vencían, pero ahí estaba Joel, con su entusiasmo contagioso, para devolverle un poco de luz. En ese tiempo junto a él, Ágata había cambiado mucho. Tanto, que ya rondaba por su cabeza la idea de no regresar a Croacia. Joel se lo había propuesto con claridad: quería que se quedara a vivir con él y trabajar allí. Ella aún lo estaba meditando, aunque la balanza empezaba a inclinarse hacia un sí.

Su madre también estaba mucho mejor de ánimo. Había recuperado la rutina: el trabajo, los quehaceres diarios y las salidas de vez en cuando con su amiga Eva. La relación con Marcus marchaba viento en popa. Muchos fines de semana escapaban al pueblo de él, donde ambos desconectaban de todo y encontraban un refugio sencillo pero feliz.

Olivia se iba a casar con Mirko. Acababan de dar la noticia a las familias y, como era de esperar, la alegría se extendió de inmediato. Todos celebraron la esperada y evidente decisión. La boda tendría lugar en mayo, y ya se respiraba ilusión en el ambiente.

La relación de Opal con su hija Eira no había mejorado demasiado, pero al menos la intensidad de sus discusiones había bajado. Sin embargo, algo la seguía preocupando profundamente: no veía claro el futuro de Eira junto a Otto. Esa sensación se transformó en alarma cuando su hija, acompañada de su inseparable gato Pirata, decidió irse a vivir con él.

Al principio Opal intentó convencerse de que quizá sus temores eran exagerados, pero pronto quedó claro que no lo eran. Apenas unos días después de mudarse, Otto comenzó a cambiar. Y no para mejor. Volvía tarde a casa, a veces con olor a alcohol o a tabaco. La energía de Eira parecía apagarse poco a poco; se sentía fuera de lugar, desplazada en la propia casa que compartía con Otto y, al mismo tiempo, controlada bajo su mirada.

En el trabajo, sus compañeros notaban que algo no iba bien: el decaimiento, el cansancio y la falta de sueño se reflejaban en sus gestos y en su rendimiento. Era como si, sin darse cuenta, estuviera perdiendo la chispa que siempre la había caracterizado.

CAPÍTULO 53

En Zagreb:

Era sábado por la mañana cuando Eira se asomó a la ventana. El cielo estaba preñado de tormenta y una llovizna fina caía sin descanso, de esas que parecen inofensivas, pero acaban empapándote sin remedio.
Había quedado con Nika para ir juntas a casa de Mara. Cuando llegaron, ella abrió la puerta con una sonrisa.

—Hola, chicas.
—Ey, ¿qué tal? —saludó Mara.
—Hola —respondió Eira con un hilo de voz.
—Bueno… regular.
—¿Y eso? —preguntó Nika, intrigada.

Eira suspiró.

—Pues con Otto… no me va muy bien. Últimamente llega tarde, bebido, fumado o las dos cosas. Y a mí eso no me gusta. Desde que empezó a trabajar con la nueva cantante, ha cambiado. Empiezo a pensar que está con ella.
—Pregúntaselo —intervino Mara, sin rodeos.
—Tienes que pensar en ti, Eira. Y en si de verdad te aporta lo que quieres —añadió Nika con firmeza.

—Ya… Y encima en el trabajo estoy fatal. No rindo nada.
—Igual necesitas unas vacaciones. Tómate unos días libres —sugirió Nika.
—No estaría nada mal. Pero casi acabo de empezar.
—Claro, coges a Otto y os vais a una casa rural —propuso Mara.
—Lo pensaré. Bueno, contadme vosotras.

Mara se encogió de hombros.

—Yo no tengo mucho que contar. Todo sigue igual: el trabajo como siempre, e Igor y yo muy bien.
—Yo tampoco. Los estudios ahí van, y con Milan cada vez mejor —sonrió Nika.
—Me alegro por vosotras —dijo Eira con sinceridad.
—Bueno, ¿nos vamos a tomar algo al bar de aquí al lado? —propuso Nika.
—Vale —respondieron las dos al unísono.

En el bar se quedaron de pie en la barra. Mara pidió una cerveza, Nika una tónica y Eira un zumo. La conversación siguió ligera, saltando de un tema a otro hasta que se hizo la hora de comer. Entonces Eira se despidió de ellas y regresó caminando a casa, con la llovizna de la mañana convertida ya en un recuerdo húmedo sobre las calles.
Cuando entró, Otto estaba en la cocina, preparando algo rápido mientras la radio sonaba de fondo. Levantó la vista al oír la puerta y forzó una sonrisa.

—Hola —dijo, como si nada pasara.

Eira lo miró en silencio unos segundos, intentando decidir si hablar o callar. El cansancio podía más.

—¿Dónde estabas? Te iba a llamar ahora mismo. Acabo de llegar y no sabía dónde estabas —preguntó Otto desde la cocina, con un tono ya cargado de reproche.
—He ido a ver a Nika y a Mara. Después fuimos al bar de al lado. ¿Y tú? ¿Dónde has estado?
—Ensayando con el grupo. Tenemos un concierto el mes que viene.
—¡Qué bien!

—Sí, tenemos muchas ganas. Bueno, ¿comemos?
—Vale.

Se sentaron a la mesa y comenzaron a comer en un silencio incómodo, roto por la voz de Eira.

—Y… ¿qué tal con la cantante?
—Bien, ¿por qué?
—Es muy guapa, ¿no?
—Sí, está bien. ¿A qué viene tanta preguntita? —contestó Otto, ya a la defensiva.
—Es que últimamente llegas tarde, con alguna copa de más, fumado, y…
—Ya te he dicho que estamos preparando un concierto, y después salimos a tomar algo —la interrumpió, alzando la voz.

Eira bajó la mirada.

—Ya…
—¿Estás insinuando que tengo algo con ella?
—No… ¿lo tienes?
—Esto es increíble. ¿Y tú? ¿Qué? ¿Has ido al bar con tus amiguitas o has estado con alguien, *"zorreando"*? —soltó Otto, como si esa palabra hubiese estado mucho tiempo contenida.

Eira lo miró, dolida.

—¿Pero qué dices? Yo no *"zorreo"* —respondió, intentando defenderse.
—Pues no me demuestras lo contrario. Desde que nos conocemos, ¿seguro que no has estado con otro?
—No. Sólo contigo.
—Dime la verdad. No me mientas. No te creo.
—Pues es la verdad.
—¿Seguro? —replicó, levantándose de golpe de la mesa. Luego se dejó caer en el sofá, móvil en mano, sin mirarla siquiera —. Si quieres preguntarme algo, primero sé sincera tú.

Eira sintió cómo la humillación le quemaba por dentro. Una punzada de culpa le atravesó el pecho: en cierto modo, Otto tenía razón en

desconfiar. Ella sí le había ocultado algo. No le había contado lo que pasó con Brent, aquellos besos robados en una noche que ahora le pesaba como un secreto sucio. Tenía ganas de confesarlo y desahogarse, pero el miedo a que Otto estallara era más fuerte era intenso.
Se levantó en silencio, recogió la mesa con movimientos automáticos y, cuando terminó, fue a sentarse junto a él en el sofá. El silencio entre ambos era tan denso que parecía imposible romperlo.

—No te pongas así —dijo Eira, acercándose a él, acariciándole el pecho e intentando abrazarlo.
—¿Qué? ¿Quieres *"follar"*? —respondió Otto, brusco.
—Bueno… no lo llames así.
—Entonces, ¿cómo lo llamo? ¿"Amor"? —dijo con desdén.
—Pues sí —susurró ella.
—Ven, te voy a dar lo que quieres.

Otto la besó con insistencia, sin dejarle espacio. Sus caricias eran toscas, y le arrancó la ropa con rudeza. Eira se sintió intimidada, cohibida, pero cedió, convencida de que quizá así se le pasaría el enfado. El encuentro fue rápido, mecánico, sin que Otto pensara en ella.
Cuando terminó, se tumbaron en la cama sin decir una sola palabra. Otto, con el gesto ya más sereno, se quedó dormido en apenas unos minutos. Eira, en cambio, permaneció despierta, con lágrimas silenciosas resbalando por su rostro. Se sentía ajena a sí misma, como si hubiese traspasado un límite que nunca creyó cruzar. Por un instante quiso levantarse, huir, desaparecer. Pero luego, al mirarlo dormir, intentó convencerse de que debía comprenderlo. Se repitió que quizá él tenía razón, que tal vez debía contarle cada detalle de su vida para que no desconfiara. Pensó en lo que él había sufrido con su antigua novia y decidió esforzarse aún más para que la relación funcionara.
El sueño la venció tarde, con el corazón aún acelerado.
A la mañana siguiente, Otto comentó que iba a ver a su madre y a su hermano. Se vistió, desayunó rápido y salió con el coche de Eira. Ella pasó el resto del día en casa, encerrada, hablando un rato con

su madre por teléfono antes de dejarse caer en el sofá. Pirata se acurrucó a sus pies, brindándole un consuelo silencioso.
Pensó en todo lo que había ocurrido. No quería regresar a casa de su madre; no podía mostrarle su fracaso. Quería a Otto, y cuando estaban bien, era feliz a su lado. Decidió no darle más vueltas. Se repitió a sí misma que quizás estaba enamorada y que haría lo posible por salvar la relación, siempre y cuando él cambiara su actitud.

CAPÍTULO 54

Pasaron varias semanas y la vida de Eira empezó a sentirse como un mar en plena tempestad. Cada día Otto se mostraba más brusco, más despectivo en sus palabras y gestos. Ella notaba cómo, poco a poco, volvía a quedar atrapada en una red de control que la asfixiaba. No quería volver a pasar por lo mismo, no quería revivir el maltrato silencioso de sentirse dominada. El cariño había desaparecido; ya no se sentía amada.

Llegó el día del concierto de Otto. El grupo tenía todo preparado y se marcharon a Samobor, donde pasarían la noche para volver el domingo. Eira, por su parte, no podía acompañarlo: el trabajo la retenía en Zagreb.

Esa misma noche, cuando ella intentaba distraerse en casa con la tele encendida y Pirata a su lado, sonó el móvil. En la pantalla aparecía el nombre de Otto.

Llamada

Eira: Hola. ¿Qué tal? ¿Ya habéis llegado?
Otto: Hola, Sí. Todo bien. Y tú, ¿qué haces?
Eira: Aquí en casa.
Otto: Mañana cuando salgas de casa déjame una llamada perdida desde el fijo de casa y cuando vuelvas también, para saber que estás bien —lo dijo como si eso fuera una preocupación.

Eira: Bueno, vale —dijo accediendo muy a su pesar y para no enfadarle.
Otto: Pues te dejo que voy a cenar. Hasta mañana.
Eira: Hasta mañana.

Eira así lo hizo, cada vez que salía y entraba de casa le hacía una llamada perdida. «*Eso mismo le pasó a una amiga suya con su novio*», pensó, pero con la cual, ya no tiene contacto. Los días que Otto no estaba, Eira se encerró en casa, sólo salía a trabajar. El sábado por la tarde llamaron a la puerta y era Nika y Milan que habían ido a verla.

—Hola, ¡qué sorpresa!
—Hola, ya que no te vemos, venimos a verte nosotros. Te hemos traído unos pastelitos para merendar. Te toca poner el café —dijo Nika.
—Sí, claro. ¿Cómo lo queréis?
—Yo cortado —dijo Milan.
—Yo con leche —dijo Nika.
—¿Y Mara?
—No podía venir, había quedado a comer con su familia.

La tarde transcurrió entre charla y risas, incluso pensaban en poner una película, cuando de pronto la puerta se abrió. Era Otto.

—Hola… ¿qué haces aquí tan pronto? —preguntó Eira, levantándose del sofá.
—Vaya, organizando una fiesta en mi casa cuando yo no estoy —respondió él, con sarcasmo.
—Oye, no estamos haciendo ninguna fiesta —replicó Nika, molesta.
—Aquí no vengas a mi casa con ese tono de voz… —soltó Otto, visiblemente enfadado.
Milan se levantó de inmediato.
—Será mejor que nos vayamos.
—Sí, será lo mejor —sentenció Otto.
—Bueno, chicos, gracias por venir —dijo Eira acompañándolos hasta la puerta.
—Si necesitas algo, llámame —susurró Nika al despedirse.

—Vale, hasta luego.

Cuando cerró, Eira siguió a Otto hasta la habitación.

—No tenías por qué haberles hablado así.
—¿Qué has hecho estos días? —preguntó él, esquivando su reproche.
—Nada. Ya viste las llamadas perdidas.
—Sí, las vi. Pero dime… ¿no trajiste a nadie más a casa, aparte de tu amiguita y su novio?
—No. Otto, creo que es mejor dejar el tema. Últimamente estás distante y no me tratas bien. Quizá deberíamos… dejarlo.
—¿Dejarlo? ¿Cómo se supone que quieres que te trate?
—Pues como antes.
—Vale. Es que estoy cansado y no me gustó el tonito de Nika. Pero nada de dejarlo —dijo acercándose a ella y sellando sus palabras con un beso.
—Bueno… ¿y cómo fue el concierto? —preguntó Eira, ya sentada a su lado en la cama.
—Bien. Pero cuando terminamos no me apetecía quedarme hasta mañana. Quería verte.
—Ah, ¿sí?
—Claro.

Eira empezó a besarle el cuello y los labios. Otto pareció resistirse un segundo, pero terminó por ceder: la tumbó en la cama y comenzó a acariciarla con torpeza. Se entregaron uno al otro hasta hacer el amor, aunque Eira sentía que más que pasión, era una tregua.
Otto se durmió enseguida. Ella, en cambio, permaneció despierta, atrapada en sus pensamientos. Se sentía mal por lo ocurrido con Nika, por la tensión constante que marcaba su relación. No sabía si hacía bien quedándose a su lado. Sólo podía ser una cosa: estaba enamorada… pero quizá de la persona equivocada.
Y entonces, por un fugaz instante, la imagen de Alen irrumpió en su mente. Se preguntó cómo le iría la vida y, al hacerlo, comprendió que lo echaba de menos más de lo que estaba dispuesta a admitir.

Al día siguiente, domingo por la mañana, Otto se levantó temprano.

—¿Ya te levantas? —murmuró Eira, aun desperezándose.
—Sí. Mi hermano me ha escrito y voy a verle. ¿Vienes? Así me llevas… bueno, mejor dicho, conduzco yo.
—Bueno, vale —respondió sin entusiasmo, mientras se incorporaba —. ¿Cuándo piensas sacarte el carnet?
—Algún día.
—Cualquier día te van a pillar. No entiendo cómo conduces sin él — dijo Eira, mientras buscaba ropa para vestirse.
—No pasa nada. Ya sabes que sé conducir. Venga, vamos.
—Sí, vamos… —contestó con un suspiro apagado.

Eira nunca se había sentido cómoda con los padres de Otto, especialmente con su madre, Branka. Era una mujer de carácter fuerte, protectora hasta el extremo con sus hijos, y más aún con Otto, el pequeño de la familia. A sus ojos, ninguna mujer era lo suficientemente buena para él. Tampoco aprobaba la carrera de Eira, insistiendo en que "bailar no era un trabajo de verdad". Sin embargo, aunque tampoco le gustaba lo que hacía su hijo, lo defendía con uñas y dientes, como si no pudiera admitir defecto alguno en él.

Su padre, Orzen, era distinto, aunque tampoco cercano. Le gustaban los perros, tenían dos mestizos de tamaño mediano. Sin embargo, su trato con ellos era frío: no les mostraba afecto, no jugaba con ellos. Solo imponía disciplina, los adiestraba con firmeza y presumía de lo bien entrenados que estaban, como si fueran un reflejo de su propio control. Era un hombre serio, de pocas palabras, y cuando hablaba era porque ya había meditado cada frase. La manera que tenía de mostrar su desaprobación era lanzando indirectas, nunca de frente. Ahora estaba jubilado, tras una larga carrera como directivo en una multinacional.

El hermano de Otto, Branko, en cambio, era un reflejo de su madre: altivo, prepotente y dado a fantasear con grandezas. «*Menuda familia*», pensó Eira.
Cuando llegaron, Branka abrió la puerta. Saludó a Eira con una cortesía fría, casi mecánica, y a su hijo lo envolvió en un abrazo efusivo, como si llevara meses sin verlo. Entraron al salón y saludaron al resto. Otto pronto desapareció rumbo al bar con su hermano, mientras Orzen salió a sacar a los perros. Eira se quedó en la cocina, ayudando a preparar la comida junto a su suegra.

—Y bien, ¿qué tal por allí? —preguntó Branka, con ese tono suyo cargado de superioridad.
—Todo bien.
—¿Y mi hijo? ¿Va bien en el trabajo?
—Pues… sí.
—No lo dices muy convencida. ¿Ha pasado algo? Puedes contarme lo que sea.
—No, está bien. Solo que últimamente fuma mucho.
—Ah, bueno, si solo es eso…
—Pero no tabaco —añadió Eira, tanteando, con la esperanza de que si eran sus padres quienes se lo decían, Otto podría reaccionar. A ella nunca la escuchaba.
Branka frunció el ceño.
—¿Qué quieres decir?
—Porros. Hablo con él, pero a mí no me hace caso.
—Se lo diré a su padre y hablaremos con él —respondió con seriedad, clavando los ojos en Eira.
Me alegro de que me lo hayas contado.
—No sé si a él le gustará… —dijo Eira, insegura.
—No te preocupes, no pasa nada.

Más tarde, ya en la mesa, la familia comía en torno a un silencio extraño, roto solo por Branko, que se hacía el gracioso contando necedades. Todos reían sus ocurrencias, menos Eira, que no podía evitar sentir un peso en el estómago.
Después, Orzen dirigió la conversación hacia Otto, y el ambiente se tensó todavía más.

—Otto, no estarás conduciendo, ¿no? —le soltó directamente su padre, como si le viera por un espejo.
—No, claro que no —contestó, haciéndose el inocente.
—Eres una máquina, seguro que conduces muy bien —replicó su hermano.
—¡Qué dices!, que no conduzco — dijo Otto.
—Tú que dices Eira, ¿conduce o no? Quiero la verdad —dijo amenazador.
—Bueno, Otto ya ha dicho que no.
—Lo que yo decía, es una máquina —rio la respuesta el hermano, sabiendo que era mentira.
—¡Vale ya! Queremos saberlo y, a parte, es que no puedes conducir sin carnet. Está muy bien que tu padre te enseñara, pero tienes que sacarte el carnet —dijo su madre.
—Algo he conducido, pero me sacaré pronto el carnet —dijo Otto cabizbajo.
—Es que lo sabía —dijo su padre con un golpe en la mesa —. Y qué es eso de que fumas hierba.
—¿Qué? —dijo Otto sorprendido.
—Sí, hijo, Eira me lo ha contado —dijo la madre.

Otto miró a Eira de un modo amenazador. Eira no pensó que se lo soltaría así y se sintió angustiada.

—Bueno, algo fumo. No pasa nada papá, está controlado.
—Espero que lo dejes, porque no quiero que caigas en algo peor — dijo su padre más calmado.

Después de comer, se tomaron un café. Mientras, Eira salió y se puso a juguetear con los perros.

—Te gustan los perros ¿no? —dijo Orzen.
—Sí, me gustan mucho todos los animales —contestó sonriente.
—Pues hay que querer más a las personas que a los animales — soltó en modo indirecta.
—Puede ser, pero hay animales que se merecen más que los quieran que algunas personas —contestó Eira mirándole a los ojos y se metió dentro.

—Eira, nos vamos a ir ya —dijo Otto.
—Vale.

Se despidieron y durante el viaje apenas hablaron. Otto, con la mirada fija en la carretera, le contó que su hermano quería verle porque pretendía arreglar las cosas con su mujer, aunque no sabía cómo hacerlo. Esperaba que él le aconsejara o, al menos, le diera alguna idea.
A Eira le sorprendió que Otto no mencionara nada sobre lo de conducir ni sobre el tabaco. Lo agradeció en silencio.
Al llegar a casa, sonó el teléfono.

Llamada

Eira: Hola, ¿qué tal?
Mara: Hola. ¿Qué haces ahora?
Eira: Acabamos de llegar de ver a los padres de Otto.
Mara: Vaya fiestón —dijo con ironía.
Eira: Ni te imaginas. ¿Y tú?
Mara: Aquí, en casa, aburrida. Lo mío sí que es un planazo.
Eira: Jajaja.
Mara: Encima he discutido con Igor… lo hemos dejado.
Eira: No fastidies. ¿Qué ha pasado?
Mara: Se puso a hacer demasiados planes de futuro y me agobié.
Quería que nos fuéramos a vivir juntos. ¡Claro, como él tiene dinero!
Eira: Bueno, eso tampoco suena tan terrible. Todo depende de lo que tú quieras.
Mara: Pues espacio. Y ahora mismo no quiero ni pensarlo.
Eira: Si lo tienes claro…
Mara: ¿Y tú con Otto qué tal?
Eira: Bien.
Mara: Está ahí y no puedes hablar, ¿verdad?
Eira: Sí.
Mara: Pues a ver si nos vemos pronto. Podemos quedar también con Nika.
Eira: Vale, hablamos.

—¿Quién era? —preguntó Otto, sin apartar la vista del televisor.
—Mara, que lo ha dejado con el novio.
—Pues ahora a por otro.
—No tiene por qué.
—Bueno, eso lo dices tú.
—En fin, ella sabrá —zanjó Eira, deseando cortar la conversación.

—¿Preparas algo para cenar? Estoy cansado.
—Vale, voy a ver.

Eira entró en la cocina y preparó lo primero que encontró: una sopa rápida y un par de sándwiches. Cuando todo estuvo en la mesa, cenaron en silencio. A mitad de la comida, Otto explotó.

—¿Cómo se te ocurre decirle a mi madre que fumo hierba? —dijo con una mirada amenazante.
—Para ver si así lo dejabas.
—Que sea la última vez que le cuentas a mis padres algo de eso. Lo dejaré si me da la gana —bramó, señalándola con el dedo.
—Vale, tú verás.
—Eso mismo, yo veré.

De pronto, Otto apartó el plato con brusquedad.

—¿Y esta cena de mierda? ¿Tú crees que esto es cenar? Una sopa y un sándwich… —gritó, arrojándole el sándwich encima.
—¡Pero qué haces!
—Me voy a fumar. Y no se lo cuentes a nadie —remató con ironía.

Eira, temblorosa, recogió la mesa y después se sentó en el sofá con Pirata. Cuando Otto regresó del balcón, se dejó caer a su lado.

—Quieres más a tu puto gato que a mí —dijo, apartando al animal con brusquedad.
—¡Que le vas a hacer daño! Déjale —protestó Eira, protegiendo al gato y poniéndose en pie.

Otto la empujó con fuerza; cayó torpemente en el sofá y él, sin más, se fue a la cama. Eira llevó a Pirata a la cocina, le puso comida, cerró la puerta y, resignada, se fue también a la habitación.
Otto encendió un cigarro recostado en la cama.

—Otto, no fumes ahí —pidió Eira con recelo.
—Fumo donde me da la gana. Esta es mi casa.

Eira guardó silencio, tragándose su angustia. Cuando Otto terminó el cigarro, le dio la espalda y cerró los ojos. Eira, en un intento de calmar las aguas, se acercó y lo abrazó.

—No quiero que me trates así… ni que te enfades conmigo —susurró.
—Déjalo y ven aquí.

Otto sabía que el sexo era su manera de cerrar cualquier conflicto. Él imponía el ritmo; ella se dejaba llevar, atrapada en su control.

CAPÍTULO 55

En Cádiz:

Ágata llamó a Filip con un nudo en el estómago. Le explicó que al fin había resuelto el papeleo para quedarse en Cádiz y empezar allí una nueva etapa. Mientras hablaba, sentía la mezcla extraña de alivio y melancolía.
Filip, tras un silencio breve, aceptó la noticia con resignación. Después, casi con naturalidad, le propuso comprarle su parte de la casa. A Ágata no le costó decir que sí. En el fondo, aquella casa siempre había sido más de Filip que suya, y ella lo sabía.
Él no tendría problemas: ganaba bien en el banco, podía liquidar su parte en poco tiempo. A ella tampoco le hacía falta demasiado dinero para vivir; tenía sus ahorros, y lo que realmente le importaba era que la casa siguiera siendo un lugar abierto para Marín. Allí se había criado, allí tenía sus recuerdos, sus amigos, su mundo. Saber que siempre podría volver a esa casa le dio a Ágata una extraña paz.
Colgó con la sensación de haber cerrado un capítulo. Aunque su vida y la de Filip ya iban por caminos distintos, había algo que seguía uniéndolos: Marín. Y esa certeza era lo único que la mantenía firme.
En Navidad viajaron juntos a Croacia para ver a Marín y pasaron allí las fiestas con él. Desde entonces, ambos contaban los días para que llegaran las vacaciones y poder volver a abrazarlo. Ágata soñaba

con que su hijo viniera a España, al menos unas semanas, y que compartiera con ella su vida con Joel, y luego, el resto del verano, se quedara con su padre en su tierra. Marín estaba dispuesto; tenía curiosidad y muchas ganas de conocer el lugar donde vivía su madre.

Era sábado por la mañana. El sol entraba tímido por la ventana y la luz dorada acariciaba la habitación. Ágata, todavía somnolienta, se estiró sobre la cama, pero al alargar la mano notó el vacío a su lado: Joel no estaba allí. Se incorporó lentamente, se colocó la bata sobre los hombros y caminó descalza hasta la cocina, siguiendo el aroma del café recién hecho.

—Hola, bombón. ¿Ya te has levantado? Qué madrugador —dijo Ágata, inclinándose para darle un dulce beso.

—Holaaa, guapísima. Sí, estoy preparando el desayuno de los fines de semana: zumito de naranja recién exprimido, café calentito y unos molletes con tomate y jamón —respondió Joel, orgulloso de su ritual.

—Mmm… qué hambre me está entrando —dijo ella, probando un sorbo del zumo.

—¿Salimos fuera? Hoy hace buen día, hay solecito.

—Sí, mejo… —dijo ella en español.

—Vaya, ya vas aprendiendo algo de español. Pero se dice *mejor* —corrigió Joel con una sonrisa traviesa.

—Mejor —repitió ella, y ambos sonrieron.

Salieron juntos hacia la puerta de la casa. Los gatos los siguieron, estirándose y curioseando. La mesa y las sillas que habían comprado esperaban allí, perfectamente colocadas cerca del acantilado. Al sentarse, el horizonte se abrió ante ellos: el mar brillaba con destellos plateados y el aire fresco les envolvía, regalándoles un instante perfecto para saborear el desayuno y la calma de la mañana.

—Quiero llamar al inspector Caños. He estado dándole vueltas y voy a preguntarle si puede ayudarme.

—Tú siempre pensando… ¿y en qué, esta vez? —preguntó Joel, arqueando una ceja.

—Hace demasiado que no sabemos nada sobre lo de mi padre. La investigación está parada, nadie mueve un dedo. El tiempo pasa y yo no puedo quedarme de brazos cruzados. Necesito hacer algo. Voy a empezar a investigar a quienes me parecen sospechosos.

Joel soltó una carcajada ligera.

—¿Por qué te ríes?
—Ah… ¿que lo dices en serio? —dijo sorprendido.
—Claro que lo digo en serio. No hay novedades, así que alguien tendrá que hacer algo.
—¿Y a quién pones en esa lista?
—La primera que me viene a la cabeza es Elisa.
—¿Elisa? Pero si dijeron que era un hombre. Además, no tiene motivos… fue ella quien os contó todo.
—Precisamente. Fue la única que habló. Es una mujer fuerte, encaja en el perfil. Y quiero fijarme en un detalle: si es zurda. El asesino parecía serlo. Entre los nombres que me dio Caños ninguno me convence, y los de la comisaría tampoco. No descarto a nadie, pero voy a hacer mi propia lista. Quiero esclarecer los hechos por mi cuenta.
Joel la miró con gesto serio.
—¿Y qué piensas hacer con Elisa? ¿Seguirla?
—Sí. ¿Crees que no voy a poder?
—Supongo que sí… —admitió, aunque sin mucha convicción.
—Bien, pues llamaré al inspector.
—Vale, pero a mí no me cuadra. No creo que tenga nada que ver.
—Eso lo investigaré yo —concluyó Ágata, con determinación en la voz.

Llamada

Caños: Hola, Ágata. ¿Qué tal?
Ágata: Hola, inspector —respondió, mientras caminaba hacia los acantilados. El sonido del mar la acompañaba mientras le resumía sus planes.
Caños: ¿Y cómo lo vamos a hacer? Yo de momento solo puedo por las tardes y alguna noche.
Ágata: Entonces yo la seguiré por las mañanas y en las noches que tú no puedas.

Caños: De todas formas, no sé si sacaremos nada en claro. Puede que todo esto sea una pérdida de tiempo.
Ágata: Tengo que intentarlo… porque no sé qué más hacer.
Caños: Está bien. Lo intentaremos —dijo, con un tono que trataba de infundirle ánimo —. Esto lo hago por ti, en horas extraoficiales.
Ágata: Gracias, Caños.
Caños: No hay de qué. Te ayudaré, siento que te lo debo. Esta misma noche podría empezar.
Ágata: Perfecto. ¿Cómo la vas a localizar? Asegúrate de fijarte si es zurda.
Caños: No creo que sea un problema. Buscaré en la comisaría sus datos y veré dónde suele moverse. Cualquier novedad, te llamo.
Ágata: Gracias otra vez.

Joel, que la esperaba en la puerta, la miró curioso.

—Bueno, ¿y qué te ha dicho?
—Que me va a ayudar.
—¿Y cómo lo vais a hacer?

Ágata aún no lo tenía claro, pero le explicó a Joel lo que había acordado con el inspector. Sabía que no era un plan perfecto, pero al menos ya no estaba sola en aquello.
Cuando terminaron el desayuno, decidieron ir a surfear. El mar estaba en calma y el sol brillaba con fuerza. Joel se movía con naturalidad sobre la tabla, mientras Ágata, con algo menos de destreza, trataba de seguirle. Le faltaba aún práctica, pero no se le daba mal, y cada vez que lograba mantener el equilibrio sentía una chispa de triunfo que le ayudaba a despejar la mente de sus preocupaciones.

CAPÍTULO 56

Esa misma noche, Caños puso en marcha lo acordado. Reunió toda la información disponible sobre Elisa y la guardó en una carpeta azul. Luego tomó las llaves de su coche y condujo hasta Sancti Petri. Aparcó entre unos árboles, lo más cerca posible de la vivienda de ella, procurando quedar oculto tras los arbustos para no ser visto.
Por un momento le tentó la idea de entrar a registrar la casa, pero sabía que sin una orden aquello era imposible. Debía conformarse con observar. Sacó un cuaderno y un bolígrafo para anotar cualquier detalle relevante, y preparó también una cámara con un teleobjetivo, lista para captar lo que sus ojos no alcanzaran.
Desde su escondite tenía buena visión de las ventanas. La casa estaba junto al puerto, con un aire antiguo y descuidado. Las piedras de la fachada estaban castigadas por el salitre, ásperas y grises. Aún se distinguían restos de pintura blanca, como cicatrices en la pared, señales de un pasado más luminoso que el presente había borrado casi por completo.

Eran las diez de la noche y la casa permanecía a oscuras.
«*sábado por la noche… habrá salido a tomar algo*», pensó Caños, mientras se acomodaba en el asiento.
El tiempo se estiraba lento. Pasaron más de dos horas hasta que, por fin, sobre las doce y veinte, divisó a Elisa acercándose a la puerta. No venía sola. Caminaba de la mano de otra mujer, muy

próximas, riendo bajo la tenue luz de la calle. Antes de entrar, la chica se inclinó y la besó en la boca. Ambas, sonrientes, desaparecieron dentro y encendieron la luz.

Caños tomó nota en su cuaderno y disparó varias fotografías. Desde su posición alcanzaba a ver fragmentos del interior: la cocina, el salón y una habitación. Observó cómo se dirigían allí, entre caricias y besos, hasta perderse en la intimidad. El inspector apartó la mirada un segundo, sorprendido. No esperaba aquello. Aun así, continuó registrando lo que podía: imágenes borrosas, detalles mínimos, nada que indicara lo que él buscaba.

La noche avanzó. Finalmente, todo quedó en silencio. Las luces apagadas, la calma de la madrugada. Caños suspiró, frustrado. Ninguna pista, ningún gesto que le ayudara a discernir si Elisa era diestra o zurda. Guardó la cámara, cerró el cuaderno y, convencido de que ya no obtendría nada más, puso en marcha el coche y se alejó del lugar.

CAPÍTULO 57

A la mañana siguiente, mientras desayunaban frente al mar, Ágata desbloqueó su móvil. En la pantalla aparecían las fotografías y las notas que Caños le había enviado de la noche anterior.

—¡Qué fuerte! —exclamó, sin poder ocultar la sorpresa.

Joel dejó la taza de café en la mesa.

—¿Qué pasa?
—Mira —dijo Ágata, mostrándole el móvil.

Joel leyó con atención y arqueó las cejas.

—Vaya con la "mosquita muerta" … resulta que es lesbiana.
—Eso parece. Pero bueno, a mí eso me da igual. No tiene nada de malo y, en principio, no la vincula con el crimen. —Hizo una pausa breve, mientras recogía sus cosas —. Tengo que irme. Voy a acercarme a su casa, a ver si sigue allí. Me llevo tu coche.
—Vale… pero ten cuidado —dijo Joel, inclinándose para darle un beso antes de que se marchara.

Ágata aparcó el coche a unos metros de la casa y se internó entre los matorrales. Llevaba consigo lo justo: una cámara mediocre, una linterna, un cuaderno y un bolígrafo. Con cautela se acercó a las ventanas, una a una, observando con detenimiento. Todo parecía vacío. No había rastro de Elisa.

La tentación de entrar fue más fuerte que la prudencia. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie la veía y, con un forcejeo rápido, consiguió abrir la cerradura de la puerta principal. Era sorprendentemente fácil.

La entrada daba directamente a la cocina: amplia, sobrecargada de muebles y con platos sin fregar apilados en el fregadero. El aire olía a humedad y a comida vieja. Pasó a la habitación principal. El cuarto era grande, con una cama de matrimonio aún deshecha, dos mesillas, cuadros descoloridos y un armario robusto. Las sábanas revueltas dejaban entrever la huella de la noche anterior.

Ágata abrió cajones, revisó el armario, levantó objetos, pero no encontró nada que llamara la atención. Continuó el registro, explorando el baño y dos habitaciones más, todas sin nada relevante.

Entonces descubrió una pequeña puerta junto a la cocina. Estaba cerrada con llave. Tras varios intentos, logró forzarla: el chirrido metálico del pestillo resonó en la casa vacía. La puerta se abrió lentamente, dejando ver una escalera que descendía hacia un sótano.

Bajó despacio. Cada peldaño crujía como si fuera a romperse bajo sus pies. Un tragaluz dejaba pasar algo de claridad, pero Ágata encendió su linterna y apuntó hacia la oscuridad. El haz de luz recorrió las paredes húmedas, los rincones polvorientos y los objetos esparcidos en penumbras.

Lo que había allí abajo la hizo contener el aliento…

Un ruido sordo la hizo girarse de golpe. Algo se había movido arriba, en la casa. El silencio volvió, pero Ágata sintió que ya no estaba sola.

Ágata contuvo el aliento cuando escuchó la puerta abrirse arriba. Elisa había vuelto. Se encogió contra el muro húmedo, en un escalón del sótano, con el corazón latiendo desbocado. La voz de Elisa resonó clara:

—¿Qué vamos a hacer esta tarde?

Otra voz contestó entre risas y confidencias. Era su amiga Bea.

Ágata subió los escalones y entornó lentamente la puerta. Cerró los ojos, intentando hacerse invisible mientras escuchaba cada palabra.
Hablaron del desayuno, de la noche anterior, de planes interrumpidos. Entre besos y gemidos, Ágata se aferraba a su cuaderno, tomando notas en silencio, hasta que un sonido metálico la sobresaltó: un móvil sonando.
Elisa contestó la llamada y minutos después de colgar el móvil, las voces volvieron, más serenas.

—Venga, que me tengo que ir —dijo Elisa con cierta prisa.
—¿A qué vienen tantas prisas?
—He quedado con mi madre y me tengo que ir ya.
—Pues se nos fastidió el plan.
—Luego nos vemos. Vente por la tarde, nos quedamos aquí. Además, tengo que hablar contigo.
—¿De qué?
—Luego te lo digo. Ahora tengo prisa.

Las voces se alejaron y, por fin, se oyó el portazo. El silencio regresó.
Ágata aguardó unos minutos más, inmóvil, hasta convencerse de que la casa estaba vacía. Solo entonces bajó otra vez las escaleras al sótano. Su linterna dibujaba haces temblorosos sobre la pared mientras sus ojos se posaban en algo que había pasado por alto: una caja encima del armario.
Arrastró una silla vieja, se subió con cuidado y alcanzó la caja. Se sentó en el suelo, la linterna apoyada precariamente sobre la silla, y empezó a examinar su contenido. Eran fotografías. Decenas de ellas, algunas en blanco y negro, otras más recientes. Rostros, lugares, escenas cotidianas…
Pasaba una tras otra sin encontrar nada relevante, hasta que una imagen la dejó petrificada. Sus dedos se crisparon sobre el papel.

—¡No puede ser! —susurró, alterada—. ¿Qué demonios hace esto aquí? No… no entiendo nada…

La fotografía brillaba bajo el haz de la linterna, revelando un rostro, demasiado familiar…

CAPÍTULO 58

En Zagreb:

Otto se iba de gira cuatro días. Tendrían que tocar dos días seguidos en diferentes pueblos y les quedaba muy lejos para ir y volver.
—¿Lo tienes todo preparado? —preguntó Eira.
—Sí, ya está todo. Serán cuatro días fuera. Me tengo que ir, me esperan abajo. Y ya sabes… sigue dejándome las llamadas perdidas y no hagas nada raro, que me enteraría —dijo con media sonrisa, solo para incomodarla.
—Vale. Descuida, y cuídate tú también.
—Lo haré —respondió, dándole un beso breve antes de girarse hacia la puerta—. Adiós.
—Hasta luego.
—¿Eira se asomó por la ventana para saludar a los del grupo y terminar de despedirse de Otto.
Al rato salió a toda prisa hacia el trabajo. Se le había hecho tarde y la lluvia empezaba a caer con fuerza. Bajó las escaleras del portal ajustándose la capucha del chubasquero y, al poner un pie en la acera, echó a andar a paso rápido. Apenas había avanzado unos metros cuando un coche redujo la velocidad y se detuvo a su lado.
—¡Eira, sube! —gritó Judit desde la ventanilla del copiloto.
—¡Hola! —respondió mientras se acomodaba en el asiento.

—¡Vamos, Joss, que llegamos tarde! —apuró Judit.
—Sí, tranquila, ya voy —contestó él con una sonrisa.
—Os voy presentando: esta es Eira, mi compi de baile; y él es Joss, mi vecino. Justo lo pillé saliendo del portal y se ofreció a llevarme.
—Encantada, y gracias por parar —dijo Eira.
—El gusto es mío —respondió él.
Joss parecía un par de años mayor que ellas. Moreno, con gafas, de complexión fuerte. El trayecto en coche era corto, apenas diez minutos; andando se habría duplicado. Al llegar, Joss se despidió con un gesto y ellas corrieron hacia la academia
Entraron cinco minutos tarde.
—¿Y bien? ¿Por qué llegáis tarde? —preguntó Nina, visiblemente molesta.
—Lo siento —se excusó Eira, tomando rápido su sitio.
—Sí, perdón —añadió Judit.
—Sabéis que la puntualidad es importante. Si vuelve a pasar, no os dejaré entrar. ¡Vamos, en posición! —ordenó Nina, dando inicio a la clase.

La clase transcurrió con normalidad, salvo por las indirectas constantes de Nina. Las exprimió hasta dejarlas empapadas en sudor y, cada vez que sus ojos se cruzaban con los de Eira, era como sentir agujas clavándose en la piel. Ella prefería no provocar y se limitó a obedecer.
Al terminar, Eira se quedó junto a la puerta hablando con Judit.

—Cómo se ha pasado Nina —dijo Eira, aun jadeando.
—Sí, nunca la había visto tan enfadada ni tan cargada de indirectas. Pero bueno, ya sabes cómo es… Judit hizo un gesto con la mano y cambió de tema. Oye, ¿qué te ha parecido Joss?
—Pues bien… apenas le he visto y tampoco hemos hablado mucho. ¿Por qué lo preguntas?
—Porque… bueno… nos hemos estado viendo alguna vez. Vive justo enfrente. El otro día fui a su casa, aprovechando que sus padres no estaban, y… ya te imaginas.
—¿Te has acostado con él?
—Siii.

—Vaya… ¿y qué tal?
—Muy bien —respondió Judit con una sonrisa cómplice. Me gusta mucho.
—Qué calladito te lo tenías. ¿Cuántos años tiene?
—Veintidós. Trabaja en una oficina, es contable.
—Pues me alegro —dijo Eira con sinceridad.
—Bueno, me voy, mañana nos vemos.
—Vale, chao.

La lluvia había cesado, dejando en el aire ese olor a tierra mojada que siempre despertaba recuerdos. Eira caminaba despacio, con el chubasquero aun goteando y la mente perdida en pensamientos lejanos. Al doblar la esquina, no vio venir al chico contra el que se chocó.
Levantó la mirada y el corazón le dio un vuelco. Por un instante, todo en él le recordó a Alen: la forma de los ojos, el gesto al disculparse, incluso la manera en que se apartó el pelo de la frente. El tiempo pareció detenerse, como si la vida le ofreciera un espejismo cruel.

Pero no era él. Y esa certeza le pesó como una losa. Siguió caminando con una sonrisa quebrada en los labios, mientras por dentro un nudo se apretaba más y más. «*Cómo me hubiera gustado que fueras tú*», se repitió en silencio, sintiendo que la herida de su ausencia nunca terminaba de cerrar.

Sabía lo que era la felicidad y también el dolor del desamor. Se dice que el primer amor nunca se olvida… y en su caso era verdad.

Cuando por fin llegó a casa, la ensoñación se deshizo como humo. La realidad la golpeó con fuerza: ahora estaba con Otto, no con Alen. Y lo que sentía por uno y por otro era un abismo imposible de ocultar. Otto estaba presente, sí, pero nunca había llenado aquel espacio que seguía siendo de Alen. Y quizá nunca lo haría.
Más tarde, ya metida entre las sábanas, con la luz apagada y el silencio de la habitación rodeándola, sonó su teléfono. La pantalla iluminó la penumbra con un nombre conocido: Otto.

Eira lo miró unos segundos antes de contestar, con esa mezcla de cariño y desgana que últimamente la acompañaba cada vez que hablaba con él.

Llamada

Eira: Hola, ¿qué tal?
Otto: Hola… ¿qué haces?
Eira: Pues nada, metiéndome en la cama. ¿Y tú?
Otto: Vamos a tomar algo, acabamos de terminar de preparar todo para el concierto de mañana.
Eira: Qué bien.
Otto: ¿Y tú qué tal hoy?
Eira: Bueno… llegué tarde a clase. Nina se enfadó bastante. Menos mal que me recogió Jasmín, iba con su vecino y me acercaron. Si no, con la lluvia, habría llegado aún más tarde.
Otto: ¿Por qué llegaste tarde? ¿Y qué vecino es ese?
Eira: Me despisté con la hora. Es el vecino de enfrente de Jasmín, por lo visto están viéndose.
Otto: Ajá… ¿y qué hablaste con él?
Eira: Nada, apenas nos presentó. Yo iba detrás, ni crucé palabra.
Otto: Vale —contestó Otto, con un tono que no sonaba del todo convencido —. Bueno, te dejo, que me llaman.
Eira: Sí, descansa. Hasta mañana. Un beso.
Otto: Otro.

Eira dejó el móvil sobre la mesilla, apagó la luz y cerró los ojos. Se acurrucó junto a Pirata, que ya dormía hecho un ovillo, y el cansancio la venció rápido.

CAPÍTULO 59

En Cádiz:

No podía creer lo que había encontrado en aquella caja polvorienta del sótano de Elisa. Entre sus manos temblorosas sostenía una fotografía: en ella aparecía su padre, sonriente, junto a Roque, Elisa y un cuarto hombre al que no reconocía. El fondo era inconfundible: un barco atracado en el puerto de Cádiz, con las velas ondeando y el mar iluminado por el sol.

El corazón de Ágata latía con fuerza. ¿Qué significaba aquello? ¿Qué hacían todos juntos? Sacó el móvil apresurada e hizo fotos de cada detalle, intentando guardar constancia de lo que veía. Luego revolvió la caja con ansia, buscando más pruebas, otra imagen que arrojara luz sobre aquella extraña relación. Pero no encontró nada más. Solo silencio, polvo y la sensación de que acababa de abrir una puerta hacia algo que no estaba preparada para descubrir.

Guardó la foto de nuevo, con torpeza, y salió de la casa casi sin darse cuenta. Caminó hasta su coche como si sus pies fueran solos, mientras su cabeza bullía con preguntas que no lograba ordenar. Se quedó unos segundos apoyada en la puerta, respirando hondo, como si necesitara convencer a su propio cuerpo de moverse. Finalmente, encendió el motor y puso rumbo a su casa, arrastrando consigo aquel misterio que acababa de estallarle entre las manos.

Al llegar, encontró a Joel con Kike charlando en el salón.

—¡Hola, guapetona! —dijo Kike al verla, levantando la mano.
—Hola —respondió Ágata, algo distraída.
—¿Estás bien? —preguntó Joel, fijándose en su expresión.
—Sí… sí, hola —contestó con un gesto rápido, sin detenerse demasiado en ellos.

Kike se levantó del sofá, cogiendo la chaqueta.

—Bueno, chicos, os dejo, que ya me iba.
—Vale, nos vemos —dijo Joel, acompañándolo con la mirada hasta la puerta.

Cuando Kike salió, Ágata llamó desde la habitación:

—Joel, ven.

Él entró y la encontró con la foto entre las manos.
—Mira esto —dijo ella, mostrándosela.

—¿Conoces a este hombre? —preguntó, señalando al cuarto individuo de la imagen.

Joel se inclinó, frunciendo el ceño.

—Me suena… su cara me resulta familiar, pero no sé quién es.
—¿Y esa no es Elisa? —añadió sorprendido, señalando la figura femenina —. ¿Qué hace en esa foto? Sabíamos que tu padre y el mío se conocían, pero nunca que la conocieran a ella.
—Exacto. Y lo que no entiendo es qué hacen todos ahí juntos… ¿y quién tomó la foto?
—No tengo ni idea —murmuró Ágata, sintiendo que la duda se clavaba aún más hondo.
—Ágata envió la foto a Caños con un mensaje corto pero directo:
"Necesito que averigües quién es este hombre. Me resulta familiar, pero no logro ubicarlo".

Pasaron varias semanas en las que siguieron los pasos de Elisa con discreción, observándola desde lejos, esperando que algún detalle la delatara. Pero no ocurrió nada. Elisa llevaba una vida aparentemente normal, sin gestos extraños, sin movimientos sospechosos. Al final, resignados, decidieron suspender el seguimiento.

Mientras tanto, Caños había seguido otra pista. Se sumergió en los viejos archivos, revisando una y otra vez los documentos relacionados con la desaparición de Max. Fue entonces cuando, comparando rostros y nombres, dio con algo que los heló: el hombre de la foto era Ted, el marido de Zora.
Sin embargo, al revisar las fotografías de los archivos y compararlas con la que había encontrado Ágata, la conclusión era inevitable: parecía tratarse del mismo hombre. Había cambiado mucho: una barba espesa ocultaba parte de su rostro, el cabello largo y entrecano le caía descuidado sobre los hombros, y había ganado bastantes kilos. Todo indicaba que aquellas imágenes correspondían a un momento muy posterior a la desaparición del barco.
Ágata sentía que, por fin, había un hilo del que tirar. La ansiedad y la determinación le recorrían el cuerpo como electricidad. No podía perder tiempo. Marcó el número de Caños y acordaron verse al día siguiente, en la cafetería de siempre, para poner en común todo lo que habían conseguido averiguar.
El sábado amaneció con un viento persistente que azotaba las persianas, un sonido al que ya estaba acostumbrada en aquella ciudad. Ágata abrió los ojos temprano, la mente despierta y centrada en la reunión. Se incorporó con rapidez, lista para comenzar el día, pero Joel, aún medio dormido, la rodeó con un brazo por la cintura y la atrajo de nuevo contra él.

—Quédate un poco más… —murmuró con voz ronca, hundiendo el rostro en su cuello.

Ágata dudó. Entre las ráfagas de viento que golpeaban la ventana y el calor de Joel reteniéndola, por un instante quiso dejarse vencer por la calma. Pero la foto y el rostro de Ted se clavaban en su cabeza como una obsesión imposible de acallar.

—¿Ya te vas? —murmuró Joel, aún medio dormido, mientras le daba un beso somnoliento.
—Sí, me tengo que ir o llegaré tarde. Duerme un poco más —le susurró, devolviéndole el beso.
—Como sigas así, no te vas —bromeó, atrapándola con un brazo.

—Venga, que me esperan —dijo sonriendo, mientras se levantaba definitivamente y empezaba a vestirse.
—No tardarás mucho, ¿no?
—No creo. Me llevo tu coche. Hasta luego.
—Vale… hasta luego, preciosa —musitó, dándose la vuelta para hundirse otra vez en las sábanas.

Ágata cerró la puerta con cuidado y bajó a la calle. El viento azotaba fuerte, pero ella caminaba con paso firme, con la mente puesta en la reunión. Cogió el coche y, para su sorpresa, encontró aparcamiento enseguida, a escasos metros de la cafetería.
Al entrar, el murmullo del lugar la envolvió: tazas tintineando, el aroma intenso del café recién hecho, y la mezcla de voces matinales llenaban el ambiente. En una de las mesas, junto a la ventana, estaba Caños esperándola. Ella se dirigió hacia él, lo saludó con un gesto rápido, se dejó caer en la silla y pidió un café bien cargado, como si lo necesitara para despertar no solo el cuerpo, sino también la mente.

—¿Y bien? Tenemos claro que es Ted, ¿verdad? —preguntó Ágata, inclinándose hacia él.
—Sí, no hay duda. Es él —respondió Caños, con gesto grave —. Lo que no entiendo es qué hace con Roque y con Elisa.
—Ni yo… —murmuró ella —. Y tampoco quién tomó la foto. ¿Y si fue Zora?
—Podría ser. Es lo más lógico. Aunque también pudo ser la otra chica que estaba con Elisa… Bea, ¿no?
—Sí, Bea. —Ágata apoyó la barbilla en la mano —. ¿Y qué hacemos ahora? Está claro que esconden algo.

Caños dejó la taza sobre el platillo, pensativo.

—Para mí lo primero es averiguar dónde está Ted. Nadie ha vuelto a saber nada de él en todos estos años.
—¿Vas a buscarlo?
—¡Claro!
—¿Y cómo? ¿Dónde?

—Mira, Ágata, creo que debería hacerlo oficial. Tengo que informar al comisario y reabrir la investigación.

Ella abrió los ojos de par en par.

—¿Estás loco? Nadie puede enterarse. ¿Y si el comisario también está implicado? Apenas se ha preocupado por encontrar culpables. Además, es buen amigo de Roque. Y recuerda que esta foto la conseguí de una forma que no serviría como prueba.
—En eso tienes razón… —concedió Caños —. Pero solo no sé si podré.
—Bueno, también estoy yo, ¿no?
—Ya lo sé, pero tú no eres policía aquí.
—Lo sé. —Ágata respiró hondo —. Entonces pensemos cómo hacerlo.

Caños sacó su cuaderno y empezó a anotar.

—De acuerdo, vamos por partes. Lo primero: buscar a Ted. Eso lo hago yo. Segundo: tú sigues a Roque y dejas a Elisa a un lado, por ahora. Tercero: averiguar qué relación había o hay entre ellos.
—Perfecto. Hoy mismo localizo a Roque y comienzo esta misma noche a seguirle.
—No, Ágata. —Caños levantó la mano —. Este fin de semana descansa. Después de tantos años, un par de días más no cambiarán nada.
—Pero no puedo… no quiero parar ahora…
—No hay *"peros"* que valgan. —La interrumpió, tajante.
Ágata apretó los labios y asintió.
—Está bien, lo intentaré.
—Eso me gusta. —Cerró el cuaderno y se levantó —. Pues me voy. Vamos hablando.

La dejó sola, con el café a medio terminar y la cabeza dando vueltas. El murmullo de la cafetería seguía allí, ajeno a su tormenta interna, como si el mundo no se enterara de que una pieza clave acababa de encajar en un puzle lleno de sombras.
Ágata jugueteó con la cucharilla, removiendo un café ya frío, mientras repasaba mentalmente cada palabra de Caños. ¿De verdad

debía esperar hasta el lunes? ¿Cómo dormir tranquila sabiendo que Ted había reaparecido de entre los fantasmas del pasado?
Miró por la ventana. El viento agitaba las ramas de los árboles y las nubes parecían arrastrar consigo viejos recuerdos. Sus dedos apretaron el móvil en el bolsillo; sabía que no iba a poder quedarse quieta.
Al final, dejó unas monedas sobre la mesa, se levantó y salió a la calle. El día ventoso la golpeó en la cara, pero en su interior el huracán era mayor. Tenía la sensación de que, pasara lo que pasara, ya no había vuelta atrás.
Al llegar a casa, el sonido del agua le llegó desde el baño. Joel la saludó entre el vapor de la ducha, asomando apenas la cabeza con una sonrisa despreocupada.

—¡Eh, ya estás aquí! —dijo con tono alegre.

Ágata dejó el bolso sobre la mesa del recibidor y se quedó unos segundos observándolo, con la mente todavía atrapada en la conversación con Caños. El misterio de Ted la estaba devorando por dentro, pero la normalidad de Joel, su mundo cotidiano, parecía querer arrastrarla en otra dirección.
Se obligó a sonreír y respondió:

—Sí, ya he vuelto.
—Ahora me cuentas… ¿por qué no te metes conmigo? —susurró Joel, entre risas insinuantes.
—Ah, ¿sí? ¿Eso quieres? —respondió Ágata, con una chispa de picardía en la mirada.

Sin pensarlo dos veces, se desnudó lentamente, con un gesto provocador, hasta quedar completamente expuesta. Abrió la mampara y se metió bajo el agua junto a él. El vapor lo envolvía todo. El cabello de Ágata se empapó enseguida y Joel, con delicadeza, lo apartó hacia atrás, dejando su cuello al descubierto.
Con un movimiento suave, deslizó la punta de su lengua sobre su piel húmeda. Ágata se estremeció: el contraste entre el calor del agua y la caricia húmeda la erizó entera. Joel siguió el recorrido, bajando con besos impacientes hasta sus pechos, que se ofrecían

firmes bajo el agua. Los saboreó con avidez, provocando en ella un gemido ahogado.
La miraba a los ojos mientras descendía, trazando un camino de deseo por su vientre, hasta perderse entre sus curvas. Sus labios, húmedos y ansiosos, exploraban cada rincón, cada pliegue, cada centímetro de su piel, arrancándole jadeos que se confundían con el golpeteo del agua.
El cuerpo de Ágata se arqueaba, presa del placer, hasta que explotó en un estremecimiento intenso que la dejó temblando contra él. Fue entonces cuando invirtió el juego: con besos voraces recorrió el torso de Joel, bajando lentamente, dejándose llevar por la excitación. Él ya no podía contenerse, el deseo lo desbordaba hasta que, finalmente, se dejó llevar con un gemido profundo.
El agua arrastró el calor de la pasión, y entre risas y caricias se enjabonaron mutuamente. Siguieron jugueteando como dos adolescentes que se descubren por primera vez, hasta salir de la ducha relajados, exhaustos y cómplices.

CAPÍTULO 60

En Zagreb:

Los cuatro días pasaron volando. La ausencia de Otto se le había hecho extraña, y ahora, con el regreso tan cerca, Eira estaba nerviosa e impaciente.
El domingo por la mañana se levantó temprano, incapaz de seguir durmiendo. Ordenó la casa con esmero, como si quisiera que todo estuviera perfecto para su llegada. Después se metió en la cocina: preparó pasta con verduras salteadas y una ensalada fresca con frutos secos, el plato favorito de él para esos días de cansancio tras los conciertos.
Con todo listo, se dejó caer en el sofá y encendió la tele, buscando distraerse del cosquilleo que sentía en el estómago. Apenas habían pasado unos minutos cuando sonó su teléfono. El corazón le dio un salto: por un instante pensó que sería Otto.
Miró la pantalla.

Llamada

Eira: Hola ¿Qué tal?
Nika: Hola wapi, ¿cómo estás?
Eira: Bien. Hoy viene Otto de los conciertos. ¿Y tú?

Nika: Que bien. Yo, genial, ¿podrías venir esta semana una tarde a mi casa y nos tomamos un café? Ya sabes que se acerca mi cumple y como me dijiste que tenías que bailar el sábado, no vas a poder venir a mi fiesta.
Eira: Sí, el próximo sábado bailo por la tarde-noche. Pues vale, me paso y te felicito.
Nika: Guay. Pues ya me dices el día.
Eira: Creo que el jueves.
Nika: Vale, pues te espero el jueves.
Eira: Sí, si no hay cambios, nos vemos el jueves.

Al cabo de un rato, la puerta se abrió y apareció Otto. Llevaba la cara marcada por el cansancio y los ojos rojos de sueño.
—Hola… ya estoy aquí.
—Hola —dijo Eira, acercándose para abrazarlo y darle un beso —. Te he echado de menos.
—Yo también —respondió él, sonriendo débilmente —. ¿Cómo te ha ido?
—Bien, pero agotado. Y tú, ¿qué tal estos días?
—Lo de siempre, trabajar y estar en casa. Ya viste mis llamadas perdidas del fijo, cada vez que entraba o salía.
—Sí, las vi. —Otto dejó la mochila en el suelo y se estiró —. Venga, cámbiate que nos vamos a cenar fuera.
—Ah, ¿sí? —Eira arqueó una ceja, sorprendida—. ¿Y dónde?
—Han abierto un japonés cerca, podemos ir andando.
—Vale, me apunto —dijo con una sonrisa, animada por la idea.

Eira estaba feliz, quería que la noche fuera especial. Fue a la habitación a arreglarse y eligió un vestido largo de color salmón, con pequeñas flores negras, acompañado de unos zapatos de tacón bajo en negro. En el baño se maquilló con cuidado: un poco de base, un toque de rímel y un pintalabios rojo intenso que realzaba su sonrisa. Cuando salió, llevaba una expresión radiante.

—Ya estoy, ¿nos vamos? —dijo mientras se colocaba el bolso en el hombro.

Otto la miró de arriba abajo, deteniéndose en su boca.

—¿No te has maquillado mucho?
—No, lo que pasa es que el pintalabios es fuerte.

—Pues… estás mejor sin él, ¿no crees? Así resultas demasiado llamativa.

Eira parpadeó, incómoda. Dudó un instante, pero terminó asintiendo.

—Bueno… vale, me lo quito.

Muy a su pesar, volvió al baño y con un trozo de papel fue borrando casi todo el color rojizo de sus labios, reemplazándolo por un tono más suave. Al salir, Otto sonrió satisfecho.

—Así estás mejor. Vámonos.

Por el camino, él no dejó de hablar de los conciertos, contando anécdotas de la gira. Eira escuchaba en silencio, intentando contagiarse de su entusiasmo.
Cuando llegaron al restaurante, el camarero los condujo a su mesa. No habían reservado, así que no pudieron sentarse junto al *Teppanyaki*. A Eira le encantaba ver cómo los cocineros jugaban con las paletas y hacían malabares con los ingredientes sobre la plancha, pero esta vez tendría que conformarse con una mesa lateral.
Pidieron varios platos para compartir y una botella de vino. Al poco rato, el camarero regresó, abrió la botella y sirvió en sus copas. El aroma afrutado llenó el aire mientras Eira levantaba la copa, buscando los ojos de Otto.

—Gracias —dijo Eira al camarero con una ligera sonrisa, más por instinto de amabilidad que por otra cosa.
—De nada —respondió él, devolviéndole la sonrisa.

Cuando el camarero se alejó, Otto frunció el ceño.

—Ya estás ligando con el camarero.
—¿Qué? No… ¿por qué dices eso?
—Por esa sonrisita.
—Me ha salido sola, ni lo he pensado.

Otto no insistió, alzó la copa con gesto serio.

—¿Brindamos?
—Ya sabes que yo no bebo.
—Un día es un día… aunque sea solo una copa.

—Vale. ¿Y por qué brindamos?
—Porque me salgan muchos conciertos más —dijo, sin pensar en nada más que en sí mismo.
—Pues… brindemos.

Eira bebió un sorbo, intentando convencerse de que las cosas iban mejor. Otto parecía distinto, casi como al principio, más cercano. Cenaron entre charlas y, después, regresaron caminando cogidos de la mano, disfrutando de la brisa nocturna para bajar la comida.

—Estaba todo muy rico —comentó Eira con una sonrisa.
—Sí. Y… te he traído algo —dijo Otto, con un brillo ilusionado en la mirada.
—Ah, ¿sí?
—Sí. Toma, ábrelo. —Sacó del bolsillo una cajita pequeña y se la entregó.

Eira la abrió. Sus facciones cambiaron al instante: dentro había un anillo de compromiso.

—Es… muy bonito. —Trató de recomponer el gesto, pero su cara ya la había delatado.
—No te veo muy contenta.
—Sí, claro… solo que me ha sorprendido —respondió, esforzándose por sonreír.
—¿Y eso por qué?
—No sé, no me lo esperaba.

Otto estiró la mano, con un movimiento brusco.

—Trae, dámelo. No sé ni por qué me he molestado.
—No, si me lo voy a poner…
—No, ya no. Déjalo. —Le arrebató la caja con mal humor, su expresión transformada en una mueca de enfado.

Otto aceleró el paso por la calle, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada fija hacia delante, como si quisiera huir de todo. Eira tuvo que casi trotar para alcanzarle, con el miedo de que en cualquier momento él echara a correr y la dejara atrás. Apenas cruzaron palabra hasta llegar a casa.

Dentro, el silencio pesaba más que la propia discusión. Eira se quedó en el umbral del salón, insegura, con los dedos jugueteando con el borde de su chaqueta.

—Otto, no te enfades… me lo quiero poner —dijo con voz baja, tratando de sonar calmada, aunque un temblor la traicionaba.

Él se giró de golpe, los ojos encendidos.
¡Que no! Te he dicho que ya no te lo pones —rugió, levantando la voz más de lo necesario.

—Eira dio un paso atrás, como si el aire se hubiera cargado de repente.
—Pero… no grites —suplicó, apenas levantando la mirada.

Otto avanzó hacia ella, los pasos pesados retumbando en la tarima.

—¿Que no grite? Grito si me da la gana. Y no lo olvides: esto lo has provocado tú.
—Eira negó con la cabeza, intentando sostenerle la mirada.
—Yo no he provocado nada…
—Claro que sí —la interrumpió con un gesto brusco de la mano —. Tú me haces comportarme así. Eres tú, ¿o es que no te das cuenta?

Las palabras le dolieron más que un golpe. Ella apenas pudo responder.

—Pues… lo siento, vale.
—¿Que lo sientes? —Otto se inclinó hacia ella, con una risa seca—. Tú no sientes nada, y menos por mí.

El silencio se hizo espeso. Luego, con un tono más frío que los gritos, añadió:

—Quiero que te vayas. Ahora mismo.
—Eira parpadeó, incrédula.
—¿Cómo que me vaya?
—Sí, que te vayas. —Otto se giró, como si ya no soportara verla—. Ahora mismo no te quiero ni ver.
—Pero… ¿por qué? —la voz de ella se quebró, buscando un resquicio de razón.
—Porque estoy harto de ti. ¡Vete!

Las últimas palabras retumbaron en la sala, como un portazo antes de serlo.
Eira salió de la casa a trompicones, con la garganta cerrada y las lágrimas cayéndole sin control. El aire frío de la noche le golpeó el rostro, pero no consiguió despejarla. Se metió en el coche casi sin pensar y giró la llave. El motor rugió como si también compartiera su rabia.
Arrancó sin rumbo, acelerando más de lo debido, dejando que la rabia y la tristeza le marcaran el camino. Cada latido le martilleaba el pecho como si fuera a romperse desde dentro. Le pasó fugazmente por la mente la idea de acabar con todo, de estampar el coche contra un muro y terminar ese sufrimiento de una vez. Se sintió vacía, insignificante, como si su vida no importara.
Las palabras de Otto retumbaban aún en su cabeza: *"Tú me haces comportarme así… no sientes nada por mí… vete"*. Y ella, en ese estado, casi empezó a creerlas. *Quizá tenía razón, quizá todo era culpa mía…*
Pisó con más fuerza el acelerador. La aguja subió rápido. El coche devoraba la carretera oscura, apenas iluminada por farolas intermitentes y la luz amarillenta de los faros. Las lágrimas, calientes, le nublaban la vista; el parabrisas se convertía en una pantalla líquida donde todo era difuso.
En ese abismo de pensamientos, un recuerdo irrumpió sin avisar. Alen. Su rostro, su voz, la forma en que la miraba como si fuera alguien valiosa, como si existiera un lugar seguro en el mundo solo para ella.
Eira soltó de golpe el pie del acelerador. El coche se sacudió, y con él su corazón. Inspiró profundamente, como si le faltara el aire desde hacía horas. Secó sus lágrimas con la manga, intentando recuperar claridad.
Condujo de regreso, ahora más despacio, con una calma frágil pero suficiente para sostenerla. Acabó entrando al parking de la casa de Otto. Aparcó despacio, dejó el motor en silencio y se quedó un segundo con las manos temblando sobre el volante. Después, con el valor que le quedaba, sacó el móvil y marcó.

Llamada

Otto: ¿Qué quieres? —la voz de Otto sonó fría, como un muro.

Eira: ¿Puedo subir? —preguntó Eira con un hilo de esperanza.

Otto: No. Ya te he dicho que hoy no. Adiós. —El clic seco del teléfono la dejó sola, con un "pero…" atrapado en la garganta.

Se quedó inmóvil, con el móvil en la mano y la respiración agitada. El silencio del coche era insoportable, tan denso que parecía aplastarla. No tenía fuerzas para irse a casa de nadie, ni quería dar explicaciones a nadie más. Se quedó allí, en el asiento, abrazándose las rodillas, dejando que las horas se le escurrieran entre lágrimas y pensamientos confusos.

La noche fue larga, interminable. El frío del amanecer le caló los huesos y despertó con el cuerpo entumecido, como si hubiera envejecido de golpe. El cuello le dolía, las piernas acartonadas apenas respondían, y los cristales del coche empañados le recordaron lo sola que estaba.

Se estiró despacio, con un gemido de dolor, y miró la luz grisácea que empezaba a colarse en el parking. El estómago le rugía, la garganta seca, pero lo que más pesaba era el vacío en el pecho.

Con manos temblorosas, volvió a coger el teléfono. Dudó unos segundos. El nombre de Otto brillaba en la pantalla. Y entonces, lo llamó de nuevo.

Llamada

Otto: ¿Qué quieres? —repitió Otto al otro lado del teléfono, con un tono seco, casi mecánico.

Eira: Tengo que subir… necesito cambiarme, tengo que ir a trabajar —respondió Eira, con la voz rota por la noche sin dormir.

Otto: Pues sube en cinco minutos, que yo me voy.

Eira: Vale… ¿y dónde vas? —preguntó con cautela, esperando que aquella grieta abriera un espacio de diálogo.

Otto: Eso ya no te importa. Puedes vivir en mi casa, sí, pero te mudas a la otra habitación. Cada uno hace su vida. Esto se ha terminado, no puedo más.

Las palabras le golpearon como un portazo en el pecho.

—Pero ¿qué dices? ¿Te pones así por un anillo? —intentó defenderse, aún sin entender del todo qué había encendido aquella hoguera.
—Pues sí. En vista de que no te importa una mierda esta relación. Lo compro con toda mi ilusión y tú me pones esas caras.
—Pues lo siento… —su voz tembló, casi como una súplica —. Te he dicho que sí me hizo ilusión, que me lo iba a poner.
—Déjalo, Eira. Esto es lo que hay. Si lo quieres, bien. Si no, te vas a tu *puta* casa.
—Tú harás tu vida, pero yo no —susurró, más para sí misma que para él.
—Claro que sí, si es lo que has hecho siempre.

Eira respiró hondo, intentando mantener un poco de dignidad.

—Bueno… tengo que subir, que se me hace tarde.
—Espera a que baje —sentenció Otto.

Colgó. El silencio volvió a ocupar el coche.
Eira miró por la ventanilla, perdida. Todo aquello le parecía absurdo, una discusión que había escalado hasta un punto de no retorno, pero aun así no podía escapar a la sensación de vacío que la atrapaba. No quería regresar a la casa de su madre, no con esa exaltación en la espalda, no en ese estado. Prefería quedarse allí, aunque fuera relegada a otra habitación, esperando que Otto algún día volviera a mirarla como antes.
Cinco minutos después, subió. El piso le pareció más frío que nunca. Se cambió deprisa, sin mirarse al espejo, con la sensación de estar viviendo a medias. Luego salió rumbo al trabajo, arrastrando el cuerpo como un zombi después de la noche infernal en el coche. El mundo seguía su curso, pero dentro de ella todo estaba detenido.

CAPÍTULO 61

En Cádiz:

Ágata le había contado a Joel casi todo lo que habló con Caños, omitiendo lo esencial: que pensaba seguir investigando a su padre por su cuenta. No quería involucrarlo más de la cuenta, al menos no todavía. Joel la escuchó con paciencia, y ella intentó regalarle un fin de semana en calma, con paseos, cenas improvisadas y risas retenidas. Pero en el fondo, su cabeza era un torbellino. Cada silencio de Caños, cada ausencia de mensaje suyo, era como un eco que la devoraba por dentro.

Cuando llegó el lunes, Ágata ya no pudo contener más la ansiedad. Salió de casa disparada, con el café aun quemándole la garganta y un beso rápido a Joel que más parecía un trámite que una despedida. Tomó las llaves del coche de él y condujo con una mezcla de prisa y nerviosismo, como si el mundo entero dependiera de ese día.

Aparcó cerca de la comisaría, con el corazón bombeando más rápido de lo que debería. El volante aún le marcaba las palmas de las manos de lo fuerte que lo había sujetado durante el trayecto. Bajó del coche y miró a su alrededor, buscando cualquier rastro, cualquier movimiento que pudiera delatar a Roque. Ese era ahora su objetivo. Y nada la iba a detener.

Ágata marcó el número de Caños desde el coche, con la vista fija en la puerta lateral de la comisaría.

Llamada

Ágata: Hola, Caños.
Caños: Hola. ¿Dónde estás? —la voz de él sonaba más tensa de lo habitual.
Ágata: Cerca de la comisaría.

Hubo un silencio de reproche antes de que él soltara un bufido.

Caños: Pero ¿cómo se te ocurre ir allí? Te pueden ver. Lo mejor es seguirle cuando acabe su turno.
Eira apretó los dientes, conteniendo la impaciencia.
Ágata: ¿Y cuándo termina?
Caños: He mirado el cuadrante. Esta semana está de mañana.
Ágata: Bueno… entonces esta tarde le sigo. —Apuntó mentalmente la hora, el plan dibujándose en su cabeza como un mapa inevitable —. ¿Has localizado a Ted?
Caños: Sí. Está en un apartamento en Chiclana.
Ágata: ¿Chiclana? —repitió, sorprendida.
Caños: Un pueblo cerca de Sancti Petri, donde vive Elisa.
Ágata se quedó unos segundos en silencio, procesando.
Ágata: Vaya…

Caños bajó la voz, como si no quisiera que nadie le oyera ni a través de un cable.

Caños: Lo más llamativo es que trabajaba con tu padre.

El corazón de Ágata dio un vuelco.

Ágata: ¿Con mi padre?
Caños: Sí. Pero Ted llevaba una identidad falsa. Se hace llamar Gabi.

Ágata notó un escalofrío recorrerle la espalda. El nombre no le sonaba, pero intuía que alguien más podría saber.

Ágata: Tengo que hablar con Cintia. Quizá ella me pueda contar algo sobre ese tal Gabi.
Caños: Sí, hazlo. Y esta tarde sigue a Roque. Yo voy a investigar más a Ted.
Ágata: Perfecto, hablamos luego.
Caños: Hasta luego.

La llamada se cortó, pero Ágata se quedó un instante con el móvil en la mano, con la sensación de que cada respuesta abría diez preguntas más.

Ágata fue directa a casa de Cintia. Apenas aparcó, salió del coche con paso rápido y el corazón apretado. Necesitaba respuestas, y las necesitaba ya.
Al llegar a la puerta, fue Sara quien abrió.

—Hola, Ágata, ¿qué tal? —saludó con una sonrisa amable.
—Hola, venía a ver a tu hermana.
—Sí, pasa. Estábamos en la cocina preparando la comida.

El olor de la comida le dio la bienvenida al cruzar el pasillo. Allí estaba Cintia, removiendo algo en una sartén, con un delantal a rayas.

—Hola, Ágata. ¿Quieres tomar algo? ¿Un café, un zumo de naranja…?
—Un zumo, gracias.

Cintia le sirvió el vaso mientras la observaba con curiosidad.

—¿No ha venido Joel contigo?
—No. En realidad, quería hablar contigo —respondió Ágata, con un tono más serio de lo habitual.

Cintia arqueó una ceja. Sara, que había percibido la tensión, se adelantó:

—Os dejo solas, me voy con Noé.

Pero en realidad no se fue muy lejos; cerró la puerta del pasillo con suavidad y se quedó allí, pegada, dispuesta a escuchar cada palabra. Ágata se sentó en una de las sillas de la cocina, dejó el bolso a un lado y sacó el móvil. El pulso le temblaba un poco mientras buscaba la foto. Al girar la pantalla hacia Cintia, su voz sonó firme:

—¿Conoces a este hombre?

Cintia se inclinó, secándose las manos en el delantal, y frunció el ceño.

—A ver… Pues sí, es Gabi. ¿Por qué lo preguntas?

—No sabía quién era —respondió Ágata, midiendo cada palabra—. Quería preguntarte sobre él. ¿De qué conocía a mi padre?

Cintia bajó la mirada unos segundos antes de contestar:

—Bueno… trabajaban juntos. Es un buen hombre. Ya estaba allí antes que Max, e incluso habló por él para que lo contrataran.

Ágata sintió un vuelco. Aquello encajaba demasiado bien con lo que Caños le había dicho.

—¿Y esta mujer? —añadió, deslizando la pantalla hasta la imagen de Elisa.

Cintia arrugó la frente.

—Sólo la he visto una vez, pero… creo que es la novia de Gabi. No estoy segura.
—¿La novia? —Ágata abrió los ojos, sorprendida. La escena de Elisa besándose con otra mujer vino a su memoria como un latigazo.
—Sí, eso creo —repitió Cintia, aunque su tono tenía un matiz de duda.

Desde el pasillo, Sara tragó saliva, intentando procesar lo que acababa de escuchar.

—¿Y qué hace Roque con ellos? —preguntó Ágata, inclinándose hacia Cintia con el ceño fruncido.
—Bueno, eso fue cuando estuvo aquí antes de irse a Bilbao —respondió ella, pensativa, como repasando recuerdos—. De vez en cuando revisaba el papeleo de los barcos. Principalmente si tenían que ver con alguna investigación policial. Después le presenté a Max, y como trabajaba en el puerto, tenía un trato especial con él. Yo creo que se llevaban bien.

Ágata asintió, aunque su cabeza iba a mil.

—¿Se te ocurre alguien que haya podido hacer la foto?

Cintia ladeó la cabeza, dudando.

—Pues como no sea alguien que pasara por allí… Bueno, también pudo ser el compañero de Roque, Chema. Siempre iban juntos. Pero él no fue a Bilbao, sigue en la comisaría de aquí.

—¿Sabes cuándo se pudo hacer la foto?

Cintia tomó el móvil de Ágata y amplió la imagen, observándola con detalle.

—Déjame ver… Qué raro. No me había fijado antes, pero Roque no lleva puesto el uniforme. Normalmente no iba allí a no ser que fuera por trabajo.

Ágata la miró con intensidad.

—Entonces, ¿qué piensas sobre esta foto?

Cintia suspiró, encogiéndose de hombros.

—No lo sé. Qué quieres que te diga.

En ese momento, la puerta se abrió y apareció Sara con el bebé en brazos.

—Bueno, Noé no para de protestar, ya se ha puesto pesado. Tiene hambre.
—Sí, ya es su hora —dijo Cintia, alargando los brazos para coger al niño. Enseguida le doy de comer.

Ágata se levantó, acariciando con una mueca de ternura la mejilla del pequeño.

—Me voy entonces.
—Quédate a comer si quieres.
—No, gracias. Joel me estará esperando.
—Espero haberte ayudado.
—Sí, claro. Gracias. Por cierto, no le comentes nada a Joel de esto. De momento quiero mantenerlo al margen.
—Está bien.
—Adiós.
—Hasta luego —dijo Cintia, balanceando al bebé.
—Adiós —añadió Sara, siguiéndola con la mirada hasta que la puerta se cerró.

En cuanto Ágata desapareció, Sara se giró hacia su hermana.

—¿Qué quería? ¿Y qué es eso de una foto? Os he estado escuchando.

—Tú siempre igual, cotilleando… —refunfuñó Cintia, sin mirarla —. No sé, es una foto que tiene Ágata en el móvil, con Roque, Max, Elisa y Gabi.

Sara frunció el ceño.

—¿Y qué hace ella con esa foto? ¿De dónde la ha sacado?
—Y yo qué sé. No me lo ha dicho y tampoco le he preguntado. Igual sigue investigando sobre el asesinato de mi marido.

Sara se quedó helada.

—¿Tú crees?
—Puede ser. Aún no se sabe quién fue, y en la comisaría lo han dejado todo aparcado.
—Seguro que fue un ladrón y ya está.

Cintia alzó la mirada, clavando los ojos en su hermana con dureza.

—¿Un ladrón? Con una puñalada en el corazón y, poco después, otra mujer muerta de la misma forma. No lo creo. ¿De dónde te sacas eso?
—Pues… pregúntale por esa foto. ¿De dónde la ha sacado? ¿Y por qué pregunta por Gabi?
—Qué más da de dónde la haya sacado. ¿Por qué tanto interés?

Sara titubeó un instante y luego bajó la vista hacia el plato de la mesa.

—No… por nada. Vamos a comer.
—Sí, vamos —dijo Cintia, con un tono que no invitaba a más preguntas.

El silencio se instaló en la cocina, sólo roto por los ruiditos del bebé mientras buscaba el pecho de su madre.
En cuanto terminaron de poner la mesa, Sara se escabulló con disimulo hacia el baño. Cerró la puerta despacio, echó el pestillo y se apoyó contra los azulejos fríos. Con el móvil apretado en la mano, dudó un segundo antes de marcar el número.
La llamada apenas sonó dos veces.

Llamada

Roque: ¿Qué quieres? Te he dicho que no me llames aquí.
Sara: Lo sé, pero… ha venido la novia de tu hijo haciendo preguntas.

Sara bajó la voz, casi un susurro, temiendo que su hermana pudiera escucharla desde el pasillo.

Hubo un silencio denso al otro lado de la línea.

Roque: ¿Qué clase de preguntas?
Sara miró hacia la puerta, como si en cualquier momento Cintia pudiera irrumpir.

Sara: Aquí no puedo hablar. Tenemos que vernos…

CAPÍTULO 62

En Zagreb:

Eira entró en el estudio apurada, con la respiración entrecortada. El reloj de la pared marcaba más de diez minutos de retraso. Varias miradas se giraron hacia ella, algunas con curiosidad, otras con un gesto de desaprobación.

—Lo siento, no he podido llegar antes —dijo apresurada, mientras dejaba el bolso a un lado y se colocaba en su puesto junto a Nina.

La profesora levantó la cabeza, seria.

—Eira, ven al despacho. Quiero hablar contigo.

Después, dirigiéndose al resto del grupo:

—Seguid con la coreografía de ayer.

El murmullo de la música volvió a llenar la sala mientras Eira la seguía hasta el pequeño despacho de reuniones. Allí dentro, el aire era más pesado, sin ventanas que aliviar la sensación de encierro.

—Bien, siéntate —ordenó Nina, cerrando la puerta tras ella.

Eira obedeció en silencio, con las manos entrelazadas sobre las rodillas.

—Últimamente llegas tarde, estás torpe y se te ve cansada —empezó Nina, mirándola con severidad —. ¿Te pasa algo?

Eira bajó la mirada, sintiendo el calor en el rostro.

—Bueno… no duermo bien.
—¿Y eso, por qué?
—No lo sé. —Era una mentira a medias; lo sabía, pero no podía contarlo.

Nina cruzó los brazos.

—Puedes cogerte unos días y descansar. Pero sabes que no puedo tolerar más este comportamiento. Si no puedes estar al cien por cien, tendrás que irte.

Eira levantó la vista, sorprendida.

—No puedo irme, llevo aquí mucho tiempo. Este es mi trabajo.
—Exacto. Tu trabajo. Y si no puedes hacerlo, te vas o te echo.

El golpe de esas palabras le atravesó el pecho.

—Pero no puedes echarme así… tendría que hablar con la directora de la compañía.
—Puedes hablar con ella si quieres. Pero, de momento, te digo que te vayas y te tomes unos días. Después veremos.

El nudo en la garganta de Eira se apretó, pero no le quedaba otra salida.

—Está bien… me voy. Me cogeré unos días.
—Perfecto. Avísame cuando vayas a volver, pero no te excedas demasiado.
—Vale… —murmuró, con más pesar que convicción.

Al salir del despacho, el sonido de la música y las risas nerviosas del resto del grupo le parecieron ajenos, como si estuviera en otro mundo. Caminó hasta el vestuario con la sensación de que todo lo que construía, poco a poco, se le estaba resquebrajando entre los dedos.
Cuando salieron de la habitación, Eira se detuvo un instante en la puerta del despacho. Desde allí vio cómo Nina señalaba su puesto

en la formación y colocaba en él a Jasmín. La muchacha, sorprendida, la miró con los ojos muy abiertos, como si no entendiera qué estaba pasando ni por qué le tocaba sustituirla. Ese gesto, tan simple, se le clavó a Eira como una punzada: era la confirmación silenciosa de que su lugar podía desaparecer en cualquier momento.

Eira bajó la vista y se encaminó hacia la salida, con pasos lentos, sintiendo que cada uno la alejaba más de lo que tanto había trabajado. La calle la recibió con un aire gris, denso, que parecía arrastrar consigo su ánimo. Subió al coche sin energía, encendió el motor casi por inercia y condujo rumbo a casa de Otto.

En el retrovisor se reflejó su rostro pálido, cansado, con el rastro húmedo de una lágrima que había rodado sin pedir permiso y que se quedó a medio camino en su mejilla. No la limpió. Ni siquiera tuvo fuerzas para hacerlo.

Mientras avanzaba por la carretera, lo único que sentía era un vacío pesado en el pecho, como si todo se le estuviera desmoronando a la vez: el trabajo, su confianza, y, sobre todo, él.

Al entrar por la puerta, Eira se encontró con Otto sentado en el sofá. No levantó la vista de inmediato.

—¿Qué haces aquí? —dijo él al fin, con un tono seco.

—Me han dado unos días en el trabajo.

Otto giró la cabeza y la observó con atención.

—¿Y eso? —preguntó, y enseguida frunció el ceño —. ¿Por qué lloras?

Eira suspiró, agotada, y le contó en pocas palabras la conversación con Nina, cómo le habían dado un descanso forzoso porque no rendía.

—Pues tómate unos días —respondió él, como si aquello no tuviera mayor importancia.

Eira bajó la mirada, temiendo lo que podía venir detrás de esa aparente calma.

—¿Quieres que me vaya?

—¡No! —saltó Otto, tajante, con una fuerza que la descolocó.

Ella asintió, insegura.

—Vale.

Hubo un silencio breve, hasta que Otto se acercó con un gesto inesperadamente suave.

—De hecho, quiero que me perdones por lo del anillo. Es que me altero y no pienso.

Eira lo miró con cansancio, casi sin procesar.

—Está bien —dijo, por inercia más que por convicción.
—Ven. —La guio hacia la cama, acariciándole la espalda —. Ahora descansa, duerme un rato.
—No sé si podré.

Otto sacó una pastilla del bolsillo.

—Tómate esto, te ayudará a dormir.

Eira la sostuvo en la mano, desconfiada.

—¿Qué es esto?
—Tú tómatelo. Confía en mí.

Ella dudó unos segundos, pero al final, agotada, se la tragó. El efecto fue casi inmediato: un sopor denso la envolvió y cayó dormida como si alguien le hubiera apagado un interruptor.
Cuando despertó, dos horas más tarde, lo primero que vio fue a Otto sentado en el borde de la cama, con su móvil en la mano.

—Ah, ya te has despertado —dijo él, devolviéndoselo.

Eira lo tomó, entre confusa y alarmada.

—¿Qué hacías con mi móvil?
—Nada, responder a tu madre un mensaje. Para que no se preocupe.

Ella no contestó. Sólo apretó el teléfono con más fuerza.

—Ya…

Otto se tumbó a su lado y la miró con una sonrisa extraña, casi fuera de lugar.

—¿Cómo estás?
—Mejor —murmuró ella, aún entumecida por el sueño artificial.
—Eres muy guapa y me tienes loco —soltó de repente, sin venir a cuento.

Eira le devolvió una mirada rara, intentando descifrar aquel cambio repentino de humor, pero Otto no le dio tiempo a pensar: la besó con insistencia y sus manos comenzaron a recorrerla. Ella no opuso resistencia. Todo sucedió rápido, entre caricias, hasta que hicieron el amor.
Después, Otto se levantó con energía renovada, preparó la comida y la sirvió como si nada hubiera pasado. Eira lo miraba en silencio, incapaz de ordenar sus emociones. No entendía esa conducta tan contradictoria, tan extrema, entre gritos y ternura. Sin embargo, en ese momento, con el plato frente a ella y la sonrisa tranquila de Otto, se sentía bien. Bien… aunque en lo más hondo sabía que esa calma nunca duraba demasiado.

CAPÍTULO 63

En Cádiz:

Ágata fue todo el camino dándole vueltas a lo que había descubierto. La información nueva era desconcertante, como si las piezas del rompecabezas encajaran y al mismo tiempo se resistieran. ¿Elisa, la novia de Ted? ¿Y ese tal Gabi? Y, sobre todo: «*¿por qué Roque no llevaba puesto el uniforme?*».
Cuando llegó a casa, el olor de la comida le dio la bienvenida. Joel estaba en la cocina, meneando la sartén mientras canturreaba, feliz.

—Pero mi amooor es como un hiiilooo que alegra y cooose lo descosió…

Ágata se apoyó en el marco de la puerta, riéndose.

—Hola, bombón. ¿Qué cantas?
—Oye, que es *El Barrio*, guapísima —dijo él con gesto ofendido, aunque se le escapaba la risa —. Y no canto tan mal.
Ella le dio un beso fugaz.
—Mmm… huele que alimenta. ¿Qué tramas, chef Joel?
—Pues un arroz que quita el *"sentio"*.
—Que quita ¿qué? —le miró extrañada.
—Que va estar muy rico.
—A bueno va a ser de esas palabras raras que dices.

—Jajaja. ¿Y tú, qué tal? ¿Descubriste algo más de la famosa foto?
—Eh… no, todavía no. Estoy en ello. —Se encogió de hombros, disimulando.
—Bueno, pues antes de que sigas de detective, vamos a comer, que el arroz no espera.
Se sentaron y, en mitad de un bocado, Ágata disparó la pregunta:
—Oye, tu tía Sara… ¿cómo es?
—¿Mi tía Sara? ¿A qué viene eso?
—No, es por hablar… además, es muy guapa.
Joel arqueó las cejas.
—¿Guapa mi tía Sara? Ay madre… como se lo diga…

Ágata se rio.
—No, hombre. Lo digo porque me llamó la atención. ¿Está casada?
— Sí, pero no tienen hijos. Mi tío no puede. Por eso se pega a Noé como una lapa y a mi madre le viene de lujo.
—¿Y tú tío?
— Ese viaja más que *Willy Fogg*. Trabaja en casinos de cruceros, hoy en Roma, mañana en Estocolmo.
—O sea, y mientras tu tía sola en casa y currando de cajera en el súper.
—Exacto.
—Bueno, ahora ya sé un poco más de tu familia.
Joel la miró ladeando la cabeza.
—Sí… pero ¿esto es conversación de sobremesa?, parece más un interrogatorio de la *CIA* camuflado ¿Pasa algo?
—Nooo, no es nada, era por hablar de algo. Me había venido a la mente.
Al terminar de comer, se tumbaron en el sofá. Joel, entre la comida y la canción de antes, cayó dormido en cuestión de minutos. Ágata lo miró un instante, sonrió con ternura y después se levantó en silencio.
En la habitación, abrió la carpeta roja y empezó a ordenar todos los papeles desperdigados. Llevaba un buen rato clasificando notas y fotos cuando se dio cuenta de algo evidente: no tenía ni idea de dónde vivía Roque.

Frunció el ceño, cogió el móvil y llamó a Caños.

Llamada

Caños: Hola, Ágata.
Ágata: Hola. Una cosa, ¿sabes dónde vive Roque?
Caños: Creí que ya lo sabías. Vive con su compañero Chema, en un piso no muy lejos de la comisaría.
Ágata: ¿Y no tendrás la dirección exacta?
Caños: Claro, te la paso por mensaje ahora mismo.
Ágata: Perfecto. ¿Alguna novedad por tu parte?
Caños: Aún nada.
Ágata: Bueno, entonces te dejo. Dentro de un rato empezaré a seguir a Roque.
Caños: Mantenme informado, ¿vale?

Colgó, y casi al instante le sonó el aviso del mensaje entrante. Miró la pantalla con la dirección en letras claras. Ya tenía el siguiente paso marcado.
Ágata se fue a la ducha dejando todo preparado en la habitación. Mientras el agua caía, Joel despertó del sueño ligero y, al entrar en la habitación, se encontró con la carpeta abierta sobre la cama. Había pequeños montones de papeles bien ordenados: fotos, notas, esquemas.
La curiosidad pudo más que la prudencia. Se sentó en el borde de la cama y empezó a hojearlo todo. No tardó en palidecer al ver su apellido repetido varias veces, los nombres resaltados, los seguimientos planeados. Su padre.
En ese momento, Ágata salió de la ducha, envuelta en el albornoz, y se quedó helada al verlo con los documentos en la mano.

—¿Qué haces? —preguntó, con un hilo de voz, aunque su mirada era de reproche.

Joel la encaró, visiblemente molesto.

—¿Qué significa esto? ¿Por qué no me habías dicho nada? —le mostró los papeles de su padre con un gesto brusco.
—No quería preocuparte —respondió, intentando mantener la calma.
—¿Preocuparme? ¡¿Por mi padre?! —la interrumpió elevando la voz —. ¿Acaso lo consideras sospechoso?

Ágata respiró hondo, buscando las palabras.

—Verás… queremos investigar a todos los de la foto. Esta mañana fui a hablar con tu madre sobre Ted, bueno… Gabi, ya lo sabes, y…
—¿Cómo que fuiste a ver a mi madre? —la cortó de golpe, con incredulidad y rabia mezcladas. ¿Y cuándo pensabas contármelo?
—No puedo contarte todo hasta que no lo tenga claro —dijo, intentando sonar firme.

Joel negó con la cabeza, apartándose de ella.

—Venga ya. Lo que has hecho es dejarme al margen a propósito. Y a mi madre también… la dejas fuera de todo esto.

Se dio media vuelta y salió de la habitación con un portazo contenido.
Ágata se quedó unos segundos inmóviles, apretando los labios. Después, sin perder tiempo, se vistió, cogió la carpeta y salió del piso. La molestia hervía en su interior: por Joel, por haber leído sus papeles a escondidas, y porque la discusión había estallado justo en el peor momento.
Se metió en el coche, encendió el GPS y tecleó la dirección que Caños le había enviado. El motor rugió y arrancó sin mirar atrás. Tenía claro que la investigación no podía esperar.
Joel, por su parte, seguía malhumorado. Caminó de un lado a otro del salón, con la respiración agitada. Se asomó a la ventana y comprobó que efectivamente Ágata ya se había marchado. El hueco vacío donde normalmente estaba el coche lo confirmó.
Apoyó las manos en la mesa, dudando apenas unos segundos. La rabia y la desconfianza lo dominaban más que la razón. Cogió el móvil casi sin pensar y marcó un número.

Llamada

Roque: ¿Joel?
Joel: Papá, quiero que sepas, qué Ágata te está siguiendo…

CUARTA PARTE

DESENLACE

CAPÍTULO 64

En Zagreb:

Llegó el jueves y, aprovechando que Otto estaba de buen humor, Eira fue a ver a Nika.

—¡Holaaa! ¿Qué tal?, pasa, pasa —dijo Nika abriendo la puerta con los brazos abiertos.
—Hola, felicidades adelantadas.
—Gracias, pero hasta el sábado no es. ¿Sabías que en algunas culturas dicen que felicitar antes da mala suerte? Que igual no llegas ni al cumple… —soltó muy seria.

Eira se quedó helada unos segundos y luego estalló en risas.

—¡Anda ya! Pues tranquila, que tú llegas fijo, ¡ni la mala suerte se atreve contigo.

Las dos rieron fuerte.

—Anda, ven, vamos a sentarnos y merendamos.
—Vale. ¿Estás sola?
—No, mi hermano anda por ahí, en la habitación… creo que lleva tres horas discutiendo con la *PlayStation*.

Eira sacó una cajita del bolso.

—Te he traído unos bombones. No me dio tiempo a buscar otra cosa mejor.

Nika abrió la caja como si fuera un tesoro y puso los ojos en blanco de felicidad.

—¡Bombones! ¿Cómo sabías que mi dieta de cumpleaños empieza el lunes?
—Jajaja. Pues justo a tiempo entonces.

Nika cogió uno, lo mordió con exageración y dijo con la boca llena:

—Confirmado: este es el mejor regalo del mundo. Si alguien me trae flores, le cierro la puerta en la cara.
—Lo sabía, por eso nunca te traeré flores. Además, no se pueden comer…

Las dos acabaron riéndose a carcajadas mientras Nika escondía la caja como si fueran lingotes de oro.
Mientras merendaban, Eira le puso al día de todo: el trabajo, lo de Otto, las discusiones.

—No entiendo por qué sigues con él. De verdad, no te reconozco —dijo Nika, cruzando los brazos con gesto serio.
—La verdad… a veces yo tampoco lo sé —admitió Eira, mirando al café como si allí estuviera la respuesta.
—Pues si no estás bien, déjalo. ¡No es física cuántica! —replicó Nika, tajante.
—No es tan fácil. Estoy esperando el momento adecuado.
—¿El momento adecuado de qué? ¿De qué caiga un meteorito y te dé la excusa perfecta?

Eira soltó una risita nerviosa.

—Bueno… dejemos el tema.
—Vale, cómo quieras —Nika se encogió de hombros.
—¿Y tú qué tal con Milan?
—Bien, lo llevamos bien. Tenemos nuestras diferencias y discutimos, pero al final todo se arregla.
—Me alegro. Milan me cae bien.

—Y Mara, ¿qué tal? Hace tiempo que no sé nada. Lo último fue que lo dejó con Igor.
—Justo hablé ayer con ella. Me dijo que Igor intentó volver, pero ella ya no quiso.
—Vaya, se les veía bien.
—Sí, pero creo que ahora medio está con uno del trabajo. No lo dice claro, pero se le nota… habla de él cada dos frases. Se llama Derek, es el encargado de su departamento.
—Bueno, pues a ver qué tal —comentó Eira, sonriendo con picardía.

En ese momento, Darko apareció en la sala de estar con el pelo aún revuelto.

—Hola, Eira.
—Hola, ¿qué tal?
—Bien… bueno, Nika, me voy, que he quedado.
—Vale, adiós.
—Adiós, Eira.
—Adiós —respondió ella.

En cuanto cerró la puerta, Nika miró a Eira con una sonrisilla traviesa.

—Se ha echado novia.
—¿Ah, sí? Qué bien.
—Sí. Aunque conociendo a Darko, no sé si es novia, rollete, compañera de videojuegos o todo junto.

Las dos estallaron en risas, imaginándose la escena.
Pasaron la tarde entre charlas, dulces y café.
Cuando Eira regresó a casa ya era de noche. Al entrar, encontró a Otto en la cocina, concentrado frente a la sartén.

—Hola, ya estoy aquí —dijo, dejando el bolso sobre la mesa.
—Hola —respondió él sin apartar la vista.
—¿Qué haces?
—La cena. ¿Cómo te lo has pasado?
—Bien, nos hemos puesto al día.
—¿Habéis salido?

—No, estuvimos en su casa. Su hermano estaba por allí hasta que se fue —explicó, como siempre dando más detalles de los necesarios.
—Vale.

Al rato se sentaron a cenar.

—Está todo muy rico —comentó Eira, sonriendo.
—Para que veas que sé cocinar —respondió Otto con orgullo.

Pero, de repente, el gesto de Eira cambió. Se llevó las manos a las piernas con expresión de alarma.

—Otto… no siento las piernas.

Él la miró, confundido.

—¿Cómo?
—Que no las siento. Me las toco, pero… no noto nada. No puedo moverlas.

Otto se levantó de golpe, nervioso. Le pellizcó una pierna.

—¿Esto lo sientes?
—No… nada.

Con desesperación, cogió un mechero del cajón y le acercó la llama.

—¿Y esto?
— ¡Nooo! —gritó ella, asustada. No siento nada.

Otto palideció.

—Joder… voy a llamar a una ambulancia.
—Sí, por favor… —dijo Eira con un hilo de voz, mientras la angustia le subía por dentro.

La ambulancia llegó al cabo de media hora. Subieron dos enfermeros y un médico con el maletín en la mano. Examinaron rápidamente a Eira: la tensión, las constantes, las pupilas. Tras varias preguntas y pruebas, el médico levantó la vista.

—Podría tratarse de un ataque de ansiedad —dijo con calma profesional.

Mientras los enfermeros preparaban la inyección, le administraron *benzodiacepinas* de alta potencia, como *alprazolam y clonazepam*. El

médico le recomendó después que visitara a su médico de cabecera para que le recetara diazepam y valorara un tratamiento más continuado.
Pasaron apenas unos minutos y Eira suspiró aliviada.

—Ya empiezo a sentirlas…
—¿De verdad? ¿Ya las sientes? —preguntó Otto, impaciente, con los ojos abiertos de par en par.

El médico lo miró un instante antes de anotar en su informe.

—¿Habéis tenido alguna discusión?
—No, ahora estábamos tranquilos —se apresuró a contestar Eira.
—¿Has estado sometida a mucho estrés últimamente?
—Sí, un poco… —admitió ella bajando la mirada.
—Pues probablemente sea eso. Aun así, mañana ve a tu médico de cabecera y que te valore.

El equipo recogió el material y se despidió. Otto les agradeció la ayuda y cerró la puerta. Se giró hacia ella con gesto cansado.

—Vaya susto que me has dado.
—Pero ya estoy bien —respondió Eira, forzando una sonrisa.
—Vamos a la cama, anda.

Eira se dejó llevar, pero la inquietud le seguía latiendo por dentro. No podía sacarse de la cabeza la sensación de no sentir las piernas. «*Si me pasara de verdad… si no pudiera volver a bailar…*» Prefirió cortar el pensamiento de raíz para no agobiarse más.
Se metieron en la cama aún con el susto en el cuerpo. Sin embargo, el cansancio del sobresalto los venció. En cuestión de minutos, el sueño los arrastró a ambos a un profundo silencio.

CAPÍTULO 65

En Cádiz:

Ágata llevaba ya varios días siguiendo a Roque. Había pasado horas escondida tras el volante, observando desde la distancia, cambiando de acera, de calle, de ritmo… pero nada. Ni un gesto raro, ni una llamada comprometida, ni una visita a alguien sospechoso. Todo parecía rutinario, demasiado normal para un hombre como él. La frustración se le iba acumulando en el pecho: estaba convencida de que en algún momento lo atraparía en algo, que tarde o temprano vería esa grieta en la fachada. Sin embargo, de momento, el esfuerzo parecía inútil.

Mantenía a Caños al tanto de cada movimiento, y también a Joel, aunque con más cuidado. No quería que desconfiara, ni que se imaginara cosas peores. Le contaba lo justo para que se quedara tranquilo, sobre todo ahora que Roque no parecía tener nada que esconder. Al menos, nada a simple vista.

El sábado por la mañana, Ágata se citó con Caños en la cafetería de siempre, aquel pequeño local de esquina donde los camareros ya sabían lo que tomaba cada uno. Llegó temprano, se sentó en la mesa más discreta, con la espalda pegada a la pared, y pidió lo que ella misma llamaba su droga favorita: un café bien cargado.

Mientras removía el azúcar, sus ojos se perdieron en la calle a través del ventanal. El tráfico de media mañana iba y venía, indiferente a todo lo que bullía en su cabeza. A los cinco minutos, la puerta se abrió y entró Caños. Llevaba el abrigo desabrochado y la expresión cansada de alguien que nunca termina de dormir bien.
Se acercó a la mesa y saludó con un leve gesto, sin sonrisa.

—Buenos días. Perdón por el retraso. Estoy a tope —dijo sentándose y pidiendo otro café.

Ágata le devolvió la mirada, preparada para ponerlo al día… aunque algo en el brillo de los ojos de Caños le hizo intuir que él también traía novedades.

—No pasa nada —dijo Ágata, intentando quitarle peso a la conversación.

Caños la miró fijamente.

—Me dijiste que no veías nada sospechoso en Roque.
—Sí, me extraña, pero es así.
—¿Por qué te extraña?

Ágata se encogió de hombros, jugueteando con la taza de café ya fría.

—No sé… creía ver algo en él que no me encajaba. Un lado oscuro, peligroso.
—Pues igual te estás equivocando —respondió Caños, cruzando los brazos—. Es un hombre áspero, de esos que, por su carácter, pueden parecer otra cosa. Pero no por eso debemos bajar la guardia.

Ágata asintió con un gesto breve.

—Puede ser.

Caños se inclinó hacia delante, bajando la voz.

—Yo he estado siguiendo a Ted. Lo único realmente sospechoso es que, en uno de los barcos que estaba arreglando, apareció Elisa. Discutieron.

Los ojos de Ágata se entrecerraron.

Bueno, supuestamente, según Cintia, son novios.

—Sí, pero espera, no he terminado. Ella le dio una bolsa de deporte y se marchó rápido.

Ágata dejó el café sobre la mesa con un golpe seco.

—¿Una bolsa? ¿Qué crees que podría ser?

Caños soltó un resoplido.

—Se me ocurren varias cosas. Lo más normal es que fuera ropa de él, que lo hayan dejado y le devuelva sus cosas. Pero también podría ser droga… o cualquier otra cosa ilegal.

La tensión le subió por la garganta a Ágata.

—¿Por qué no interrogas a Ted?
—No quiero que sospeche que le estamos siguiendo.
—Pero quizás sea mejor así, que sospeche. Igual comete un error —replicó ella, con una chispa de ansiedad.

Caños se quedó pensativo, tamborileando los dedos en la mesa.

—Tal vez.
—No esperes más tiempo. Interrógalo ya. Si no lo haces tú, puedo hacerlo yo por mi cuenta.

Él la miró con seriedad, casi reprendiéndola con los ojos.

—Mejor lo hago yo.
—¿Puedo estar presente?
—Es mejor que no. Además, no le puedo detener; tendría que venir voluntariamente. No tenemos nada sólido contra él.
—Lo sé… —murmuró Ágata, mordiéndose el labio.
—Espero que tengas razón. Después de que le interrogue, quizá cometa un error. Pero me tengo que ir ya, no puedo quedarme más tiempo.

Ágata lo detuvo un segundo con la mirada.

—Vale, pero… ¿sigo siguiendo a Roque?
—No le veo sentido ahora mismo.
—Entonces, ¿qué hago? —su voz sonó casi desesperada —. Creo que debería continuar siguiéndole. Y a Elisa también. Algo tendré

que hacer, si no me volveré loca.

Caños suspiró, rindiéndose.

—Bueno, síguelos, pero no puedo darte ahora la ayuda de Cris. He tenido que retomar el caso medio implorando al comisario. Sin acceso a documentos, estoy atado de manos. Espero que no haya problemas.
—Seguro que no, iré con cuidado.
—Sí, ve con mucho cuidado.
—No te preocupes —añadió ella, más firme—, yo te informo de todo. Y tú haz lo mismo cuando interrogues a Ted.

Caños asintió con un gesto grave.
Se levantaron de la mesa casi al mismo tiempo. El murmullo de la cafetería parecía tan normal, tan cotidiano, que contrastaba con el peso de lo que acababan de hablar. Ágata se quedó un segundo mirando a Caños salir por la puerta, con la sensación de que, tarde o temprano, todo iba a explotar.
Ágata llegó a casa y notó de inmediato el silencio. Joel no estaba. Aquello le dio un respiro extraño, como si el tiempo le perteneciera por unas horas. Subió a la habitación y, sin pensarlo, comenzó a sacar carpetas, sobres, recortes y copias que guardaba del caso de su padre.
En poco tiempo, el cuarto dejó de parecer un dormitorio y se transformó en un archivo improvisado. El suelo se cubrió de papeles, montones que ella iba clasificando con cuidado: aquí las declaraciones, allí los informes médicos, más allá los partes policiales. Separaba lo que podía servirle de lo accesorio, formando pequeños taquitos con gomas elásticas.
Con cinta adhesiva comenzó a empapelar la pared. Allí colocó fotos borrosas, nombres subrayados, fechas, números de teléfono, flechas improvisadas que unían rostros con lugares. La superficie blanca del muro se convirtió en un mapa inquietante, un rompecabezas que exigía ser resuelto.
Cuando terminó, dio un paso atrás. Se cruzó de brazos y observó la pared como quien contempla un cuadro. Sus ojos recorrían cada detalle con minuciosidad, buscando un hilo que lo conectara todo.

Pasó minutos enteros en silencio, hasta que el zumbido de la nevera en la cocina le recordó que no había comido.
Lo que no sabía, lo que aún no podía ver, era que la pieza fundamental ya estaba allí. Justo delante de sus ojos, oculta en medio del caos. Como si la verdad se burlara de ella, esperando el momento en que estuviera lista para descubrirla.

CAPÍTULO 66

En Zagreb:

Pasaron unos días y la vida de Eira parecía entrar en calma. Con Otto todo marchaba sorprendentemente bien: él volvía a mostrarse atento, casi como en los primeros meses, y ella se dejaba contagiar por esa ilusión, recuperando poco a poco la sonrisa que había perdido.

En la escuela, su vuelta fue como un respiro. Se la veía más concentrada, más segura de sí misma, y hasta Jasmín notó el cambio. Volvieron a compartir confidencias en los descansos, entre risas y estiramientos, como si la rutina empezara a devolverles la normalidad. Nina, sin embargo, no se relajaba. Desde su esquina, la observaba con una atención fría, como si esperara que en cualquier momento volviera a fallar.

La gran novedad de la semana fueron los dos chicos nuevos: Tibor y Vince, gemelos húngaros recién llegados de Budapest. Su padre había sido trasladado por trabajo a la ciudad y, aunque aún no conocían a nadie, llamaron la atención desde el primer instante. Eran altos, fibrosos, con el pelo oscuro a media melena recogido en una coleta que les daba un aire desenfadado. El parecido entre ellos era tan fuerte que, al tenerlos cerca, sólo se podía distinguir por el color de los ojos: verdes los de uno y marrones los del otro. Tenían

más o menos la edad de Eira, quizá un año menos, pero se movían con una confianza natural que imponía.
Al final de la jornada, cuando las puertas de la escuela se abrieron y el aire fresco de la calle les golpeó el rostro, Eira se quedó charlando con Jasmín y los recién llegados. Los gemelos sonreían con cierta timidez, aunque no podían evitar mirarla con curiosidad.

—Entonces, ¿qué os parece la escuela? —preguntó Eira, rompiendo el hielo.

Vince, el de ojos verdes, se encogió de hombros con una sonrisa leve.

—Grande… y un poco distinta a lo que teníamos en Budapest.
—Pero está bien —añadió Tibor, con un acento marcado que arrancó una risa suave a Jasmín—. Y tenemos suerte de que aquí la gente sea simpática.

Eira sintió una extraña mezcla de nerviosismo y simpatía. No sabía por qué, pero en aquel momento se sintió observada de una forma distinta, como si la calma que había encontrado con Otto empezara a tambalearse de nuevo, sin razón aparente.

—Me alegro de que estés de vuelta —dijo Jasmín, con una sonrisa sincera.
—Sí, ya me encuentro bien —respondió Eira, agradecida por el apoyo.
—¿Has estado enferma? —preguntó Tibor, con curiosidad.
—No, sólo estresada y cansada —explicó ella, encogiéndose de hombros.
—Nosotros llevamos una semana más o menos aquí —intervino Vince, con un tono amable.
—Bailáis muy bien —dijo Eira, devolviéndoles la cortesía.
—Gracias —contestó Vince, sonriendo —. Llevamos casi desde la cuna bailando.

El ambiente era ligero, casi agradable, pero Eira miró el reloj y se despidió con una sonrisa breve.

—Bueno, os dejo, me tengo que ir. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondieron al unísono los gemelos.

El aire fresco de la calle le acompañó en el camino de regreso a casa. Al abrir la puerta, se encontró con Otto en el salón, el móvil pegado a la oreja. Se detuvo en cuanto la vio.

—Ya estás aquí —dijo él, colgando la llamada con rapidez.
—Sí. ¿Con quién hablabas? —preguntó ella, dejando las llaves sobre la mesa.
—Con los chicos del grupo. Tenemos un concierto en una semana. Sólo será una noche fuera.
—¡Qué bien! —respondió Eira, intentando sonar entusiasta.
—¿Y tú? ¿qué tal las clases?
—Bien.
—¿Alguna novedad?
—Sí, han venido dos chicos nuevos —explicó Eira, contándole brevemente la conversación que había tenido con Jasmín y los gemelos.

Otto la escuchaba en silencio, pero en sus ojos brillaba una chispa de celos disfrazados.

—¿Y qué? ¿son guapos?

Eira parpadeó, incómoda.

—Pues… no sé. Normales.

Otto esbozó una media sonrisa, ladeando la cabeza.

—Seguro que a alguno le has gustado.

Ella frunció el ceño, sin saber qué contestar.

—A ver, los acabo de conocer.

Otto se acercó despacio, con una sonrisa que era mitad deseo y mitad advertencia.

—Es que estás muy buena. No me extrañaría que le gustaras a alguno… o incluso a los dos.

La tomó de la cintura y la besó, sin darle espacio a replicar. Eira cerró los ojos, sintiendo esa mezcla de contradicciones: la parte de él que la halagaba y la parte que la asfixiaba.

Eira apenas alcanzó a sonreírle. Sentía la calidez de sus manos en la cintura, pero también la presión invisible de esas palabras que no sabía si eran un cumplido o una advertencia velada.
Otto profundizó el beso, con la seguridad de quien se cree dueño del momento. Ella correspondió, aunque su cuerpo se tensaba más de lo que él parecía notar. Cuando se separaron, él la miró con los ojos entrecerrados.

—No me gusta la idea de que otros te miren —murmuró, con voz baja pero cargada de firmeza.

Eira tragó saliva, sin encontrar respuesta. Podría haberle dicho que acababa de conocer a los gemelos, que no había nada más allá de una charla banal. Pero sabía que cada palabra podía ser interpretada como una excusa, como una chispa que encendiera de nuevo los celos de Otto.
Así que sólo sonrió, forzadamente, y acarició su mejilla.

—No tienes por qué preocuparte.

Otto la abrazó con fuerza, como si quisiera sellar con ese gesto lo que acababa de decir.

—Ya lo sé. Pero no quiero que olvides que eres mía.

Eira cerró los ojos de nuevo, esta vez no para entregarse al beso, sino para esconder la punzada de inquietud que esas palabras le dejaron clavada en el pecho.

CAPÍTULO 67

En Cádiz:

El lunes por la mañana, Caños se plantó en el puerto. El aire olía a salitre y gasoil, mezclado con el crujir metálico de cabos y grúas. Caminó entre los muelles hasta localizar a Ted. Estaba agachado sobre la cubierta de un barco de mediano tamaño, con las manos manchadas de grasa, concentrado en ajustar algo en el motor.
Caños se acercó despacio, aprovechando que no había nadie más alrededor.

—Hola. ¿Es usted Gabi? —preguntó, con voz clara.

El hombre levantó la cabeza de golpe, como si le hubieran dado un latigazo.

—Sí. ¿Quién lo pregunta?

Caños sacó la placa, fría y brillante bajo el sol.

—Inspector Caños.

La expresión de Ted cambió en un segundo.

—¿Qué quiere? Tengo mucho trabajo.
—Sólo quería hacerle unas preguntas.

—No tengo tiempo y no estoy haciendo nada malo, sólo estoy trabajando. Tengo que entregar este barco esta misma mañana.

Caños no bajó el tono.

—No le llevará mucho. Si lo prefiere, podría citarle en comisaría, pero entonces nos llevará mucho más tiempo.

Ted apretó los labios.

—Pero… ¿qué quiere?

Caños sacó el móvil y le enseñó la foto que Ágata había encontrado en casa de Elisa.

—Acérquese. ¿Qué hace usted con ellos, Gabi? O… ¿tendría que llamarte Ted?

El hombre dio un paso atrás, visiblemente alterado.

—Por favor, cállese —murmuró, con los ojos clavados en la foto —. Aquí no puedo hablar.

Caños aprovechó la grieta.

—Entonces quedamos en otro sitio. ¿A qué hora termina de trabajar?
—A las tres.
—Bien. ¿Dónde podemos hablar?

Ted dudó unos segundos, mirando alrededor como si temiera que alguien más estuviera escuchando. Finalmente susurró:

—En la playa Cortadura, en las dunas detrás de Torregorda. ¿Lo conoce?

Caños asintió, con un atisbo de sonrisa.

—Sí. Más vale que aparezca. Si no, responderá en comisaría.

El hombre tragó saliva, nervioso.

—No se preocupe. Estaré allí… sobre las tres y media.

Caños se giró y se marchó despacio, dejando atrás el sonido metálico de las herramientas y el rumor inquieto del mar.
Caños se marchó del puerto con paso firme, aunque por dentro hervía de impaciencia. No podía dejar de pensar en el rostro

desencajado de Ted cuando le mostró la foto. Ese nerviosismo le confirmaba que había algo importante ahí. Sólo quedaba esperar a que llegaran las tres y media. Esperar… y rezar para que el tipo cumpliera su palabra.

Mientras tanto, en casa, Ágata tenía la mesa cubierta de carpetas y la pared llena de papeles, como si hubiese montado un mural detectivesco improvisado. Con el móvil en la mano iba sacando fotos de todo, una copia de seguridad personal por si acaso. En ese momento se abrió la puerta y entró Joel.

—Hola, guapísima —dijo acercándose a besarla en la mejilla.
—¿Qué haces?
—Hola —respondió ella con una leve sonrisa—. He averiguado algo más.

Él arqueó una ceja.

—Ah, ¿sí?
—Sí. Ven, mira. —Le mostró la foto que había encontrado en el sótano de Elisa.

Joel suspiró.

—Sí, esta foto ya la he visto.
—Fíjate bien.

Él se inclinó, entrecerrando los ojos.

—¿Qué tengo que ver?
—Observa a Elisa.
—No sé… lo único raro es que mi padre está sin el uniforme.
—Sí, eso ya lo sé —dijo Ágata con paciencia.
—Pues dime, ¿qué pasa?

Ella levantó un dedo, pidiéndole un segundo. El escáner zumbó y expulsó una copia ampliada de la foto. Ágata la tomó, cogió un rotulador y marcó con firmeza el detalle que había descubierto. Después se la puso delante de los ojos.

—¿Lo ves ahora claro?

Joel tardó unos segundos, hasta que su mirada cayó en el círculo marcado con tinta.

—Pues no… —dudó al principio.
—Léelo —insistió ella, señalando la nota que había escrito junto a la marca.

Joel se quedó helado. Sus labios se abrieron despacio y los ojos se le abrieron como platos.

—Ostiaaa… ¡Qué fuerte! —dijo, sorprendido, llevándose la mano a la cabeza.

CAPÍTULO 68

En Zagreb:

El sábado por la mañana fueron a visitar a los padres de Otto. Desde que cruzaron la puerta, Eira notó ese aire enrarecido que siempre la envolvía en aquella casa. La madre de Otto la saludó con frialdad cortés, mientras el padre apenas levantó la vista del periódico para murmurar un *"hola"*. Había sonrisas, sí, pero tensas, como dibujadas con lápiz a punto de borrarse.
Pasaron el día allí, entre conversaciones donde Otto intentaba mantener la normalidad y silencios incómodos que se le clavaban a Eira como alfileres. En la sobremesa, los perros correteaban por el jardín y fue entonces cuando llegó un amigo de la familia, con una caja en brazos.
Dentro, un pequeño gato negro con el pecho y las puntas de las patas blancas se removía nervioso.

—Se lo iba a regalar a tus padres —dijo el amigo con entusiasmo—, pero claro… con los perros igual no es buena idea.

La madre de Otto negó enseguida.

—No, aquí no. Bastante tenemos ya con lo que hay.

El padre gruñó algo desde la mesa, sin ni siquiera mirar al animal.

—Un gato es un estorbo.

Otto lo tomó en brazos, casi desafiando la negativa. Lo sostuvo con firmeza y miró a Eira.

—Nos lo llevamos, ¿quieres?

Eira, sorprendida, lo acarició suavemente. El gatito ronroneó, ajeno a la tensión.

—¡Claro! Es precioso.
—Pues nos lo quedamos —dijo Otto, sonriente, como si fuera un golpe de efecto ante sus padres.

La madre frunció el ceño.

—Siempre igual… haciendo lo que te da la gana.

El ambiente se tensó de golpe, y hasta Eira sintió que le ardían las mejillas. Trató de suavizar la situación.

—Le pondremos nombre, ¿verdad?
—¿Es chico o chica? —preguntó Eira.
—Chico —respondió el amigo.

Otto, sin dejar espacio a más comentarios, pasó el gato a Eira.

—Sombra.

Ella sonrió con un gesto tímido.

—Vale, me gusta.

El padre carraspeó con desgana y dobló el periódico.

—Bueno, mientras lo mantengáis lejos de aquí… haced lo que queráis.

Otto se levantó, cortante.

—Nos vamos.

Eira lo siguió en silencio, con el gatito en brazos. Al salir, no pudo evitar pensar que aquella visita había sido menos una reunión familiar y más un pulso entre Otto y sus padres… y ella, como siempre, atrapada en medio.
Salieron de casa de los padres de Otto y fueron directos a la suya. Al entrar, lo primero que hicieron fue presentar a Sombra a Pirata. No

esperaban problemas: el gato solía ser tan sociable que incluso una vez había compartido cama con un hámster. Claro que, viendo la cara de pánico del pobre animalito, probablemente no pegó ojo en toda la noche. El hámster no duró mucho —estaba enfermo y murió al mes, pero aquella anécdota era suficiente para confiar en que Pirata recibiría bien al recién llegado.
No se equivocaron. En cuestión de minutos, los dos jugaban como si se conocieran de siempre, persiguiéndose por el pasillo y tumbándose juntos en la alfombra. Desde ese día se volvieron inseparables, y Eira no podía evitar sonreír al verlos.
La semana transcurrió en calma. Otto estaba de buen humor, y Eira, ocupada entre la escuela y las *"monerías"* de sus nuevos compañeros de piso, se sentía más ligera. El siguiente fin de semana llegaba el concierto de Otto, y antes de marcharse él repitió sus normas.

—Ya sabes, llamadas perdidas desde el fijo cuando salgas y cuando entres.

Eira asintió, sin ganas de discutir.

—Vale.
—Bueno, me voy. Vuelvo mañana por la tarde.
—Que se te dé bien. Yo tengo que ir a trabajar.
—Al menos, es viernes.
—Sí. —Eira sonrió suavemente, y lo vio marcharse.

El camino hasta la escuela fue tranquilo, aunque la clase resultó agotadora. Nina estuvo más exigente de lo habitual y, al salir, Eira casi volaba hacia la puerta.

—¿Dónde vas tan deprisa? —la detuvo Jasmín, alcanzándola en la salida.
—Estoy cansada.
—Sí, hoy se ha pasado un poco Nina —intervino Vince, que acababa de salir.
—¿Sólo un poco? —añadió Tibor, con media sonrisa.

Jasmín aprovechó que estaban los tres juntos.

—Mañana es mi cumple y quiero invitaros a comer.

Eira se llevó la mano a la frente.

—¡Es verdad, se me había olvidado!
—No pasa nada —respondió Jasmín con naturalidad.
—Pues si os parece, quedamos a las doce y media en el restaurante *Classic*.
—¿Nosotros también vamos? —preguntó Tibor, sorprendido.
—Claro. Iban a venir dos amigas más, pero una está mala y la otra tiene comida familiar con unos tíos.
—Pues ahí estaremos —aseguró Vince.
—Sí —secundó su hermano.
—Venga, nos vemos mañana. Oye, ¿no viene Joss? —susurró Eira con picardía.
—No, le invito por la noche, jajaja.

Eira rio con ella y luego se despidió.
El aire fresco de la tarde la envolvió al alejarse. Por un instante, pensó que el día siguiente podía ser una oportunidad para sentirse normal, lejos de la sombra de Otto.
Eira caminaba deprisa, con el corazón acelerado. Quería llegar cuanto antes para cumplir con la rutina que Otto le imponía: la llamada perdida desde el fijo al entrar en casa. Esa costumbre absurda que él llamaba *"tranquilidad"* y que para ella se había convertido en una cadena invisible.
Estaba metiendo la llave en la cerradura cuando el teléfono fijo comenzó a sonar dentro de la casa. El timbre cortó el silencio con un eco metálico que la hizo estremecer. Dejó la mochila en el suelo y corrió a descolgar.

—¿Quién es? —preguntó con voz cautelosa.
—Hola, ¿está Otto? —dijo una voz femenina al otro lado.

Eira frunció el ceño.

—No. ¿Quién eres?
—Soy Tihana, una compañera del grupo, la cantante. ¿Cuándo llega?

La respiración de Eira se entrecortó.

—Mañana… ¿No has ido al concierto?

Hubo un silencio breve. Luego la voz contestó con aparente despiste:

—¿Qué concierto?

Eira se quedó helada.

—Otto dijo que tenía un concierto hoy y que volvía mañana.
—¡Ah, sí! Es verdad —dijo la otra, con un tono forzado —. Es que estoy enferma, no voy y se me había olvidado. Bueno, ya le llamo mañana.

Eira apretó los dientes.

—Sabes que también tiene móvil, ¿no?
—Sí, claro, le llamo al móvil. Adiós.
—Adiós —respondió Eira, dejando el auricular con suavidad en la base.

Se quedó inmóvil frente al teléfono, con la casa en penumbras. Algo no cuadraba. La primera fisura en la historia de Otto acababa de abrirse delante de ella.
Eira se quedó unos segundos mirando el auricular, dudando si hacer o no lo que su instinto le pedía. Al final marcó el número de Otto.

—¿Qué pasa? —contestó él, con ese tono seco que tanto la descolocaba.
—Hola… Ha llamado ahora mismo a casa, la cantante del grupo.
—¿Tihana? —Otto pareció sorprendido—. ¿Cómo que ha llamado?
—Pues eso… ¿Es que tienes algo con ella?

El silencio al otro lado se hizo insoportable. Finalmente, Otto soltó una carcajada nerviosa.

—Pero ¿qué dices? No sé por qué ha llamado a casa. Mira, me está entrando su llamada ahora al móvil. Te dejo, que tengo que hablar con ella. Te llamo luego.
—Vale… —susurró Eira, sabiendo que la conversación había terminado.

Colgó despacio, con las manos temblando. La preocupación le oprimía el pecho. Nada en la voz de Otto le había sonado convincente; cada palabra parecía un parche mal puesto.

Pasaron las horas. Eira miraba el reloj de la cocina, el de la mesita, la pantalla del móvil. El silencio de la casa se hacía cada vez más pesado. Cuando por fin se decidió a llamarle, Otto rechazó la llamada después de varios tonos.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Volvió a insistir, una, dos, tres veces. Nada. Siempre comunicando, siempre silencio.

Se metió en la cama sin ganas, con Sombra acurrucado junto a ella y Pirata dormitando a los pies. La oscuridad no la envolvía, la asfixiaba. Daba vueltas una y otra vez, con el corazón acelerado y la mente llena de imágenes que no quería ver: Otto con Tihana, Otto mintiendo, Otto lejos de ella por decisión propia.

Cerró los ojos, pero no consiguió dormir. Su cabeza era un torbellino que no le daba tregua.

CAPÍTULO 69

En Cádiz:

Joel, con el móvil todavía pegado a la oreja, siguió la llamada de su padre. Su respiración estaba agitada, como si hubiera estado corriendo, y trataba de mantener la calma mientras escuchaba aquella voz grave al otro lado de la línea.

Roque: ¿Cómo qué me está siguiendo? —dijo Roque, la voz más fría de lo habitual.
Joel: Te están señalando como sospechoso de la muerte de Marco —respondió Joel, sin poder esconder la tensión.
Roque: ¿Sospechoso? —repitió Roque, fingiendo sorpresa.
Joel: ¿Lo eres? —cortó Joel.
Roque: ¡Claro que no! —saltó Roque con rapidez.
Joel: Bueno, ya te he avisado. Con esto doy por saldada mi deuda.
Roque: ¿Crees que te has librado? —rugió Roque. Ahora, con tu novia pegada a tu lado, menos aún. Vigílala y dime cada movimiento.
Joel: No voy a hacerlo. No pienso seguir haciendo favores para ti —dijo Joel, alzando la voz por primera vez.
Roque: Joel, no me jodas, sabes que en cualquier momento puedo meterte en la cárcel —amenazó Roque con voz baja y cortante.
Joel: Eso fue hace tiempo —replicó Joel, y además fuiste tú quien nos metió en ese lío.

Roque: ¿Y? —dijo Roque con desprecio —. Tú tampoco te negaste a nada. Me vas a contar todo o esto os salpica a los dos.
Joel: Eres un cabrón —escupió Joel.
Roque: Sí, sí —replicó Roque con una risa amarga —. Ya me llamarás.

Joel colgó sin más, con la rabia aun palpitando en el pecho, y se arrepintió al instante de haber marcado aquel número. Quizás nunca tendría que haberle llamado. Sabía que su padre era una bomba de relojería y en cualquier momento podría explotar y llenarle de mierda hasta el cuello.

El pensamiento de Ágata lo golpeó con fuerza. ¿Qué haría si descubriera que él le pasaba información a Roque? Ni siquiera podría mirarla a los ojos. Y, si llegaba a enterarse de lo del Campo de Gibraltar, sería el final.

Pero Roque, con esa habilidad corrupta que lo había convertido en un policía temido y respetado en los peores círculos, siempre guardaba cartas marcadas. Tenía pruebas, y Joel lo sabía. Por eso, cada exigencia era una cadena más, y negarse parecía imposible.

CAPÍTULO 70

En Zagreb:

Eira se despertó más tarde de lo habitual. Había llamado varias veces a Otto sin respuesta, y el silencio comenzaba a incomodarla. Con un nudo en el estómago, se duchó y se vistió. Cuando ya tenía la mano en el pomo de la puerta, el móvil vibró.

Llamada

Eira: Ya era hora de saber de ti —soltó con un tono entre alivio e irritación.
Otto: No he podido —respondió Otto, ronco —. Ayer ya empezamos el concierto y me acabo de levantar.
Eira: Ajá… ¿y qué quería? —preguntó, intentando sonar indiferente.
Otto: ¿Quién?
Eira: La cantante.
Otto: Ah, sí… —hubo un silencio breve —. Nada, que quería que le pagáramos unos días que le debíamos.
Eira: ¿Para eso llama a casa? —preguntó Eira, con una mezcla de sorpresa y desconfianza.
Otto: Yo qué sé para qué llamó a casa. Bueno… ¿y tú?
Eira: Estoy a punto de salir. Voy a comprar un detalle para Jasmín,

es su cumpleaños. Hemos quedado a comer con ella y con los gemelos.
Otto: ¿También van ellos? —preguntó Otto, con un matiz seco en la voz.
Eira: Sí.
Otto: Vale. Pues esta tarde-noche te veo.

Pero al colgar, Eira no pudo evitar quedarse mirando el teléfono unos segundos más, con la sensación de que algo no cuadraba.

Eira salió de la perfumería con el perfume envuelto en una bolsa elegante. Llegó al restaurante y allí estaban Jasmín y los gemelos, esperándola en una mesa.

—Hola, felicidades —dijo Eira sonriendo.
—Muchas gracias —respondió Jasmín con entusiasmo.

Pidieron la comida. Al poco, sonó el móvil de Eira y tuvo que salir a la puerta.

Llamada

Eira: Hola
Otto: Hola, ¿qué haces?
Eira: Acabamos de pedir y vamos a comer.
Otto: Ah. ¿Y dónde estás sentada?
Eira: Al lado de Jasmín y enfrente de los gemelos.
Otto: ¿Y qué, ya te ha dicho algo alguno?
Eira: ¿Algo de qué?
Otto: Pues de qué va a ser… si le gustas a alguno.
Eira: No, Otto, no han dicho nada. Solo somos compañeros.
Otto: Bueno… luego nos vemos.

Colgó sin despedirse.
Eira volvió a la mesa, intentando sonreír. Tras la comida, vino la tarta, los regalos, las fotos. Afuera, se despidieron.

—Muchas gracias por los regalos, me han gustado mucho —dijo Jasmín.
—Gracias a ti por invitarnos —añadió Vince.

—Sí, estaba todo muy bueno —dijo Eira, despidiéndose con dos besos de cada uno.

Se alejó calle abajo, con la bolsa del perfume ya vacía, y de repente Otto apareció de entre los árboles. Sus ojos vidriosos y el olor a alcohol la paralizaron.

—Qué hacías, ¿eh? Dando besitos… Yo quería darte una sorpresa, y la sorpresa me la has dado tú —gruñó, antes de cruzarle la cara con la mano.

Eira sintió el golpe seco en la boca, el sabor metálico de la sangre.

—¡Pero qué haces! —exclamó, llevándose las manos al labio partido.
—Lo que tú me obligas a hacer. Tira *pa´ casa*, pedazo de *"zorra"* —le agarró con fuerza del brazo.
—¡Me estás haciendo daño, suéltame!
—Más daño me haces tú a mí… —murmuró Otto con los dientes apretados.

Otto la miraba desencajado, con los ojos enrojecidos, el aliento cargado de alcohol y a saber que más.

—Eso es lo que tú me haces —dijo, escupiendo las palabras. Me matas por dentro, me provocas.

Eira se incorporó del suelo, sujetándose el costado dolorido, con la respiración entrecortada.

—¿Pretendes matarme? —repitió, con lágrimas en la cara, pero firme.
—Eso es lo tú estás haciendo conmigo.
—No, eso es lo que voy a hacer yo sí me vuelves a tocar —dijo Eira sacando valor.
Otto se abalanzó otra vez, la agarró del pelo y la arrastró por el pasillo hasta el dormitorio. Allí la lanzó contra la cama con violencia. El somier crujió bajo el golpe.
—¿Ah, sí? ¿Ahora te haces la valiente? —le gritó, y sin darle tiempo a reaccionar volvió a golpearla en el estómago, una patada en seco que la dejó aturdida.

Otto respiraba agitado, como un animal acorralado. Caminó de un lado a otro de la habitación, nervioso, mientras ella se encogía en la cama intentando protegerse. De pronto, volvió hacia ella y levantó la mano, pero se detuvo en el aire. La rabia lo consumía, pero también la conciencia de lo que estaba haciendo.
Eira apenas podía moverse. El dolor le atravesaba el cuerpo como cuchillas. Entre sollozos alcanzó a decir:

—No tienes derecho… no tienes derecho a hacerme esto.
—Ah ¿no?, pues mira de lo que tengo derecho. Voy a coger tus gatitos y los voy a tirar por la ventana. De eso te sirve abrir tu *"puta"* boca.

Eira se quedó temblando, con el labio hinchado y el cuerpo lleno de moretones. Sintió miedo, pero también un dolor distinto: la certeza de que aquello no iba a detenerse por sí solo.
Corrió como pudo hacia el salón, con el corazón encogido, buscando a sus gatitos como si en ellos estuviera toda su fuerza. El dolor del abdomen aún la hacía doblarse, pero la urgencia de protegerlos era más fuerte que cualquier herida.
Al ver que Otto se dirigía hacia ellos, Eira extendió los brazos para alcanzarlos primero, pero él fue más rápido. Con un movimiento brutal, agarró a Sombra por el cuello, apretándole con sus dedos como si se tratara de un objeto sin valor. El pequeño maulló desesperado, pataleando en el aire.

—¡Nooo! —gritó Eira, la voz rota de angustia, corriendo tras él.

Intentó bloquearle el paso, pero Otto la empujó con el hombro y salió de la casa casi a trompicones, llevándose al gato. Eira se estrelló contra la pared, un poco mareada, pero reaccionó al instante: recogió a Pirata, que corría despavorido de un lado a otro, y lo apretó contra su pecho. Con las lágrimas nublándole la vista, lo metió en el baño y cerró la puerta, temblando por miedo a que Otto regresara también a por él.
Apoyada contra la puerta, Eira sollozaba con desesperación, escuchando todavía el eco de las pisadas de Otto bajando las escaleras. Su respiración era un jadeo entrecortado y en lo único

que podía pensar era en Sombra, tan pequeño, apenas de tres meses, indefenso en las manos de un hombre fuera de sí.
La casa se quedó en silencio, solo roto por los maullidos ahogados de Pirata al otro lado de la puerta del baño. Eira se derrumbó en el suelo, abrazándose las rodillas, con el corazón en la garganta y la mente repitiendo la misma idea: tenía que salvarlo, tenía que traerlo de vuelta.
Al cabo de un rato, Otto volvió a subir. La puerta se abrió con brusquedad y su silueta llenó el marco. Eira, con el corazón en un puño, lo miró con los ojos rojos de tanto llorar.

—¿Qué has hecho con el gato? Él no tiene la culpa… voy a buscarle —dijo, suplicante, con la voz quebrada.

Otto la miró con frialdad, apoyándose en la puerta, ya más calmado.

—Como salgas por esa puerta, me llevo al otro también.

Las lágrimas se deslizaron por las mejillas de Eira. Imaginaba a Sombra, pequeño e indefenso, tirado en cualquier rincón oscuro de la calle.

—¿Por qué me haces esto? —sollozó, con un nudo en la garganta.
—Porque te lo mereces —respondió él, con un tono sorprendentemente calmado, casi indiferente.
—Si yo no he hecho nada… —replicó Eira, intentando contener el llanto.
—Eso es lo que tú te crees.

Sin fuerzas, se refugió en el baño para mirarse en el espejo. El labio partido le ardía, la piel del cuello mostraba ya un morado, y en el abdomen sentía punzadas cada vez que respiraba. Tomó una toalla y trató de limpiarse, pero la mano le temblaba. No podía dejar de pensar en el gato: apenas tenía tres meses y quizá estuviera ahora mismo tiritando en la acera, llamándola con un maullido que ella no podía oír.
Otto entró detrás de ella, como si nada hubiera pasado.

—¿Te duele? —preguntó con voz grave, mirando su labio.

Eira se giró con furia contenida.

—¿Tú qué crees?

Otto dio un paso hacia ella.

—Anda, ven, que te lo cure.
—No. Déjame. Yo puedo sola.
—Lo siento… —murmuró, bajando la voz. No, quería darte, y menos tan fuerte.

Eira lo fulminó con la mirada.

—¿Que no querías? Mira mi labio… y las patadas…

Él apartó la vista, encogiéndose de hombros.

—Sí… es verdad. "*Joder*", lo siento. Me siento mal por haberlo hecho.
—¿Se puede saber qué te has metido? —preguntó Eira, de repente consciente del brillo extraño en sus ojos y del temblor en sus manos.

Otto dudó un instante antes de hablar.

—Estaba con los del grupo… y nos juntamos con otra gente. Nos ofrecieron un poco de coca, y… bueno, nos hemos metido alguna raya que otra.
Eira lo miró horrorizada.
—¿Ahora también te drogas?
—No, no… solo esta vez.
—Pues qué bien —dijo ella con ironía, conteniendo el temblor de su voz.
—Lo tengo todo controlado.
—Sí, ya lo veo.

Otto la buscó con la mirada, como esperando clemencia.

—Lo siento… no volverá a pasar más. No te voy a volver a tocar. No probaré esa mierda nunca más. ¿Me perdonas?

Eira, exhausta, apenas pudo responder:

—Ve a buscar al gato.

Otto se cruzó de brazos.

—No. El gato se queda en la calle.

—¿Por qué?
—Ya tienes uno. Les prestas más atención a ellos que a mí.

Eira se quedó helada, incrédula.

—No te puedo perdonar. Y menos si no puedo ir a por el gato. Estará solo, ¿a saber dónde? ¡Es pequeño!
—Bueno… mañana bajamos, ¿vale? —contestó Otto, con fingida calma.
—¿Y por qué no ahora?

Él alzó la voz de golpe, como un látigo.

—¡Que no! Si lo quieres, mañana.

Era un castigo, lo sabía. Una forma más de controlarla. Eira bajó la cabeza, rota por dentro.

—Está bien… mañana lo buscaré.

El silencio del piso se volvió insoportable. Pirata lloraba detrás de la puerta del baño, como si entendiera lo que estaba ocurriendo. Eira miró el pomo, deseando salir corriendo a buscar a Sombra, pero el miedo a dejar solo a Pirata y a lo que Otto pudiera hacer la paralizaba. La desesperación se le clavó en el pecho, y solo pudo abrazarse a sí misma, sintiéndose acorralada en su propia casa.

—Me voy a la cama, vente conmigo —dijo Otto, con voz pastosa, mientras se dejaba caer sobre el colchón.
—No, me voy a la otra habitación —respondió Eira, resignada, con el alma hecha trizas.

Él giró la cabeza hacia ella, con gesto ofendido.

—Encima eres tú la que se enfada.

Eira lo miró con incredulidad.

—¿Tú qué crees? ¿Te parece bien lo que has hecho?
—Ya te he pedido perdón. ¿Qué más quieres?
—Siempre dices que no lo vas a volver a hacer, y luego mira.

Otto suspiró, acariciándose la cara como un niño atrapado en su mentira.

—Esta vez me ha afectado la raya y la mezcla con alcohol, me ha alterado mucho. Anda, ven… duerme conmigo. Lo siento.

Eira bajó la mirada. Un nudo le apretaba el estómago.

—Está bien… pero te has pasado conmigo. —Aceptó a regañadientes, dominada por el miedo a que, si le llevaba la contraria, él pudiera arremeter otra vez o, peor aún, hacerle daño a Pirata.

Otto se acomodó en la cama y murmuró casi con ternura:

—Lo siento de verdad. Te vuelvo a decir que la raya me ha afectado mucho… No sé qué me ha pasado. No va a volver a pasar.
—Eso espero… porque si no, no me ves más —susurró Eira, aunque ni ella misma creyó en la firmeza de sus palabras.

Se metieron en la cama. Otto no tardó en quedarse dormido, su respiración se volvió lenta y pesada, como un ronquido que parecía llenar toda la habitación. Eira, en cambio, permanecía despierta, con los ojos abiertos en la oscuridad, escuchando cada movimiento, cada cambio en su respiración.
Su cabeza era un torbellino. Necesitaba respuestas. La situación se había desbordado mucho más allá de lo que nunca había imaginado. El miedo, la rabia y la duda la consumían.
Esperó un largo rato hasta asegurarse de que Otto dormía profundamente. Entonces, con movimientos lentos y calculados, estiró la mano y tomó su móvil de la mesilla. El corazón le martilleaba en el pecho. Lo sujetó con cuidado, conteniendo el aliento, y salió descalza hacia el baño, cerrando la puerta tras de sí con un ligero clic.
Se sentó en el borde de la bañera y encendió la pantalla, poniendo el pin que Otto incrédulo pensó que ella no sabía. La luz fría iluminó su rostro amoratado —. ¿Esconderá algo? —pensó con un escalofrío recorriéndole la espalda.
Sus dedos temblaban mientras deslizaba sobre el cristal, como si estuviera a punto de abrir una caja negra capaz de revelarlo todo o de hundirla aún más.

CAPÍTULO 71

En Cádiz:

Joel se quedó mirando la foto, clavado en el detalle que hasta hacía un momento había pasado desapercibido. A su lado, Ágata lo observaba con esa sonrisa satisfecha que ponía cuando una pieza encajaba en el puzle.

—Cómo te has dado cuenta, ¿eh? —dijo Joel, casi más como afirmación que como pregunta.
—Sí —respondió Ágata, entusiasmada—. Ahora ya sabemos que Elisa puede ser zurda. Eso le da más puntos para ser sospechosa de los asesinatos.

Hizo una pausa, sus ojos brillaban con esa mezcla de nerviosismo y emoción que siempre la atrapaba en una investigación.

—Tengo que hablar con Caños —añadió en voz baja, como si ya estuviera construyendo en su mente la conversación.

Llamada

Ágata: Hola. He descubierto algo importante.
Caños: Pues cuéntame.
Ágata: En la foto donde salen los cuatro, me he fijado en que Elisa lleva el bolso en el lado izquierdo. Eso podría indicar que es zurda.
Caños: ¿Y por qué lo crees?

Ágata: Normalmente, cuando eres diestra, llevas el bolso en la derecha. Es un detalle pequeño, pero significativo.
Caños: Vaya, no tenía ni idea de eso.
Ágata: Bueno, esas cosas solemos fijarnos más las mujeres.
Hizo una breve pausa—. ¿Qué vamos a hacer ahora?
Caños: Voy a esperar a hablar con Ted. He quedado con él, y
confío en que me dé algo coherente. Con toda la información que me aporte, y con lo que me acabas de decir, podríamos empezar a trazar una hipótesis más sólida de lo que ha pasado. Puede ser un gran avance en la investigación.
Ágata: Perfecto. Llámame cuando hables con él.
Caños: Sí, después hablamos. Hasta luego y… buen trabajo,
Ágata.

En ese momento, Sara había quedado con Roque en una cafetería apartada, casi escondida del bullicio de la ciudad. Roque aguardaba en la puerta, apoyado contra la pared, con una pierna doblada y esas botas de suela gruesa que tanto le caracterizaban. La espera empezaba a ponerlo nervioso: caminaba de un lado a otro, cada vez con zancadas más largas, como si el suelo ardiera bajo sus pies. Se llevó la mano al bolsillo, sacó una cajetilla arrugada y encendió un cigarrillo.

Cuando la brasa ya se consumía entre sus dedos, Sara apareció. Roque tiró al suelo la colilla, la aplastó con la suela y, sin decir nada, recibió un beso directo en la boca.

—Siento el retraso, no he podido venir antes —se excusó ella.
—No pasa nada. Entremos.
—Sí.

Eligieron un rincón apartado, unos sofás en el fondo de la cafetería. El local era amplio, de dos plantas, y a esa hora apenas había clientes, lo que les garantizaba cierta intimidad.

—Bueno, dime, ¿qué es lo que me tienes que contar? —preguntó Roque, inclinándose hacia ella.
—No sé qué pasa con una foto que tiene Ágata. Fue a ver a mi hermana y le hizo muchas preguntas.
—Ya sé lo de esa foto. No es nada.
—¿Cómo que no es nada? Estaba muy interesada en Gabi. Si descubre la verdad, tendremos un problema.

—Es posible… —Roque se encogió de hombros —. Habrá que callarle la boca a Gabi antes de que suelte más de lo debido.
—Pues hazlo pronto.
—Sí, tú tranquila.

Sara bajó la voz y lo miró con nostalgia.

—Te echo de menos, Roque. Ya casi no nos vemos.
—Yo también a ti —dijo él, y la besó con calma.
—Este fin de semana podríamos alquilar una habitación y estar juntos. Pero antes de confirmártelo, tengo que asegurarme de que Ágata no me esté siguiendo.
—Vale, este fin de semana puedo —asintió ella, aunque la duda le recorrió el gesto —. Pero ¿y si te ha seguido hasta aquí?
—No lo creo. He tenido cuidado. No he visto nada raro.
—Eso espero —respondió Sara, aún inquieta.
—Tu marido está de viaje, ¿no?
—Sí.
—Perfecto —dijo Roque, con una sonrisa apenas contenida, como si ya tuviera todo calculado.

Estuvieron un rato más hablando. Después, Sara salió primero y se marchó directa a su casa. Cinco minutos más tarde, Roque abandonó la cafetería. Caminó hacia su coche con paso firme, sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

Llamada

Joel: ¿Qué quieres? —respondió Joel, que justo estaba entrando por la puerta de su casa.
Roque: Hola. Al menos saluda a tu padre, ¿no? —dijo con sarcasmo.
Joel: Venga, dime ya qué quieres.
Roque: ¿Dónde estás?
Joel: En casa.
Roque: ¿Estás solo?
Joel: Creo que sí, pero Ágata no tardará en llegar.
Roque: ¿Me sigue siguiendo?
Joel: Creo que de momento no te sigue.
Roque: ¿Estás seguro?
Joel: No… pero se lo puedo preguntar.
Roque: Pues pregúntaselo. ¿Has averiguado algo más?

Joel: Sí. Ha descubierto que Elisa es zurda.
Roque: No me jodas.
Joel: ¿Qué pasa?
Roque: Nada. Te tengo que dejar.
Joel: Pero dime, ¿qué pasa?
Roque: En otro momento hablamos. Te tengo que dejar.

Joel colgó, intrigado por la reacción de su padre. Se quedó unos segundos en silencio, repasando cada palabra. *«¿Y qué demonios tiene que ver Elisa en todo esto?»*, se preguntaba, sintiendo cómo la duda le calaba hasta los huesos.

Se giró aún perdido en sus pensamientos, y entonces la vio: Ágata, de pie en el umbral, con el rostro serio y los ojos clavados en él como si lo hubiera escuchado todo. El corazón de Joel se aceleró de golpe, y apenas pudo articular palabra.

—¡Ágata! —exclamó, sorprendido y nervioso.

CAPÍTULO 72

En Zagreb:

Eira estaba nerviosa, las manos le sudaban solo de pensar que podía pillarla. No sabía qué sería capaz de hacerle si la sorprendía husmeando, y ese miedo le revolvía el estómago. Pero, aun así, no podía seguir así: necesitaba saber si, además de lo de Tihana, escondía algo más.

—Eira, ¿dónde estás? —la voz de Otto, desde la cama, la atravesó como un latigazo.

«¡Mierda! Me va a pillar», se dijo a sí misma, sintiendo que la garganta se le cerraba.

—Voy, estoy en el baño —respondió, tratando de sonar natural mientras escondía el móvil a toda prisa.

Otto se levantó tambaleante.

—Yo creo que voy a vomitar… déjame pasar.

Eira apenas tuvo tiempo de apartarse cuando él salió casi corriendo hacia el baño. Aprovechó la confusión para dejar el teléfono justo donde estaba antes, rezando para que no notara nada.

El sonido áspero de Otto vomitando llenó el cuarto, mientras ella contenía el aire, temblando todavía por el riesgo que acababa de correr.

—Creo que me ha sentado mal la mierda de la raya —dijo Otto, arrastrando las palabras al volver a la cama.
—Seguramente —respondió Eira con cautela, intentando que su voz sonara neutra.
—Voy a dormir otra vez.
—Sí, vamos a dormir —asintió ella, procurando que la conversación muriera allí.

Eira no se atrevió a arriesgarse de nuevo; el miedo la mantenía alerta, así que decidió dejar lo del móvil para otro momento. Esa noche apenas pudo conciliar el sueño, con la respiración de Otto retumbándole en los oídos como un recordatorio constante de lo cerca que había estado de descubrirla.
A la mañana siguiente, despertó sobresaltada: la cama estaba vacía. El hueco de Otto todavía guardaba el calor de su cuerpo. Se levantó de un salto y fue directa a buscar a Pirata. Lo encontró en la cocina, restregando su cola como si nada.
Otto estaba allí también, quieto, con los brazos cruzados, mirándola con una expresión que Eira no supo descifrar de inmediato. Había algo frío en sus ojos, algo que la detuvo en seco y le heló la sangre.

—Buenos días —dijo Eira —. Que pronto te has levantado.
—Hola, sí, no he dormido muy bien. "*Joder*", siento mucho lo del labio —dijo viendo que lo tenía hinchado.
—Ya. ¿Bajamos ya a por el gato? —dijo Eira impaciente.
—Desayunamos primero.
—Pues venga.
Comieron rápido, casi en silencio, como si ambos quisieran pasar ese trámite sin darle más importancia. Apenas terminaron, Eira salió disparada hacia las escaleras, bajando lo más rápido que podía. Otto la seguía, algo más despacio.
—No corras tanto —protestó él.

Cuando llegaron a la calle, Eira empezó a llamar a Sombra, recorriendo cada rincón con la mirada, la voz temblándole entre la esperanza y el miedo.

—¿Dónde lo dejaste? —preguntó con ansiedad.

—Aquí, junto a la alcantarilla —dijo Otto, señalando con la mano un punto del suelo.

Eira se inclinó, buscó entre los coches, miró bajo los setos. Su corazón golpeaba con fuerza mientras la ausencia del gato se hacía más evidente a cada segundo.
Eira lo miró con desprecio. Le dio un vuelco el corazón al imaginar que lo había dejado caer en una alcantarilla —¿cómo podía ser tan despreciable?; hubiera podido dejarlo en cualquier otro sitio menos asqueroso. Siguió llamando, la voz quebrada, hasta que al borde de la rejilla lo vio: Sombra, tendido en el suelo, inmóvil. El cuerpo se le desencajó; una sal de lágrimas le recorrió las mejillas sin que pudiera contenerla. Se acercó despacio, como quemándose, y al inclinarse comprobó lo peor: el pequeño no respiraba. Estaba muerto.

—¡Está muerto! —gritó, la voz rota, dirigida a Otto.
—Lo siento —respondió él, apenas audible, como si las palabras se quedaran atoradas.
—Si no te lo hubieras llevado, seguiría vivo —escupió Eira, la culpa y la rabia mezcladas en la frase.
—Pues déjalo aquí… —balbuceó Otto, buscando una salida que no encontró.
—No le voy a dejar aquí —dijo ella con decisión contenida.

Agarró un periódico de una papelera cercana y, con manos que le temblaban, envolvió el cuerpecito.

—¿Qué vas a hacer con él? —preguntó Otto, ahora sin la suficiencia de antes, solo con un hilo de preocupación.
—Lo enterraré en el campo —contestó Eira, y en su voz había algo de rito y de urgencia: necesitaba darle a Sombra un lugar donde no quedara reducido al olvido de una alcantarilla.

Se quedó un instante más, apretando el paquete contra el pecho, mientras la mañana seguía su curso indiferente. Luego, sin esperar más, comenzó a caminar hacia el campo, dejando atrás la ciudad y las palabras vacías de Otto.

Eira se llevó a Sombra al campo y lo enterró bajo un gran árbol, el único testigo de su dolor. Mientras cubría aquel pequeño cuerpo con la tierra húmeda, pensaba que jamás se lo perdonaría. Sentía un vacío enorme, como si le hubiesen arrancado una parte del corazón. Para ella no era *"solo un gato"*, era familia, era compañía, era un pedazo de su vida.
Al volver a casa, las lágrimas no cesaban. Se encerró en su llanto, mientras Otto la miraba con frialdad.

—Tampoco es para tanto, es solo un gato —dijo, como si nada hubiera pasado.
—Para mí era algo más que un gato. Tú no lo entiendes. Está muerto por tu culpa.
—Vale ya. No te pases.
—¿O qué? ¿Me vas a volver a pegar? —le lanzó Eira, sin importarle la reacción.

Otto la sostuvo la mirada un segundo, pero solo dijo:

—No. —Y se fue al salón, dejando la frase flotando como una excusa vacía.

Cuando Eira por fin se calmó, lo siguió hasta el salón. Le observó en silencio, y en esa milésima de segundo comprendió lo que hasta entonces no se había atrevido a aceptar: ya no quería estar con él. No quería seguir malgastando su vida en una cárcel disfrazada de pareja. Siempre había creído que, en el fondo, Otto podía ser buena persona, que su carácter era fruto de las circunstancias. Pero ahora lo veía con claridad: no lo era. No quería más gritos, no quería más desprecios, y mucho menos volver a sentir la mano de alguien que supuestamente la quería cruzando su cara.
Sus padres nunca lo habían hecho, nunca la habían tratado así. Y, sin embargo, un *"desconocido"* al que había entregado su confianza y su cariño lo había hecho sin pensarlo dos veces.
«*Esperaré*», se dijo con determinación, «*y cuando llegue el momento, me iré. Le dejaré atrás*».

CAPÍTULO 73

En Cádiz:

Caños ya había llegado al punto de la playa donde había quedado con Gabi-Ted. El sol caía a plomo y el viento apenas movía la arena. Caminaba de un lado a otro, escudriñando el horizonte, intentando adivinar si aquella silueta a lo lejos podía ser él. En la mano llevaba su inseparable cuaderno, aquel donde, con paciencia y precisión, había anotado las preguntas que llevaba días preparando.

La espera comenzaba a desesperarle; el tic-tac de su reloj parecía más fuerte que las olas. Marcaban ya las tres y cuarenta. No podía seguir allí parado. Estaba a punto de marcharse a buscarle cuando, entre la bruma del calor, una figura apareció avanzando por la orilla.
—Ya creía que no aparecerías —dijo Caños, abriendo su cuaderno.
—No he podido venir antes.
—Pues bien, cuéntame.
—¿Qué quiere saber?
—¿Qué pasó en el barco realmente?

Gabi-Ted guardó silencio unos segundos. Miró a su alrededor, como asegurándose de que nadie los observaba. Luego clavó los ojos en Caños, con una expresión difícil de descifrar.

—No todo lo que te contaron fue cierto —respondió al fin, en voz baja —. Aquella noche… no debió salir nadie de allí.

Caños apretó el bolígrafo entre los dedos.

Al mismo tiempo, en la casa de Joel, Ágata no salía de su asombro. No podía creer cómo Joel le había traicionado.

—Es increíble. ¿Estás informando a tu padre de todo lo que hago? —gritó, con la voz quebrada por la rabia.
—No es lo que parece —intentó decir Joel, alzando las manos en un gesto de calma.
—¿Cómo que no es lo que parece? Está clarísimo. Lo he escuchado todo. No me lo puedo creer… ¿también estás metido en todo esto? —su mirada se llenó de decepción y miedo.
— ¡No! Claro que no. Te juro que no —respondió nervioso, acercándose un paso.
—Pues a mí no me lo parece —dijo ella, dándole la espalda y saliendo de la casa.

Joel fue tras ella.

—¡Espera! ¿Dónde vas?
—¡Déjame en paz! ¡No me sigas!

Ágata bajó por el sendero que descendía hacia la playa, con la rabia reflejándose en sus ojos y el corazón latiéndole con fuerza. Joel la siguió, tropezando con las piedras del camino. Cuando por fin la alcanzó, ella estaba parada en la orilla, frente al mar embravecido, justo bajo el acantilado.
El viento agitaba su pelo y el ruido de las olas hacía imposible distinguir si lo que sentía era rabia o tristeza. Joel se acercó despacio, con la respiración agitada.

—Tienes que creerme, Ágata… no todo es como parece —dijo casi suplicando.
—Verás, Ágata… déjame que te lo explique.
—Está todo muy claro.
—Por favor, no es lo que piensas. Te lo voy a contar.
—No sé si quiero escucharlo.
—Escúchame, por favor.
—Está bien… tú dirás.

Joel respiró hondo antes de continuar…

CAPÍTULO 74

En Cádiz (2001 seis años ANTES):

Joel tenía veintidós años y el mar era su vida. Amanecía con las primeras olas y anochecía con la sal aún pegada en la piel. El surf y el buceo eran su refugio, lo único que le daba sentido en medio de una rutina gris. Su inseparable amigo Kike siempre estaba con él; eran como hermanos, compartiendo risas, madrugones y el mismo sueño de que el océano los llevara a otro lugar.

Pero en Cádiz la cosa estaba dura. El trabajo escaseaba y las oportunidades parecían evaporarse como la espuma en la orilla. A veces, entre cañas y conversaciones eternas, se les pasaba por la cabeza la idea de largarse, de buscar suerte en otra ciudad donde alguien valorara sus ganas y sus manos.

Joel, sin embargo, ya había echado raíces en una decisión peligrosa: había pedido un préstamo para comprar tablas y material de buceo. Las deudas le pesaban más que el neopreno mojado, y esa presión lo acompañaba a todas partes.

Su padre, Roque, vivía en otra realidad. Nunca fue un policía *"modelo"*; siempre había tenido ese olfato para el trapicheo pequeño, esas migajas que parecían inofensivas. Pero el filo entre lo permitido y lo prohibido se fue borrando, y Roque terminó cruzando la línea sin mirar atrás. Conoció a la gente adecuada en los bajos

fondos y, poco a poco, tejió una red de contactos corruptos incluso dentro de la Guardia Civil.
Y así, casi sin darse cuenta, acabó metido hasta el cuello en el lado oscuro: los tratos con un grupo de traficantes y contrabandistas liderados por el temido capo conocido como "*El Pipas"*. Un nombre que en el Campo de Gibraltar se pronunciaba con una mezcla de miedo y respeto. Su familia era de las más conocidas en la zona, dominando un territorio marcado por el contrabando y las drogas, una de las puertas más calientes de toda Europa.
La operativa era sencilla en apariencia, pero afinada al milímetro: lanchas planeadoras, con dos motores potentes, que parecían volar sobre las olas para esquivar radares y patrullas. Venían cargadas desde Marruecos, Gibraltar o incluso de grandes buques que cruzaban el Atlántico desde Sudamérica.
En cuanto tocaban la arena de las playas del Campo de Gibraltar, decenas de porteadores se lanzaban a recoger los fardos, cargándolos a hombros hasta camionetas que esperaban con motores encendidos. Desde allí, los paquetes se dispersaban como hormigas hacia las llamadas *"guarderías"*, almacenes ocultos repartidos por toda la zona. El barrio de El Saladillo, en Algeciras, era uno de los epicentros: un laberinto donde la ley se perdía en cada esquina.
Joel ignoraba la magnitud de aquello en lo que su padre estaba metido. Pero la sombra del mar que tanto amaba estaba empezando a mancharse con las corrientes más turbias del Estrecho.
Todos los que participaban en aquella red salían ganando algo. Los pilotos y el navegante de las planeadoras cobraban cantidades altas por jugársela en alta mar; los porteadores recibían lo suyo por cargar los fardos a la carrera, y hasta el último eslabón de la cadena sacaba tajada. Pero todo ese dinero, por mucho que pareciera, no era nada comparado con lo que embolsaban las grandes familias del contrabando y la droga. Ellos eran los verdaderos dueños del tablero.
Roque lo sabía bien, y mientras contaba billetes en silencio, pensaba también en su hijo. Con Joel nunca tuvo una buena relación. El rencor del muchacho por cómo había tratado a su madre era una

barrera imposible de derribar. Y, aun así, Roque no dejaba de intentarlo. A veces con torpeza, otras con gestos que más parecían interés propio que cariño real. Sabía que Joel estaba apurado de dinero, atrapado con aquel préstamo absurdo en busca de un sueño apenas imposible. Eso podía ser un puente para acercarse.
Marcó su número.

Llamada

Roque: Joel, tenemos que vernos.

Joel: ¿Qué quieres? —dijo sin rodeos.
Roque: Hablar contigo. Sé que andas jodido de pasta. Quisiera proponerte algo… pero por aquí no puedo hablar ¿puedes quedar dentro de un rato?

El joven dudó unos segundos, pero aceptó.
Un par de horas más tarde, Roque lo esperaba en la playa. El sol de la tarde caía oblicuo sobre la arena, y las olas rompían con la monotonía de un metrónomo. Joel apareció caminando con las manos en los bolsillos, la camiseta pegada al cuerpo por la humedad del mar. Su mirada era dura, contenida, como la de alguien que no olvida.

—¿Qué pasa? A qué viene hablar de esto ahora, ya sabes que no tengo un duro y que me agobian las deudas —dijo Joel en la orilla, con la brisa marina revolviéndole el pelo.

Roque, buscó las palabras y, por una vez, trató de sonar cercano.

—Hola, ¿qué tal, hijo? —respondió Roque, encendiéndose un cigarro, como si la reunión fuera algo rutinario.
—Bien. En fin, ¿de qué querías hablar? —replicó Joel, cortante, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el horizonte.

Joel apretó la mandíbula, sabiendo que aquella conversación podía ser cualquier cosa menos inocente.
Roque soltó el humo y lanzó la pregunta sin rodeos:

—¿Ya has pagado el préstamo que pediste?

Joel giró la cabeza bruscamente.

—¿El del material de buceo y las tablas de surf?

—Supongo. ¿O has pedido más?

El joven rio con ironía, una carcajada seca.

—No, no, sólo ese. ¿Te parece poco? Con eso ya estoy hasta el cuello. ¿Por qué lo preguntas? ¿Es que me lo vas a pagar tú?

Roque negó con la cabeza, indiferente a la pulla.

—No. Pero tengo algo mejor que ofrecerte.

Joel arqueó una ceja.

—Pues, tú dirás.
—Sabes que tengo muchos contactos en el Campo de Gibraltar —empezó Roque, bajando la voz como si la brisa pudiera llevarse las palabras —. Podría meterte en algunas batidas de los porteadores. Ya sabes, de los fardos de tabaco. En una noche te podrías sacar entre quinientos y mil euros. Con cinco o seis noches te quitarías el préstamo y podrías respirar.

El joven lo miró incrédulo, con una mezcla de rabia y resignación.

—Joer, papá, no cambias. Yo pensaba que me ibas a ofrecer un curro de verdad.

Roque soltó una carcajada áspera.

—Estamos en la provincia con más paro de España. Más del *25%*. Ofrecerte un trabajo decente es más difícil que te toque la lotería.

Joel pateó la arena, frustrado.

—No sé… ¿y si me pillan? No quiero ir a la cárcel, ni tirarme allí la vida entera.

Roque dio una última calada al cigarro antes de aplastarlo contra una roca.

—No te preocupes. En el caso de que te pillaran por contrabando de tabaco, como mucho te caería un año. Y tú, sin antecedentes, ni siquiera pisarías la cárcel.

Joel se quedó en silencio, con la respiración agitada, mirando cómo las olas rompían a pocos metros.

—Bueno… lo pensaré.
—Vale —Roque le dio una palmada en el hombro, como si ya hubiera ganado la partida —. Pero no te lo pienses demasiado. Las oportunidades vienen y van.

Joel observó a su padre alejarse por la arena, con las manos hundidas en los bolsillos y la silueta recortada contra el resplandor del mar. El viento llevaba consigo el olor a salitre y tabaco, como si quisiera servir de premonición hacia un futuro incierto.
Sentía un nudo en el estómago, mezcla de rabia y tentación. La propuesta de Roque era como una tentación envuelta en papel brillante: parecía fácil, rápida, casi inofensiva… pero Joel sabía que debajo escondía algo mucho más oscuro.
Se pasó la mano por el pelo mojado por la brisa marina y miró hacia el horizonte, donde las olas rompían con fuerza. *"Cinco o seis noches",* había dicho su padre. Con eso saldaría la deuda, podría respirar… y a la vez se acercaría peligrosamente al mundo del que llevaba años intentando escapar.
Cerró los ojos un instante, apretando los dientes. No quería acabar como Roque… nunca. Pero la necesidad era un monstruo que rugía más fuerte cada día.
Joel llegó a su casa ensimismado, todavía con las palabras de su padre resonando en la cabeza. No se fiaba de Roque, nunca lo había hecho, pero tampoco creía que llegara a meterlo en un lío demasiado gordo. Lo que le ofrecía era una salida rápida, una forma de quitarse de encima el préstamo que lo asfixiaba. El miedo a que lo pillaran estaba ahí, en el fondo de su pecho, pero lo enterraba bajo una falsa confianza: *"a mí no me va a pasar"*.
La casa estaba vacía. Su madre no estaba y el silencio lo hizo sentir más solo. Agarró el móvil y buscó el número de Kike.

Llamada

Kike: ¡Qué pasa, quillo! —contestó su amigo al instante, con esa energía de siempre.
Joel: Hola, tío. ¿Qué tal? —Joel dudó un momento —. Quería hablar contigo de un posible curro.
Kike: Tú dirás.

Joel le contó todo lo que su padre le había propuesto aquella mañana. Kike al principio se quedó helado, pero pronto la sorpresa se convirtió en entusiasmo.

Kike: Me arriesgaría, tío —dijo casi sin pensar —. Necesito la pasta.

Y se sinceró: su madre llevaba casi tres años esperando que la *Seguridad Social* la llamara para una operación de corazón por insuficiencia cardíaca. Si reunía suficiente dinero, podría pagarla en una clínica privada. Aquello era mucho más que dinero rápido, era una oportunidad de salvarla.
Esa confesión fue lo que terminó por inclinar la balanza. Joel no quería hacerlo, pero no pudo negarse a la fuerza de la desesperación de su amigo. Y así, al final, fue Kike quien acabó convenciéndolo.
Esa misma noche, incapaz de esperar más, Joel llamó a su padre. Tenía los nervios encendidos.

Llamada

Roque: Dime, Joel —contestó Roque.
Joel: Hola. He pensado lo que me dijiste esta mañana sobre el *"curro"*.
Roque: ¿Y bien? ¿Qué has decidido?
Joel: Pues… he hablado con Kike y nos apuntamos los dos.

El tono de Roque cambió, satisfecho:

Roque: ¡Estupendo! Cuantos más, mejor.
Joel: Pero… ¿cómo lo vamos a hacer?
Roque: Muy sencillo. En la playa del Campo de Gibraltar os esperarán las planeadoras. Tenéis que coger los fardos de tabaco y dejarlos en las camionetas. Cuando lleguéis a La Línea, preguntad por Luis. Él os lo explicará todo.
Joel: ¿Y ya está?
Roque: Sí, eso es todo.

Joel dudó un instante antes de soltar la pregunta que le rondaba.

Joel: ¿Y cómo nos pagan? ¿Y quién?
Roque: Seguramente Luis, pero habla con él y te cuenta. Yo tengo que hablar con otro contacto para saber cuándo empezáis.
Joel: Vale.
Roque: Venga, te dejo. —Colgó sin más.

El pitido seco del teléfono dejó a Joel con el corazón acelerado. Ya no había marcha atrás.
Joel estaba nervioso, inquieto, incapaz de quedarse quieto. Daba vueltas por la habitación, mirando al techo, al móvil, a la ventana… como si en alguno de esos sitios fuera a encontrar una respuesta. No sabía cómo iba a salir todo aquello, pero sentía que acababa de cruzar una línea invisible. Por mucho que pensara, no podía prever hasta qué punto esa decisión le iba a cambiar la vida.
El teléfono vibró en la mesita. Era su padre.
Llamada

Joel: Dime.
Roque: Empezáis mañana por la noche —dijo Roque con voz firme —. Debéis estar allí a las doce y Luis os explicará todo.
Joel: Vale… —respondió Joel, tragando saliva —. ¿Estás seguro de que no nos pillarán?
Roque: Tú tranquilo, que todo saldrá bien. Ya me invitarás a algo con lo que cobres.

La llamada se cortó y Joel sintió un escalofrío que le recorrió la espalda. No sabía si era miedo o adrenalina. De inmediato llamó a Kike para ponerlo al día. Su amigo reaccionó con la misma euforia que la tarde anterior, convencido de que era la oportunidad que necesitaban. Joel colgó intentando contagiarse de ese entusiasmo, pero el nudo en su estómago no desapareció.
Llegó la noche y el silencio de la casa se le hizo insoportable. Se metió en la cama, pero no pegaba ojo. Cada vez que cerraba los ojos, veía imágenes fugaces: una linterna de la Guardia Civil iluminando su cara, un calabozo húmedo, su madre llorando. Imaginaba futuros que aún no existían, todos oscuros, todos posibles.
El reloj avanzaba lento, marcando cada minuto como un martillo en su sien. Sólo cuando la fatiga pudo más que el miedo, sus párpados se cerraron, y cayó en un sueño ligero y agitado, sin descanso verdadero.

CAPÍTULO 75

En Zagreb:

Eira llamó al trabajo temprano, con la voz débil, excusándose con una supuesta gastroenteritis. No podía presentarse con el labio hinchado, ni mucho menos después de la noche que había pasado. El recuerdo de Sombra aún le pesaba en el pecho como una losa y apenas tenía fuerzas para levantarse de la cama. Pasó gran parte de la mañana en silencio, abrazada a la almohada, con los ojos ardiéndole de tanto llorar.
El timbre del teléfono la sacó de ese sopor. Era Jasmín.
La voz de su amiga fue un pequeño alivio en medio de aquel caos.

Llamada

Eira: —Hola, ¿qué tal? ¿Ya has salido de clase?

—¿Quién es? —preguntó Otto, acercándose demasiado, pendiente de cada palabra. Le indicó con un gesto brusco que pusiera el manos libres.
—Es Jasmín —respondió ella, intentando sonar natural.

Jasmín: Hola. Sí, estamos aquí algunos… ¿qué te pasa? ¿Cómo estás? —preguntó con evidente preocupación.
Compañeros: ¡Holaaa, Eira! ¿Cómo estás?
Eira: Pues imaginaos… con dolor de estómago —dijo disimulando.
Vince: guapa, ¿cómo estás?
Eira: Pues no muy bien.

Jasmín: Vaya, lo siento. Pero no eres la única, Nina está últimamente demasiado dura con todos. Parece que está más enfadada de lo normal. Me duele todo el cuerpo.
Eira: Pues qué bien. Lo que faltaba.
Vince: Cuídate.
Jasmín: Sí, te dejamos descansar. Besos.
Eira: Gracias… besos.

Colgó la llamada. Otto la miró de inmediato con una mezcla de recelo y rabia.

—¿Me puedes decir qué "*coño*" tienes con ese Vince? —dijo elevando la voz.
—Otra vez con lo mismo… No tengo nada con él —respondió Eira, cansada de repetir lo mismo una y otra vez.
—Mira, Eira, lo quiero intentar, quiero que estemos bien. Pero no me ocultes nada. Suéltalo todo, lo que sea. Te prometo que no me voy a enfadar.
—No sé qué quieres que te cuente.
—Lo que sea. Si has estado con otro, si alguien te ha dicho algo… cualquier detalle. Pero dime la verdad. No pienso enfadarme.
—No tengo nada con nadie.
—¿Y no le gustas a nadie?
—Pues no sé.
—Sí lo sabes. Eso las chicas lo sabéis. Y a ese Vince seguro. Igual le tengo que decir cuatro cosas.
—No tienes que decir nada a nadie. Solo es un compañero.

En ese momento, el móvil de Otto vibró sobre la mesa. Una llamada entrante iluminó la pantalla. Otto lo cogió de inmediato, dejando a medias la discusión, mientras Eira lo observaba con un nudo en el estómago.

Llamada

Otto: Hola, ¿qué pasa?
Tihana: Hola. ¿Podemos quedar? Quiero hablar contigo.
Otto: Ahora no puedo, mejor mañana por la tarde.
Tihana: Vale. ¿A qué hora?
Otto: A las seis.

Tihana: ¿Dónde siempre?
Otto: Sí.

Colgó y Eira, que no había quitado la vista del móvil, preguntó con naturalidad fingida:

—¿Quién era?
—Tihana.
—¿Y qué quería?
—Quiere quedar conmigo. Seguramente será porque aún no la hemos pagado y soy yo quien le tiene que dar el dinero.
—Vale —respondió Eira, sin más.

Otto la miró fijo.

—Bueno, Eira, por favor. Dime lo que sea.
—No sé… ¿qué quieres que te diga?
—Lo que sea. No me voy a enfadar, te lo prometo. Quiero que estemos bien, empezar de cero —dijo con un tono sorprendentemente calmado.

Eira tragó saliva.

—Pues… lo único que se me ocurre es que, en el viaje a Cádiz, estuve bañándome con Kike. Nos salpicamos, jugamos un rato en el agua… nada más.
—Lo sabía… sabía que había pasado algo allí —dijo Otto, con esa sonrisa amarga que helaba más que un grito.
—No pasó nada. Solo eso. Fue un momento divertido y punto. También hablé con él el día de la barbacoa y me contó cosas de su vida.
—¿Y no intentó nada?
—No. Sabía que estaba contigo.
—¿No hay nada más?
—No. Creo que no.

Parece que Otto se quedó más o menos tranquilo. Pasaron el día bastante bien en casa. Él parecía que sí quería poner de su parte para empezar otra vez de cero con Eira. Pero ella aún temía contarle

lo de Brent, aunque si quería empezar de cero, sentía la necesidad de contárselo, pero no lo hizo.
Por la noche, decidieron ver una película con un cuenco de palomitas entre los dos. El salón estaba en penumbra, iluminado solo por el parpadeo azul de la pantalla. Otto se fue acercando poco a poco, hasta rodear la nuca de Eira con el brazo y atraerla hacia él. La besó primero con suavidad, como tanteando, y luego con más firmeza. Sus labios recorrieron los de ella y, con lentitud calculada, fueron descendiendo hacia su cuello, rozando la piel caliente, para después volver a subir hasta encontrar de nuevo su boca.
Eira permaneció quieta, dejándose llevar un instante por el gesto, aunque en su interior algo no terminaba de encajar: esa mezcla de ternura fingida y posesión disfrazada de afecto. Disimuladamente se apartó un poco, evitando que los besos fueran más allá. No le apetecía después de todo lo que había pasado, y por más que intentara aparentar normalidad, dentro de ella solo quedaba un cansancio amargo que no podía ocultar.
La noche cayó pesada, y finalmente se durmieron. Pero alrededor de las dos de la madrugada, Otto se giró en la cama y despertó a Eira con un suave movimiento en el hombro.

CAPÍTULO 76

En Cádiz (2001):

La arena estaba húmeda y fría bajo sus zapatillas cuando Joel y Kike llegaron a la playa. El mar rugía suave, como un animal dormido, y el aire de la medianoche olía a sal y a miedo. A lo lejos, una figura se acercó caminando con paso firme.

—¿Sois Joel y Kike? —preguntó el hombre, clavándoles una mirada rápida.
—Sí —respondieron casi al unísono.
—Bien. Tenéis que coger todos los fardos que podáis, rapidito, y llevarlos a las furgonetas que están aparcadas —les indicó, señalando hacia la penumbra del aparcamiento.

Joel tragó saliva.

—¿Y si viene la Guardia Civil?

Luis sonrió con cinismo.

—Os largáis a toda ostia.

Kike intervino, inquieto:

—¿Y si nos pillan?

—Ese ya no es mi problema —replicó Luis encogiéndose de hombros —. Procurad que no os pillen. Pero normalmente tenemos vía libre. Los *"puntos"*, los aguadores, están vigilando. Si viene alguien, dan la alarma. Y bueno, ya sabéis… nuestros *"amigos"* en la *Guardia Civil* suelen evitar que nos crucemos con ellos.

No hubo más preguntas. El hombre los llevó detrás de un muro, donde un grupo de porteadores aguardaba en silencio. Todos estaban tensos, pero con la calma de quien ya ha repetido aquello demasiadas veces.

De pronto, un rugido quebró la noche: el sonido de los motores de la planeadora acercándose. Joel sintió cómo el corazón le golpeaba el pecho. La embarcación apareció en la oscuridad, sin luces, deslizándose casi al ralentí sobre el agua. No había luna y apenas se distinguían las siluetas; sólo sombras contra sombras.

En cuanto la quilla rozó la arena, los porteadores se lanzaron como una jauría. Joel y Kike se sumaron, corriendo con los brazos cargados de fardos pesados que olían a humedad y a tabaco rancio. Los minutos se volvieron eternos, un ir y venir frenético entre la orilla y las furgonetas, mientras sus ojos buscaban en todas direcciones la amenaza de linternas o sirenas.

Y entonces, tan rápido como había comenzado, todo terminó. La planeadora se marchó mar adentro a toda velocidad, saltando sobre las olas, hasta desaparecer.

Luis los reunió detrás de unas rocas y, con la misma calma con que había llegado, les tendió unos billetes.

—Seiscientos para cada uno. Buen trabajo.

Joel guardó el dinero en el bolsillo, aun jadeando, con la adrenalina desbordando cada vena. No sabía si sentir alivio o terror.

Durante las noches siguientes, repitieron la misma operación. Una y otra vez. La rutina del miedo, la carrera contra la ley. El dinero llegaba rápido, sí, pero nunca parecía suficiente. Joel contaba y recontaba, juntando billetes para cubrir su deuda. Estaba más cerca, pero aún le faltaba. Y cada noche, al cerrar los ojos, se preguntaba si la próxima sería la última en la que saliera indemne.

Una noche, después de descargar, Luis llamó a Joel aparte. Se lo llevó unos metros más allá, hacia una zona oscura de la playa donde el murmullo del mar cubría la conversación.

—Tú eres el chaval de Roque, ¿no? —preguntó, encendiendo un cigarrillo.

Joel lo miró con desconfianza, pero asintió.
Luis sonrió de medio lado.

—Tu padre me habló de ti. Dice que tienes bastante experiencia de buceo.

El corazón de Joel dio un vuelco.

—Bueno… algo sí.
—Perfecto. —Luis soltó humo y lo observó de arriba abajo —. Necesitamos un buzo. Alguien que pueda hacer un trabajo más limpio.

Joel entrecerró los ojos.

—¿Qué clase de trabajo?

Luis bajó la voz.

—Mira. A veces, las planeadoras no pueden acercarse. O tenemos cargamentos que llegan en barcos más grandes, con calado demasiado hondo para arrimarlos a la playa. Ahí entráis vosotros. Los buzos —Pausó, asegurándose de tenerlo bien enganchado—. Cogerías una mochila impermeable negra, llenarla hasta arriba y sumergirte. Luego nadas hasta la playa, sales rápido y metes la mercancía en el maletero de un todoterreno que te estará esperando. Fácil.

Joel sintió la tensión en el pecho, pero también la promesa del dinero.

—¿Y cuánto pagan?
—El doble o el triple de lo que te estás llevando ahora. Cada noche.

No hizo falta pensar demasiado. Joel asintió con un gesto firme. En su cabeza sólo veía la deuda, la cifra que le faltaba, la posibilidad de

liberarse de aquel peso. Además, lo dio por sentado: seguirían hablando de tabaco. Nada más.
Luis le palmeó el hombro.

—Eso me gusta. Hablas poco y aceptas rápido. Tu padre tenía razón contigo.

Mientras tanto, Kike se quedó con el mismo trabajo de siempre, cargando fardos en la playa. No tenían hueco para más buzos y, aunque al principio se sintió desplazado, comprendía que Joel tenía ventaja. Él nunca había pasado de ponerse unas gafas y unas aletas en verano.
Joel, sin embargo, ya había dado el siguiente paso sin saber que estaba entrando en un juego mucho más turbio...

CAPÍTULO 77

En Zagreb:

Ella tenía los ojos entreabiertos, apenas un hilo de conciencia la mantenía despierta. No tenía fuerzas ni siquiera para incorporarse en la cama, y mucho menos para empezar una conversación que sabía que no llevaría a ninguna parte. Con un leve suspiro, se giró despacio hasta quedar frente a él, aún tumbada, buscando en su mirada algo de calma antes de responder.

—¿Qué pasa? —murmuró Eira, medio dormida, apenas abriendo los ojos.
—¿Qué, qué pasa? —replicó Otto, visiblemente molesto —. Te has puesto a hablar en sueños y me has despertado.
—Ah... bueno, solo ha sido un sueño. Lo siento si te he despertado.
—No solo hablaste, también te reíste… y gimoteaste.
—La miró con suspicacia. ¿Estás segura de que no tienes nada que contarme?
—No lo sé… tengo sueño, déjame tranquila.
—Encima serás capaz de dormir —dijo, alzando la voz.
—No grites, Otto.
—Pues cuéntame las cosas —dijo ahora más bajo, aunque la rabia seguía en su tono.

—No sé qué quieres que te diga, de verdad. No me acuerdo de lo que soñé. ¿No podemos hablarlo mañana?
—¿Mañana? —repitió él, incrédulo —. Esto ha pasado ahora, así que lo hablamos ahora.

Eira se tapó la cara con la sábana, intentando contener las lágrimas y el cansancio. Sabía que cualquier palabra que dijera podía volverse en su contra. Otto, mientras tanto, la observaba en silencio, con una mezcla de celos, paranoia y miedo a perder el control.
Con un gran esfuerzo, se incorporó en la cama. Sabía que no serviría de nada pedirle que esperara a la mañana; Otto ya se había empeñado en hablarlo ahora.
Él seguía insistiendo, repitiendo las mismas preguntas con diferentes palabras. Eira contestaba con las mismas frases de siempre, cada vez más cansada, cada vez con menos fuerza. Pero Otto no cedía. Su voz, a ratos calmada y a ratos colérica, se fue alargando durante casi toda la noche, hasta que Eira, extenuada, se rindió.

—Del sueño no me acuerdo… —dijo con voz apagada —. Pero te voy a contar algo que pasó, cuando no estábamos juntos.
—Pues venga —replicó Otto, incorporándose un poco —. Suéltalo ya.
—Me besé con un chico.

Otto se quedó inmóvil, como si le hubiesen golpeado.

—¿Cuándo? —preguntó, analizando cada gesto de ella.
—Cuando me fui de aquí… cuando lo dejamos.
—Más bien me dejaste.
—Sí, bueno.
—¿Y qué más?
—Nos besamos unos minutos y nada más.

Otto soltó una risa seca.

—Eso no te lo crees ni tú. Seguro que te acostaste con él.
—No —dijo Eira, con firmeza, pero sin elevar la voz.
—No pasó nada más, estás segura y ¿con quién?
—No. No le conoces.
—Me da igual, ¿quién?
—El primo de Jasmín.

Otto frunció el ceño y bajó la mirada.

—Joder… ¿y cómo fue?
—Salimos un momento de la discoteca. Él quería fumar y yo tomar el aire. Sin más, me besó… y yo le correspondí. Luego entramos otra vez y no pasó nada más.

Otto guardó silencio unos segundos, como si calibrara lo que acababa de oír. Después se pasó las manos por la cara y murmuró:

—Está bien. Empecemos de cero. Pero esta vez, no me ocultes nada. Ni me mientas.
—No te he mentido.
—Me ocultas la verdad, que viene a ser lo mismo —dijo él, con ese tono ambiguo que mezclaba reproche y amenaza.

Eira lo miró sin responder. Sabía que no había manera de ganar aquella conversación; cada palabra que pronunciaba parecía un paso más dentro del laberinto que Otto construía a su alrededor.
Eira, de algún modo, sintió un pequeño alivio al contarle lo de Brent. Era como si, por un instante, se hubiera quitado un peso de encima. Para ella no había sido más que un recuerdo sin importancia, algo que quedó en el pasado. Pero Otto lo había recibido como una traición imperdonable, magnificando cada detalle hasta hacerlo doler.
Intentarlo de nuevo con él no era realmente su intención, aunque por ahora debía fingirlo. Tenía que hacerle creer que todo podía volver a ser como antes, al menos hasta que llegara el momento adecuado para marcharse.
Cada palabra, cada gesto amable, formaba parte del papel que se había visto obligada a interpretar. Pero en su interior, Eira ya había tomado la decisión: esa vez, cuando se fuera, sería para no volver…
Al día siguiente, Eira se incorporó al trabajo.
Aún se le notaba un pequeño hematoma en el labio, y las ojeras delataban que apenas había dormido. Caminaba como en automático, arrastrando el cansancio y el peso de la noche anterior.
Llegó cinco minutos tarde. En el ensayo no logró concentrarse, los pasos le salían torpes, sin fuerza ni alma. Nina la observaba desde el

fondo de la sala, con los brazos cruzados y ese gesto que Eira ya conocía demasiado bien.
Al terminar, la llamó con un simple gesto de la mano.

—Bueno, Eira, no me queda más remedio que despedirte —dijo Nina, directa, sin rodeos.
—¿Qué? ¿Cómo que me despides? —exclamó Eira, incapaz de disimular la rabia y la sorpresa.
—Te lo advertí la última vez —respondió la mujer con voz firme —. He hablado con la directora y me ha dado vía libre para hacer lo mejor para la compañía. Y tú, desde hace tiempo, no eres lo mejor. Ni para bailar, ni para preparar coreografías.

Eira bajó la mirada, sintiendo cómo el suelo se le hundía bajo los pies.

—No sé qué ha pasado en tu vida —continuó Nina, pero cuando entras por estas puertas, todo lo demás se queda atrás.
—He pasado por una mala racha, pero puedo hacerlo bien… y lo sabes.

Nina suspiró, mirándola con una mezcla de compasión y dureza.

—No, podías hacerlo bien. Pero dudo mucho que vuelvas a ser la que eras.

La frase le golpeó más fuerte que cualquier reproche. Eira permaneció inmóvil, mordiéndose el labio herido, mientras en su mente se mezclaban la humillación y la tristeza.
Eira no salía de su asombro. Nina no daba su brazo a torcer, y ella se veía de pronto en la calle, sin trabajo. No entendía qué había pasado ni por qué su jefa estaba siendo tan dura.

—Pero Nina, no me puedes dejar en la calle. Llevo mucho tiempo trabajando para llegar hasta aquí.
—Has trabajado, sí —respondió con frialdad—, pero es que ya no lo haces. Estás torpe, llegas tarde, no te concentras y vienes dormida.
—Lo sé, pero te digo que puedo volver a hacerlo bien.
—Lo siento, Eira —dijo tajante—. No puedo perder más tiempo. Ya te he dado demasiadas oportunidades. Aquí tienes los papeles de tu

despido. Léetelos y en diez minutos vuelvo.

Sin decir más, Nina se levantó y salió de la sala.

Eira se quedó inmóvil, a punto de llorar y gritar al mismo tiempo. Cogió los papeles con las manos temblorosas. Intentó leerlos, pero las letras se desdibujaban entre lágrimas. Una de ellas cayó sobre la hoja, dejando una mancha redonda sobre su nombre. Firmó sin apenas mirar, casi por inercia.

Cuando Nina volvió a entrar, las palabras le llegaban distantes, apagadas. Eira solo asintió, tomó su copia y salió en silencio hacia los vestuarios.

Recogió sus cosas despacio, haciendo pequeñas pausas como si cada objeto pesara una tonelada. Aún no entendía cómo la directora había podido permitirlo. Era increíble pensar que, después de tantos años, se deshicieran de ella como si fuera un estorbo.

Recordó a la directora: una mujer de unos cuarenta y cinco años, delgada, exigente y muy profesional. Siempre había sido cercana con los alumnos, especialmente con ella. Desde el primer día habían conectado, habían hablado de todo: de danza, de sueños, incluso de miedos. Por eso le dolía tanto que ni siquiera se hubiera despedido. Ni una palabra, ni una mirada. Nada.

Eira estaba completamente hundida, destrozada, ofendida. Cuando terminó de recoger, cruzó la puerta sin mirar atrás.

Sus pasos la llevaron casi sin pensar hasta casa. Allí, sola, se encerró en su habitación. Apenas cerró la puerta, rompió a llorar con fuerza, sin reservas. Lloró por la humillación, por el cansancio, por todo lo que llevaba callando.

Al cabo de un rato, el llanto se fue apagando, dejándole una sensación hueca. Se sentó en el borde de la cama, mirando al vacío. Pensó en buscar otro trabajo, pero ¿de qué? Toda su vida había girado en torno al baile. No sabía hacer otra cosa. Y, en ese momento, ni siquiera sabía si le quedaban fuerzas para volver a intentarlo.

En ese momento, Eira escuchó la puerta de la calle abrirse. Otto había llegado. Su voz resonó desde el pasillo; hablaba por el móvil,

con un tono relajado y casi cariñoso. En el estado en que se encontraba, Eira prefirió no salir de la habitación.

Llamada

Otto: Sí, yo también… venga, cuelga —alcanzó a oírle decir —. Te veo mañana, ¿vale? Un beso.

Eira sintió un nudo en el estómago. Luego escuchó sus pasos acercarse.

—Ah, hola… ¿qué haces aquí? —dijo Otto, sorprendido al verla en casa —. ¿Por qué no me has dejado una llamada perdida?
—No me he dado cuenta. Me han despedido —respondió Eira, con voz apagada.
—¿Cómo que te han despedido? —preguntó, frunciendo el ceño.

Eira le contó la conversación con Nina, intentando no romperse. Otto escuchó sin interrumpir, pero su rostro se endureció.

—¡Qué *"hija de puta"*! Esa tía es una *"cabrona"* —soltó, golpeando la mesa con el puño.
—Pues sí —asintió Eira, sin energía.
—¿Y qué vas a hacer ahora?
—Tendré que buscar otro trabajo —respondió, mirando al suelo.

Luego levantó la vista, observándole con atención.

—¿Con quién hablabas?

Otto parpadeó, como si no esperara la pregunta.

—¿Qué?
—Que con quién estabas hablando —repitió Eira, esta vez más despacio.
—Ah, con mi madre —dijo tras un breve silencio. Quiere que vaya a verla.
—Vale —respondió, fingiendo que se lo creía.

Otto se acercó un poco más, intentando recuperar su tono habitual.

—Bueno, tienes dinero ahorrado, ¿no?
—Sí.
—Pues puedes tirar de ahí mientras buscas algo.

—Ya.
—¿Cuánto tienes?
—No sé, tengo que mirarlo… pero unos diez mil, creo.
—Guau, qué ahorradora —dijo Otto con una sonrisa ladeada —. Y yo sin saberlo.

Eira no respondió. Lo observó unos segundos más, intentando descifrar qué se escondía detrás de aquella sonrisa. Por dentro, una idea se le cruzó fugazmente: tenía que proteger ese dinero… y salir de allí cuanto antes.

CAPÍTULO 78

En Cádiz (2001 seis años ANTES):

Joel se había confiado. Sus inmersiones nocturnas se habían convertido en una rutina peligrosa pero lucrativa. Bajaba, recogía, emergía con la mochila negra a reventar, y en cuestión de minutos ya estaba entregando la mercancía en el maletero de un todoterreno. Dinero fácil, rápido. Más del que debía, incluso. Y eso le daba una sensación de control que lo embriagaba.

Los contrabandistas parecían confiar en él, lo saludaban con un gesto de camaradería cada vez que llegaba a la playa, y Joel, poco a poco, se había ido relajando. Había noches en las que incluso bromeaba con Kike antes de lanzarse al agua, como si aquello fuera un trabajo cualquiera.

Un par de veces, la *Guardia Civil* había rondado por la zona, pero siempre habían logrado escapar. El aviso de los *"puntos"* llegaba a tiempo y las furgonetas salían rugiendo por los caminos, dejando tras de sí sólo huellas en la arena. Joel sentía la adrenalina, sí, pero también la falsa seguridad de que aquello era un juego que dominaban.

Hasta que, una noche, todo se quebró.

La embarcación acababa de llegar cargada, los hombres se movían rápido en la arena, cuando de pronto el rugido de un helicóptero

cortó el aire. Un haz de luz brutal descendió del cielo y bañó el mar en blanco, cegador.

—¡Helicóptero! —gritó alguien.

El caos estalló en segundos. Los contrabandistas corrían en todas direcciones, arrastrando fardos, tropezando en la arena. Los motores de las furgonetas rugieron desesperados intentando huir.

Joel se quedó helado un segundo, con la mochila empapada pegada al pecho. El helicóptero giró sobre sus cabezas, iluminando el barco que había traído la carga. Ahora estaba atrapado en un cono de luz que lo delataba todo: hombres saltando al agua, la tripulación intentando maniobrar, los fardos cayendo por la borda.

Su corazón se disparó. Era obvio que esta vez no había escapatoria fácil. Los habían localizado, no por aviso de los *"puntos"*, sino por el radar de superficie. Era una redada en toda regla.

Joel tragó saliva y se lanzó al agua, consciente de que esa inmersión no sería como las demás.

La redada había sido un caos absoluto. Los focos del helicóptero iluminaban cada rincón de la playa como si fuera de día, los gritos de los agentes se mezclaban con el rugido de los motores y el chapoteo desesperado de quienes intentaban huir. Joel, con la mochila a cuestas, se lanzó al agua, convencido de que podría escapar bajo la superficie.

Pero no. Una patrullera apareció casi de la nada, cortándole la retirada.

—¡Vamos, chaval, sal del agua! —gritó un agente apuntándole con la pistola.

—Ya voy… no dispare.

Lo izaron a la lancha de un tirón. Mientras uno de los guardias le ponía las esposas, otro recitaba con voz seca:

—Estás detenido por contrabando. Todo lo que digas podrá ser utilizado en tu contra…

El corazón de Joel martilleaba en su pecho. En la playa, los porteadores eran reducidos y metidos a empujones en los furgones. En medio de la confusión, Joel buscó a Kike con la mirada, pero no

lo encontró. Luis tampoco estaba. Seguramente habían recibido el aviso antes que nadie y habían desaparecido en la oscuridad. Él, en cambio, no tuvo tiempo de escapar. Y lo peor estaba por llegar.
En comisaría, las horas de interrogatorio se le hicieron eternas. El golpe final llegó cuando le comunicaron los cargos: contrabando de tabaco… y tráfico de drogas.

—¿Drogas? —balbuceó, incrédulo.

Los agentes lo miraban con indiferencia, como si no importara su sorpresa. La evidencia era clara: entre los bultos de tabaco habían aparecido paquetes marcados con cocaína.
Lo encerraron en prisión preventiva a la espera de juicio. El tiempo allí era un vacío interminable: paredes grises, el eco metálico de los cerrojos, el olor a humedad y sudor. Joel no podía dormir, repasaba una y otra vez cómo había terminado ahí.
Lo que más le dolió fue que su padre no fue a verle. Ni una visita. Ni un mensaje. Nada. Roque se había esfumado del problema, como si Joel no existiera.
Pasó un mes. Cuando ya había perdido toda esperanza, un guardia lo sacó de la celda. Lo llevó a una sala pequeña, apenas iluminada, y se apoyó contra la pared con gesto serio.

—He hablado con tu padre. Le debes una gorda —dijo en voz baja.

Joel frunció el ceño.

—¿Qué?
—Hemos conseguido que se *"perdiera"* la droga de tu mochila en el depósito de pruebas.

Joel sintió un mareo.

—¿Cómo?

El guardia sonrió de lado.

—Tenemos contactos. El juez de instrucción, algún que otro compañero… Pero te lo advierto: deja de meterte en esto, al menos por un buen tiempo. Si vuelves a caer, no habrá salida.

Joel lo miraba atónito, hasta que el guardia añadió, con un detalle que le destrozó por dentro:

—Y otra cosa. Si lo haces otra vez, que al menos tu padre te avise de los fardos que llevan droga.

Joel abrió los ojos como platos.

—¿Cómo? Mi padre… ¿lo sabía?
—Claro. Llevan una marca. Él la conoce.

El estómago de Joel se encogió.

—Hijo de puta… —murmuró, casi sin aire.
—Venga, largo. No quiero verte más por aquí —cerró el agente, dejándole claro que la conversación había terminado.

Joel salió a la calle, libre en apariencia, pero con la mente en una cárcel mucho más oscura. No podía entender cómo su padre había podido usarlo así, engañarlo, ponerlo de carnada y después venderle un "favor" como si fuese una bendición.
La traición ardía más que el miedo a volver a ser arrestado.

CAPÍTULO 79

En Zagreb:

Pasaron unos días. Eira seguía sin encontrar trabajo y empezaba a desesperarse. Cada mañana se levantaba con la esperanza de recibir una llamada, un correo, cualquier señal… pero nada llegaba.
Otto no ayudaba demasiado. Al contrario, parecía empeñado en hacerse con el poco dinero que a ella le quedaba, siempre con alguna excusa nueva.
Eira, resignada, iba sacando lo justo para sobrevivir, y un poco más para complacer sus caprichos.
Le compró una guitarra nueva —porque según él, la otra ya no sonaba igual— y más tarde una moto de segunda mano, *"para poder moverse mejor con el grupo"*. Otto insistió en que, de algún modo, se lo debía por dejarle vivir gratis en su casa. Y, como siempre, prometió que algún día se lo pagaría.
Era increíble cómo Otto lograba manejarlo todo a su antojo, torciendo la realidad hasta hacerla parecer razonable. Eira lo sabía, lo sentía, pero le faltaba fuerza para enfrentarlo. Cada día, él se apoderaba un poco más de su dinero, de su tiempo… y de ella. Eira deseaba, en el fondo, que algún día lo parara la Guardia Civil, solo para que le dieran una lección por conducir sin carnet.

Era jueves. Otto salió disparado de casa rumbo al ensayo. Comenzó a lloviznar, y Eira, desde la ventana, lo vio encender un cigarro mientras se le empapaba el pelo. Giró la cabeza un instante, le hizo un gesto con la mano y siguió su camino hasta el coche donde lo esperaba uno de sus compañeros.
Ella permaneció allí, observando cómo se alejaba bajo la lluvia, sin saber si sentía alivio o tristeza. Luego se apartó del cristal, tomó el periódico que había comprado el día anterior y lo abrió por la sección de empleo.
Pasó las páginas una tras otra, casi por inercia, hasta que algo bajo el papel llamó su atención. Lo levantó y vio, con sorpresa, el móvil de Otto. Por un momento, se quedó inmóvil. El corazón le latía con fuerza. Parecía que el destino se lo había puesto en bandeja. Era la oportunidad perfecta para saber, sin tener que esconderse, qué se ocultaba realmente en su vida.
Sin pensárselo demasiado, lo tomó y se sentó en la cama. Tecleó el pin —lo conocía de sobra— y la pantalla se desbloqueó al instante. Fue directo a los mensajes. Empezó a leer. Uno por uno. La mayoría eran de Tihana. Al principio, todo parecía tener que ver con dinero, encargos, algún favor pendiente. Pero, conforme avanzaba, las palabras cambiaban de tono: bromas, confidencias, citas.
Y más adelante, ya no había duda: era una relación. De al menos tres meses.
Eira sintió cómo se le helaba la sangre. Continuó leyendo, incapaz de detenerse. Mensajes, lugares donde se veían, insinuaciones. Hasta que encontró las fotos: varias, explícitas, llenas de una intimidad que no le pertenecía.
Absorta, dejó caer el teléfono sobre la colcha. Se levantó y fue al baño, con el estómago revuelto. Pero al cabo de unos minutos regresó, dominada por una mezcla de rabia y vértigo.
Volvió a desbloquear el móvil. No podía evitarlo.
Y entonces lo vio: no era solo Tihana. Había más.
Al menos un par de mujeres distintas. Una de ellas incluso aparecía en una foto en ropa interior, tumbada sobre su propia cama. Eira sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Miró alrededor, como si

aquella mujer pudiera seguir allí, invisible, en algún rincón de la habitación.
Terminó de repasar todos los mensajes y llamadas. Iba a abrir la carpeta de fotos cuando su propio móvil comenzó a sonar. Se le heló la sangre. Miró la pantalla: un número desconocido.

—Sí —respondió, con la voz tensa.
—Eira, creo que me he dejado el móvil, te estoy llamando desde una cabina —dijo Otto, apurado, al otro lado.
—Sí, está aquí.
—Vale, guárdalo hasta que llegue.

El silencio de Eira se quebró de pronto.

—Eres un *"cabrón"* —le salió sin pensarlo, casi como un disparo.
—¿Pero qué dices?
—He visto tu móvil. Todos los mensajes. Y las fotitos de todas con las que me has engañado.

Al otro lado hubo un instante de mutismo. Después:

—¿Cómo que lo has visto?
—¿Tú qué te crees, que soy tonta? Me sabía perfectamente tu pin.
—No, si creo que eres demasiado lista, me parece a mí —respondió Otto, con un tono extraño, casi gélido.
—No sé cómo has podido engañarme y encima con más de una. Ya sé para qué querías las llamadas perdidas.
—¿Y qué esperabas? Si tú me has engañado todo lo que has querido —dijo Otto, pero su voz sonó menos segura, como si algo se le escapara.
—Yo no te he engañado en ningún momento, aunque tú siempre has creído lo contrario. Pero ya me da igual. Sé lo que he visto. Cuando vengas, ya no estaré aquí. Me voy. Esto se ha terminado.
—Ni se te ocurra irte. Voy para allá y hablamos.
—No tenemos nada de qué hablar.
—Voy para allá. Espérame —soltó él de golpe y colgó.

Eira se quedó unos segundos con el teléfono en la mano, temblando. La habitación parecía más pequeña,

las paredes más cerca. Un impulso la dominó: empezó a recoger sus cosas sin orden, como movida por un instinto de supervivencia.
Cogió su maleta y unas cuantas bolsas grandes. Fue al baño y, en un abrir y cerrar de ojos, ya casi había empaquetado sus pertenencias más esenciales. Mientras lo hacía, su respiración era rápida, entrecortada. Cada ruido de la calle le parecía un motor que se acercaba, cada sombra en la ventana, un presagio.
Se miró al espejo. La mujer que le devolvía la mirada parecía una desconocida. Tenía los ojos cansados, el gesto endurecido, y en su reflejo apenas quedaba rastro de la Eira de antes. Pensó en todo el tiempo desperdiciado junto a Otto, en cada intento por salvar lo que nunca tuvo arreglo. Por un instante, fugaz como un relámpago, comprendió que se había estado ahogando en una relación vacía, que había confundido costumbre con cariño, miedo con amor.
Tenía que recuperar su libertad, su vida, volver a reconocerse en ese espejo. Necesitaba tiempo… tiempo para curar las heridas, para entender qué partes de sí misma seguían vivas. Sabía que algunas cicatrices no desaparecerían, que se quedarían ahí, como un recordatorio, pero no quería volver a pensar en ellas cada día.
Soltó un suspiro y se secó las lágrimas con el dorso de la mano. La maleta esperaba junto a la puerta, abierta, con sus cosas desordenadas.
El sonido del viento se mezclaba con el golpeteo de la lluvia en los cristales.
Entonces, escuchó el ruido del motor de una moto que se detenía frente a la casa. Ya había pasado una media hora. la puerta se abrió con brusquedad. Otto apareció empapado, la mirada encendida, respirando con fuerza.
El corazón se le encogió. Eira se quedó quieta, con las manos aún sobre el asa de la maleta. El silencio que los separaba era tan frágil que podía romperse con una sola palabra.

—Espera, no te vayas —dijo Otto, bloqueando la puerta con la mano.
—Qué poco has tardado —respondió Eira, con un tono cansado —. ¿No querías empezar de cero?

—Eso he hecho. Ya no estoy con nadie, solo contigo —contestó, disfrazando de inocencia cada palabra.
—No, conmigo tampoco estás. Me voy.
—No te vayas, por favor. Quédate conmigo —pidió, con los ojos vidriosos.
—¿En serio ahora te vas a poner a llorar? —dijo Eira, mirándolo con una mezcla de lástima y hartazgo.
—Sé que no lo he hecho bien… pero te quiero —murmuró Otto. Sus ojos tenían una tristeza extraña y, aunque parecía intentarlo, no consiguió esbozar una sonrisa.

Eira le tendió un pañuelo con cierta ironía.

—Toma, límpiate.
—No te vayas —repitió él, con lágrimas reales ya en las mejillas.

Eira inclinó un poco la cabeza, lo miró fijo, y en su voz apareció algo nuevo, distinto: una calma fría que Otto no le había escuchado nunca.

—¿Sabes qué?

Otto tragó saliva, inquieto.

—¿Qué? —preguntó, pero su tono ya no era de súplica, sino de nerviosismo.

CAPÍTULO 80

En Cádiz (actualidad):

El sonido del mar acompañaba su voz, como un murmullo lejano que subrayaba cada palabra. Joel le había contado lo que había ocurrido tiempo atrás: cómo su padre, Roque, le había ofrecido *"trabajar"* con los contrabandistas del puerto; cómo había caído en el dinero fácil, sin medir las consecuencias; y cómo, cuando las cosas se torcieron, su padre lo había sacado de la cárcel a cambio de un favor.
Ahora, ese favor pesaba como una cadena. Su padre lo estaba chantajeando. Ágata lo escuchó en silencio, con el ceño fruncido. A medida que Joel hablaba, su rostro fue cambiando: de la furia inicial a la incredulidad, y de ahí a una mezcla de compasión y desconcierto.

—No puedo creerlo… —murmuró finalmente —. ¿Por eso estabas haciendo todo esto?

Joel asintió despacio, con la mirada clavada en la arena.

—No quería que te enteraras así. Pero ya no podía seguir mintiéndote. Solo quiero olvidar esa parte de mi pasado… y que mi padre no pueda seguir chantajeándome nunca más —dijo, mirando el mar, como si buscara entre las olas una salida.

—Habrá que pensar qué podemos hacer —respondió Ágata, con la barbilla apoyada en la palma de la mano, pensativa.
—¿Ahora lo entiendes?
—Sí. Ahora entiendo muchas cosas. Ya decía yo que era raro que no hiciera nada extraño cuando le seguía.
—Siento lo que tuve que hacer, pero no me quedaba otra.
—Tenemos que pensar bien esto. Hay que prepararle una trampa —dijo Ágata, con voz tranquila pero firme.

Joel la miró, esperanzado y asustado a la vez.

—¿Y qué propones? —preguntó.

Ágata dibujó un plan en su cabeza y, sin aún verbalizarlo todo, empezó por lo más simple: obtener una prueba que no pudiera desmentir.

—Primero: necesitamos una prueba directa —dijo —. Una llamada grabada, un mensaje, algo que lo ate sin remedio.
—Segundo: no podemos actuar solos, necesitamos a alguien fuera de su círculo —alguien fiable.
—Y tercero: no exponernos demasiado… si mi padre se entera, nos hunde a los dos —terminó de decir Joel.

Joel apretó los puños. El viento le despeinó y en sus ojos apareció la determinación.

—Lo haremos.

Ágata respiró hondo. Sabía que se estaban jugando mucho, pero también sabía que quedarse de brazos cruzados no era una opción. Asintió.

Entre tanto, en la playa, Ted comenzó a relatarle a Caños todo lo que había pasado. Su voz era baja, nerviosa, y de vez en cuando miraba hacia ambos lados, como si temiera que alguien pudiera escucharlo.

—Todo empezó después de la boda —comenzó —. El padre de Zora era el alcalde de la ciudad donde vivíamos. Aparentemente, un hombre respetable, querido por todos. Un político ejemplar, o eso creía la gente. Pero en realidad… era un corrupto. Estaba metido en todos los negocios sucios que uno pueda imaginar. Nadie sospechaba de él, ni se atrevía a cuestionarlo. Para todos, era un hombre de fiar.

Ted hizo una pausa, clavando la mirada en el horizonte.

—Nosotros queríamos escapar de todo ese mundo y empezar una nueva vida. Zora cogió una cantidad de dinero de su padre, lo justo para poder marcharnos lejos. Con eso contratamos a Max, un tipo que conocía bien las rutas marítimas, para que nos llevara hasta Palma de Mallorca. Era el destino que Zora soñaba desde hacía tiempo.

El sonido del mar acompañaba su relato.

—Hicimos varias paradas antes de llegar, para repostar y comprar provisiones. Todo iba bien… demasiado bien. Pero cuando finalmente llegamos a Palma, algo nos hizo dudar. Había hombres en el puerto observando todos los barcos que atracaban. No sé si era paranoia o si realmente nos estaban buscando, enviados por su padre. No quisimos arriesgarnos.

Caños no lo interrumpía, solo tomaba notas rápidas en su cuaderno.

—Hablamos con Max y le propusimos cambiar el rumbo —continuó Ted —. Le ofrecimos un extra para que nos llevara a Cádiz. Zora había oído que era una zona preciosa, y, además, más alejada del radar de su padre. Max aceptó sin pensárselo mucho. Todo parecía resuelto… hasta que ocurrió algo que nos cambió la vida para siempre…

Ágata, más apaciguada, aunque todavía con cierta duda en la mirada, empezó a empatizar con todo lo que Joel le había contado. Aun así, no podía evitar sentirse dolida por una cosa: que no hubiera confiado en ella para contarle lo que ocurría, para dejarle que le ayudase.

Subieron por el camino hacia su casa. A cada paso, sus miradas se cruzaban con una mezcla de preocupación y cansancio. Joel, en un intento de calmarse, se detuvo un instante, aspiró profundamente el aire salino que venía del mar y dejó que su respiración fuera acompasando el ritmo acelerado de su corazón.

Cuando por fin llegaron al final del sendero, entraron en casa en silencio y se sentaron en el sofá, todavía con el peso de todo lo que acababan de hablar suspendido entre los dos.

—Por favor, esto no se lo cuentes a nadie. Solo quiero olvidarlo —dijo Joel, acercándose a Ágata con la voz baja, casi suplicante.

—¿Caños no lo sabe? —preguntó ella, todavía intentando asimilar lo que había oído.

—Creo que no. Destruyeron las pruebas de la droga y… no sé exactamente qué más. El no creo que tenga nada que ver en esto —respondió, desviando la mirada.

—Está bien, no diré nada —dijo Ágata, tras unos segundos de silencio.

—Gracias —susurró él, aliviado, aunque en sus ojos seguía reflejándose una sombra de preocupación.

Al mismo tiempo, Elisa estaba en casa con Bea. Era sábado por la tarde y el sol se recostaba entre un cúmulo de nubes grises. El viento de poniente soplaba fresco y la humedad se notaba en cada rincón del aire.

Elisa entró en la cocina, aún sin recoger. Los platos, cubiertos y vasos sucios se amontonaban en la pila. Por un instante los observó, indecisa, pero enseguida apartó la mirada sin ganas de tocarlos. Puso la cafetera al fuego. Mientras el agua empezaba a hervir, Bea

no dejaba de acercarse, de rozarla, de atosigarla con besos. Elisa se mostraba distante, incómoda, con la mente en otra parte.
Al poco, el inconfundible aroma del café empezó a llenar la estancia. Preparó la leche con gesto mecánico, sirvió las tazas y ambas se sentaron en el sofá, en un silencio espeso que olía a café recién hecho y a algo que no terminaba de encajar entre ellas.
Elisa dejó la taza sobre la mesa. El golpe seco resonó en la estancia, un sonido breve pero definitivo.

—Quería hablar contigo —dijo sin levantar la vista.

Bea la observó, desconcertada. Algo en su voz la descolocó; no era la Elisa de siempre, había en ella una calma que inquietaba.

—Sí, claro… Te noto rara. ¿Qué pasa? —preguntó

Bea, intentando mantener una sonrisa, aunque algo en la mirada de Elisa la inquietó.

—Llevamos unos tres meses, ¿no? —respondió Elisa sin responder del todo a la pregunta, como si pensara en voz alta, con los ojos fijos en un punto invisible del suelo.

Bea frunció el ceño. Aquella forma de hablar, tan distante, no era habitual en ella. Había algo en su tono —una calma extraña, forzada — que hacía que cada palabra sonara ensayada.

—Tres meses y una semana —contestó Bea, intentando restarle importancia—. ¿Por qué lo dices?

Elisa se pasó un mechón de pelo detrás de la oreja y siguió hablando, despacio, como si cada frase pesara más de lo que parecía.

—No estoy segura de que esto… tenga sentido. Voy a estar muy ocupada y tener una relación me va a ocupar mucho tiempo.

Bea la observó, en silencio, tratando de entender si lo que veía era tristeza o frialdad. Pero lo que percibió fue otra cosa: una especie de desconexión, como si Elisa estuviera en otro lugar, más allá de la conversación.

—¿Y eso te lo has pensado ahora, así, de repente? Yo pensaba que querías algo serio.
—Nunca te dije eso —replicó Elisa, sin emoción. Podemos vernos de vez en cuando, si surge.
—¿Cuándo te apetezca, quieres decir? —ironizó Bea, con una risa tensa.
—Si te interesa —añadió Elisa, sin inmutarse.

El aire en la habitación pareció enfriarse. Bea la miraba, intentando reconocer en su rostro alguna señal de humanidad, pero solo encontró una serenidad vacía, como si estuviera recitando algo que ya había decidido mucho antes.

—¿Pero tú de qué vas? —dijo, elevando la voz.
—Te lo digo claro: he estado bien contigo, pero es mejor que no sigamos este ritmo.

Bea se levantó con brusquedad, casi derribando la taza.

—Perfecto. Mejor me voy.
—Sí, es mejor.
—Increíble… No me llames más.
—Vale, lo entiendo —respondió Elisa, en un hilo de voz.

La puerta se cerró con un portazo. El eco resonó en toda la casa. Durante un instante, solo se escuchó el goteo del grifo mal cerrado y el zumbido sordo del frigorífico. Elisa permaneció inmóvil, mirando el punto exacto donde Bea había estado de pie unos segundos antes.
Entonces, algo en su expresión cambió. La sonrisa apareció lentamente, leve, casi imperceptible, pero llena de un significado imposible de descifrar.
Fue hasta la ventana y corrió un poco la cortina. Afuera, el viento agitaba las ramas de los árboles. Creyó ver una silueta, quieta, al otro lado de la calle. Cerró la cortina sin mirar dos veces.
Regresó al sofá y tomó la taza que Bea había dejado. Aún estaba tibia. Pasó un dedo por el borde, lo observó un instante y lo limpió con una servilleta instintivamente.
Después, abrió su móvil, revisó algo durante unos segundos y, finalmente, sonrió.

—Ya está hecho —pensó.

El reloj del pasillo marcó las seis y cuarto. El vapor del café se disipó lentamente, igual que el último rastro de duda en su mirada.

Elisa se había dado cuenta de que aquella relación empezaba a volverse algo más serio. Y eso era precisamente lo que no podía permitirse. No quería implicar a Bea en sus asuntos, ni tener que darle explicaciones si, por casualidad, veía algo turbio en su vida.

Había demasiadas cosas que Bea no sabía. Cosas que era mejor mantener ocultas, lejos de cualquier mirada curiosa. Por eso, cuanto antes cortara el vínculo, mejor. No por falta de afecto, sino por precaución. O, quizá, por miedo.

A veces, mientras la escuchaba hablar con esa naturalidad suya, Elisa se preguntaba cuánto tardaría en hacer la pregunta equivocada, en mirar donde no debía. Y cada vez que imaginaba ese momento, algo dentro de ella se tensaba, como un resorte.

CAPÍTULO 81

En Zagreb:

Eira se sentía diferente. Había algo nuevo en su respiración, una fuerza que no recordaba haber tenido en mucho tiempo. Había llegado el momento de salir de aquella relación y rehacer su vida. Otto, en cambio, se desmoronaba. Sus ojos, vidriosos y temblorosos, parecían los de un niño perdido.

—Seca tus lágrimas y llora como un niño lo que no supiste defender como un hombre —dijo Eira con voz firme, recordando una frase que había oído años atrás, una de esas que se clavan en la memoria.
—¿Qué dices? No te vas a quedar, ¿no? —preguntó Otto, limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano.
—No. Ni, aunque fueras el último hombre del mundo volvería a estar contigo —respondió, tajante, sin un temblor en la voz.

Otto la miró con incredulidad.

—Cómo te pasas, ¿no? ¿Tan mal has estado conmigo?
—Ha habido momentos —dijo simplemente, sin ganas de prolongar la conversación.

Él sonrió con amargura, intentando herir donde sabía que dolía.

—No lo parecía cuando gemías abierta de piernas. Ahí no te parecía que fuera un niño, ¿no?

Eira apretó los labios, conteniendo el asco.

—Déjalo, Otto. Termino y me voy.
—¿No te puedo convencer?
—Ya no.
—¿A dónde vas a ir? ¿Vas a volver con tu madre?
—Sí. Hasta que encuentre algo. O ya veré. Ese ya no es tu problema —dijo mientras colocaba la maleta y un par de bolsas en la entrada.

Otto la observaba desde el sofá, derrotado, como si no terminara de creer que realmente se iba.

—No hace falta que te lleves todo hoy. Puedes dejarlo aquí y otro día vienes.
—Vale —dijo Eira, sin mirarlo. Cogió el transportín y metió a Pirata con cuidado.
—Déjale si quieres. Vienes otro día a por él.
—No. El gato me lo llevo —respondió firme —. El resto, ya vendré a por ello.
—Vale. Como quieras —dijo él, casi en un suspiro.
—Bueno, Otto. Me voy ya. Te aviso cuando venga a por el resto.

Otto se levantó despacio y la sujetó del brazo, con una súplica ahogada en los labios.

—Quédate, por favor. Lo siento.
—Suéltame —dijo ella con calma, mirándolo a los ojos —. Me alegro de que lo sientas, pero me voy.

Abrió la puerta. El aire húmedo que subía de la calle le rozó la cara.

—¿No me das al menos un beso? —dijo él, soltándola al fin.
—Ya no, Otto.
—Vale… que te vaya bien —dijo resignado.
—Y a ti.

Eira cruzó el umbral sin volver la vista atrás.
El sonido del portazo fue seco, definitivo.

Otto quedó solo en la penumbra del salón, mirando el reflejo de su propio rostro en la ventana: un hombre derrotado, incapaz de reconocerse, tal como Eira había dejado de reconocerse hacía tiempo.

Eira salió de aquella casa con una sensación de alivio profundo, como si por fin hubiera soltado una carga que llevaba demasiado tiempo oprimiéndole el pecho. Aun así, el miedo seguía latente, escondido en algún rincón de su mente. Conocía a Otto, sabía de lo que era capaz. Temía que un día apareciera sin avisar, que la siguiera, que intentara molestarla o incluso hacerle daño de alguna manera.

Lo único que realmente le dolía era que la historia no hubiera salido bien. Había llegado a quererlo, sí, pero nunca se había sentido enamorada. Lo suyo había sido una suma de momentos: algunos buenos, otros amargos, ninguno suficiente.

Con Alen había sido distinto. A su lado había sentido algo verdadero, una conexión que seguía palpitando en su memoria como una vieja herida que no terminaba de cerrarse.

Quizás por eso, olvidar a Otto no sería difícil. Lo complicado sería dejar atrás lo que había vivido con Alen.

Aun así, sabía que tenía que hacerlo. Tenía que pasar página, rehacer su vida, aprender a mirarse de nuevo al espejo sin sentir vergüenza ni culpa. No podía seguir viviendo en el pasado.

Había llegado el momento de mirar al frente y enfrentarse a lo que la vida tuviera preparado para ella… fuera lo que fuese.

CAPÍTULO 82

En Cádiz:

Caños no quiso interrumpir a Ted. Se notaba que necesitaba hablar, que llevaba años guardando algo demasiado pesado dentro. Así que decidió contener sus preguntas y dejar que siguiera su propio ritmo, sin forzarlo.
Ted hizo una breve pausa. Su mirada se perdió en algún punto indeterminado, como si de pronto estuviera viendo otra escena, muy lejana en el tiempo. Durante unos segundos, pareció ausente, atrapado en sus recuerdos.
Luego, respiró hondo y continuó.

—No quedaban muchas millas para llegar a Cádiz. Ya navegábamos por el Estrecho cuando, de repente, sentimos una sacudida brutal. El golpe fue tan fuerte que casi caemos por la borda.

Miramos al agua y distinguimos, bajo la superficie, manchas blancas y negras que se movían a toda velocidad, chocando una y otra vez contra el casco del velero.
Tardamos unos segundos en comprenderlo: eran orcas. Varias orcas nos estaban atacando.

Se lanzaban contra el barco con una fuerza descomunal, sacudiendo sus enormes colas contra el casco. Cada embestida abría nuevas vías de agua por donde entraba la espuma fría del mar. El barco crujía como si fuera de papel. El capitán trataba de estabilizarlo mientras nosotros, a toda prisa, intentábamos achicar el agua que subía por los tobillos. Pero era inútil: entraba mucha más de la que lográbamos sacar con los cubos.

El capitán redujo la velocidad, con la esperanza de que las orcas perdieran interés. No funcionó. Nos seguían, y en cuanto podían, volvían a golpear. En apenas quince minutos, el barco estaba sentenciado. Tras uno de los embates, con el peso del agua acumulada, el casco empezó a
resquebrajarse.

De pronto, las orcas desaparecieron.

Aprovechamos el respiro para ponernos todos los chalecos salvavidas. Ayudé a Zora con la mochila —no queríamos perder el dinero— y ella me ayudó a mí. Pero el capitán, en ese momento, resbaló. Golpeó su cabeza contra la cubierta y cayó al mar, inconsciente. Intenté lanzarme a por él, pero Zora me sujetó del brazo. Tenía miedo de que las orcas siguieran ahí, bajo nosotros, esperando. Buscamos su silueta en la superficie, le llamamos por su nombre una y otra vez, pero nunca volvió a aparecer.

El barco terminó por partirse. Nos agarramos a un par de tablas grandes, únicas que quedaron a flote. Desde ellas, vimos cómo los restos se hundían lentamente en la oscuridad.

Las corrientes, por suerte, nos arrastraron hacia la costa. Con esfuerzo, logramos alcanzar una playa rodeada de acantilados. Era de noche cerrada, cerca de las tres de la madrugada. Todo era silencio y oscuridad, salvo la luz pálida de la luna que se filtraba entre las nubes.

No sabíamos dónde estábamos. Caminamos durante horas, con la ropa empapada y los cuerpos entumecidos, hasta que vimos unas

luces a lo lejos. Siguiéndolas, llegamos por fin a una pequeña ciudad. Conseguimos una habitación de hotel y caímos rendidos sobre la cama.

Más tarde supimos que habíamos tocado tierra en un acantilado del Tajo, entre Caños de Meca y Barbate.

Nunca se supo nada del naufragio. Con el tiempo, eso nos tranquilizó. Pensamos que, si no había noticias, nadie nos buscaría.

Nos quedamos allí una semana. Después fuimos a Cádiz. Decidimos que era un buen lugar para empezar de nuevo: lo bastante lejos del padre de Zora como para que no nos encontrara. Queríamos integrarnos, pasar desapercibidos. Buscamos trabajos discretos y adoptamos nuevas identidades. Aunque aún nos quedaba dinero, sabíamos que no podíamos vivir solo de eso. Yo encontré empleo reparando barcos. Zora consiguió trabajo en una academia de inglés. Así empezó nuestra nueva vida.

CAPÍTULO 83

En Zagreb:

Eira llegó a casa agotada, con la sensación de haber dejado atrás una vida entera. Dejó el transportín en el suelo y abrió la rejilla.

—Anda, Pirata, ya estás en casa —murmuró.

El gato salió despacio, olfateando el pasillo antes de aventurarse hacia el salón.

Eira soltó la maleta en su habitación y comenzó a colocar la ropa con calma, intentando poner orden fuera para apaciguar el desorden que aún llevaba dentro.

El silencio de la casa le resultaba extraño, casi acogedor después de tanto ruido emocional. Por primera vez en mucho tiempo, respiró sin miedo a una reacción inesperada, sin sentir que tenía que medir sus pasos.

A mediodía, se oyó el ruido de una llave girando en la cerradura. Su madre entró, colgó el abrigo en el perchero y, al verla, se quedó inmóvil unos segundos.

—¿Eira?... —preguntó, con un tono entre sorpresa y preocupación —. No sabía que estabas aquí.

—Hola, mamá. Nada… lo he dejado con Otto —dijo Eira, bajando la mirada.

—¿Qué? —su madre la observó con preocupación—. ¿Estás bien?
—Sí.
—¿Habéis discutido?
—Sí, pero ya se ha terminado definitivamente. No voy a volver con él.

Su madre asintió despacio, sin sorpresa, como si lo hubiera presentido desde hacía tiempo.

—Bueno, mientras tú estés bien… Creo que ha sido lo mejor. No me gustaba ese chico.
—Sí, ya —respondió Eira, con un leve suspiro —. Lo que tengo que hacer ahora es buscar trabajo.
—Tampoco tengas prisa —dijo su madre mientras dejaba el bolso sobre la mesa. Aún no puedo entender lo que me contaste que pasó en tu trabajo. Lo mal que se portaron contigo, tanto la coreógrafa como la directora.
—Pues sí, pero bueno… mejor no pensarlo.

Hubo un breve silencio. Su madre la observó con ternura.

—¿Has comido algo? Voy a preparar algo rápido.
—No, pero no tengo mucha hambre.
—Algo tienes que comer —insistió con una sonrisa suave —. Voy a ver qué puedo hacer, y tú mientras sigue colocando tus cosas.
—Vale —respondió Eira, apenas esbozando una sonrisa.

Su madre se dirigió a la cocina, y Eira la siguió con la mirada un instante. Luego se quedó quieta, sintiendo por primera vez en mucho tiempo algo parecido a la calma.
Al cabo de un rato, Eira terminó de colocar lo poco que había traído. No eran muchas cosas; la mayoría las había dejado en casa de Otto. Mientras doblaba una camiseta, pensó en Jasmín. No habían hablado desde todo aquel desastre en el trabajo.
Tomó el móvil y la llamó.

Llamada

Jasmín: Hola… ¿cómo estás? —preguntó con un tono afligido.
Eira: Hola. Estoy bien.

Jasmín: Todavía no me puedo creer lo que te han hecho.
Eira: Ya, bueno… no te preocupes.
Jasmín: Cuando nos lo comunicaron, todos nos quedamos pasmados.
Eira: Me imagino.
Jasmín: Ahora me han dado tu puesto. Lo siento, Eira. Yo no sabía nada.
Eira: Lo sé. Aprovéchalo, es una buena oportunidad para ti. Me alegro mucho, de verdad.
Jasmín: Ya, pero me da rabia.
Eira: Al final creo que va a ser mejor así. Empiezan nuevos capítulos en mi vida. Además… también lo he dejado definitivamente con Otto.
Jasmín: ¿En serio? ¿Y estás bien?
Eira: Sí. Lo tenía que haber hecho mucho antes.
Jasmín: Pues sí… todos lo pensábamos. Pero lo importante es que ya estás libre.
Eira: Sí. Ahora toca buscar trabajo.
Jasmín: Si me entero de algo, te aviso enseguida.
Eira: Gracias. Bueno, te dejo, que voy a comer.
Jasmín: Vale, una cosa. ¿Este sábado podrías pasarte por mi casa? Así nos vemos.
Eira: Claro, ahora tengo mucho tiempo libre: sin novio y sin trabajo —bromeó —. ¿A qué hora?
Jasmín: A las seis.

Eira colgó la llamada. Miró un instante el móvil, pensativa, y lo dejó sobre la mesa. Por primera vez en semanas, notó una ligera sensación de calma. Tal vez —pensó, «*las cosas realmente empezaban a cambiar*».

Eira se alegró sinceramente por su amiga. A pesar de que ahora Jasmín ocupaba su puesto, no le guardaba ningún rencor. Era una buena oportunidad para ella, y se la merecía. Siempre habían conectado bien; Eira la consideraba no solo una amiga, sino también una excelente bailarina.

Después almorzó con su madre. Eira estaba más tranquila, intentó dejar el hacha de guerra que hacía tiempo llevaba con su madre. En realidad, no entendió muy bien porque empezó. Entre risas y confidencias, fueron poniéndose al día. Su madre parecía otra. Desde que estaba con Marcus, se la notaba más viva, con los ojos llenos de luz y sin esas ojeras que antes parecían permanentes.

A él también se le veía completamente enamorado. Había sufrido mucho cuando apareció Max —Eira lo recordaba bien, se sintió fuera de lugar, inseguro, temeroso de perder a Opal. Pero aquello ya había quedado atrás. Ahora se les veía unidos, cómplices.

Muchos fines de semana se escapaban al pueblo de Marcus. Tras la muerte de sus padres, él había comprado la parte de la casa a sus hermanos. Adoraba aquel lugar: era donde había crecido, su refugio, un espacio lleno de recuerdos. Decía a menudo que, cuando llegara el momento de jubilarse, quería hacerlo allí… y, si la vida lo permitía, junto a Opal.

Esa noche, Eira se acostó con una mezcla de serenidad y melancolía. Tumbada en la cama, observó cómo la brisa que entraba por la ventana y hacía mecer suavemente las cortinas. Se levantó a cerrarla, despacio, y el leve sonido del pestillo le pareció el eco de un día demasiado largo. A pesar de haberse liberado de Otto, se sentía desanimada. Notaba cómo el tiempo junto a él le había dejado huellas, como si su alma aún llevara la sombra de aquellas tensiones. Había vivido demasiado tiempo bajo su control, midiendo gestos, palabras, respiraciones. Su pulso, siempre inquieto, parecía aún atrapado en aquel ritmo de miedo y silencio. Soltó un suspiro de frustración, casi sin darse cuenta, y volvió a la cama. Dio unas cuantas vueltas, buscando una postura imposible.

A través de la ventana se filtraba una luz tenue, y en esa penumbra su mente viajó sin permiso hacia otro tiempo: el día que conoció a Alen. Recordó su sonrisa, el calor de su voz, aquellos meses en los que se había sentido realmente viva. Poco a poco, las imágenes se mezclaron con el sueño, hasta que finalmente se dejó llevar, acunada por la memoria de lo que una vez fue felicidad.

CAPÍTULO 84

En Cádiz:

Ágata tenía que avisar a Caños de que Roque la había descubierto, pero sin mencionar a Joel. Su pulso temblaba mientras marcaba el número.

Llamada

Caños: Ágata, no puedo hablar ahora.
Ágata: Tienes que escucharme, es urgente. Roque sabe que le estoy siguiendo.
Caños: ¿Qué? ¿Estás segura?
Ágata: Completamente. No preguntes cómo.
Caños: Vale… luego te llamo.
Ágata: No tardes, Caños. Esto puede ponerse feo.

Caños continuó escuchando a Ted, lo observaba con atención.

—Sigue, Ted. ¿Qué pasó después?
—Todo parecía ir bien. Zora y yo estábamos empezando de nuevo, lejos de todo lo que nos había destruido. Pero la calma duró poco. Un día, mientras revisaba el motor de un barco, escuché una voz que me heló la sangre. Era Max. El capitán. De pie frente a mí, con la mirada perdida, pidiendo trabajo.

No dije nada. Esperé a que me reconociera. Pero no lo hizo. Me habló con la naturalidad de un extraño. Más tarde me confesó los barcos eran lo suyo. Lo veía manejarse entre cuerdas y motores como si nunca hubiera dejado el mar. Y aun así… me costaba creer que siguiera vivo.

Quise redimirme. Por no haber podido salvarlo en el naufragio. Lo contrataron. Trabajamos juntos semanas, hasta que todo se torció.

Una tarde, alguien subió al barco. No puedo decir su nombre, pero sabía quién era yo… y quién era Zora. Me metió a empujones en el camarote. Me exigió dinero. Le dije que no teníamos. Entonces cambió el tono: si quería seguir respirando, debía esconder unos bultos de droga en un barco determinado. No tuve elección.

Antes de marcharse, creí ver a Max merodeando cerca. No sé si escuchó algo, pero al día siguiente desapareció. Horas después, supe que lo habían encontrado muerto.

Cuando se lo conté a Zora, se derrumbó. Me rogó que me negara, que no me metiera otra vez en ese infierno. Quería hacerle caso. Pero al día siguiente, la misma persona regresó. Le dije que no lo haría. Entonces sonrió, y con esa sonrisa… me amenazó.
—¿Crees que la persona que asesinó a Max podría ser la misma que te obligó a esconder la droga? —preguntó Caños.
—Seguramente, o mandó a alguien a hacerlo.
—Necesito el nombre de quien te amenazó. ¿Quién fue? —dijo expectante.
—No puedo.
—Te protegeremos.
—No podéis. Si hablo, me matarán, igual que a Max y a Zora.
—¿Crees que fue la misma persona?
—Eso creo, pero no puedo decir más. Me tengo que ir.
—Pero a Zora la mataron días después.
—Sí. Cometió una insensatez.
—¿Qué hizo?

—Compró un arma. Un contacto le dio una dirección en un barrio de La Línea. Fue a ver a esa persona y le aseguró que se la conseguiría. Para no levantar sospechas, le dijo que, cuando la tuviera, me la entregara a mí en el trabajo. Días más tarde apareció una mujer. Me dio una bolsa de deporte y me dijo que se la entregara a Zora, que ya estaba pagada. Se fue sin más. No parecía peligrosa.
—¿No era la misma persona de los bultos?
—No.
—¿Estás dispuesto a contar todo esto en comisaría?
—No. Hay gente de allí implicada.
—¿Policías?
—Sí… pero no puedo decir nada más. Me voy. —Se alejó con paso rápido.
—¡Espera! Necesito que me cuentes más —gritó Caños.

Pero fue inútil. Solo pudo seguirlo con la mirada hasta que su silueta se perdió entre las dunas.
Caños intentaba encajar las piezas de todo lo que Ted le había contado. No sabía a quién le tenía tanto miedo, pero algo estaba claro: había alguien poderoso detrás de todo aquello.
Aunque sentía que estaba cada vez más cerca de resolver el puzle, aún quedaban demasiados huecos. No podía determinar cuántas personas estaban implicadas, ni hasta dónde llegaba la red. Todo apuntaba a que no era cosa de uno solo. Necesitaba esclarecer los hechos, no solo por justicia para Max y Zora, sino porque, si lograba desentrañar aquella maraña, su carrera daría un salto decisivo.
Decidió volver a la comisaría. Mientras caminaba hacia el coche, el sonido del viento se mezclaba con el murmullo del mar al fondo. Sacó el móvil del bolsillo y marcó un número.

Llamada

Ágata: Hola, Caños.
Caños: He hablado con Ted. Me ha aclarado algunas cosas de lo que pasó —dijo, y a continuación le contó todo con detalle.
Ágata: ¿Y qué vamos a hacer ahora?
Caños: Tú ya no deberías hacer nada.

Ágata: Sabes que no me voy a quedar quieta. Tengo que hacer algo —interrumpió con firmeza.
Caños: Me lo imaginaba. Dime una cosa: ¿cómo sabe Roque que le estabas siguiendo?
Ágata: Creo que me vio —respondió, intentando no delatar a Joel.
Caños: Pues si de verdad quieres hacer algo, deberías irte a casa.
Ágata: ¿Cómo que a casa?
Caños: Descansa unos días. Se te nota cansada.
Ágata: No estoy cansada —reafirmó con tono seco.
Caños: Verás, en un par de días hablamos y decidimos qué puedes hacer.
Ágata: Pero…
Caños: No hay más peros, Ágata. Vete a casa —dijo cortante.
Ágata: Está bien —aceptó a regañadientes.
Caños: No me fío de nadie. Voy a poner a varios agentes a investigar a Chema, el compañero de Roque; al policía que custodia las pruebas; a Elisa; a Roque… y también a Ted. Yo intentaré averiguar quién fue la persona que le proporcionó el arma a Zora.
Ágata: ¿También al policía que custodia las pruebas?
Caños: Como te he dicho, no me fío de nadie. Nunca aparecieron las armas blancas de los asesinatos. Puede que ese agente las haya escondido… o que alguien le pagara para hacerlas desaparecer. No lo sé.
Ágata: Bien, entonces me vas contando.

Ágata volvió a casa resignada. No soportaba la idea de no hacer nada. Nada más entrar, se quitó el abrigo y fue directa a la habitación donde guardaba todo su material. Aquel pequeño santuario del caso: carpetas alineadas, notas adheridas a la pared, fotografías, nombres, fechas, y flechas que unían sospechas con certezas. Encendió la lámpara del escritorio y repasó cada hoja, cada detalle, como si la respuesta pudiera esconderse entre los márgenes. Añadió algunos recortes nuevos y reordenó los hilos de cuerda que conectaban las piezas del puzle. Estaba convencida de que Roque no era trigo limpio. Había algo más, algo que ocultaba con demasiado empeño. No era un hombre de fiar.

Por un instante pensó en volver a seguirle, sin decirle nada a Joel. Así evitaría que él pudiera advertir a su padre. También le rondaba otra idea: si Elisa era zurda, tal vez debía investigarla más a fondo. Quizás ella fuera la verdadera responsable de la muerte de Max y Zora. Pero tenía que contenerse. Caños le había pedido que se

mantuviera al margen, y aunque le costaba, sabía que lo más sensato era esperar.

Los hechos seguían suspendidos en el aire. No había pruebas físicas, ni testimonios sólidos. Solo fragmentos inconexos y demasiadas sombras.

CAPÍTULO 85

En Zagreb:

Llegó el sábado por la tarde. Eira acababa de salir de la ducha y empezó a elegir la ropa para ir a casa de Jasmín. Se sentía algo más animada; intuía que, con el paso de los días, todo iría mejor.
Se puso unos vaqueros ajustados, una camiseta blanca y encima una blusa vaquera. Completó el conjunto con sus deportivas blancas favoritas. Frente al espejo, se dio un toque de rímel, se pintó los labios de color fucsia y añadió un poco de colorete.
Se despidió de su madre con una sonrisa y salió de casa. Como iba con tiempo, decidió no coger el coche y fue caminando. El aire de la tarde era templado y el cielo comenzaba a teñirse de tonos anaranjados.
Jasmín vivía unas calles más abajo. Eira caminaba distraída, pensando en la noche que le esperaba, cuando su móvil empezó a sonar. En la pantalla solo aparecía una palabra: *"Número oculto."*
Por un instante dudó si respondía.

Llamada

Eira: Sí, ¿quién es? Hola —nadie contestaba, pero se escuchaba la respiración —. Holaaa. ¿Quién es? —al final como no respondía nadie, colgó.

Eira se preguntó quién podía ser. Por un momento pensó que quizá era Otto, intentando ponerla nerviosa, aunque también podía tratarse de una simple confusión.

Decidió no darle más importancia. Guardó el móvil en el bolsillo y siguió caminando, tratando de apartar el pensamiento de su cabeza. *«Si es algo importante, volverán a llamar»*, se dijo.

Aun así, durante unos segundos no pudo evitar mirar de reojo a su alrededor, con esa sensación incómoda de que alguien la observaba. Pero enseguida respiró hondo, fingió tranquilidad y continuó su camino hacia casa de Jasmín.

Al llegar, Eira llamó al timbre y esperó unos segundos. Jasmín abrió la puerta con una sonrisa misteriosa. Dentro, todo estaba a oscuras.
—¿Qué pasa? —preguntó Eira, intrigada.
De pronto, unas voces rompieron el silencio:
—¡Sorpreeesaaa! —gritaron todos al unísono, saliendo de sus escondites.
Eira se quedó paralizada, sin poder disimular la expresión de sorpresa. Poco a poco empezaron a encenderse las luces, y vio salir gente por todas partes: compañeros de la compañía de baile, amigos… incluso los gemelos.
Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras miraba a su alrededor, todavía asimilando lo que pasaba.
—Vaya, ¡qué sorpresa! Pero si estáis todos, dijo contenta.
—Jasmín había organizado una fiesta de despedida. La mayoría de los compañeros no dudaron en asistir.
—Eira fue saludando uno a uno a todos los presentes; aún no terminaban de creerse lo ocurrido. La indignación era general: nadie entendía cómo podían haberla despedido después de todo el tiempo, la dedicación y el esfuerzo que había entregado a la compañía.
—Mientras tanto, entre risas y música, brindaban y picoteaban los dulces y aperitivos que habían preparado. El ambiente era cálido, lleno de complicidad.
—Eira, por primera vez en días, se sintió realmente arropada. Saber que estaban de su lado le devolvía un poco de la confianza perdida.

Se dio cuenta de que la apreciaban, no solo como compañera, sino también como bailarina y coreógrafa.

Pasaron toda la tarde con los compañeros. Poco a poco fueron despidiéndose, hasta que solo quedaron Eira y Jasmín. Se sentaron en el sofá, agotadas.

—Ufff… estoy muerta —dijo Jasmín, con una sonrisa.
—Y yo —respondió Eira, sonriente —. Muchas gracias por la sorpresa. No me imaginaba nada. Me ha encantado.
—Me alegro mucho.
—Creo que me voy a ir ya.
—¿Has encontrado trabajo?
—No. Aún es pronto.
—¿Y por qué no montas tu propia escuela de danza?
—preguntó Jasmín de repente.
—¿Qué dices?
—¿Tienes algo de dinero ahorrado?
—Algo, sí.
—Pues podrías alquilar un local pequeño y empezar desde cero. Seguro que te va bien. Eres una gran bailarina, y la danza ahora está de moda. Hay muchas chicas y chicos con ganas de aprender.
—Me encantaría… pero no creo que pueda pagarlo.
—Es cuestión de mirar. No pierdes nada, ¿no?
—Tienes razón. Lo miraré.
—Yo me iría contigo de cabeza.
—¿En serio?
—Claro. No aguanto a Nina.
—Entonces me pondré a buscar un local —dijo Eira con una sonrisa más viva que hacía días no mostraba.
—Yo puedo aportar algo de dinero.
—Es muy arriesgado, podrías perderlo.
—No me importa. Yo también buscaré algún local.
—Vale… seremos socias.
—No, no, el mérito es tuyo. Será *tu* escuela.
—Bueno, ya lo iremos viendo.
—¡Qué guay! —exclamó Jasmín, riendo y abrazándola.

Por primera vez en mucho tiempo, Eira sintió que tal vez un nuevo comienzo era posible.

Eira se fue caminando despacio, dejando que el aire fresco de la noche le despejara la mente. No podía dejar de pensar en la idea de Jasmín. Tal vez era una buena salida… una forma de empezar de nuevo.

Mientras avanzaba, hacía cálculos mentales: cuánto dinero le quedaba, cuánto podría costarle un local, los materiales, las clases… Todo parecía difícil, pero no imposible.

Al llegar a casa, se descalzó en la entrada y fue directa a la cama. Su madre ya dormía; la casa estaba en silencio y la oscuridad invitaba al descanso.

Se tumbó boca arriba, dejando que la imaginación volara. Se vio bailando, enseñando a sus propios alumnos, riendo en su propia escuela. Por un momento, sintió esa chispa de esperanza que hacía tiempo no aparecía.

Pero, como siempre, su pensamiento terminó volviendo a Alen. No podía controlar el latido acelerado de su corazón cada vez que lo recordaba. *«¿Qué habrá sido de él?»*, se preguntó, mirando al techo con una mezcla de ternura y melancolía.

Quizá él ya había pasado página. Pero ella… aún no podía.

CAPÍTULO 86

En Cádiz:

Al día siguiente por la tarde, Joel fue a ver a su madre y al pequeño. Hacía tiempo que no pasaba por allí, y su madre ya empezaba a echarle de menos.
Mientras tanto, Ágata aprovechó para poner un poco de orden en la casa —que habían descuidado los últimos días— y preparar algo de comer. Sin embargo, no lograba quitarse de encima una sensación de nerviosismo e impaciencia. Cada vez que el teléfono sonaba, el corazón le daba un vuelco. Esperaba que fuera Caños, llamando con alguna novedad.
Anhelaba que todo se resolviera de una vez. Llevaba demasiado tiempo moviendo cielo y tierra por encontrar a los verdaderos culpables.
Joel quería mucho a su hermano. Jugaba siempre que podía con él y el pequeño lo adoraba. Era increíble lo rápido que crecía Noé. Ya daba sus torpes pasos por toda la casa.
Joel y su madre se acomodaron en el sofá para charlar un rato. Entre conversación y risas, en un descuido, perdieron de vista a Noé. Cuando se dieron cuenta de que no estaba, Joel salió disparado hacia la cocina, mientras Cintia buscaba por el pasillo y las habitaciones.

Entonces, la vio. En lo alto de las escaleras, Noé se tambaleaba intentando subir un peldaño más. Cintia sintió un vuelco en el pecho y corrió hacia él. Lo alcanzó a tiempo, lo tomó en brazos, pero en ese mismo instante tropezó.
Para evitar que el pequeño se golpeara, lo protegió con su brazo y su cuerpo, abrazándolo con todas sus fuerzas. Sin embargo, el impulso la arrastró hacia atrás y cayó por las escaleras. Su cuerpo fue golpeando con violencia cada peldaño, hasta que ambos terminaron en el rellano, con un estruendo seco que retumbó por toda la casa.
—¡Mamá! ¿Estás bien? —gritó Joel, corriendo al oír el llanto del niño y el grito de su madre.
—Ayyy… —se quejó Cintia, llevándose una mano al tobillo —. ¿El niño está bien?
—Sí, creo que sí —dijo Joel, cogiéndolo en brazos para asegurarse de que no tenía nada.
—Yo no me puedo levantar… me he hecho daño en el tobillo.
—Vale, tranquila —respondió Joel, intentando mantener la calma —. Dejó a Noé en la cuna y volvió junto a ella. Te llevo al sofá y ahora acerco el coche para ir a urgencias.
—¿Y Noé?
—Llamo a la tía.
—No puede hoy, dobla turno en el trabajo. Mejor llama a una ambulancia y tú te quedas con él.
—No quiero dejarte sola.
—No pasa nada, de verdad.
Joel, preocupado, llamó al servicio de emergencias, pero le informaron de que no había ambulancias disponibles en ese momento. Al no tratarse de una urgencia vital, le advirtieron que podrían tardar bastante en llegar.
Joel intentó arrancar el coche. Pero no había manera.
—Joer, creo que me he quedado sin batería.
—¿Por qué no llamas a tú padre? A lo mejor se puede acercar.
—Está bien, le llamaré —dijo protestando.

Finalmente, Joel, muy a su pesar, decidió llamar a su padre. El teléfono sonó una vez, dos, tres… y con cada tono su expresión iba cambiando: de la resignación al enfado contenido. Cuando ya estaba a punto de colgar, al sexto tono, por fin, su padre se dignó a contestar.

Llamada

Roque: ¿Qué pasa? ¿Alguna novedad? —respondió Roque con voz seca al descolgar.
Joel: ¿Puedes venir? Mamá se ha caído por las escaleras y se ha hecho daño. He intentado llevarla en mi coche, pero no arranca, y la ambulancia puede tardar bastante —dijo Joel, conteniendo la angustia mientras le explicaba lo ocurrido.
Roque: No te preocupes, ahora voy —contestó Roque sin dudar.

Joel respiró hondo al oírlo. No le hacía gracia tener que recurrir a él, pero en ese momento no tenía otra opción.

Pasó más de una hora hasta que, por fin, apareció una ambulancia.

De Roque no había ni rastro. Joel intentó llamarlo varias veces, pero su padre no contestaba. La rabia le subió al pecho. *«Este cabrón nunca cambiará»*, pensó, apretando el móvil entre los dedos.
En el hospital, se llevaron a Cintia en una silla de ruedas mientras Joel aguardaba en la sala de espera con Noé dormido en sus brazos. El tiempo se le hizo eterno. Casi dos horas después, por fin, la vio salir acompañada de una enfermera.
Cintia caminaba despacio, apoyada en una muleta. Tenía el tobillo izquierdo vendado, varios hematomas en los brazos y una contusión en una costilla, pero, dentro de lo que cabía, estaba bien. Joel respiró aliviado al verla.

—¿Cómo estás? —preguntó Joel, con el niño dormido en sus brazos.
—Bien, pero ahora no puedo trabajar. Me han dado la baja. Lo de la costilla me llevará al menos un par de semanas —respondió Cintia con un suspiro.
—Bueno, tú nunca faltas al trabajo. Te mereces un descanso, aunque sea por estas circunstancias —intentó animarla Joel.
—¿Ha llamado tu padre?
—No.

—Cogeremos un taxi, entonces.
—Vale.

Pidieron uno y, durante el trayecto, Joel no dejaba de mirar por la ventana, con el ceño fruncido. La rabia le hervía por dentro. *«¿Qué estará haciendo? ¿Cómo ha podido dejarnos tiraos así?»*, pensaba, apretando los dientes para no soltar una maldición en voz alta.

CAPÍTULO 87

En Zagreb:

Llegó el lunes. Era uno de esos días en los que las nubes cubren por completo el cielo, dejando apenas resquicios para la luz. El sol luchaba por abrirse paso, filtrando destellos entre los huecos que dejaban las nubes grises.
Eira, desde la ventana, observó cómo la calle empezaba a cobrar vida bajo aquel tímido claro de luz.
Desayunó tranquila, se preparó y se levantó de la mesa con una determinación renovada. Aquella mañana tenía un propósito: encontrar un local. Había reunido todo el dinero que le quedaba y, aunque no era mucho, confiaba en que bastaría para alquilar algo pequeño, un espacio donde pudiera empezar de nuevo.
Salió con paso decidido. Compró el periódico, visitó una agencia inmobiliaria y comenzó su recorrido por la ciudad, anotando direcciones, comparando precios, soñando con posibilidades.
Pero las horas pasaron, y al final del día regresó a casa con los pies doloridos y el ánimo algo vencido. No había encontrado nada que encajara con lo que buscaba.
Comió con su madre mientras charlaban, poniéndose al día entre risas suaves y confidencias. A pesar del cansancio, en los ojos de Eira aún brillaba una chispa: la de quien no piensa rendirse.

—Hija, ¿no sería mejor que compraras el local? En el alquiler se te va todo el dinero —dijo su madre, mirándola con gesto preocupado.
—Ya, mamá, ya lo he pensado… pero no tengo suficiente.
—Bueno, yo tengo algo ahorrado. Podría dejártelo —insistió con ternura.
—No, mamá, ese dinero es tuyo. No quiero tocarlo. Seguiré mirando alquileres, y más adelante ya veré.
—Como quieras —dijo ella con una sonrisa leve —. Pero que sepas que te lo puedo dejar. Yo ahora no necesito tanto.
—Vale, gracias. De verdad.

Más tarde, Eira se sentó junto a la mesa del salón con el periódico abierto y un rotulador en la mano. Iba marcando anuncios, tachando precios imposibles, haciendo cuentas mentales y soñando con cómo podría ser su futuro local.
De pronto, el teléfono sonó.
Eira lo miró unos segundos, dudando, antes de cogerlo.

Llamada

Eira: Hola… ¿qué quieres?
Otto: Hola. ¿Cuándo vas a recoger tus cosas? Voy a alquilar una habitación y necesito el espacio.
Eira: Pues… esta tarde, si te viene bien.
Otto: Ya te lo he metido todo en unas cajas.
Eira: Vale. Entonces me paso sobre las seis.
Otto: De acuerdo.

Cuando colgó, Eira se quedó mirando el teléfono unos segundos. Notó a Otto distinto, apagado. Había algo en su tono —esa falta de ironía, de soberbia habitual— que le resultó extraño. No esperaba que quisiera deshacerse de sus cosas tan rápido… ni que sonara tan derrotado al hacerlo.

Eira siguió un rato más con lo suyo, marcando en el periódico algunos locales que podían encajarle. Después se levantó, se vistió y empezó a hacer llamadas. Logró concertar dos citas para el día siguiente —una por la mañana y otra por la tarde, pero había uno

que le llamaba especialmente la atención y decidió acercarse a verlo, aunque quedaba bastante lejos.

Cuando llegó frente al escaparate, se quedó fascinada. Era más amplio de lo que imaginaba. Las paredes necesitaban una mano de pintura y el suelo pedía un buen arreglo, pero, aun así, el lugar tenía algo. Podía imaginárselo lleno de vida, con música, con gente entrando y saliendo. Sonrió sin darse cuenta. Sabía que le supondría un esfuerzo extra y que el presupuesto iba justo, pero aquel local tenía algo distinto. Decidió que volvería al día siguiente para verlo por dentro.

Llegó la hora de ir a casa de Otto. Eira condujo en silencio, con el corazón latiéndole más rápido de lo habitual. Aparcó el coche cerca del portal y respiró hondo antes de llamar.

Marcó su número y esperó unos segundos. Contestó y Salió del portal.

—Hola —dijo Otto, dejando una caja en el suelo.
—Hola. ¿No hay más cajas? —preguntó Eira mientras la metía en el coche.
—Sí, hay dos más. ¿Cómo estás? Te veo bien.
—Sí, estoy bien. ¿Y tú? ¿Cómo es que alquilas una habitación?
—No tengo pasta. Últimamente no hago conciertos.
—¿Y a quién se la vas a alquilar?
—De momento, a Tihana.
—Vaya… qué casualidad.
—Pero bueno, podría estar mejor contigo.
—¿Estás con ella?
—Bueno… tenemos algo. Pero quiero estar contigo.
—Otto, no empieces. No voy a volver.
—Aún podemos intentarlo.
—No sigas.
—Te echo de menos, lo estoy pasando mal —dijo él, dando un paso hacia ella.

—Pues lo siento. Consuélate con la cantante, o con cualquiera de las que tuviste mientras estabas conmigo —respondió Eira, apartándose.
—No seas así. Ya no estoy con nadie.
—¿Y la cantante?
—Eso es pasajero.
—Ya. Me da igual.
—La dejo y volvemos a estar juntos, empezamos desde cero.
—Te he dicho que no. Ya no vuelvo contigo ni loca. Subo a por las cajas y me voy.
—No, mejor te las bajo yo.
—¿Por qué no quieres que suba?
—Porque no.
—Está ella, ¿no?
—Sí.
—Vale, pues bájamelas.
—Eira, vuelve conmigo. Podemos estar bien.
—No, contigo no he estado bien.
—¿Ah, no? —dijo Otto, elevando la voz y acercándose más.
—No. Otto, no.
—Eres increíble… ¿encima no has estado bien conmigo? ¡Hacías lo que querías y vivías sin pagar nada! —escupió con desprecio.
—Déjalo, no tengo ganas de discutir.
—Pues muy bien, yo tampoco tengo ganas de bajarte más cajas. Otro día vienes a por ellas.
—Ya que estoy aquí, bájamelas o subo yo a por ellas.
—Te he dicho que no. Te *"jodes"* y vienes otro día si las quieres —dijo dándole la espalda y entrando en el portal.
—¡Pues vengo otro día! O si no quédatelas —gritó
—Eira, subiendo al coche. *«Increíble… será "cabrón"»*, murmuró en voz alta mientras arrancaba.

Se fue resignada hacia su casa, con una mezcla de rabia y decepción. Sentía curiosidad por ver qué se había dignado Otto a meter en aquella caja.

CAPÍTULO 88

En Cádiz:

Ted llegó a casa algo intranquilo, con la sensación de que en cualquier momento todo podía venirse abajo. Por un lado, pensaba que quizá no debería haber contado nada; por otro, sabía que llevaba demasiado tiempo guardándose aquello. Tendría que haber explotado hace ya mucho, plantarse en comisaría y decir los nombres, uno por uno.
Pero no tenía pruebas. Y sin pruebas, todo sería inútil… además de una condena segura para él.
Cerró la puerta tras de sí y se quedó unos segundos quieto, escuchando. Solo el tic-tac del reloj de pared le acompañaban.
Dejó las llaves sobre la mesa, se sirvió un vaso de agua, y trató de calmarse.
Entonces, sonó la puerta. Un golpe seco. Luego otro. Más insistente. El corazón se le aceleró sin motivo aparente. No esperaba a nadie. Durante unos segundos dudó. Quizá algún vecino… o tal vez no. El tercer golpe lo sacó de sus pensamientos.
Aún con el vaso en la mano, se acercó despacio. Cada paso resonaba en el suelo de madera. A través de la mirilla, solo vio oscuridad. Se inclinó un poco más, intentando enfocar. Nada. Sintió

un escalofrío recorrerle la espalda. Giró el pomo. La puerta se abrió con un chirrido leve.
Y entonces, el aire cambió.

—No te muevas y ni se te ocurra gritar —dijo una voz al tiempo que la puerta se cerraba tras ella. Una figura entró en penumbra, encapuchado, apuntando a Ted con una pistola a la que estaba acoplado un silenciador.
—¿Qué quieres? —balbuceó Ted, la voz rota por el miedo.
—¿Por qué has tenido que abrir esa "*puta*" boca? —se acercó, sin prisa, y colocó el cañón a la altura de la frente de Ted.
—No he dicho nada, no he dado tu nombre.
—Seguro que no —respondió, con sorna —. No me lo creo. Al final has tenido que hablar.

Ted, aferrándose a una última esperanza, escupió:

—¿Mataste a Zora?

La pregunta sonó desesperada, como si la respuesta pudiera cambiar algo.

—¿Pretendes que te lo diga? —replicó el otro, con desprecio. No estás en condiciones de pedir nada.
—Si vas a disparar, quiero saberlo. ¿Quién la mató? ¿La mataste tú? —insistió Ted, la voz quebrada.

El silencio respondió unos segundos. Luego, con una calma que helaba, el hombre dijo:

—Sí, yo la maté.

El disparo fue seco, contenido por el silenciador, y Ted se desplomó casi sin ruido. El intruso se inclinó un instante sobre él, lo miró fijamente como quien confirma una sentencia, luego guardó el arma y se alejó sin volver la vista atrás.
Ted quedó tendido en el suelo, el impacto en la frente. Sus ojos se quedaron entreabiertos; una lágrima trazó un surco lento por su mejilla. Al menos, en su último aliento, supo quién había matado a su mujer.

Al otro lado de la ciudad, Joel llegó a casa. Había dejado a su madre ya instalada y algo más tranquila, pero el día había sido agotador. Entre el susto, la avería del coche y el cambio de batería, apenas le quedaban fuerzas.
Ágata estaba en la habitación, rodeada de sus perpetuos papeles del caso, aunque su mente hacía rato que había dejado de concentrarse en ellos.

—Hola, preciosa —dijo Joel al entrar, inclinándose para darle un beso.
—Se te ha hecho tarde al final.
—Sí… entre el lío de mi madre y el coche, el día se me ha ido volando.
—Ya me imagino.
—Anda, vístete. Vamos a cenar fuera —dijo con una media sonrisa —. Necesito desconectar de todo esto.
—Vale.

Ágata se levantó despacio. Eligió un vestido largo, negro, que realzaba su silueta. Se maquilló con delicadeza, perfiló sus labios de un rojo intenso y se calzó unos zapatos del mismo tono, con un tacón tan elegante como cómodo. Luego recogió su melena, tomó el bolso y sonrió.
Joel la observó unos segundos en silencio, antes de decir con un brillo en los ojos:

—Estás preciosa.
—Tú también estás muy guapo —dijo Ágata en español, con su acento extranjero aún marcado pero dulce.
—Hoy voy a presumir de chica.
—¿Los demás días no? —replicó con una sonrisa traviesa.
—¡Clarooo! Pero hoy más —rio Joel.
—Es una broma… ¿Nos vamos?
—Vaya, me sorprendes.

—¿Y eso?
—Porque ya hasta haces bromitas en español. Estás aprendiendo muy rápido.
—Sí, claro, tengo facilidad con los idiomas —respondió Ágata entre risas.
—Ya veo. Pues, vámonos.

Salieron entre risas y el eco de su complicidad llenó el momento. Joel fue a abrir la puerta del coche cuando el móvil vibró en su bolsillo. Miró la pantalla, y su expresión cambió al instante.

Llamada

Joel: ¡Joer, ya era hora de que dieras señales de vida! —dijo enfadado al ver el nombre de su padre en la pantalla.
Roque: No he podido, tenía que hacer algo importante.
Joel: ¿Y no podías avisar? Nooo, claro, ¿para qué? Total, solo era una emergencia. Como siempre, no podíamos contar contigo —respondió con ironía, conteniendo la rabia.
Roque: Bueno… ¿cómo está tu madre? —sin hacer caso a su ironía.
Joel: Tiene un esguince en el tobillo y una contusión en una costilla.
Roque: Al final tampoco era para tanto. Eso se le cura pronto. Te tengo que dejar, mañana me paso a verla.
Joel: Como quieras… adiós.

Joel guardó el móvil en el bolsillo con un gesto seco. Sentía la sangre hervirle. Cada vez que hablaba con su padre, se juraba que sería la última.

Ya en el coche, Joel conducía con la mirada perdida, los dedos tensos sobre el volante. Ágata lo notó enseguida.

—¿Estás bien? —preguntó con suavidad.
—Sí, tranquila… —respondió, aunque su voz sonaba cargada —. Es que, para una vez que lo necesito, ni aparece. Le llamo y ni siquiera es capaz de coger el teléfono o avisar.
—Ya sabes cómo es —dijo Ágata, intentando calmarlo.
—Sí. Ese es el problema… que sigo cayendo en lo mismo —murmuró, con la vista fija en la carretera.

Hubo un breve silencio, roto solo por el motor.

—Bueno, déjalo ya —dijo ella, con una sonrisa que buscaba aliviar el peso del momento —. Vamos a cenar.
—Tienes razón —asintió Joel, exhalando hondo —. Mejor desconectamos… de todo y de todo el mundo.

Cuando aparcaron el coche, caminaron juntos hasta el restaurante, disfrutando del aire fresco de la noche.

—¡Ey, Joel! ¿Qué tal? ¡Cuánto tiempo! —dijo una voz familiar desde la acera. Joel se giró sorprendido.
—¡Lucas! —exclamó sonriendo. ¡Qué pasa, tío! Hola, Rebeca.
—Hola —respondió ella con una sonrisa amable.
—Mira, esta es mi novia, Ágata —dijo Joel, presentándola con orgullo.
—Encantada —dijo ella, tendiendo la mano con su acento extranjero.
—Encantado —respondió Lucas, mientras Rebeca asentía con una sonrisa.

Lucas y Rebeca eran viejos amigos de Joel, del barrio donde creció. Salían juntos desde el instituto y, aunque hacía años que no se veían, la conexión entre ellos seguía ahí, como si el tiempo no hubiera pasado.

—Pues sí, ha pasado mucho tiempo. ¿Qué hacéis por Conil? —preguntó Joel.
—Hemos venido a pasar el día —respondió Lucas —. ¿Y tú?
—Yo vivo aquí. ¿Te acuerdas de que mis abuelos tenían una casa?
—¡Es verdad! ¿O sea que te quedaste con ella?
—Sí, la heredé cuando mi abuela falleció.
—Vaya, lo siento. Tu abuela era muy simpática.
—Si. No pasa nada, es ley de vida —dijo Joel con una media sonrisa.

Hubo un breve silencio, un instante de esos en que el pasado parece colarse entre las palabras.

—Bueno, tío, a ver si quedamos un día —dijo Lucas, recuperando el tono animado.
—Cuando quieras. Nosotros ahora íbamos a cenar.

—Oye, pues podríamos vernos mañana, si no tenéis planes —propuso Rebeca.
—Eso, nosotros pensábamos ir a la playa de Trafalgar, en Caños de Meca. ¿Os venís? —añadió Lucas.
—No tenemos planes, la verdad. ¿Qué dices, Ágata? —preguntó Joel, mirándola.
—Por mí, bien. Vamos —respondió ella con una sonrisa.
—Perfecto, pues quedamos allí. ¿A qué hora vais?
—Sobre las once.
—Vale, entonces nos vemos mañana, en la bajada del faro.
—Guay, hecho. ¡Hasta luego! —dijo Lucas.
—Hasta luego —respondieron ambos mientras se alejaban.

De camino al restaurante, Joel le contó a Ágata que durante mucho tiempo solía salir con Lucas; eran inseparables. Lo describió como un chico dicharachero, siempre de buen humor, de esos que saben hacer reír incluso en los peores días. Tenía el pelo negro y unos ojos grandes, castaños y vivaces, que acompañaban perfectamente a esa energía suya tan contagiosa.
Rebeca, en cambio, era más reservada. Al principio se mostraba tímida y prudente, pero una vez que tomaba confianza, se volvía una presencia constante, casi imposible de ignorar. No importaba, porque su simpatía lo llenaba todo. Era bajita, de cabello rubio oscuro y muy rizado, con unos pequeños ojos verdes que brillaban cuando sonreía.
Joel habló de ellos con una mezcla de nostalgia y cariño. Recordó que, cuando Lucas empezó a salir en serio con Rebeca, sintió al mismo tiempo alegría y cierta tristeza. Le costó acostumbrarse a ver cómo su amigo se alejaba poco a poco, como suele pasar con tantas amistades de juventud. Luego la vida siguió: nuevas chicas, nuevos amigos, y cada uno tomó su propio camino.
Ágata lo escuchaba con atención, encantada de que Joel se abriera así con ella. Le gustaba conocer esa parte más íntima, ver cómo se iluminaba cuando hablaba de su pasado. Le fascinaba esa forma tan suya de contar las cosas: gesticulando, moviendo las manos con pasión, como si cada recuerdo cobrara vida al salir de su boca.

Ágata y Joel siguieron andando hasta llegar al restaurante. Era un local típicamente andaluz: el suelo combinaba mosaicos de cerámica y madera, y todo el ambiente desprendía ese aire informal y acogedor, pero a la vez elegante, tan característico del sur.

Destacaba sobre todo el patio interior. En el centro, una fuente de piedra con mosaicos alegraba el espacio con su rumor constante. A su alrededor se distribuían mesas y sillas de madera tallada, decoradas con dibujos alegres y coloridos. El lugar rebosaba vida gracias a la abundancia de plantas: hortensias, buganvillas, narcisos, jacintos… y, por supuesto, los imprescindibles geranios andaluces, en una explosión de tonos rojos, rosados y blancos.

El camarero, un hombre simpático y dicharachero, los acompañó hasta su mesa. Joel pidió una botella de vino de la tierra, blanco y semidulce, el preferido de ambos. Era suave, pero a Ágata solía subírsele enseguida, lo que siempre hacía reír a Joel.

Mientras miraban la carta, se decidieron por unas almejas a la marinera y una bandeja variada de *pescaitos fritos*: chocos, cazón en adobo, pescadilla y puntillitas —esos diminutos calamares que en otras zonas llaman almendritas, crujientes y deliciosos. De postre, compartieron una sopa de chocolate blanco, una crema templada y suave que a Ágata le pareció el colofón perfecto. Le gustó tanto que, por poco, se chupa los dedos.

Cuando terminaron, salieron a pasear un rato antes de volver a casa. La noche era templada, con una brisa que olía a mar. Se sentaron en un banco frente al agua, en silencio, mirando las estrellas.

Entonces, a Ágata le vino a la mente su padre. Recordó aquellas veces en que Max zarpaba para trayectos largos, y toda la familia iba al puerto a despedirlo. Ella corría detrás del barco, con la mano levantada, gritando su nombre hasta que el muelle se acababa y la figura del barco desaparecía entre las luces del horizonte.

La imagen se desvaneció tan suavemente como había llegado.

Llegaron a casa y al bajar del coche Joel la tomó de la mano, y juntos regresaron al interior. Poco después, se metieron en la cama, arropados por el sonido lejano de las olas.

CAPÍTULO 89

En Zagreb:

Al día siguiente, Eira no dejaba de mirar el reloj. Estaba impaciente por que llegaran las diez para poder ver el local. A las cinco tenía la siguiente cita, así que el día se le antojaba largo, pero lleno de esperanza.
Se metió en la ducha para despejarse y, al salir, comenzó a vestirse. Entonces recordó que aún no había abierto la caja que Otto le había bajado. La abrió con cierta curiosidad, aunque en el fondo ya sabía lo que se iba a encontrar.
Dentro había un par de sudaderas, unos vaqueros, unos zapatos y un bolso. Faltaban muchas cosas. Demasiadas. Resopló con frustración. *"Claro"*, pensó, *"otra de sus formas de tenerme atada, guardando mis cosas para que siga dependiendo de él."*
Sacó las cosas y cerró la caja con determinación. Otto era el pasado. Ese día decidió que no iba a permitir que nada ni nadie la desviara de su rumbo. A partir de ahora, solo pensaría en una cosa: su futuro.
El primer local que Eira iba a visitar, era el que había visto el día anterior y le había gustado. Estaba cerca del *Parque Maksimir*, una zona agradable y muy concurrida, perfecta para atraer gente interesada en su futura academia. Además, quedaba a poca

distancia del estadio *Maksimir*, sede del *Dinamo de Zagreb*, lo que añadía movimiento y vida al entorno.
Cuando por fin llegó la hora, Eira salió de casa y subió al coche. Sentía una mezcla de nervios y emoción; era la primera vez que algo empezaba a parecer real. Condujo hasta la zona, logró aparcar no muy lejos y se dirigió caminando hacia el local.
Desde fuera, le encantaba. Dos grandes cristaleras llenaban la fachada, dejando pasar la luz y dando sensación de amplitud. Se quedó unos segundos observando su reflejo en el vidrio antes de entrar.
Dentro la esperaba el propietario: un hombre de aspecto serio, pero trato cordial. Llevaba una chaqueta clara y unos zapatos bien cuidados. Su voz era aguda, el cabello castaño, y su complexión robusta. Se notaba en sus gestos y modales que era alguien acostumbrado a moverse entre gente educada y con cierto aire distinguido.
Eira le devolvió el saludo con una sonrisa nerviosa, intentando disimular la expectación que sentía por dentro.
Nada más entrar, Eira se fijó en la distribución: a la izquierda había un pequeño despacho y, al fondo, un cuarto de baño. La sala principal no estaba mal de tamaño para empezar. Tendría que hacer algunas reformas —un vestuario, un espejo de pared a pared, una barra de baile, pero el espacio tenía potencial.
El propietario le explicó que el local estaba disponible para entrar de inmediato, aunque de momento no lo vendía, solo lo alquilaba. Hablaron un rato sobre las condiciones y Eira, con su simpatía habitual, consiguió que le rebajara un poco el precio. Antes de marcharse, le dijo que esa misma tarde le confirmaría su decisión.
Salió del local con una sonrisa. Le había gustado, y el lugar le parecía perfecto. Permaneció unos segundos en la acera, observándolo desde fuera, imaginando el cartel sobre la puerta. *«Eira Novak»*, pensó, y una chispa de ilusión le recorrió el cuerpo.
Al llegar a casa, le contó a su madre la impresión que se había llevado. Hablaron de los trámites que tendría que hacer, del papeleo, de los permisos, de todo lo necesario para poder abrir su academia. Sin darse cuenta, se les echó la tarde encima.

A última hora, Eira salió para ver el siguiente local. Este estaba cerca del aeropuerto. También había movimiento de gente, aunque de otro tipo: personas que iban y venían, sin detenerse demasiado.
Se quedó un momento frente a la fachada, observándola con atención. Era antigua, pero se notaba que el interior había sido reformado. A la izquierda de la puerta había un gran escaparate, y a la derecha, un ventanal que dejaba pasar mucha luz.
Justo entonces llegó la dueña, una mujer delgada y parlanchina. No era muy alta, y lo que más llamaba la atención era su larga melena rubia llena de rizos perfectamente definidos.
La saludó con efusividad y, casi sin respirar, le explicó que su intención era vender el local, aunque, si no encontraba comprador pronto, estaría dispuesta a alquilarlo.
Ya dentro, el local le pareció más grande que el anterior. Al fondo había dos baños, un pequeño despacho y una sala separada por una cortina corredera. El espacio principal era cuadrado y contaba con un gran espejo que cubría toda una pared; solo le faltaba la barra para estar listo.
Aun así, a pesar de lo bien que estaba y de que el precio era bastante más bajo que el otro, Eira no terminaba de verlo claro. El ruido constante de los aviones era imposible de ignorar, y la zona no tenía el mismo encanto ni las mismas posibilidades.
Agradeció a la dueña su tiempo y le dijo que se lo pensaría, prometiendo darle una respuesta lo antes posible.
Cuando llegó a casa, le contó a su madre todos los detalles de la visita. Luego, sin dudarlo, marcó el número de Jasmín.

Llamada

Jasmín: ¡Hola! ¿Qué tal?
Eira: Hola, bien. He estado viendo locales para la academia y he encontrado dos que podrían cuadrarme.
Jasmín: ¡En serio! Cuéntame, ¿qué tal son? Yo no he tenido tiempo de mirar nada.
Eira: Pues creo que me voy a quedar con el primero… —le explicó, contándole cómo eran los dos y las diferencias entre ellos.
Jasmín: ¡Al final lo vas a hacer! Qué ilusión, Eira. Y sí, por lo que cuentas, el primero tiene mejor pinta, y la zona está genial. Hay que montar una fiesta para celebrarlo.

Eira: Primero voy a llamarle para decirle que me lo quedo. La fiesta la haremos cuando lo inaugure.
Jasmín: ¡Siií! Qué bien. Mira, yo me encargo de la publicidad, que para eso lo he estudiado. Y la barra y el espejo los pongo de mi bolsillo. Ah, y que sepas que me voy contigo, estoy hasta el moño de Nina.
Eira: ¿En serio te vendrías conmigo?
Jasmín: ¡Por supuesto!
Eira: Me alegra muchísimo. Gracias, de verdad.
Jasmín: Tú encárgate del papeleo y los vestuarios. ¡Tíaaa, qué
emoción! Vas a tener tu propia academia.
Eira: Síii… todavía no me lo creo.
Jasmín: Bueno, te dejo que tengo mil cosas. Te voy contando, ¿vale? —dijo con entusiasmo.
Eira: Vale, besos.
Jasmín: ¡Besos!

Cuando colgó, Eira llamó al dueño del primer local para confirmar que se lo quedaba. El hombre le explicó con detalle los papeles que necesitaría y los pasos a seguir. Eira le aseguró que reuniría toda la documentación lo antes posible. Aprovechó también para comentarle los cambios que quería hacer en el local, y él no puso ninguna objeción.
Colgó con una sonrisa. Todo empezaba a tomar forma.
Sin perder tiempo, llamó a Nika para contarle la buena noticia, y después hizo lo mismo con Mara. Ambas se mostraron entusiasmadas y quisieron colaborar de inmediato.

Nika se ofreció a encargarse del papeleo, con la única condición de que Eira le diera lo necesario para tramitarlo todo. Mara, en cambio, se emocionó con la idea de decorar el vestuario y propuso encargarse personalmente del diseño.
Eira estaba encantada. Sentía que, por primera vez en mucho tiempo, las cosas empezaban a encajar. Agradecía tener amigas tan dispuestas a ayudarla. Solo esperaba que todo saliera bien… y que pronto su academia empezara a llenarse de vida y de gente.

CAPÍTULO 90

En Cádiz:

El día amaneció caluroso y con algo de viento. Joel estaba en la cocina preparando unos sándwiches, mientras Ágata reunía todo lo necesario para la playa: toallas, chanclas, cremas solares… Todo acabó metido en un gran bolso que apenas podía cerrar.
Cuando lo tuvieron todo listo, cargaron el coche y pusieron rumbo a Caños de Meca, donde habían quedado con Lucas y Rebeca. El camino discurría entre campos secos y aroma a sal, y el cielo, despejado, prometía un día intenso de verano.
Al llegar, dieron unas cuantas vueltas buscando aparcamiento hasta que, por fin, encontraron un hueco cerca de un chiringuito. Sacaron las cosas del maletero y siguieron un sendero de madera que llevaba hacia la arena.
El aire olía a mar y a pino. Cuando Ágata alzó la vista, lo vio: un faro blanco se erguía a lo lejos, recortado contra el azul del cielo. Por un momento se quedó quieta, observándolo, con una leve sonrisa.

—Ese es el faro de Trafalgar —dijo Joel, señalando hacia el horizonte —. En este cabo tuvo lugar una batalla, cuando franceses y españoles se unieron para enfrentarse a los ingleses en tiempos de

Napoleón. Lamentablemente perdimos… pero al menos nos llevamos por delante al almirante Nelson, uno de sus mejores marinos.
—Vaya —respondió Ágata, impresionada mientras observaba el faro recortado contra el cielo azul.

Al final del camino, Joel divisó a la pareja con la que habían quedado. Lucas agitó la mano desde la distancia y Rebeca sonrió al verlos. Se saludaron con abrazos y risas, y juntos buscaron un sitio tranquilo donde extender las toallas y dejar las cosas.
La brisa del mar les golpeó el rostro, y el sonido de las olas acompañaba el inicio de un día que prometía ser perfecto.

—¿Nos damos un bañito? —dijo Ágata con una sonrisa traviesa.
—Vale, pero sin alejarse mucho de la orilla —contestó Joel con tono de hermano mayor.
—¿Por qué? ¿Hay tiburones? —bromeó ella, fingiendo mirar el agua con miedo.
—No, pero esta playa tiene mala leche. Hay un escalón que cuando lo pasas, ¡zas!, ya no haces pie. Y además hay corrientes y remolinos.
—Vaya, qué sitio tan acogedor me has traído —dijo ella riendo—. Perfecto para desaparecer sin dejar rastro.
—Hombre, así te ahorras el viaje de vuelta —respondió Joel con sarcasmo, y los dos estallaron en carcajadas.
—Podemos ir andando hasta la cala que está aquí al lado —intervino Lucas, que los miraba divertido —. Nosotros vamos a veces y es mucho más tranquila. Casi ni se nota el viento.
—¡Ah, síii! —dijo Joel levantándose —. Vamos, que antes de que Ágata me eche la culpa de las mareas, mejor nos mudamos de playa.
—¡Eso! —añadió Ágata entre risas —. Y si hay tiburones, ¡te los dejo a ti!

Cogieron las toallas y caminaron un buen rato hasta llegar a la cala. Era preciosa: una pequeña bahía escondida entre acantilados, rodeada de vegetación y con un agua tan clara que se veían los peces nadando cerca de la orilla. Aquel lugar parecía sacado de una

postal. Apenas había gente… pero lo que Ágata no esperaba era *cómo* estaba la gente.

—¿A dónde me has traído? ¿A una playa nudista? —susurró al oído de Joel, con los ojos muy abiertos.
—Siií… ¡Sorpresa! —dijo él con una sonrisa traviesa.
—¿Tú has estado alguna vez en una? —preguntó ella, medio divertida, medio incrédula.
—Una vez, pero hace mucho tiempo. Aquí es fácil con las playas que hay —respondió riendo.

En ese momento, Lucas apareció quitándose los últimos restos de ropa.

—Bueno, chicos, nosotros nos vamos a dar un baño —dijo tan tranquilo, completamente desnudo.
—Vale… disfrutad —respondió Joel, intentando sonar natural.
—Ágata se quedó paralizada. No sabía muy bien dónde mirar. Intentaba disimular, pero cada vez que giraba la cabeza encontraba más piel al sol.
—Madre mía… —murmuró entre risas contenidas —. Si lo llego a saber, me pongo las gafas de sol más grandes de la historia.

Joel no pudo evitar reírse.

—Tranquila, tú mira al horizonte. Es lo único que aquí sigue vestido.
—Vamos a dejar aquí las toallas —dijo Joel, señalando un hueco cerca del agua. En un santiamén, se quitó el bañador y se quedó completamente desnudo, tan tranquilo como si nada.
—Vale… —respondió Ágata, algo cohibida.
—¡Venga! Desnúdate ya —insistió él con una sonrisa traviesa.
—Es que me da vergüenza —dijo en voz baja, mirando a su alrededor.
—Nadie te va a mirar, te lo aseguro. Aquí todo el mundo va a lo suyo. Si no te quitas el biquini, entonces sí que te mirarán —bromeó Joel, riéndose.
—Vale, vale… —cedió Ágata, quitándose la parte de arriba con cierta timidez.

—Se sentó en la toalla intentando parecer natural, aunque el rubor le subía por el cuello. Joel la observó divertido.
—Venga, que no muerde el aire —dijo con tono juguetón.
—Finalmente, Ágata suspiró, se quitó el resto y se tumbó boca abajo, escondiendo el rostro entre los brazos.
—Ya está, ¿contento?
—Mucho —respondió Joel entre risas —. Aunque así no vale, te has camuflado con la toalla.
—Pues mejor, así pasó desapercibida.
—Claro, porque nadie va a notar una obra de arte tapada al sol —dijo él, divertido, provocando que ella soltara una carcajada.
—Venga, Ágata, no pasa nada —dijo Joel sonriendo —. Es algo natural. Vamos a darnos un baño.
—Espera, espera… —respondió ella apresurada —. No te acerques a tus amigos, ¿eh? No quiero que me vean.
—Venga ya, te he dicho que no pasa nada. Ellos van a estar a su aire —insistió Joel, conteniendo la risa.
—A mí también me dio un poco de corte al principio, pero al rato se te pasa.

Ágata resopló, se armó de valor y se acercó a él. Caminaban juntos hacia el agua, ella medio escondida detrás de Joel, como si pudiera usarlo de parapeto. Cuando el primer chapuzón de agua fría le rozó los pies, soltó una pequeña risa nerviosa.

—¡Ay, qué fría está! —exclamó encogiéndose de hombros.
—¡Bah! Si está perfecta —dijo Joel, salpicándola con una sonrisa pícara.
—¡Eh! ¡Para! —gritó entre risas, olvidando por un momento toda su vergüenza.
—Yo ya me salgo —dijo Joel, sacudiéndose el agua del pelo—. Nada un rato, que no has nadado casi. Verás qué sensación tan buena es hacerlo desnudo.
—Vale, pero cuando salga te acercas con la toalla a la orilla, ¿eh? —advirtió ella.
—Bueno, vale —respondió sonriendo.

Ágata se alejó despacio, notando el agua resbalar por su piel. Al principio se sintió rara, expuesta, pero enseguida algo cambió. La sensación de ligereza, de libertad absoluta, la envolvió por completo. Nadaba atravesando las pequeñas olas, buceaba un poco y salía riendo, disfrutando del momento.
Por un instante se tumbó boca arriba, dejando que el mar la meciera suavemente. Cerró los ojos, respiró hondo y sonrió: hacía mucho que no se sentía tan libre.
Cuando se incorporó de nuevo, buscó la orilla con la mirada. Y allí estaba Joel, esperándola con una toalla en la mano y esa sonrisa suya que mezclaba ternura y picardía.
Acércate más —dijo Ágata saliendo del agua y cubriéndose con las manos.

—Toma —le ofreció la toalla—. ¿Te ha gustado?
—Sí, mucho.
—Sabía que te iba a gustar —respondió él con una sonrisa satisfecha.
—Damos una vuelta.
—Ni en broma.
—¿Por qué? Así te secas.
—Vale, pero no me pienso quitar la toalla.
—Como quieras.

Ágata se enrolló la toalla con habilidad, asegurándose de que no se le viera nada. Caminaban despacio por la arena, observando el ambiente. Incluso divisaron a Lucas y Rebeca, tumbados al sol como si nada. Pasaron de largo para no interrumpir y luego regresaron a su sitio.

—¿Por qué te sigues poniendo boca abajo? —preguntó Joel con una sonrisa divertida.
—Déjame en paz.
—Vaaaleee… —respondió él, riendo.
—Oye —dijo Ágata bajando un poco la voz —. ¿Te has fijado que esto parece una selva?
—¿Una selva?

—Sí, no hay ni una sola persona depilada. Es increíble la mata de pelo que tienen por ahí. Van a necesitar un machete para encontrar la entrada —dijo, tapándose la boca para no reírse demasiado alto.
—¡Ja, ja, ja! —estalló Joel, doblado de risa.
—¡Ja, ja, ja! —repitió Ágata, contagiada.
—Qué bruta eres cuando quieres.
—¡Es que es verdad! —dijo entre carcajadas.
—Sí, sí, si no digo que no. La mayoría son hippies, viven a su rollo, con un estilo bohemio y antiautoritario. Lo de no depilarse forma parte de eso, de ir contra las normas sociales.
—Y tan natural —replicó ella aun riendo —. Pero bueno, tampoco me parece mal. Cada uno que haga con su cuerpo lo que quiera… y pueda.

En ese momento, Lucas se acercó con Rebeca.

—Bueno, chicos, nosotros nos vamos para la otra playa —dijo él.
—Ah, sí, nosotros también —respondió Ágata sin pensarlo. Que ya he tenido suficiente selva por hoy —le susurró a Joel.

Joel cogió su toalla y se tapó un poco, mientras Ágata no se la quitó en ningún momento. Cuando él se puso el bañador, la ayudó a cubrirse para que pudiera ponerse el biquini sin que nadie la viera. Sus amigos, en cambio, se vestían sobre la marcha, sin darle mayor importancia.
Poco después, ya en la otra playa, todo volvió a la normalidad. El ambiente era más familiar, con gente jugando a las palas, niños construyendo castillos de arena y el olor a crema solar flotando en el aire.
Antes de volver a casa, decidieron tomarse algo en uno de los chiringuitos. Joel aprovechó para ponerse al día con Lucas, entre risas y anécdotas del pasado, mientras Ágata charlaba con Rebeca, esforzándose por practicar un poco de español. A veces mezclaba palabras o se trababa, pero su simpatía hacía que todos acabaran riendo.
La tarde se fue apagando despacio, con el sol cayendo sobre el mar y el sonido del oleaje como telón de fondo.

CAPÍTULO 91

En Zagreb:

Pasaron algunos días. Era sábado por la mañana, uno de esos días en los que el sol parece tener un brillo especial. La luz se filtraba entre los árboles y las plantas del jardín, dejando destellos dorados sobre el suelo. El aire estaba impregnado de la fragancia del azahar de la china, dulce y fresca, que se mezclaba con el olor del romero y la albahaca que crecían cerca. Todo el ambiente tenía algo de renacer, de comienzo.

Eira condujo decidida, llena de emoción y con una ilusión que la desbordaba. Sentía que, por fin, la vida le daba la oportunidad de escribir su propio rumbo. Aquel local era su sueño hecho realidad, el punto de partida de algo nuevo.

Cuando llegó, el dueño ya la esperaba para ultimar los papeles. El trámite fue rápido. Poco después, las llaves tintineaban en su mano como un símbolo de libertad. Las observó unos segundos antes de girarlas en la cerradura: aquel sonido metálico le pareció música.

En cuanto el dueño se marchó, llegaron sus amigas y su madre, todas dispuestas a ayudar. Se habían organizado a la perfección: cada una tenía una tarea, un rincón, una idea. La energía que se respiraba era contagiosa.

Eira había comprado un equipo de música nuevo, y con la ayuda de Mara consiguieron hacerlo funcionar tras varios intentos y risas. Nika sintonizó la radio y, de pronto, comenzó a sonar *"Shut Up"* de *The Black Eyed Peas*.
Mara no pudo resistirse: dejó lo que estaba haciendo y empezó a bailar sin control, riendo, moviéndose con una energía que desbordaba el espacio. En cuestión de segundos, todas la siguieron. El local se llenó de risas, saltos y movimientos improvisados. Cada una bailaba a su manera, sin reglas, sin preocuparse por nada. Solo el ritmo, la música y la alegría del momento.
Aquel día, entre el polvo del suelo, los botes de pintura abiertos y las paredes aún desnudas, el local cobró vida por primera vez.
Pasaron todo el fin de semana trabajando, riendo y soñando despiertas. Cuando el domingo cayó la noche, el cansancio comenzó a pesar en los cuerpos, pero también el orgullo de lo conseguido.
Eira, agotada pero feliz, llegó a casa. Se duchó, se puso el pijama y se dejó caer sobre la cama. Cerró los ojos un instante, dejando que la sensación de logro la envolviera. Pero justo cuando el sueño comenzaba a vencerla, el teléfono sonó. Miró la pantalla con curiosidad. No esperaba ninguna llamada a esas horas.

Llamada

Eira: Hola —dijo con voz seca, sin ganas.
Otto: Hola… ¿cómo estás?
Eira: Bien. ¿Qué quieres?
Otto: Solo decirte que tengo tus cosas, cuando quieras te las doy.
Eira: Vale. Si puedes, mañana.
Otto: Tiene que ser por la tarde. ¿A las seis te va bien?
Eira: Perfecto, paso a esa hora.
Otto: Vale… ¿qué tal todo?, ¿no me cuentas nada?
Eira: Adiós, Otto.
Otto: Está bien. Adiós.

Eira se quedó dormida poco después de colgar. Estaba tan agotada que ni siquiera quiso pensar si Otto realmente le entregaría todas sus cosas o volvería a quedarse con algo.

La mañana del lunes llegó luminosa. Eira desayunó deprisa, con el corazón latiendo más rápido de lo habitual, y salió directa hacia el local. Ese día le traían el letrero luminoso. Aún le costaba creer la rapidez con la que Jasmín había conseguido todo: en él se leía, en letras elegantes y brillantes, "Academia de Baile — Eira Novak".
Cuando por fin lo colocaron juntas, las dos se quedaron unos segundos en silencio, mirándolo. La emoción las envolvió. Jasmín abrazó a Eira con fuerza; ambas tenían los ojos vidriosos de alegría.

No pudieron resistirse. Encendieron la música y, casi sin hablar, inauguraron la pista con una de sus viejas coreografías. Entre risas, pasos improvisados y giros llenos de energía, la ilusión se mezclaba con la promesa de un nuevo comienzo.
—Gracias por todo y por la rapidez con el cartel, me ha encantado —dijo Eira, secándose el sudor de la frente.
—No ha sido nada. Conozco a gente de allí; estudié con alguno de ellos y me han hecho ese favor. Así que les debo una —respondió Jasmín con una sonrisa satisfecha.
—Pues les debes un gran favor —rio Eira.
—Sí, y además ya tengo casi toda la publicidad lista. Mañana mismo te pones al descubierto. Ten el móvil a mano, que yo haré lo mismo.
—¡Qué nervios! Espero que llame gente.
—Seguro que sí —dijo Jasmín, con la seguridad de quien ya lo ve hecho.
—Tengo tantas ganas de empezar…
—¡Y yooo! —respondió entusiasmada.
—¿Estás segura de querer dejar la compañía y venirte conmigo a una academia? —preguntó Eira, todavía con un deje de incredulidad.
—Segurísima. Empezaremos enseñando a niños, prepararemos las coreografías juntas, haremos festivales en los teatros y…
—Vale, vale, para ya —dijo Eira riendo, mientras ambas se miraban cómplices y estallaban en carcajadas.
Después de un día lleno de planes y emociones, Eira regresó a casa con una sensación extraña, mezcla de cansancio y nervios.
A medida que avanzaba la tarde, su mente no podía evitar regresar al encuentro pendiente con Otto. Intentaba convencerse de que solo

era una entrega de cosas, nada más, pero el simple hecho de tener que verlo le pesaba. Sin demasiadas ganas, se bajó del coche, respiró hondo y se dirigió al portal. Marcó el número en el telefonillo, con el corazón latiendo más rápido de lo que habría querido.
—¿Quién es? —preguntó una voz femenina al otro lado del telefonillo.
—Soy Eira… ¿puede bajar Otto? —respondió ella, reconociendo de inmediato que se trataba de Tihana.
—Sí, ahora se lo digo.
Un breve silencio. Luego, la voz de Otto sonó entrecortada por el altavoz:
—Ya bajo.
Eira esperó frente al portal, con las manos metidas en los bolsillos y la mirada fija en el suelo. Al cabo de un par de minutos, la puerta se abrió y Otto apareció cargando dos cajas. Las dejó frente a ella, sin decir nada al principio.
—¿Esto es todo? —preguntó Eira, sin mirarlo directamente.
—Sí. ¿No me vas a dar un beso? —dijo Otto, esbozando una sonrisa forzada.
—No empieces. Sigues con Tihana… Bueno, da igual, ni sé por qué te pregunto —respondió mientras metía las cajas en el maletero.
—Sí, estoy con ella… pero eso puede cambiar, si vuelves conmigo. Estás muy guapa, te veo bien.
—Estoy muy bien —contestó seca.
—No has respondido a mi pregunta —insistió él, intentando sonar seguro.
—No tengo nada que responder. Ya lo sabes.
—No, no lo sé. Igual has cambiado de opinión.
—No. No vuelvo contigo.
—Está bien… —dijo él encogiéndose de hombros —. Veo que sigues en tus trece. ¿Cuándo vas a dejar esa actitud?
—¿Quéee? —Eira lo miró incrédula.
—Nada, olvídalo. Ya he alquilado la habitación al batería del grupo —añadió, desviando la conversación.
—Muy bien. ¿No se la ibas a alquilar a Tihana?
—Bueno, sí, pero…

—Sí, sí, entiendo. Da igual. Me voy —le cortó, cerrando el maletero.
—Eira, espera —dijo Otto, sujetándola del brazo
—¿Qué quieres?
—Te echo de menos. Vuelve conmigo.
—No insistas más, Otto. No voy a cambiar de idea.
—Vale, vale… —murmuró, soltándola despacio.
—Que te vaya bien.
—Lo mismo digo. Pero si cambias de opinión, ya sabes dónde estoy.
—Lo sé.
—Espera —añadió de pronto.
—¿Qué?
—El sábado doy un concierto benéfico, aquí en el centro cultural. ¿Vas a venir? Me gustaría que vinieras. Te acuerdas… ¿en un concierto así nos conocimos? —dijo, intentando ablandarla.
—Sí, claro que me acuerdo.
—¿Vendrás?
—No lo creo. Bueno, me tengo que ir —dijo, subiendo al coche.
—Espero verte —dijo él, inclinándose hacia la ventanilla.
—Otto, me tengo que ir. Adiós.
—Sí… adiós. Espero verte —repitió, mientras ella arrancaba y se alejaba.
Eira se alejó, dejando atrás la silueta de Otto recortada en la distancia. Al final de la calle, torció sin mirar atrás y, con ese giro, sintió que enterraba algo en lo más hondo de sí misma.
Al llegar a casa, llevó las cajas a su habitación. Las colocó sobre la cama y, con un suspiro, comenzó a abrirlas una a una.
Sacó todo su contenido con calma: ropa, algún libro, unas cuantas fotos, en las que sólo salía él conmigo, porque el resto supongo que las rompería. Faltaban algunas cosas, lo notó enseguida, pero no tenía intención de reclamarlas.
Ya no quería más discusiones, ni más explicaciones. Aquella etapa de su vida había terminado, y lo único que deseaba era dejarla atrás, guardada en el olvido.

CAPÍTULO 92

En Cádiz:

La comisaría bullía aquella mañana. Teléfonos sonando, teclados repiqueteando, voces que se cruzaban de un lado a otro. El aire olía a café recalentado y a cansancio. Caños estaba a punto de salir cuando escuchó la voz grave del comisario resonar entre el murmullo.

—Caños, ven a mi despacho —ordenó con ese tono que no admitía réplica.

El inspector se abrió paso entre los agentes, notando cómo el ambiente se espesaba. Al llegar, el comisario cerró la puerta con un golpe seco.

—¿Qué pasa, comisario? —preguntó Caños, sin poder evitar la tensión que le subía por el cuello.

El hombre lo miró en silencio unos segundos, como si buscara la manera menos brusca de decirlo. Finalmente, soltó:

—Han encontrado el cuerpo de un hombre con un disparo en la frente.

Caños frunció el ceño.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

El comisario se reclinó en la silla, soltando un suspiro cansado.

—Porque es tu caso, Caños. Es Ted.

El nombre lo golpeó como un puñetazo. Por un instante no supo qué decir. Notó un vacío en el estómago, ese que precede a las malas noticias que uno teme, pero no quiere creer.

—¿Qué…? ¿Está seguro? —logró articular, casi en un hilo de voz.
—Sí. Por lo visto, alguien entró en su casa y le disparó a quemarropa. La vecina del piso de al lado fue quien dio el aviso. Desde que murió la mujer de Ted, le llevaba comida todos los días. Esta mañana, al no abrirle, insistió varias veces. Nada. Del interior salía un olor raro, como a humedad… o a algo peor.

El comisario hizo una pausa y bajó la voz.
Dice que, justo la noche de antes, mientras bajaba la basura, vio salir del portal a un hombre que no había visto nunca. Llevaba la cara medio cubierta con una capucha. Le pareció sospechoso. Por suerte tuvo el instinto de avisarnos. Cuando llegaron los agentes, el cuerpo de Ted ya estaba frío.
Caños se llevó una mano al rostro. Todo lo que Ted le había contado unos días antes cobraba ahora un sentido siniestro.

—Se lo dije, comisario. Le dije que esto podía pasar. Ted estaba asustado. Sabía algo.
—Puede —respondió el comisario con un gruñido, pero necesito hechos, no suposiciones —. Quiero que hables con el forense en cuanto llegue el cuerpo. Y Caños… —hizo una pausa, mirándolo con cansancio y rabia contenida —. Estoy hasta los "*cojones"* de tanto muerto en esta ciudad. Quiero resultados.

Caños asintió, todavía aturdido.

—Haré lo que pueda.
—No, haz más de lo que puedas. Mueve cielo y tierra, pero encuéntrame al "*hijo de puta"* que lo hizo.

El inspector se dio la vuelta y salió sin responder. Afuera, el murmullo seguía igual, pero para él todo sonaba distinto. La noticia

seguía repitiéndose en su cabeza como un eco que no cesaba: *Ted está muerto.*
Y algo le decía que aquel disparo era solo el principio.
Caños salió de la comisaría con el gesto sombrío. La noticia lo había dejado deshecho. No podía evitar sentirse responsable: había insistido demasiado para que Ted hablara, y ahora estaba muerto. Entendía la furia del comisario, pero, en el fondo, nadie deseaba más que él dar con los culpables de tanta muerte.
Cuando llegó al depósito judicial, el olor a desinfectante y a formol lo recibió como una bofetada. El forense seguía trabajando bajo una luz blanca que cortaba el aire.

—Buenos días, Manuel —saludó al entrar, intentando sonar firme.
—Buenos días, inspector —respondió el forense, sin apartar la vista del cuerpo. Le tendió una mascarilla y unos guantes. Póngaselos.

Caños obedeció. Se acercó lentamente a la camilla y se quedó inmóvil. Ted yacía allí, rígido y pálido, bajo la luz del foco que le daba de lleno en la frente. Parecía un muñeco, una carcasa vacía. Esa frialdad, ese silencio clínico, siempre le resultaban insoportables.

—Bien, cuénteme la situación —dijo finalmente, sin apartar la vista del cuerpo.
—Sí, mire —empezó Manuel, con tono sereno—. Según el examen preliminar, las lesiones traumáticas de la cabeza y el charco de sangre hallado junto al cuerpo indican que el disparo se efectuó en el mismo lugar del hallazgo. Muerte inmediata.

Pasó la mano por el expediente y continuó:

—El proyectil fracturó el hueso frontal del cráneo, perforando el neurocráneo. Fue un disparo a corta distancia, no superior a un metro, a quemarropa. Arma con silenciador, lo que explicaría que nadie escuchara nada. La trayectoria es limpia, con salida por la parte posterior. La hora estimada de la muerte: entre las seis y las ocho de la tarde.

Caños asintió con un leve gesto.

—Bien. En cuanto tenga el informe redactado, hágamelo llegar. Gracias, Manuel.
—Por supuesto, inspector —respondió el forense, cubriendo el cuerpo con una sábana.

Caños salió del depósito con el estómago revuelto. Al cruzar la puerta, el aire de la calle lo golpeó de lleno, y tuvo que apoyarse en una pared. Vomitó, vencido por la impresión. Nunca se acostumbraba a aquello. Ni al olor de los muertos, ni a la idea de la muerte. Pero esta vez era distinto: sentía la culpa ardiéndole dentro. *«Lo mataron por mi culpa»*, pensó, limpiándose la boca con la manga.
Tras unos minutos, respiró hondo, se recompuso y caminó hacia su coche. Sacó el móvil y marcó el número de Ágata.

—Hola, Caños —contestó ella enseguida —. Estaba esperando tu llamada. ¿Alguna novedad? Cuéntame.
—Hola, Ágata —respondió él, con voz grave —. No tengo buenas noticias...

Y le relató todo lo sucedido con Ted, con la voz cada vez más quebrada. Del otro lado, Ágata guardó silencio unos segundos, sin poder creer lo que oía. Aquello ya no era una coincidencia: se estaba convirtiendo en una cadena de asesinatos, cada vez más peligrosos y precisos.
Cuando colgó, se quedó sentada, inmóvil, mirando al vacío. La idea que le rondaba la cabeza era tan inquietante como inevitable: alguien estaba eliminando a todo aquel que sabía demasiado.
Poco después, le contó lo sucedido a Joel. Él se llevó las manos a la cabeza, incrédulo.

—¿Han matado al pobre Ted? —murmuró, sin salir de su asombro.
Pero en medio de su confusión, un pensamiento lo atravesó como un rayo. La única persona que había hablado, y seguía viva, era Elisa. «¿Por qué a ella no?», se preguntó, inquieto. *«¿Qué sabe Elisa? ¿O… qué está ocultando?»*
El silencio que siguió pesaba tanto como la sospecha que acababa de nacer.

CAPÍTULO 93

En Zagreb:

Pasaron varias semanas llenas de intensidad. La luz de la tarde se deslizaba lentamente hacia el horizonte, mientras las luces de la ciudad comenzaban a despertar, unas tímidas, otras deslumbrantes. Los pájaros buscaban refugio entre los árboles y los grandes arbustos, apagando con sus trinos el murmullo del tráfico lejano.
Eira ya lo tenía todo listo en el local. Solo faltaba una semana para la gran apertura, y la emoción le recorría el cuerpo como una corriente viva. Estaba impaciente por empezar sus clases: la acogida había sido mejor de lo que imaginaba y ya contaba con un buen número de alumnos inscritos.
En su mente, las ideas se agolpaban, girando y mezclándose como pasos de baile: fusiones de estilos, nuevas coreografías, ritmos que parecían nacer solos al compás de su ilusión.
Esa misma tarde era la esperada fiesta de inauguración. El letrero, recién colocado sobre la puerta, permanecía aún apagado, esperando encenderse por primera vez al inicio oficial de las clases.
Eira y Jasmín ultimaban los preparativos con una mezcla de nervios y entusiasmo. Habían dispuesto una gran mesa junto a la pared, frente a los espejos, repleta de aperitivos, bebidas y copas alineadas con mimo. Solo faltaba que llegara Mara con los dulces.

Mientras esperaban, Jasmín encendió la radio. En ese momento sonaba *Sleeping in my car*, de Roxette, y las dos no pudieron resistirse: comenzaron a bailar entre risas, moviéndose sin medida por toda la sala. El repertorio continuó con (*What is love* de Haddaway, *The Final countdown* de Europe y *Livin´ on a prayer* de Bon Jovi). Cada canción avivaba más la euforia; el local se llenaba de vida, de saltos, de carcajadas, de esa libertad que tanto habían anhelado.

Cuando el cuerpo ya no les daba para más, decidieron parar. Se asearon un poco y fueron a los vestuarios, donde los vestidos esperaban colgados con cuidado.

Eira estaba radiante. Llevaba un vestido largo, blanco, con delicados encajes que caían hasta los pies. La espalda quedaba al descubierto, sostenida apenas por finos tirantes. Su cabello negro, suelto y brillante, enmarcaba un rostro sereno y feliz. Un leve toque de maquillaje realzaba sus labios rojos y sus ojos azules, grandes y luminosos. Su sonrisa, por fin libre de miedos, era el reflejo perfecto de la nueva etapa que comenzaba.

Jasmín también estaba deslumbrante. Vestía un elegante vestido azul claro de manga corta y ligero brillo que le llegaba hasta los tobillos. Su cabello rubio, recogido en un moño alto, le estilizada la figura. Apenas se había maquillado: su piel, naturalmente sonrosada, no lo necesitaba. Solo añadió un toque de barra de labios rosa que completaba su aspecto con sencillez y elegancia.

Poco a poco comenzaron a llegar los invitados. Nika apareció con Milan y le seguían algunos compañeros de la compañía, llenando el local de risas y abrazos.

Al poco tiempo, Mara entró apresurada, con una bandeja de dulces en las manos.

—¡Perdón, perdón, el tráfico estaba imposible! —dijo entre risas, mientras dejaba los pasteles sobre la mesa.

Todos se sorprendieron al verla acompañada. Ella, sonriente y algo sonrojada, los presentó con orgullo:

—Os presento a Derek —dijo, entrelazando su mano con la de él.

Eira sonrió al verlos juntos. Se notaba que Mara estaba feliz, y eso la llenó de alegría. Pero su emoción creció aún más cuando vio entrar a su hermana Olivia con su marido. Detrás de ellos venían Opal y Marcus, radiantes, saludando con entusiasmo.
El ambiente se fue llenando de abrazos, música y charla. El local, antes silencioso y nuevo, ahora rebosaba de vida.

—Estoy orgullosa de ti, hija. Os ha quedado todo precioso, y me alegra ver que ya tienes clientela —dijo Opal con una sonrisa llena de ternura.
—Gracias, mamá —respondió Eira, abrazándola con emoción.
—Te deseo toda la suerte del mundo —añadió Marcus, estrechándole la mano.
—Gracias —repitió Eira, sonriendo agradecida.
—Es verdad, hermanita, te ha quedado precioso —intervino Olivia, mirando a su alrededor con admiración.
—¿Te gusta? —preguntó Eira, esperando su reacción.
—Me encanta. Está lleno de luz, como tú —contestó Olivia, devolviéndole una sonrisa cómplice.

La fiesta estaba en su punto álgido: música, baile, risas, conversaciones cruzadas y el tintinear de las copas. Poco después, la familia de Eira se dispuso a marcharse. Ella los acompañó hasta la puerta, recibiendo una última oleada de abrazos y felicitaciones.
Eira se despidió de todos en la puerta. Le entristecía un poco que su hermana se marchara tan pronto, pero comprendía que al día siguiente madrugaban. Cuando se dispuso a cerrar, en apenas una milésima de segundo, el corazón le dio un vuelco.
Allí estaba. No se lo podía creer. Se acercaba con paso tranquilo, una ligera sonrisa y esa mirada tan intensa que a veces había intentado borrar de su memoria. Estaba realmente guapo, quizá más que nunca.
Cuando llegó hasta ella, no dijo nada. Simplemente la rodeó con los brazos y la estrechó con fuerza. Luego, con suavidad, le dio un beso en la mejilla.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —dijo Eira, aún sin creérselo, con una mezcla de alegría y desconcierto en la voz.

—Hola, Eira —respondió él, mirándola con una sonrisa cálida. No podía perdérmelo. Al final lo has conseguido… —hizo una breve pausa, observándola de arriba abajo. Me alegro muchísimo por ti. Estás realmente preciosa.

Eira sintió que el pulso se le aceleraba. Aquel timbre de voz, tan familiar y tan lejano a la vez, removió recuerdos que creía enterrados. Sonrió, algo nerviosa, sin saber muy bien qué decir.

CAPÍTULO 94

En Cádiz:

Pasaron unos días duros para Caños. Mientras caminaba hacia la comisaría, su rostro reflejaba un cansancio que iba más allá de lo físico. Bajo la piel, aún le pesaba la muerte de Ted; una sombra silenciosa lo acompañaba a cada paso. Por momentos, podía casi oler el miedo, ese presentimiento de no saber a qué se enfrentaba realmente.

En la sala de interrogatorios, la vecina de Ted hojeaba álbumes de fotografías con manos temblorosas. Intentaba identificar al hombre que había visto salir del portal, o al menos a alguien que se le pareciera. Pero no hubo suerte. Ni una coincidencia, ni un gesto reconocible. Solo rostros ajenos y miradas que no decían nada.

Caños soltó un suspiro frustrado y comenzó a ordenar las fotografías sobre la mesa. Entre los posibles sospechosos, colocó también la de Elisa.

—Hola, inspector —dijo Roque, observando las fotos extendidas sobre la mesa.

—Hola, Roque. ¿Qué haces todavía por aquí? ¿No habías terminado tu turno? —preguntó Caños, sin apartar la vista de los retratos.

—Sí, pero se me había quedado el móvil y, al pasar, he visto que estabas colocando fotos. ¿Estos son los sospechosos de tu caso?
—Sí. Pero, de momento, no tenemos nada claro.
—Anda, esta es nueva —dijo señalando la imagen que terminó de poner en la pared.
—Sí, se llama Elisa. Creemos que podría tener alguna relación con el caso.
—A esa la conozco yo bien… Menuda pieza.
—¿Ah, sí? —preguntó Caños, alzando la vista.
—Sí. La trinqué hace tiempo, antes de irme a Bilbao. Trapicheaba con varias cosas: documentación falsa y, si no recuerdo mal, también sospechábamos que estaba metida en tráfico de armas. Encontramos algunas escondidas en un zulo, en una de las viviendas abandonadas del poblado de Sancti Petri. Estaba a pocos metros de su casa, la muy ingenua. Pero nunca la pillamos vendiendo ninguna, y tampoco había huellas. Así que no pudimos procesarla.
—¿En serio? —dijo Caños, frunciendo el ceño.
—Sí, que te lo confirme Chema —respondió Roque, buscando con la mirada —. ¡Eh, Chema! Ven un momento.
—Dime —contestó Chema desde la puerta, acercándose —. ¿Qué pasa?
—Mira esta foto, ¿te acuerdas de ella? Chema la observó unos segundos, pensativo.
—Sí… —dijo al fin —. Esa no es la que trapicheaba con varias cosas por la zona de Sancti Petri, ¿no?
—Efectivamente —asintió Roque.
—Bueno, la investigaremos. Gracias por la información, chicos —dijo Caños, guardando las fotos con gesto decidido.
—A mandar, compañero —respondieron casi al unísono.
Caños le comentó al comisario la nueva pista. Este, aunque no recordaba el caso en detalle, le indicó que siguiera esa línea de investigación. Le pidió que profundizara todo lo posible sobre Elisa: que rastreara sus antecedentes, verificara si existía algún delito imputable y reuniera pruebas sólidas que pudieran sostenerse ante un tribunal.

Motivado por el nuevo rumbo que tomaba el caso, Caños se dirigió al archivo. El aire del sótano olía a papel viejo y a polvo acumulado por años de secretos. Tras unos minutos de búsqueda entre legajos amarillentos y carpetas descoloridas, encontró lo que buscaba: *Elisa Martínez Cuerdas*.

Abrió la carpeta y no pudo evitar arquear una ceja. No era precisamente delgada. Allí estaba su historial completo: informes de vigilancia, declaraciones, decomisos, fotos de objetos incautados y varias referencias a actividades ilegales. Todo apuntaba a que aquella mujer había estado más de una vez al borde del precipicio, pero siempre lograba escapar antes de caer.

No entendía cómo no se le había ocurrido mirarla antes. Podría haberse ahorrado confiar en ella aquella vez que quedaron en la cafetería, y no habría caído en la trampa de creerle toda esa retahíla de posibles mentiras.

Más tarde, salió de la comisaría. Era de noche, y el aire fresco apenas lograba despejarle la mente. Aun así, no podía dejar de pensar en el caso. Decidió conducir hasta Sancti Petri. Quería echar un vistazo al poblado abandonado, ver si encontraba algo que pudiera ayudarle a avanzar en la investigación.

Mientras conducía por la carretera casi desierta, las luces del coche se reflejaban sobre el asfalto húmedo. Iba repasando mentalmente cada una de las muertes ocurridas en los últimos meses. Antes, aquella ciudad había sido relativamente tranquila: algún caso de narcotráfico, un ajuste de cuentas ocasional… nada fuera de lo común. Pero ahora todo parecía haberse torcido. No entendía cómo ni quién había decidido amargarle la existencia.

Cuando Caños llegó, aparcó el coche a cierta distancia del poblado para no levantar sospechas, por si alguien merodeaba por la zona. Cogió una linterna del maletero y se adentró con cautela entre las sombras.

Entró en una de las casas abandonadas. Se puso los guantes de látex, no solo para evitar dejar huellas, sino también para no tocar directamente nada: el lugar desprendía un aire infecto, como si cada superficie fuera un posible foco de enfermedad.

A cada paso, el suelo crujía bajo sus botas entre restos de basura y cristales rotos. Varias veces se llevó un susto con el movimiento repentino de las ratas que correteaban a sus anchas.
El ambiente era sofocante. Las paredes, ennegrecidas por el moho, desprendían un olor nauseabundo. Aquel sitio apestaba a todo lo imaginable: orina, desechos humanos, humedad rancia y basura vieja. Desde luego, no era precisamente una fragancia *Chanel Nº5*.
Entró en otra casa. Esta, para su alivio, no despedía el hedor insoportable de la anterior. El aire, aunque denso, era más respirable. Por la ubicación, Caños pensó que podría tratarse de la misma vivienda que aparecía en las fotografías del archivo del caso de Elisa.
Iluminó cada habitación con la linterna, moviéndola despacio, atento a cualquier detalle. No vio nada sospechoso: algunos muebles desvencijados, trozos de vidrio en el suelo y paredes empapeladas con un papel pintado de flores desvaídas, típico de la época en que el poblado fue abandonado. En muchos tramos el papel se había desprendido, colgando triste y amarillento.
En la última habitación, algo le llamó la atención. Había una cómoda vieja, muy deteriorada, pero aún firme, resistiendo al tiempo como si se negara a rendirse. Al iluminar el suelo, distinguió unas leves marcas de arrastre, apenas visibles bajo la capa de polvo.
Frunció el ceño y decidió mover el mueble. No fue tarea fácil: parecía de madera maciza. Con un esfuerzo, lo apartó unos centímetros y, detrás de él, notó algo raro. El papel pintado tenía cortes irregulares, como si alguien hubiera intentado tapar algo.
Tiró con cuidado de una de las esquinas, y el papel se despegó, revelando un recoveco bastante grande. Introdujo la mano con precaución, tanteando el hueco. Sus dedos rozaron algo frío y metálico.
Al dirigir la luz de la linterna, contuvo el aliento: era un cuchillo. A simple vista, parecía haber sido limpiado, pero en los bordes, allí donde la hoja se unía al mango de madera, aún se apreciaban restos secos de sangre.
Seguidamente, Caños llamó a la policía científica y les pidió que acudieran lo antes posible. Por teléfono, les explicó con detalle lo

que había encontrado y el lugar exacto donde se hallaba el cuchillo. Cuando colgó, respiró hondo y salió de la casa, con la linterna aún encendida en la mano.

Lo que ocurrió después fue tan rápido que apenas tuvo tiempo de reaccionar…

Unos faros irrumpieron de pronto en la oscuridad, cegándole los ojos. Intentó cubrirse el rostro con el brazo, tratando de distinguir quién era, pero la silueta tras el parabrisas resultaba invisible.

De repente, el motor rugió y el coche aceleró directamente hacia él. Caños apenas alcanzó a dar un paso hacia un lado antes de sentir el golpe brutal en la pierna. El impacto lo lanzó al suelo, rodando sobre el polvo y las piedras. El aire se le escapó de los pulmones, y un zumbido ensordecedor le inundó la cabeza.

Intentó alzar la vista, distinguir el coche que se alejaba, pero el dolor fue más fuerte. Todo se volvió borroso, luego negro.

El vehículo desapareció entre una nube de polvo, dejando tras de sí solo el eco del motor y el cuerpo inmóvil de Caños sobre el camino.

CAPÍTULO 95

En Zagreb:

Eira entró de nuevo al local, radiante, con una sonrisa que le iluminaba el rostro. Detrás de ella, él la seguía, algo más discreto, pero con una expresión de sincera alegría.
Cuando Jasmín lo vio cruzar la puerta, se quedó paralizada solo un segundo… y luego corrió hacia él.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó entre risas, lanzándose a su cuello en un abrazo lleno de emoción —. ¡Brent!, pero, ¿qué haces aquí?
—Hola, prima —dijo Brent con una sonrisa amplia —. Pues ya ves, no me lo quería perder. Hablé con tus padres y me dieron la dirección, pero les pedí que no te dijeran nada… quería darte la sorpresa.
—Pues sí que lo ha sido —respondió Eira, aún sorprendida —. Me alegra mucho que hayas podido venir.
—Y yo. No había tenido oportunidad antes, pero esto está genial. Lo habéis dejado de diez.
—Gracias. ¿Quieres tomar algo? —le ofreció Eira.
—Sí, claro.

—Bueno, luego os veo —dijo Jasmín, con una sonrisa traviesa que dejaba entrever que intuía algo.
—Vale —respondió Brent, guiñándole un ojo divertido.
El resto de la noche transcurrió entre risas, música y conversación. Eira y Brent pasaron buena parte del tiempo juntos, hablando, recordando viejos momentos y bailando como si el reloj se hubiera detenido.
Poco a poco, la gente fue despidiéndose. Eira y Jasmín agradecían a todos por haber venido, entre abrazos, risas y promesas de volver a verse pronto.
Al cabo de un rato, el local quedó en silencio. Solo quedaban ellos tres, envueltos en el eco cálido de una noche que se resistía a terminar.
—Bueno, Brent —dijo Jasmín, recogiendo un par de vasos vacíos —, ¿te vienes o te quedas?
—Quédate un rato si quieres —añadió Eira, mirándolo con una sonrisa tranquila.
—Sí, me quedo —respondió él, sin dudarlo.
—Valeee… hasta mañana, entonces —dijo Jasmín, guiñándole un ojo antes de salir.
—Hasta mañana —contestaron casi al unísono, mientras la puerta se cerraba suavemente detrás de ella.
El silencio volvió a llenar el local, solo roto por la música lejana que aún sonaba desde algún altavoz olvidado.
—Bueno, nos hemos quedado solos. Vamos, que te ayudo a recoger —dijo Brent.
—No, déjalo así, mañana lo recojo con Jasmín —respondió Eira mientras bajaba las persianas y echaba la llave.
—Como quieras. Estás muy guapa con ese vestido.
—Gracias. Me alegro de volver a verte.
—Sí… la última vez fue un poco rara, ¿eh?
—Sí, un poco —respondió, esbozando una media sonrisa.
—Mira, ven un momento —dijo él—. ¿Me ayudas a sacar un colchón de espuma que tengo en el vestuario?
—Vale.
—Así nos sentamos más cómodos.

—Por mí, perfecto.
Acabaron acomodados en el colchón, descalzos, con las bebidas cerca. El ambiente se volvió tranquilo, casi cómplice. Hablaban sin parar, entre sonrisas, gestos que decían más de lo que querían admitir y miradas que duraban un segundo más de lo necesario. Parecían conocerse desde siempre.
—¿Tienes mucha gente apuntada? —preguntó él.
—Sí, estoy que no me lo creo. Tengo un montón de ideas, pero hasta que empiece no lo asimilaré —respondió con una sonrisa luminosa.
—Me alegro mucho —dijo Brent, observándola con atención.
—Tu prima me ha ayudado un montón, mis amigas también… y mi familia.
—Ufff, estoy muerto. ¿No estás cansada? —preguntó acercándose un poco más.
—Sí, claro —respondió ella, sosteniéndole la mirada.
Hubo un silencio leve, denso.
—Tienes unos ojos sorprendentes —susurró Brent.
—Gracias —dijo Eira, apenas audible.
Él se inclinó un poco más.
—Me muero por darte un beso.
Eira no se apartó. Acércate. Solo murmuró, con una sonrisa casi imperceptible:
—Así de cerca está bien.
La distancia se desvaneció entre ellos. Lo que vino después no necesitó palabras.
—Eres muy guapa, Eira. No he podido dejar de pensar en ti desde aquellos besos —susurró Brent, rozando su mejilla con ternura.
—Vaya… no sé qué decirte —murmuró ella, sonriendo.
Él la miró en silencio un instante, como si quisiera grabar esa imagen para siempre. Luego, la besó de nuevo, despacio, dejando que el momento hablara por los dos.
El tiempo pareció detenerse. Todo se volvió piel, respiración y latidos. La risa nerviosa de Eira se mezcló con la suya y, entre susurros, dejaron que la distancia se deshiciera por completo.

Cuando todo terminó, permanecieron tumbados, respirando al acorde, con las manos entrelazadas. Sonreían sin decir nada, envueltos en esa calma que llega después del deseo y la complicidad.
—¿Cómo estás? —preguntó Brent, todavía con una sonrisa pícara.
—Sudando, pero bien —respondió Eira riéndose.
—Pues mira cómo estoy yo, empapado.
—Hay duchas en los vestuarios —dijo ella, alzando una ceja —. Si quieres, nos damos una.
—¿Eso es una invitación?
—Llámalo como quieras, pero el agua está fría —bromeó.
—Fría o no, ahora mismo me da igual —contestó Brent soltando una carcajada.
Se ducharon entre risas, echándose agua como dos críos. Al rato, ya más tranquilos, prepararon algo de beber y volvieron al colchón con las copas en la mano.
—Esto sí que es vida —dijo Brent, estirándose.
—Sí, y pensar que hace unas horas estábamos bailando como locos…
—Bueno, técnicamente seguimos bailando —dijo guiñándole un ojo.
Eira soltó una carcajada.
—Tonto.
—Me ha gustado mucho estar contigo —dijo Brent, mirándola con una sonrisa tranquila.
—Y a mí —respondió Eira, devolviéndole la mirada.
—Voy a tener que irme.
—Bueno… si quieres, puedes quedarte. Dormimos aquí —sugirió ella, medio en broma.
—Me encantaría, pero mejor no. No quiero provocar risitas en casa de mis tíos.
—Ya, tienes razón —admitió Eira riendo.
—Pero, si quieres, nos vemos mañana. Hasta pasado no me voy.
—Vale. Podemos quedar aquí; tengo que venir a recoger y ensayaré un rato. Supongo que vendrá tu prima.
—Perfecto. ¿A qué hora?
—No muy pronto… a las doce, más o menos.

—Hecho.
—¿Te llevo a casa?
—Pues estaría bien, no me traje el coche —dijo con una risa suave —. No me cabía en el avión.
—Me lo imaginaba —respondió Eira, sonriendo.

Salieron juntos, aún con esa sensación agradable de no querer romper el momento. Subieron al coche y el trayecto transcurrió entre risas y silencios cómplices.
Cuando llegaron a casa de sus tíos, Brent se inclinó hacia ella.

—Gracias por esta noche.

Eira solo sonrió, antes de que sus labios se encontraran en un largo beso que ninguno quiso apresurar.
Cuando Eira llegó a casa, se dejó caer directamente sobre la cama. Estaba agotada, pero el sueño no llegaba. Daba vueltas entre las sábanas, incapaz de calmar la mente. La emoción del día seguía latiendo dentro de ella, reviviendo cada instante: la inauguración, las risas, el reencuentro… y, sobre todo, Brent.
Una sonrisa se le escapaba cada vez que recordaba su manera de mirarla, de tocarla, de hacerla sentir especial. *«Sabe lo que hace»*, pensó, divertida, mientras el cansancio finalmente empezaba a ganarle terreno. Con el cuerpo relajado y la sonrisa aún dibujada en el rostro, se dejó llevar poco a poco por el sueño.

CAPÍTULO 96

En Cádiz (2005 dos años antes):

El padre de Zora había movido tierra, mar y aire para encontrar a su hija. Pero hasta ahora, sin resultado alguno. No tenía ni una sola pista. Se sentía traicionado por su propia sangre: ella había huido, llevándose un dinero que no le pertenecía y sin dejar rastro. Aun así, en su interior, algo le decía que seguía viva.

Después de mucho pensarlo, decidió no denunciar la desaparición a las autoridades; hacerlo podría poner en riesgo su carrera política. Y, peor aún, si al final la encontraban y, por despecho, Zora revelaba los verdaderos motivos de su huida, el escándalo sería mayúsculo.

Optó por una búsqueda más discreta, a través de sus contactos más fieles —los que provenían de sus negocios menos limpios. Ofreció una recompensa por cualquier pista que condujera hasta ella, y una aún mayor si la encontraban y la traían sana y salva. En cuanto al marido, le daba exactamente igual lo que le ocurriera. Estaba convencido de que todo había sido idea suya.

Lo dispuso todo con la mayor rapidez posible, consciente de que cuanto más tiempo pasara, menos posibilidades tendría de localizarla. Entregó varias fotos del matrimonio y toda la información de la que disponía. La recompensa era tan alta que no tardó en

despertar el interés de mucha gente. El alcalde estaba convencido de que los encontrarían pronto, estuvieran donde estuvieran.

Mientras tanto, Roque tomaba algo en un bar frente al puerto de Sancti Petri. No llevaba uniforme; estaba allí de manera extraoficial. En ese local trabajaba Elisa como cocinera, una vieja conocida suya que, además de darle información, a veces le proporcionaba otro tipo de favores. Elisa acababa de terminar su turno. Se había cambiado y salió de la cocina para encontrarse con Roque, que la esperaba en la barra.

—Pídete algo —le dijo, apartando el vaso a un lado.
—En ese momento, por la puerta entraron Max y Gabi. Roque los vio y se acercó con una sonrisa forzada.
—Hola, Max, tómate algo con nosotros —dijo, intentando sonar cordial.
—Hola. No hace falta, Roque.
—Venga, que invito yo. Hay que celebrar que vas a ser padre —añadió con una ironía que no pasó desapercibida.
—Está bien… pero en ese caso, invito yo —respondió Max, sin perder la compostura.

Cintia esperaba un hijo suyo. A Roque no le hacía ninguna gracia, pero tenía que tragar. Como suele pasar con los ex, siempre estaba a la defensiva; nunca le cayó bien, aunque fingiera lo contrario cada vez que Cintia estaba cerca.
Elisa, mientras tanto, observaba a Gabi. Le sonaba su cara. Tenía esa memoria visual que no falla: cuando reconocía un rostro, lo retenía para siempre. Y el de ese chico le resultaba peligrosamente familiar.
Elisa se inclinó hacia Roque y le habló casi al oído:

—Ese chico… Gabi. Me suena mucho. ¿Podrías conseguir una foto suya? Es importante.

Roque apenas tuvo tiempo de asentir.
Bueno, nosotros nos vamos ya —dijo Gabi, dejando el vaso vacío sobre la barra.

—¡Eh, esperad! —dijo Roque rápido —. Vamos a hacernos una foto fuera.
—No, mejor otro día —replicó Gabi.
—Venga, Max, así se la enseño a Cintia. Que vea que entre nosotros todo va bien, ¿no?

Max soltó una media sonrisa.

—Venga, Gabi, será un minuto.
—Vamos, Elisa, tú también —añadió Roque.

Una camarera del bar, que conocía bien a Roque, cogió la Polaroid del mostrador. El flash estalló. Elisa observó la foto mientras se revelaba poco a poco. La sonrisa de Gabi le resultó todavía más inquietante.
Cuando se marcharon, Roque le pasó la foto a Elisa.

—¿A qué venía todo este rollo de la foto? —preguntó, curioso.
—Su cara me suena de algo que he visto por ahí —respondió ella en voz baja —. Si es él, esto nos puede salir muy beneficioso.
—Guárdatela y, en cuanto sepas algo, me dices. Pero no intentes jugármela. Si me entero de que, sea lo que sea, lo has hecho por tu cuenta, iré a por ti; y no sería agradable —la amenazó Roque.
—Vale. No te preocupes, no se me ocurriría jugártela.
—Le pasó una bolsita disimuladamente.
—¿Un gramo? —preguntó él.
—Sí.
—Me voy. Llámame pronto.
—Sí.

Un par de días después Elisa ya tenía claro de quién se trataba. Había conseguido una copia de la foto que habían distribuido: en

ella estaban Gabi y Zora. Los estaban buscando, y por encima de la imagen alguien había pegado el anuncio con la recompensa.
En cuanto lo confirmó, Elisa no perdió tiempo. Cogió el teléfono y llamó a Roque.

Llamada

Roque: Dime.
Elisa: Ya sé por qué me sonaba Gabi. En realidad, se llama Ted.
Roque: ¿Ted?
Elisa: Sí. Tengo una foto que me pasaron unos narcos. Por lo visto, le buscan a él y a su mujer. Ofrecen una recompensa. ¿Podríamos pedirla?
Roque: Sí, bueno… —se quedó pensativo unos segundos y se podía apreciar desde el teléfono, esa media sonrisa que daba más miedo que las amenazas —. Se me está ocurriendo algo mejor.
Elisa: ¿El qué?
Roque: Podríamos exprimirle para ganar más pasta.

El silencio que siguió fue espeso. Solo se oía el zumbido de un ventilador de fondo colgado del techo. Elisa no sabía si lo decía en serio o estaba tanteando.

Elisa: ¿Exprimirle cómo? —preguntó al fin, bajando la voz, como si alguien fuera a escucharla.
Roque: Si hay gente pagando por encontrarles, también habrá quien pague porque no los encuentren. El dinero puede venir de muchos sitios, Elisa. Solo hay que saber a quién tocarle el miedo.

Ella frunció el ceño, desde el otro lado del teléfono.

Elisa: Eso suena peligroso.
Roque: Todo lo que vale la pena lo es —replicó él.

Volvió a acercarse un poco más al auricular, lo justo para que su voz se le metiera en el oído.

Roque: Tú consigues saber dónde están, yo me encargo del resto. Pero escucha bien: si intentas hacer el trato por tu cuenta, te vas a arrepentir.
Elisa: No te preocupes, no se me ocurriría.
Roque: No llames a nadie más. Espera a que yo te busque.
Elisa: De acuerdo.

Cuando colgó. Elisa se quedó observando la foto de Gabi-Ted—bajo la luz tenue de su salón. La sonrisa en la imagen le resultaba distinta ahora, casi desafiante. La deslizó dentro del bolso, junto a un mechero y un teléfono barato.

Esa noche no durmió. Cada vez que cerraba los ojos, oía la voz de Roque repitiendo *"el dinero puede venir de muchos sitios".*

Y al amanecer, cuando el primer rayo entró por la ventana, tuvo la certeza de algo: que quizás no era la única que había reconocido a Ted.

CAPÍTULO 97

En Zagreb:

La mañana ya estaba en marcha; el reloj marcaba las once y media. Eira despertó sobresaltada. Desayunó a toda prisa, se dio una ducha rápida y salió por la puerta casi sin respirar.

Condujo directa hacia la escuela. Aparcar no fue difícil y, al bajar del coche, vio por el cristal que Jasmín y su primo ya estaban dentro.

Antes de abrir la puerta, un soplo de brisa le rozó la piel. Fue tan leve como inesperado, pero bastó para erizarle el cuerpo. De pronto, sin entender por qué, recordó el primer beso de Alen: la tibieza de su aliento, la forma en que la miró, el silencio que siguió. Quedó quieta, con la llave aún en la mano, atrapada entre el presente y aquel recuerdo que, pese al tiempo, seguía doliendo como el primer día.
—¡Eira! ¿No entras? —la voz de Jasmín la sobresaltó.
Eira giró la llave con torpeza.
—Sí, sí, perdona.
—¿Estás bien?
—Sí, todo bien.
—Hola, Eira —dijo Brent, con esa calma que a veces la descolocaba.

—Hola. Me he quedado dormida.
—Tranquila, ya hemos recogido todo.
—Ah, perfecto.
—Ensayamos un rato y me voy, que he quedado con Joss.
—Ah, qué bien. ¿Cómo va eso?
—Bien… cada día mejor.
—Me alegro —dijo, aunque no supo si lo decía por cortesía o por tapar lo que sentía.
La música empezó a sonar y los movimientos se mezclaron con las miradas fugaces que se cruzaban sin querer. Brent, sentado al fondo, observaba en silencio. Cuando terminó la última canción, Jasmín apagó el altavoz, sonrió y salió corriendo con su energía habitual. Entonces el local quedó en calma.
Solo Eira y Brent, y el silencio que quedó flotando entre los altavoces apagados.
—¡Sois la leche! Bailáis genial, en especial tú, Eira —dijo Brent abrazándola.
—Gracias.
—¿Tomamos algo? No sé si quedará algo de lo de ayer.
—Sí que queda, ahora lo traigo.
—Vale.
—¿Sacamos el colchón primero?
—Vale.
Ya acomodados en él y con sus respectivas bebidas, Brent se permitió el lujo de descalzarse.
—Eira, ¿estás bien? Te noto como ida —preguntó Brent, algo extrañado.
—Sí, no pasa nada.
—No te conozco mucho, pero diría que algo te ronda la cabeza. ¿Es por mí?
—No, de verdad, no me pasa nada.
—Como quieras. Pero ya sabes que puedes contarme lo que sea.
—Sí, ya.
—Sé que mañana me voy y no sé cuándo volveremos a vernos, pero eso no quita que tengamos confianza, ¿no?
—Claro, seguiremos siendo amigos.

Brent la miró unos segundos y luego le dijo con voz suave:
—Ven, acércate.
La abrazó y, sin pensarlo demasiado, sus labios se encontraron en un beso largo y contenido.
—Entonces, ¿qué te pasa? ¿Es por algún chico?
—Ya… en parte, sí.
—Bueno, cuéntame —susurró después.
—Es por un chico con el que estuve. No me lo quito de la cabeza.
—¿Sigues enamorada de él?
—Me temo que sí.
—¿Y él?
—No lo sé, hace mucho que no sé nada. Pero… mejor cambiamos de tema.
—Está bien.
Pasaron casi todo el tiempo hablando de mil temas, riendo, compartiendo anécdotas y esquivando, sin decirlo, el tema de Alen. Se miraban más de la cuenta, se sonreían con complicidad y, de vez en cuando, se dejaban llevar en algún beso. Al final, a nadie le amarga un dulce… y si se gustaban, ¿para qué negarlo?
La mañana se esfumó sin que se dieran cuenta. Comieron juntos, rieron, y luego se perdieron entre los senderos del parque Maksimir.
Más tarde, pasearon por el centro, con ese aire despreocupado de quien no quiere que el día se acabe nunca.
Al anochecer, decidieron cenar juntos para despedirse. Eira estaba tan a gusto con él que ni se acordaba del resto del mundo.
—Bueno, guapísima, me tengo que ir ya… el vuelo sale a las cinco.
—¡A las cinco! Madre mía, eso es castigo divino.
—Ya ves. Pero bueno.
—Te acerco antes de que me entre el sueño.
Subieron al coche y, tras un corto trayecto, se detuvieron frente a la casa de los tíos.
—Te voy a echar de menos, Eira.
—Yo a ti también. Me lo he pasado genial.
—Y yo —dijo Brent, abrazándola con fuerza.
—Que tengas buen viaje.
—Gracias, y prométeme que vas a seguir bailando.

—Prometido.
Se miraron un instante, como si buscaran una excusa para no acabar la conversación, hasta que el silencio se encargó de resolverlo. El beso que siguió fue largo, suave y de esos que dejan un pequeño nudo en el pecho.

CAPÍTULO 98

En Cádiz:

El furgón de la policía científica se detuvo frente al acceso de Sancti Petri. No había ni rastro de los coches patrulla ni del inspector que había solicitado apoyo. El silencio era denso, apenas roto por el zumbido del motor.

Cuando avanzaron hacia el poblado, lo vieron: Caños, tendido en el suelo, inmóvil. Corrieron. Uno de ellos se arrodilló y le tomó el pulso.

—¡Está vivo! —gritó.

Tenía el rostro cubierto de sangre y varias heridas visibles. Pidieron una ambulancia de inmediato. Dos agentes se quedaron con él, mientras el resto se dispersaba para peinar la zona.

Por las marcas en la polvorienta carretera, todo apuntaba a que lo habían atropellado y se habían dado a la fuga. No había rastro de nadie más en los alrededores ni en las casas cercanas.

Finalmente, fueron a buscar el cuchillo. Estaba exactamente en el lugar que Caños había indicado. Al encontrarlo, comenzaron a tomar fotografías y a recoger cualquier resto sospechoso. Después, introdujeron el cuchillo en una bolsa de pruebas y lo precintaron para su análisis en el laboratorio.

Cuando llegó la ambulancia, colocaron a Caños en la camilla con sumo cuidado. Uno de sus compañeros se ofreció a acompañarlo.

Por un instante, creyó ver cómo el inspector entreabría los ojos, pero fue solo su deseo; Caños seguía completamente inconsciente. El conductor encendió las luces, activó la sirena y partieron a toda velocidad hacia el hospital.
Allí, un equipo de médicos y enfermeros ya los esperaba. Tras recibirlo, se lo llevaron de inmediato para realizarle las pruebas pertinentes, mientras su compañero se quedó en la sala de espera, con la mirada perdida y la esperanza aún viva.
Al cabo de un par de horas, trasladaron al inspector a una habitación.
Un tiempo después, el médico apareció para informar a su compañero, que esperaba impaciente en el pasillo.
—Hola, doctor. ¿Cómo está? —preguntó el agente en cuanto lo vio.
—Buenas noches. ¿Es usted el compañero del inspector?
—Sí, señor.
—Verá, ha sufrido un traumatismo en la cadera a consecuencia del atropello. Además, en la caída tuvo un golpe en la cabeza, un traumatismo craneoencefálico leve, que le hizo perder el conocimiento. Probablemente se golpeó con una piedra o algún objeto duro. Su estado no es grave. No hay riesgo vital, aunque aún no ha despertado. Le recomiendo que se vaya a casa; cuando tengamos novedades, le avisaremos. ¿Tiene el teléfono de algún familiar?
—No, doctor. Hasta donde sé, el inspector no tiene familia. Está divorciado y no tiene hijos. Le dejo mi número; cualquier cosa, me llama a mí.
—De acuerdo, lo tendré informado.
—Gracias, doctor. Hasta luego.
La noche transcurrió sin cambios; Caños seguía sin despertar.
Por la mañana, varias enfermeras entraron a la habitación para cambiarle el suero. Una de ellas le acomodó la almohada y, de pronto, escuchó una voz débil.
—¿Dónde estoy? —susurró el inspector.
—¡Te has despertado! Estás en el hospital. Enseguida llamo al doctor —dijo la enfermera, visiblemente aliviada.

Salió casi corriendo en busca del médico, que no tardó en llegar para atenderlo.
—Buenos días, inspector. ¿Cómo se encuentra? —preguntó el médico mientras lo auscultaba.
—Me duele todo el cuerpo y siento que la cabeza me va a estallar.
—Es normal, después del atropello. ¿Lo recuerda?
—Más o menos… fue todo muy confuso. ¿Dónde está mi móvil?
—Debería descansar. No le conviene moverse mucho de momento. Su teléfono está en el cajón.
—Bien. ¿Cuándo podré salir?
—Se quedará en observación un par de días. Si todo evoluciona bien, podrá irse.
—¿Un par de días? No puedo quedarme tanto tiempo.
—Al menos uno, inspector. No le recomiendo salir antes.
—Está bien… pero mañana me voy —dijo resignado.
Cuando el doctor salió de la habitación, Caños cogió su móvil, todavía algo mareado, y llamó al comisario para ponerlo al tanto de lo sucedido. Después, marcó el número de Ágata.

Llamada

Ágata: Hola, Caños. ¿Cómo va todo?
Caños: Bueno… parece que nos estamos acercando, quizás demasiado.
Ahora mismo estoy en el hospital.
Ágata: ¿Cómo que en el hospital? ¿Qué ha pasado? —preguntó
alterada.
Caños: Estaba siguiendo unos indicios en el poblado de Sancti Petri, que me llevaban a una posible prueba. Pero justo en ese momento me atropellaron.
Ágata: ¡¿Qué?!
Caños: Sí… y creo que fue Elisa. No llegué a ver la matrícula, pero el coche coincidía con el suyo.

Caños le explicó con todo detalle lo que pasó para que estuviera informada.

CAPÍTULO 99

En Zagreb:

Habían pasado unos días y la escuela marchaba de maravilla. Jasmín y Eira no paraban de trabajar. Ya tenían los grupos formados, desde los más pequeños hasta los más mayores.
Querían preparar coreografías para cada grupo, una especial para bailar las dos juntas y, por último, una en solitario de Eira. Estaban organizando un festival para mostrar el talento y la enseñanza de la academia de baile *Eira Novak*. Se celebraría en junio, en el Teatro Nacional de la ciudad.
Mientras tanto, Olivia, la hermana de Eira, dio una gran noticia a la familia: estaba embarazada. Se había quedado en la luna de miel, justo como deseaban. Todos lo celebraron con alegría, contando los meses que faltaban para conocer al bebé.
Opal no cabía en sí de felicidad: pronto tendría un segundo nieto o nieta. Además, Marcus le había propuesto irse a vivir juntos al pueblo. Podría terminar el poco trabajo que le quedaba para jubilarse desde casa, pero ella no estaba segura de querer dejar su casa ni su rutina. Marcus insistió en que no se preocupara, que con él no le faltaría de nada, aunque le dejó claro que la decisión era suya y que no había prisa.

Eira llegó a casa después de un largo y agotador día de trabajo. La casa estaba vacía, como casi siempre últimamente, pero al menos era viernes. Se dispuso a meterse en la ducha cuando sonó el teléfono.

Llamada

Eira: Hola, ¿dígame? Holaaa —repitió sin repuesta —. Pues nada, te dejo el móvil descolgado, así gastas, ya que no me dices nada —escuchaba una respiración y pensó que podía tratarse de una broma o tal vez, Otto. Cada día estaba mas convencida de que era Otto.

Después de un rato, volvió a mirar el móvil y vio que la llamada seguía activa. Decidió colgar, al ver que nadie decía nada.

El fin de semana transcurrió con normalidad. Eira salió con sus amigas, y por fin, sin novios de por medio. Nika estaba más loca que nunca: había terminado los exámenes con éxito y solo quería bailar y disfrutar. Con Milan le iba muy bien; su relación se había vuelto seria y se les veía muy compenetrados. Mara, en cambio, había dejado atrás a Igor, aunque él seguía insistiendo de vez en cuando en volver. Ella se mantenía firme. Había comenzado a salir con su encargado, Derek, y estaban en esa fase de tonteo emocionante del principio. En el trabajo todo seguía igual, pero ahora iba con más ilusión… sobre todo porque podía verlo a diario.

Él era un chico unos cinco años mayor que Mara. Tenía el pelo negro, la barba bien cuidada, ojos marrones y una sonrisa agradable. Aunque su apariencia era seria, al conocerlo descubrías que no lo era tanto.

Eira, por su parte, no podía evitar seguir pensando en Alen. Era superior a sus fuerzas; por más que intentara apartarlo de su mente, su recuerdo la perseguía. A veces tenía el impulso de llamarlo, solo para saber qué había sido de él. Y, como siempre, las mismas preguntas la rondaban: *«¿Seguirá acordándose de mí? ¿Estará con alguien? ¿Se habrá enamorado de otra? ¿Estará bien?»*

CAPÍTULO 100

En Cádiz:

Al día siguiente, los compañeros de Caños fueron a visitarlo al hospital. Querían saber cómo estaba y, de paso, tomarle declaración sobre lo ocurrido. Entre ellos se encontraba también el agente que lo había acompañado en la ambulancia. Tras las preguntas de rigor sobre su estado, fueron directos al grano.

—Bueno, Caños, cuéntanos qué pasó —dijo uno de los inspectores.
—Pues iba detrás de una posible pista y… —explicó todo lo ocurrido con detalle.
—¿Y no viste nada más?
—Solo recuerdo que era un Mercedes-Benz, creo que negro, pero no me dio tiempo a ver la matrícula.
—Bueno, al menos tenemos algo.
—Tenéis que ir a casa de Elisa y comprobar si ese es su coche. Si lo es, detenla para interrogarla.
—No te preocupes, eso haremos. Espero que te recuperes pronto; la comisaría no es lo mismo sin tus chistes malos.
—¡Buah! Bicho malo nunca muere. Hoy mismo ya estoy por allí.
Al cabo de un par de horas, Caños se presentó en la comisaría y entró en el despacho del comisario.

—Caños, ¿qué haces aquí? Deberías estar descansando.
—Estoy bien —respondió, apoyado en un bastón.
—No te veo tan bien.
—Bueno, el bastón es por la cadera. Me dieron un buen golpe y todavía me duele al andar, pero estoy bien.
—Ya me han informado de todo. Voy a mandar una patrulla a casa de Elisa para confirmar lo del coche. El juez también ha autorizado el registro de la vivienda. ¿Quieres unirte a ellos?
—Sí, voy con ellos.
—Bien.
Caños se unió a la patrulla que salió rumbo a Sancti Petri. En un santiamén llegaron y aparcaron frente a la casa de Elisa. El coche estaba allí, justo delante. Al observarlo, notaron que la parte frontal derecha estaba abollada y presentaba lo que parecía una mancha de sangre.
Caños sintió una mezcla de rabia y determinación. Estaba a punto de hacer justicia. Cuando iban a llamar a la puerta, esta se abrió: Elisa salió justo en ese momento.
—¿Pasa algo? —preguntó Elisa, con gesto de desconcierto.
—Elisa Rodríguez, queda detenida —dijo Caños, con voz firme —. Tiene derecho a permanecer en silencio. Cualquier cosa que diga podrá ser utilizada en su contra en un tribunal. Tiene derecho a un abogado. Si no puede costearlo, se le asignará uno de oficio.
Mientras le colocaba las esposas, Elisa lo miraba con furia.
—Pero, ¿de qué demonios me acusan?
—Lo sabes perfectamente —respondió Caños, sin apartar la mirada.
La policía científica se desplegó por el exterior de la vivienda, tomando fotografías y recogiendo muestras. Dentro, los agentes registraban cada habitación. Cajones abiertos, armarios revueltos, el sonido metálico de las herramientas forenses llenaba el silencio.
En la parte superior de la despensa, un agente levantó la voz:
—¡Inspector, venga a ver esto!
Dentro de un hueco oculto, encontraron dos armas ilegales, ambas con el número de serie borrado.
Al llegar a la comisaría, los agentes escoltaron a Elisa por el pasillo hasta la sala de interrogatorios. El sonido de sus tacones se

mezclaba con el eco metálico de las puertas al cerrarse. La sentaron frente a la mesa. Permaneció en silencio, la mirada fija en el suelo, los dedos entrelazados, resignada.
Pasaron unos segundos que parecieron eternos antes de que la puerta volviera a abrirse. Caños entró con un compañero. Llevaba la carpeta del caso bajo el brazo y una expresión fría. Se sentó frente a ella.
—Buenas tardes, ¿es usted Elisa Rodríguez? —preguntó el compañero de Caños.
—Sí, pero… ¿por qué estoy detenida?
—Se le acusa de presunto atropello intencionado del inspector Caños, de darse a la fuga y de posesión ilegal de armas de fuego. Además, las armas halladas en su domicilio tenían borrado el número de serie —respondió el agente.
—Bueno, ya ha quedado claro. Ahora las preguntas las hacemos nosotros —intervino Caños con tono firme.
—¿Necesito un abogado? —preguntó Elisa, visiblemente nerviosa.
—Yo diría que sí. Ya se le ha asignado uno, está a punto de llegar. A no ser que pueda costearse uno propio.
—Bien. Pues no diré nada hasta que hable con él.
En ese momento, un agente llamó a la puerta.
—Inspector, ya está aquí el abogado.
—Llévesela para que hable con él. En diez minutos me la trae de vuelta, y rápido —ordenó Caños.
—Sí, inspector. ¡Vamos! —dijo el agente, sujetando a Elisa del brazo.
Pasados unos diez minutos, Elisa regresó acompañada de su abogado y del agente. Una vez todos se acomodaron, Caños encendió la grabadora. El interrogatorio estaba a punto de comenzar.
—¿Qué hizo usted el pasado viernes, día dieciocho por la tarde?
—Estuve en casa y luego salí con una amiga; me vino a buscar en su coche y fuimos a un bar.
—¿Y después?
—Luego llegué a casa y me acosté.
—¿Cómo se llama el bar?
—*"La Gaviota".*

—Lo comprobaremos.
—¿Y por qué había en su vivienda dos armas de fuego?
—No sé de qué me habla.
—No tiene por qué responder —intervino el abogado.
—¿Por qué atropelló al inspector Caños?
—Yo no he hecho nada.
—Su coche presenta signos de impacto y pequeños restos de sangre. Cuando lo analicemos, probablemente coincidan con la del inspector.
—No sé de qué me habla. Yo no cogí el coche el viernes por la tarde.
—Si no tienen pruebas, exijo que liberen a mi clienta de inmediato —dijo el abogado.
—El coche ya es una prueba contundente, sin contar las armas encontradas en su domicilio. La retenemos hasta verificar su coartada y el análisis de las armas. Y aún no hemos terminado el interrogatorio.
—Tenemos tres cadáveres; eche un vistazo a estas fotos —dijo Caños, mostrándoselas —. ¿Le suenan? ¿Está implicada en estos asesinatos?
—¡Quite eso de mi vista! No tengo nada que ver con ningún asesinato —replicó Elisa.
—¿Tiene pruebas contra esa acusación? —preguntó el abogado.
—Aún no, pero las tendremos. Si aparece la mínima prueba o alguna de sus huellas… prepárese para estar encerrada mucho tiempo.
—Insisto: que la liberen —volvió a pedir el abogado.
—Podemos retenerla hasta setenta y dos horas. Enciérrenla. —ordenó Caños.
El abogado se fue protestando por el pasillo, con el eco de sus quejas perdiéndose tras la puerta. Elisa, con gesto hosco y la mirada fría, siguió al agente que la escoltaba hasta su celda. El sonido del cerrojo al cerrarse marcó el final del interrogatorio.

CAPÍTULO 101

En Zagreb:

A comienzos de junio, la mañana se abría paso lentamente sobre las calles, agitadas por el pulso cotidiano de la ciudad. Una brisa juguetona recorría los rincones, levantando papeles y persiguiendo hojas rezagadas. Los pájaros picoteaban el suelo en busca de su desayuno, ajenos al bullicio humano. El sol se filtraba entre las fachadas, colándose por las ventanas y tocando, con suavidad, las casas más bajas.

Eira despertó sobresaltada: hoy era el gran día.
Por la tarde presentarían el festival y tenía que demostrar todo el trabajo que habían hecho durante meses. Solo le quedaba repasar su coreografía en solitario, porque la que bailaba con Jasmín la tenía más que dominada.

Había carteles por toda la ciudad; incluso una revista especializada en danza había dedicado un artículo al evento.
Jasmín se había encargado de todo. Fue más allá: consiguió que emitieran un pequeño anuncio —apenas un segundo— en la televisión local.

Eira todavía no entendía cómo lo había logrado. Estaba impresionada por la repercusión que había alcanzado el festival y, al mismo tiempo, nerviosa por la enorme responsabilidad que sentía. Había actuado muchas veces, pero esta vez era diferente: era *su* academia, *sus* alumnos, *su* nombre en el cartel. En apenas unos días, las entradas se agotaron. El teatro estaría a rebosar.

Durante la mañana, Eira se dedicó por completo a ensayar en la academia. Quería que todo saliera perfecto, aunque solo alcanzaba a ver fallos que deseaba corregir. Hizo una breve pausa para comer un sándwich que se había preparado antes de salir de casa. Después, continuó ensayando sin descanso, y cuando quiso darse cuenta, la hora se le había echado encima.

El corazón empezó a acelerársele. Se dio una ducha rápida en los vestuarios, recogió todo lo que necesitaba y salió escopetada hacia el teatro.

Al llegar, Eira se encontró a Jasmín en pleno torbellino de preparativos. Ajustaba el vestuario de las niñas, daba indicaciones, repasaba el orden de salida de los grupos y, al mismo tiempo, hablaba con el técnico de luces.

—Primero luz cálida, luego azul. No te equivoques con el cambio, por favor —decía, mientras comprobaba la lista de canciones en su mano.
El teatro era un hervidero de nervios, voces y emoción contenida.
—¿Dónde te habías metido? —preguntó Jasmín.
—Lo siento, me despisté ensayando.
—Pero si te sale perfecto. Eres demasiado perfeccionista.
—Bueno, ya lo sabes.
—Por cierto, ha llamado mi primo.
—¿Ah, sí?
—Sí. Me dijo que le había sido imposible venir y nos deseó mucha suerte. Y que te diera un beso de su parte —añadió sonriendo.
—Pues… vale.
—No hace falta que disimules. Sé lo que pasó, me lo contó él.

—Pues ya está. Vamos a dejar el tema.
Cuando lo tuvieron casi todo listo, salieron a repasar las coreografías hasta que comenzara a llegar la gente.
Eira estaba encantada de haber conseguido reservar la actuación en aquel imponente edificio neobarroco de color amarillo narciso: el Teatro Nacional. Se alzaba en medio de la red de parques de *Donji Grad*, la Ciudad Baja de Zagreb, que conforma el distrito cultural de la ciudad.
Eira recordaba que el teatro había sido diseñado por arquitectos austriacos e inaugurado en *1895* por el emperador austrohúngaro *Francisco José I*. Con sus torres en cada esquina y una gran cúpula de cobre coronando el edificio, imponía respeto y belleza a partes iguales.
El interior no se quedaba atrás: mármoles, columnas doradas, frescos en los techos pintados por artistas austriacos y bustos de compositores y cantantes de ópera decoraban cada rincón. Aunque ya había actuado allí alguna vez, Eira no podía evitar sentir que aquel lugar respiraba arte y cultura por cada uno de sus muros.
El auditorio, vestido de rojo escarlata y oro viejo, podía albergar a unas ochocientas personas. Eira miraba las butacas desde el escenario, imaginando cómo sería escuchar los aplausos de todo ese público si todo salía bien. Aquel teatro no era solo un edificio: era un templo de arte. Cada año albergaba una temporada completa de ballet, ópera y conciertos sinfónicos, y era sede de la *Orquesta Sinfónica de la Radio de Croacia*.
Fuera, en la plaza, *El pozo de la vida* —la escultura de bronce de *Ivan Meštrović*, brillaba bajo el sol de la tarde, como si también esperara el comienzo del espectáculo.
Al cabo de un rato, avisaron que iban a abrir las puertas para que el público comenzara a entrar. Jasmín y Eira trataban de calmar los nervios de sus alumnas; para muchas de ellas era su primera actuación, especialmente para las más pequeñas.
En cuestión de minutos, el murmullo del público empezó a llenar el teatro. La familia de Eira estaba allí: no se lo habrían perdido por nada del mundo. Solo faltaban su hermana mayor y su sobrino, y esa ausencia le provocó una ligera punzada de tristeza.

De vez en cuando, Eira asomaba la cabeza entre las cortinas. En primera fila vio a su familia acomodándose, y justo detrás, a sus amigas con sus parejas, hojeando el folleto con el orden de las coreografías.
Quedaban escasos diez minutos. El primer grupo, el de las niñas más pequeñas, esperaba ya tras el telón. Algunas se tomaban de la mano; otras miraban hacia las luces con los ojos muy abiertos. Eira y Jasmín las colocaban con cuidado, como piezas de un delicado engranaje.
Entonces, una mujer tomó el micrófono. Su voz resonó clara en la sala, presentando brevemente el evento y destacando el nombre de la academia. Un segundo de silencio… El telón se elevó lentamente y, con él, la primera nota de música se expandió por el teatro.
Todo estaba saliendo sobre ruedas. Cada grupo lo hacía de maravilla y los aplausos se prolongaban con entusiasmo.
Llegó el momento de que Jasmín y Eira salieran a escena. El teatro quedó en un silencio absoluto. El público esperaba expectante la actuación de las profesoras, ya reconocidas como verdaderas profesionales. Las dos bailaron rozando la perfección. Sus movimientos eran tan sincronizados que parecían una sola. El aplauso final fue ensordecedor, una ola de emoción que se transformó en sonrisas para ellas.
Cuando el telón cayó, llegó el turno de Eira.
Se cambió rápidamente y volvió al escenario. El telón se elevó de nuevo y, en un instante, toda la sala contuvo el aliento.
Su coreografía era una fusión vibrante de danza moderna con toques de clásico. Cada paso, cada giro, irradiaba fuerza y sensibilidad. Al terminar, con un final apoteósico, el público se puso en pie y aplaudió con entusiasmo. Eira sonrió, agradecida.
Entonces, subieron al escenario todas las bailarinas. Dos de las niñas más pequeñas le entregaron a Eira y a Jasmín un colorido ramo de flores silvestres. Eira no pudo evitar emocionarse; unas lágrimas de alegría se deslizaron por su rostro.
El teatro se fue vaciando poco a poco. Los padres esperaban a sus hijas con cámaras, flores y abrazos. En la puerta, la familia y las

amigas de Eira y Jasmín las esperaban radiantes, dispuestas a felicitarlas una vez más.
Después de las fotos y los abrazos, decidieron caminar hasta un pub cercano para celebrar la noche. Solo Mara y Nika se unieron; el resto optó por irse.
Jasmín charlaba sin parar, aún con la adrenalina del espectáculo, cuando alguien tocó el brazo de Eira desde detrás. Ella se giró, sorprendida.

CAPÍTULO 102

En Cádiz:

Al día siguiente, Caños recibió la noticia. Elisa había estado en el bar justo en las horas del atropello. Las cámaras de seguridad de la entrada lo confirmaban con una nitidez que no dejaba margen a la duda. Caños se quedó unos segundos en silencio, mirando el informe sobre la mesa. Todo su trabajo de los últimos días se desmoronaba. Elisa no podía ser. Sintió esa mezcla amarga de frustración y vacío que llega cuando una pista se apaga de golpe. Había apostado todo a esa carta… y ahora no le quedaba nada. El caso volvía a estar en punto muerto.

No se explicaban quién podía haber sido. Pero algo estaba claro: alguien había utilizado el coche de Elisa para embestir a Caños y hacerla parecer culpable. Ese mismo día llegó el informe de la científica sobre el cuchillo. En él se confirmaba que, tras los análisis, se trataba del arma empleada en ambos asesinatos: el de Max y el de Zora. La sangre encontrada coincidía con la de las dos víctimas.
Sin embargo, no había ni una sola huella, ni rastro de *ADN* que no fuera de ellas. Ninguna pista, nada. Todo apuntaba a que quien lo empuñó lo hizo con guantes, o se tomó el tiempo de limpiarlo con una precisión casi quirúrgica. Caños lo leyó dos veces, con la

mandíbula apretada. Cada dato era una pared más en un callejón que se estrechaba sin salida.

Elisa, finalmente, fue exculpada del atropello y de los asesinatos. Las pruebas la dejaban fuera de toda sospecha. Aun así, tendría que seguir entre rejas un tiempo más, acusada de posesión de armas.

Caños, aunque más tranquilo, sentía un cansancio que le pesaba en los hombros. Cada caso cerrado dejaba cicatrices invisibles, y éste le había desgastado más de lo que quería admitir. Se recostó en la silla, miró el techo un instante y suspiró antes de coger el teléfono. Marcó el número de Ágata.

Llamada

Caños: Soy yo —dijo, con voz grave —. Quería contarte lo de Elisa…

Caños le relató todo: el coche, el cuchillo, la exculpación de Elisa. Ágata lo escuchaba en silencio, mientras él hablaba con esa mezcla de rabia contenida y alivio amargo.

Un poco más tarde, Joel preparaba la comida mientras Ágata, con gesto concentrado, volvía a extender sobre la mesa todos los papeles del caso. La conversación con Caños seguía dando vueltas en su cabeza. Si Elisa no había podido ser, entonces alguien había querido incriminarla. Ese alguien —pensó, mientras pasaba una hoja tras otra *«debía ser el verdadero asesino».* Y no podía ser cualquiera. Tenía que conocer bien a Elisa, sus costumbres… y, sobre todo, sus negocios en la sombra.
De repente, algo hizo clic en su cabeza. Una idea, una conexión que hasta entonces se le había escapado. Sintió un leve cosquilleo en el estómago, mezcla de nervios y excitación. Si su intuición era correcta, algunas piezas del puzle empezaban, por fin, a encajar. Se

levantó de golpe, apartó las carpetas y se dirigió a la cocina con paso rápido.
—¿Tienes hambre? —preguntó Joel desde la cocina.
—Un poco, huele muy bien.
—En seguida está.
—Joel, una cosa… Cuando llamaste a tu padre por lo que le pasó a tu madre y no se presentó, ¿qué hora era?
—Pues no sé… sobre las seis.
—¡Justo!
—¿Qué pasa?
—Sobre esa hora mataron a Ted.
—Mi padre será un "*cabrón con pintas"*, pero no creo que sea un asesino.
—Joel, a veces las circunstancias empujan a la gente más allá de sus límites. De todas formas, se me ha ocurrido una estratagema para saber si realmente fue tu padre o no.
—¿Y cuál es?
—Aún tengo que madurar la idea, pero creo que con ella podríamos salir de dudas.
—Si así te quedas más tranquila —dijo él, sin demasiada preocupación.
—Sé que tú no quieres creer que tu padre esté implicado, pero necesito demostrarlo. Para mi tranquilidad, necesito o culparle o descartarle.
—Vale… ¿y cómo lo vamos a hacer?
—¿No habías quedado hoy para ir a casa de tu madre por los papeles del médico? Tu padre también iba a ir, ¿no?
—Sí, eso creo. Mi madre todavía está en el seguro con mi padre y como no me fio, quiero estar presente. Tendré que llamarle.
—Pues llámale.
—¿Y si va?
—Ahora te explico el plan.

CAPÍTULO 103

En Zagreb:

Mara y Nika estaban distraídas poniéndose al día, riendo y hablando de sus novios.
Mara, entusiasmada, le contaba con todo lujo de detalle cómo había empezado lo suyo con Derek. Al principio, recordaba, cuando él entró como encargado en el trabajo, se llevaban fatal. A Mara le parecía atractivo, sí, pero también arrogante y con demasiados aires de superioridad.
Todo cambió una noche, cuando se quedaron solos para hacer inventario. Fue entonces cuando descubrió otra faceta de él: simpático, cercano y sorprendentemente atento. *"Parece que delante de los demás hace un papel",* le dijo a Nika sonriendo. A partir de ahí, intercambiaron números y empezaron a verse fuera del trabajo. Las citas se fueron repitiendo… y poco a poco, lo que empezó como un juego se convirtió en algo más serio.
Mientras tanto, Igor no dejaba de insistir en volver con ella, pero Mara estaba agotada de aquella historia. Cuando la relación con Derek empezó a consolidarse, Igor comprendió —aunque le costara aceptarlo— que ya no tenía ninguna oportunidad.
—Jasmín y Eira se detuvieron en seco.

—¡Enhorabuena! Habéis estado fantásticas. Estoy orgullosa de vosotras —dijo Nina con una sonrisa contenida.
—Hola… muchas gracias. No sabía que habías venido a vernos —respondió Eira, sorprendida tanto por su presencia como por sus palabras.
—Sí, hola —añadió Jasmín con una sonrisa amable.
—Sabía que eras una buena bailarina, Eira. Ya era hora de que lo demostraras —prosiguió Nina, mirándola con un brillo ambiguo en los ojos.
—Gracias —acertó a decir Eira.
—Bueno, seguid así. Hasta luego —dijo Nina antes de darse media vuelta y alejarse con paso firme.
—Sí… hasta luego, gracias —repitieron al unísono.
Jasmín soltó el aire que había estado conteniendo.
—¡Qué fuerte! Eso sí que no me lo esperaba.
—Ya ves. Yo tampoco —respondió Eira, esbozando una sonrisa incrédula.
Cuando se unieron a sus amigas, que seguían conversando animadamente, se dispusieron a cruzar la calle. Jasmín sonrió por un instante, sin imaginar lo que estaba a punto de ocurrir…
—Eira, no te gires —susurró Jasmín con tono urgente.
—¿Qué pasa? —preguntó, intentando mirar por encima del hombro.
—Te he dicho que no te gires —repitió, deteniéndola con una mano en la mejilla. Espera.
Mara sonrió al reconocer a alguien, pero a Nika no pareció hacerle ninguna gracia.
Eira, en cambio, solo oía pasos acercándose por detrás. Su respiración se aceleró. Era la única que no sabía quién estaba ahí.
—Hola, Eira.
El sonido de aquella voz le atravesó el pecho. Su corazón se disparó y un escalofrío le recorrió la espalda.
Por un instante dudó, paralizada. Pero su cuerpo actuó antes que su mente: se giró despacio, casi sin quererlo.
—¡Alen! ¡Qué sorpresa! ¿Qué haces aquí? —exclamó Eira, sobresaltada y acelerada, mientras lo abrazaba.

—Hola, chicas —saludó él a las demás, que se apartaron discretamente —. No podía perdérmelo. Eres toda una profesional —añadió con una sonrisa.
—Vaya… no me creo que estés aquí. ¿Lo has visto?
—¡Claro!
—¿Y cómo te has enterado?
—Tengo mis contactos —respondió, lanzando una mirada cómplice a Jasmín, que no pudo evitar reírse.
—¿Has sido tú? —dijo Eira, mirándola con fingida indignación.
—Síii… al final has podido venir. Hablé con su compañía y conseguí localizarlo. Le mandé urgente una entrada —respondió Jasmín con voz suave —. Bueno, os dejo que charléis.
Eira lo observó con una mezcla de incredulidad y emoción.
—Estás igual.
—¿Tú crees?
—Sí.
—Tú, en cambio, estás distinta… más madura. Pero más guapa también —dijo él con una sonrisa sincera.
—Ha pasado tiempo, y dejamos de tener contacto.
—Es verdad. No quiero estropear tu celebración. Si quieres, mañana quedamos y nos ponemos al día. Me quedaré unos días por aquí.
—¡Vente!
—No, aún tengo que deshacer la maleta. Mejor mañana, si te va bien.
—Vale, ¿por la mañana?
—Sí, ¿aún existe el Café Brim?
—Sí.
—Perfecto. Allí a las once.
—Está bien.
—Pues nos vemos mañana. Disfruta de la noche.
—Sí. Hasta mañana.
—Hasta mañana, preciosa —dijo él antes de alejarse, dejándola con una sonrisa que no podía contener.
Eira se quedó ensimismada. Su rostro era un cuadro: los labios curvados en una sonrisa larga e involuntaria, y los ojos… más brillantes que nunca. Permaneció inmóvil, observando cómo Alen se

alejaba. Entonces, en una fracción de segundo, él se giró. Sus miradas se cruzaron y ambos sonrieron.
Detrás, sus amigas no cabían en sí de emoción y la acosaban a preguntas, riendo, queriendo saber cada palabra que habían intercambiado. Pero Nika no compartía del todo la euforia. La conocía demasiado bien. Temía que Eira volviera a caer en las redes de Alen… y que, cuando él se marchara otra vez, el golpe fuera aún más duro que la primera vez.
Eira estaba flotando, como si todo aquello fuera un sueño del que no quería despertar. Al final logró serenarse y disfrutó de la noche junto a sus amigas, riendo y bailando sin parar.
Cuando llegó a casa, el cansancio empezó a pesarle, pero en cuanto se tumbó en la cama, su mente volvió a él. No podía dejar de pensar en el momento de volver a ver a Alen. Aún le costaba creer que realmente hubiera ido a verla. Estaba tan emocionada, tan ilusionada, que el sueño se resistía. Daba vueltas una y otra vez, sonriendo en la oscuridad. Hasta que, poco a poco, el cansancio la fue venciendo… y se quedó dormida sin darse cuenta, todavía con esa sonrisa dibujada en los labios.

CAPÍTULO 104

En Cádiz:

Joel llamó a su padre y este le confirmó que, efectivamente, iría a casa de Cintia. Colgó el teléfono y se quedó un momento pensativo, intentando adivinar qué tramaba Ágata. Antes de salir de casa, no pudo contenerse más.

—Bueno, ¿me vas a decir ya qué es lo que tienes en mente? Que en breve me voy —preguntó, impaciente.
—Tampoco es nada muy elaborado —dijo Ágata con calma —. Habla con tu padre y, de algún modo, deja caer que creo saber quién es el culpable de los asesinatos, y que voy a contárselo a Caños. Pero dile que antes de ir a comisaría necesito verificar algunas cosas en casa. Si él es el culpable, querrá saber a quién pienso acusar… y no permitirá que hable con el inspector.
—Puedo intentarlo. Pero… ¿y si va a por ti? —preguntó Joel, visiblemente inquieto.
—Tranquilo. Llevaré una grabadora en el bolsillo. Si es el culpable, vendrá. Y ya he pensado avisar a Caños para que esté cerca, vigilando sin que le vea. A la mínima señal de peligro, actuará y lo detendrá.

—No sé, Ágata… —murmuró Joel, negando con la cabeza —. Yo sigo pensando que mi padre no ha matado a nadie. Sé que tiene sus chanchullos, pero no creo que haya cruzado esa línea.
—Puede que tengas razón —concedió ella —, pero necesito saberlo con certeza.
—Está bien, probemos. Me voy ya. Te voy contando.
—Vale. Llámame si pasa cualquier cosa.

Joel salió y se montó en el coche. Mientras conducía hacia casa de su madre, su mente empezó a llenarse de recuerdos dispersos: tardes de pesca con su padre en los espigones de la Punta de San Felipe, alguna risa compartida, esos pocos momentos en los que todo parecía normal. Le costaba asumir la posibilidad de que Ágata tuviera razón. La idea de que su padre pudiera ser un asesino le revolvía el estómago. Sí, era un corrupto, un tipo con mil trapos sucios, pero… ¿un asesino? No. Por mucho que lo intentara, no podía verlo así.
Le vino un recuerdo a la mente, de cuando tenía unos ocho años. Era un día de playa. Su madre descansaba en una hamaca, mientras él y su padre construían un castillo en la arena, con torres de vigilancia y un foso lleno de agua. Se sentía el niño más feliz del mundo, riendo con su padre, que no dejaba de mirarlo con orgullo. Después se metieron al agua y su madre se animó a unirse. Joel recordaba perfectamente cómo su padre la miraba: con cariño, con deseo, con esos ojos que delataban que aún la amaba. La alzaba en brazos, la hacía girar entre las olas, y ambos reían. Ella irradiaba felicidad; tenía un brillo especial en la mirada.
Así los recordaba de niño: felices, unidos, como una familia de verdad. Pero con el tiempo todo se torció. Roque cambió. Pasó de ser un hombre afectuoso a uno huraño e irritable. Comenzaron las discusiones constantes con su madre… y también con él. Todo le molestaba, nada parecía bastarle. Nadie entendía qué le había hecho cambiar. Hasta que, un día, Cintia no pudo más y decidió separarse. Roque se fue a Bilbao, y aunque dolió, a ella le vino bien. Por fin pudo respirar, recomponer su vida y devolverle la calma a su hijo.

Al cabo de media hora, Joel llegó a casa de su madre.
El coche de su padre ya estaba aparcado en la puerta. Aparcó el suyo justo detrás y entró. Saludó a su madre, que estaba en la cocina, y luego cruzó al patio, donde Roque lo esperaba.

—¡Hombre! Ya estás aquí —dijo su padre, levantándose del asiento.
—Sí. Hola.
—¿Y tu novia? —preguntó, mientras encendía un cigarro.
—Se ha quedado en casa —contestó Joel.
—¿Y eso? —interrumpió, con curiosidad.
—Sigue obsesionada con el caso. Ahora está convencida de quién ha podido ser el autor de los asesinatos y quiere verificar algunas cosas antes de hablar con el inspector —respondió Joel, fingiendo naturalidad. Roque lo miró con interés.
—¿Ah, sí? ¿Y quién piensa que es?
—No lo sé. A mí no me lo ha querido decir.
—¿Nada? ¿Ni una pista? ¿No se lo has podido sacar? —insistió.
—Pues no. Además, ¿por qué tanto interés? —replicó Joel, intentando que su tono no sonara acusador
—Por saberlo de una vez. Y si tiene razón, detener al culpable —contestó, encogiéndose de hombros.

Hubo un breve silencio.

—Igual más tarde saldremos de dudas —dijo Joel, cuando Ágata hable con Caños.
—Ya… —murmuró Roque, mirando hacia otro lado —. Bueno, firmo los papeles y me voy. Tú, se los das a tu madre.
—¿Ya te vas?
—Sí, tengo cosas que hacer. Adiós.

Joel lo observó mientras cruzaba la puerta. Durante unos segundos permaneció quieto, siguiendo con la mirada el movimiento lento de su padre hasta perderlo de vista. El aire se sentía más denso de lo habitual, como si la casa hubiese retenido algo de su presencia. Había algo en su tono, en su forma de marcharse… que no terminaba de cuadrarle.

Roque se despidió de Cintia con un gesto breve y salió por la puerta. Joel esperó unos segundos, escuchando el ruido del coche alejándose, antes de sacar el móvil del bolsillo. Marcó el número de Ágata y, en cuanto ella contestó, le relató palabra por palabra la conversación con su padre.

Mi padre se ha puesto nervioso. No sé si irá para casa, pero ha salido pitando en cuanto le he contado lo que hablamos. Voy para allá, no quiero dejarte sola por si acaso.

—No pasa nada. Quédate un rato con tu madre y el pequeño. Si oigo que viene, te llamo y aviso a Caños.

—Vale… pero ten mucho cuidado.

—Sí. Te quiero.

—Y yo a ti.

Joel colgó, pero no hizo caso. Subió al coche y arrancó sin pensarlo dos veces. Sabía que, si algo pasaba, no le daría tiempo a llegar… pero quedarse quieto le resultaba imposible.

CAPÍTULO 105

En Zagreb:

A la mañana siguiente, el sol era el protagonista absoluto del día. Eira despertó con una sonrisa dibujada en el rostro. Se desperezó lentamente y, al recordar que había quedado con Alen, el corazón le dio un pequeño salto. Fue corriendo a la cocina, preparó un desayuno rápido y se metió en la ducha. Mientras el agua caía sobre su piel, no pudo evitar canturrear de alegría.

Después, abrió el armario y comenzó la batalla habitual: la cama se llenó de ropa en cuestión de minutos. Nada le parecía suficientemente especial. Tras varias pruebas, se decidió por unos pantalones cortos de tela negra y una camiseta estampada. Se retocó el rostro con un toque natural, se calzó sus deportivas favoritas y recogió el pelo en una coleta alta.

Cuando miró el reloj, se dio cuenta de que el tiempo había volado. Cogió el bolso y salió deprisa, caminando hacia la cafetería con una sonrisa que no podía contener.

Cuando llegó, él estaba en la puerta.

—¡Hola, Alen! Ya estás aquí —dijo Eira al verlo esperándola en la puerta. Perdona, no me he dado cuenta de la hora —se disculpó, llegando con apenas cinco minutos de retraso.

—No pasa nada. ¿Entramos o prefieres fuera?
—Fuera, mejor. Hoy hace buen día. Mira, allí, en esa mesa del fondo, bajo el toldo.
—Vale. Estás muy guapo.
—Gracias. Tú también —respondió con una sonrisa que le suavizó la mirada.

Se sentaron y, enseguida, el camarero se acercó.

—Buenos días, ¿qué van a tomar?
—Yo un zumo de naranja —pidió Eira.
—¿Natural?
—Sí.
—Y yo un café solo con hielo —añadió Alen.
—Perfecto —dijo el camarero antes de marcharse.

Hubo un breve silencio, de esos que se llenan con sonrisas y miradas que dicen más que las palabras.

—Bueno… cuéntame —rompió Alen —, ¿qué ha sido de tu vida todo este tiempo?
—Ufff, no sé ni por dónde empezar.
—¿Y lo de tu padre? ¿Se resolvió al final?
—Aún están en ello. Están tardando.
—Tarde o temprano se aclarará, ya lo verás.
—Sí… —asintió ella, bajando la mirada un instante.
—¡Venga, cuéntame! —insistió él, sonriendo.
—Nina me echó de la compañía. Para ser sincera, últimamente no rendía… iba a los ensayos medio dormida, agotada.
—¿Y eso?
—Estuve, por desgracia con un chico y… tuve una relación bastante problemática —respondió, bajando la voz. Le contó por encima lo que había pasado.
—Vaya… lo siento, Eira. Pero no entiendo cómo pudiste caer en algo así. Siempre has sido muy directa, muy tú. No te dejabas dominar por nada ni por nadie. Tienes mucha personalidad.
—Lo sé —asintió con una sonrisa amarga —. A veces ni yo misma lo entiendo. Y encima me hacía llamadas con número oculto, porque

estoy segura que era él. La gente piensa que sólo caen en eso las personas débiles, sin carácter, con poca autoestima o sin rumbo… pero no es así. Cae todo tipo de gente, inconscientemente. A veces por miedo, por amor, por dependencia, o simplemente porque no tienes adónde ir... pero en otras ocasiones te acostumbras a vivir así, sin darte cuenta.
—Me alegra que ya no estés con ese tipo, porque no lo estás ¿no? —dijo Alen con sinceridad.
—Nooo. He tenido suerte… porque ahora puedo contarlo.
—Sí —respondió él despacio, con una mirada que mezclaba admiración y tristeza.
—Aún no me creo haber podido salir de esa relación tan *"fácilmente"*. El hecho de que me haya dejado en paz todavía me sorprende. Esperaba que me siguiera molestando… o acosando. Pero creo que, como ahora está con otra chica, me ha dejado tranquila. Vi a uno de su grupo y me dijo que se había mudado a la ciudad donde están sus padres, así que mucho mejor. He recibido llamadas que no me decían nada con un número oculto y siempre he pensado que era él. Pero hace tiempo que ya no me llaman.
—Pues me alegro.
—Lo siento por todas esas mujeres que no han podido hacerlo… —dijo Eira, bajando la voz, pero enseguida su tono se volvió firme —. Por las que ya no están en este mundo por culpa de ciertos individuos enfermos, locos y lúcidos "*hijos de puta"*.
—Sí… es una pena —murmuró Alen, sin saber muy bien qué añadir.
—Eira respiró hondo y forzó una sonrisa.
—En fin, cambiando de tema… Después conseguí recomponerme y afronté el mayor reto de mi vida: abrir mi propia academia de baile. Tuve que buscar el local, prepararlo y trabajar muchísimo, pero al final lo logré. Cumplí mi sueño. Eso sí, con mucha ayuda, tanto de mis amigas como de mi familia.
—Sí, lo sé. Has rehecho tu vida y lo has hecho genial. Me alegro mucho por ti.
—¿Y tú? —preguntó ella con una sonrisa —. Que no paro de hablar… ¿cómo te ha ido a ti?
—Pues… tampoco sé ni por dónde empezar.

—Empieza por lo fácil —dijo, inclinándose un poco hacia él —. ¿Cómo está tu familia?
—Ah, pues bien. Mis padres ya se han jubilado del baile. Mi madre no volvió a ser la misma después de la caída, así que contrataron a alguien para dirigir las clases en su compañía. Mi hermana vive con su novio y también colabora allí. En cambio, mi hermano se ha venido conmigo; llevamos la compañía juntos… al menos hasta que se decida a abrir la suya propia.
— ¡Qué bien! ¿Y tu hermana no tiene hijos?
—No. Se hicieron pruebas y parece que tiene algunos problemas; no puede quedarse embarazada.
—Qué pena.
—Sí, porque le encantan los niños. ¿Y la tuya?
—Bien. Mi hermana Ágata sigue en Cádiz, con el caso de mi padre y con Joel.
—Mi sobrino sigue en la universidad, avanzando bien. Y Olivia… se casó, y ahora está embarazada.
Mi madre está muy contenta con Marcus; los fines de semana se van al pueblo.
—Me alegro.

Alen la miró unos segundos, dudando.

—Verás, Eira… quiero contarte algo.
—¿El qué? —preguntó, inclinándose hacia él, con curiosidad.

CAPÍTULO 106

En Cádiz:

Ágata deambulaba sin rumbo, con el corazón en un nudo. Esperaba que Roque apareciera, aunque no sabía si lo deseaba de verdad. El reloj avanzaba con una lentitud cruel, y cuando la aguja marcó la media hora, una idea se impuso con fuerza: tal vez había estado acusando al hombre equivocado.

La frustración le ardía por dentro; estaba convencida de que Roque era el culpable. Entonces, un motor rompió el silencio de fuera y se acercaba. Se asomó a la ventana y el corazón se le encogió: era él. El coche de Roque se detuvo frente a la casa. Con manos temblorosas, llamó a Joel.
—Está aquí… dile a Caños que venga —susurró.
No había tiempo para que ella lo avisara. El golpe del timbre la sobresaltó. Activó la grabadora del móvil, respiró hondo y abrió la puerta.

—Hola, Roque. Joel no está —dijo con cautela, sin apartar la mano del marco.
—Lo sé. En realidad, quería hablar contigo —respondió él, con una calma que sonaba fingida.

—¿Ah, sí? Pues dime.
—Mi hijo me ha comentado que tienes una idea de quién ha podido cometer los asesinatos —dijo sin rodeos.
—Sí, te ha informado bien —respondió ella, tensa, intentando sonar firme.
—¿Y entonces? ¿Quién piensas que es?
—Creo que lo sabes perfectamente —replicó, midiendo cada palabra.
—Pues no tengo ni idea.
—No te hagas el inocente conmigo. Sé que fuiste tú. Y tampoco me llamaste diciendo que dejara de buscar ¿no? Y tú también atropellaste a Caños, ¿verdad?
El aire se volvió más denso.
—¡Qué dices! No me acuses de algo así. La llamada sí la hice yo. Y a Caños quería que dejara de meter las narices y pensé en inculpar a Elisa ya que sabíais que era zurda.
—No sé cómo lo hiciste… pero sé que fuiste tú el que mató a mi padre.
—No sé por qué piensas eso. No tienes pruebas.
—Sí que las tengo —mintió, acercándose un paso.
—¿Cómo que las tienes? ¿Qué pruebas?
—Las suficientes para que el inspector te encierre —dijo con una sonrisa ladeada.
Ágata lo observó en silencio. Su tono era distinto, más frío, más calculador.
—Eres una inconsciente. ¡Dame esas pruebas! —gritó él, de pronto, rompiendo su propia máscara.
—¿Piensas que te las voy a dar? ¿Para qué las destruyas? —le devolvió ella.

Roque dio otro paso, demasiado cerca. Su sombra cubría casi por completo el umbral.

—No sabes con quién estás jugando, Ágata —susurró.
—Sé perfectamente con quién —dijo, aunque la voz le tembló apenas.
—Es mejor para ti, que me des esas pruebas —dijo sacando su arma y apuntándola.

El clic del seguro sonó como un trueno.

—¿Qué piensas hacer… matarme? —susurró Ágata, con el corazón desbocado.
—Si así consigo las pruebas, no me dejas alternativa.

Ella dio un paso atrás, la espalda rozando la pared.

—Siempre lo supe… —dijo con rabia contenida —. Sabía que habías sido tú desde el principio. ¿Cómo pudiste matar a mi padre?
—Yo no maté a tu padre —respondió él, firme, sin bajar el arma.
—Eso es mentira.
—No lo es.
—¡Claro que sí! —gritó ella —. Si no lo hiciste tú, mandaste a alguien.

Roque respiró hondo, como si contuviera algo más grande que la ira.

—Te estás equivocando —dijo con un tono más bajo, casi un murmullo —. Pero sí sé quién lo hizo.
—Ágata lo miró, temblando, con una mezcla de miedo y esperanza.
—¡Pues quién! —gritó, la voz quebrada.

Roque dudó un instante. Bajó ligeramente el arma. Su mirada se volvió más oscura, como si estuviera decidiendo si hablar o no. El silencio se volvió insoportable. Solo se oía el tictac del reloj y la respiración entrecortada de Ágata.
Finalmente, él habló, en un susurro helado:

—Fue alguien mucho más cerca de ti de lo que imaginas…

CAPÍTULO 107

En Zagreb:

Eira estaba expectante y curiosa por lo que Alen tuviera que contarle. Hacía mucho tiempo que deseaba saber de él, y por fin, ese instante había llegado.

—Quiero que sepas que no dejé de pensar en ti en todo este tiempo —dijo Alen, bajando la mirada un instante —. Pero no te he llamado porque… empecé una relación con otra chica.
—Eso no es razón para que no supiera nada de ti —lo interrumpió Eira, dolida.
—Ya, déjame terminar, por favor. Todo esto me cuesta.
—Vale, sigue.
—Con ella no tenía nada serio. De hecho, no pensaba continuar, pero se quedó embarazada —hizo una pausa, respiró hondo —. No entiendo cómo pasó; siempre tuve cuidado, usábamos preservativo… pero supongo que se rompió o algo.
Se frotó la frente, nervioso.
—Y ya sabes cómo es esto… nosotros no tenemos ni voz ni voto. Ella decidió tenerlo.
—¿Y tú qué hiciste? —preguntó Eira, con un hilo de voz.

—Le dije que estaría con ella durante el embarazo, que no la dejaría sola. No tenía a nadie en Francia, su familia vive en Australia. Y con el tiempo… fui conociéndola mejor. Incluso llegué a pensar que, cuando naciera el bebé, quizá podríamos intentarlo de verdad.
Eira contuvo la respiración. Su rostro se fue transformando poco a poco: primero el asombro, luego el pánico, y por último una tristeza profunda que le nubló la mirada. Sentía que el suelo se le movía bajo los pies, como si todo lo que había imaginado sobre él se desmoronara.
—Cuando llegó el momento del parto… —dijo Alen, con la voz temblorosa, todo se complicó —. No me dejaron entrar.
Eira bajó la mirada, intuyendo que lo peor estaba por llegar.
—Al rato salió el médico —continuó él. Tenía el rostro pálido, como si llevara encima el peso del mundo —. Me dijo que había sufrido una hemorragia muy fuerte, que había perdido demasiada sangre…
Alen tragó saliva, los ojos vidriosos.
—Y, además, algo raro… algo que apenas sucede —añadió en un hilo de voz —. El líquido amniótico entró en su torrente sanguíneo. Lo llaman embolia de líquido amniótico. No pudieron hacer nada…
Eira lo escuchaba en silencio, con el pecho encogido. Le temblaban las manos, pero no sabía si debía acercarse o mantenerse quieta.
—Lo siento mucho Alen… —murmuró al fin, apenas un suspiro.
Alen asintió, sin poder mirarla.
—Fue horrible, Eira. Me quedé allí, solo… sin entender nada.
Ella hizo un gesto para acercarse más a hacia él.
—No tenías que haberlo pasado solo —dijo con voz quebrada, y sin pensarlo más, le tomó la mano.
El contacto fue leve, pero suficiente para que ambos sintieran que, por un instante, el pasado y el presente se reconciliaban.
—Como consuelo, el médico me dijo que al menos pudo ver al bebé y tenerlo unos segundos en brazos.
—Pobre… —dijo Eira con los ojos vidriosos —. ¿Y el bebé?
—Estaba perfecto. Tengo…tengo una niña, se llama Emily.
—¿De verdad? ¡Eres papá! Me alegro muchísimo por ti —dijo, tragando saliva.

—Sí… ahora ya tiene casi un año. Me he acostumbrado, pero no sabes lo duro que fue al principio. Me vi solo, sin experiencia y con una criatura en brazos. La familia de ella nunca supo que estaba embarazada; me hizo prometer que jamás se lo diría. Nunca me contó por qué no quería saber nada de ellos. Menos mal que mi familia sí me ayudó, sobre todo mi hermana, que se ha volcado completamente con la niña.
—¿Tienes una foto?
—Claro —dijo, sacando el móvil y mostrándosela.
—¡Es preciosa! Parece una muñequita… ¡y es medio rubia! Tiene unos ojos enormes, ¿grises?
—Sí, la madre era muy rubia y de ojos azules.
—Es guapísima.
—Gracias. Verás, Eira… quería que entendieras que me resultó muy difícil llamarte. No sabía cómo contarte todo esto. El tiempo pasaba y apenas era consciente. Hasta que un día Jasmín me habló de la actuación, y sentí que no podía seguir esperando. Mi hermana se quedó encantada de cuidar a Emily, mi hermano se encarga de la compañía… todos te mandan recuerdos. Tenía que venir. Quería verte otra vez. Pero ahora… es distinto. Tengo una hija, y no sabía cómo ibas a reaccionar. Temía que no quisieras saber nada de mí… o que ya tuvieras a alguien. Pensé demasiadas cosas.
—Lo entiendo, tranquilo. Supongo que es distinto… No me esperaba que me contaras que tenías una hija, pero eso tampoco cambia tanto.
—Sí cambia, Eira. —bajó la mirada unos segundos —. Tengo la suerte de contar con mi familia, pero una hija te cambia la vida entera… y su ritmo.
—Alen, eso no cambia lo que pienso de ti. Que tengas una hija no modifica mi opinión… ni mis sentimientos.
Alen la miró sorprendido. No esperaba una respuesta tan sincera, y mucho menos lo que insinuaba. Por un instante, el aire pareció detenerse. Se le tensaron las manos y, algo nervioso, buscó una salida.
—Bueno… llevamos aquí toda la mañana —dijo con una media sonrisa —. ¿Te apetece comer? Contigo se me pasa el tiempo

volando.
—Si quieres, podemos ir a mi casa. Ayer hice la compra y tengo de todo. Además, mi madre se va los fines de semana al pueblo con Marcus, bueno y ya más que los fines de semana.
—Perfecto, por mí encantado.
—Pues vamos.

CAPÍTULO 108

En Cádiz:

En Roque no había arrepentimiento en su mirada, solo una calma helada, la de quien ya ha cruzado la línea. Todo lo que había hecho —y lo que estaba por hacer— le parecía necesario, casi justo. Durante demasiado tiempo había tenido que aguantar traiciones, mentiras, y ahora ya no quedaba espacio para la culpa.

Empezó a soltar todo lo que había pasado. Lo hacía sin titubear, y cada palabra caía como un golpe, seca, fría, cargada de resentimiento. Hablaba con una seguridad inquietante, como si estuviera relatando algo que ya tenía perfectamente calculado, sin remordimientos ni dudas.

—Max me vio hablando con Ted sobre una mercancía que iba a ocultar en uno de los barcos. Se fue a casa y lo habló con Cintia, decidieron que lo mejor era decírselo a la policía.

—¿Y qué pasó?

—Sara estaba en casa cuidando al niño y oyó toda la conversación. Estaba enamorada de mí y no quería que me descubrieran, así que me llamó alarmada. Le pedí que siguiera a Max con discreción y que, si se acercaba a la comisaría, lo entretuviera con cualquier excusa.

—Max se fue a pasear a la playa, como hacía siempre cuando tenía algo en la cabeza. Sara lo siguió, como le había dicho, pero la muy

inconsciente se llevó un cuchillo, para convencerle o intimidarle. Al final, discutió con tu padre y, en el forcejeo, el arma se le escapó de las manos y fue a acabar en el corazón.
—¿Sara? ¿La tía de Joel?
—Sí. Me llamó asustada y me dijo que había sido sin querer. Fui, le quité el cuchillo y le ordené que no dijera nada a nadie. Le dije que yo me encargaría del resto. Pero el cuchillo no lo tiré: lo guardé por precaución.
—¿Lo has estado encubriendo todo este tiempo? —dijo ella, atónita —. ¿Cintia no lo sabía? ¿Acaso no pensó que podrías haberlo matado tú?
—Claro. Nunca le dije que había sido su hermana. Le dejé creer que había sido yo —respondió—. Pero la tuve que amenazar. Si me delataba, mataba al niño.
—Eres un "*cabrón*". ¿Cómo te atreves a amenazarla con el niño?
—No me quedaba otra. No habría sido capaz de matar al crio.
—¿Y los demás asesinatos?
—Bueno, luego todo se complicó.
—¿Por qué no bajas el arma?
—Estoy bien así. Quédate quieta.
—¿Acaso vas a matarme?
—Tengo que hacerlo. No pueden detener a Sara.
—Al menos dime lo que sabes sobre los demás asesinatos.
—Zora… —dijo Roque con un suspiro que no era de culpa, sino de fastidio—. No quería que su marido se viera involucrado en el tráfico de drogas. Pensaba denunciarlo todo. Así que consiguió un arma, con la idea de usarla contra mí.
—El arma se la proporcionó Elisa, ¿verdad?
—Sí. Veo que has hecho los deberes.
—Y, ¿qué pasó? Si vas a matarme, al menos merezco saberlo.
Roque la miró fijamente, sin pestañear.
—Elisa me avisó de que Zora había comprado un arma. Me dijo que tuviera cuidado, que podía venir a buscarme en cualquier momento. Y así fue. No tardó en seguirme, pero yo ya la había visto. La llevé a propósito hacia un callejón vacío, lejos de miradas. Le dije que soltara el arma.

Hizo una pausa, apenas perceptible.
—Se negó. Incluso tuvo el valor de apuntarme, aunque le temblaban las manos. Sabía que no dispararía. Me acerqué despacio, para quitársela. Forcejeamos. Le agarré del cuello y, cuando intentó gritar, le clavé el cuchillo en el corazón con la izquierda. Así pensarían que era el mismo asesino que mató a Max.
Su tono era plano, sin emoción alguna. No se justificaba, no se arrepentía. Solo relataba los hechos como si hablara del tiempo o de un trabajo bien hecho.
—La mataste tú. Eres un asesino.
—Tuve que hacerlo.
—¿Y con Ted? ¿También fuiste tú?
—Ted habló con Caños. A saber, qué mierda le contó. Después se fue a su casa y yo le seguí. No podía permitir que hubiera un cabo suelto.
—¿Qué hiciste?
—Me cubrí con una capucha y llamé a su puerta. Llevaba la pistola que le quité a Zora, con silenciador. Cuando abrió, le amenacé. Me dijo que no había dicho nada, pero no podía permitirme ese riesgo. Le disparé en la frente.
—¡Asesino! —gritó ella.
—Lo tuve que hacer. Y ahora tengo que matarte a ti también. Sabes demasiado.

CAPÍTULO 109

En Zagreb:

Caminaron juntos hacia casa de Eira. Ella no paró de hablar durante el trayecto: contaba anécdotas de sus alumnas, los pequeños avances de cada una y las coreografías que habían preparado para la próxima actuación. Alen la escuchaba con una sonrisa constante, disfrutando más de su entusiasmo que de las palabras en sí.

Al llegar, Eira le pidió que esperara en el salón mientras ella preparaba la comida. Puso algo de música suave y él, curioso, empezó a recorrer con la vista los lomos de los libros que llenaban una de las estanterías. Se detuvo en alguno, hojeó al azar un par de páginas y volvió a colocarlo con cuidado, como si temiera alterar el orden secreto de aquella casa.

Cuando la comida estuvo lista, entre los dos pusieron la mesa. Eira había preparado una ensalada de primero y, de segundo, unos nidos de pasta con salsa pesto. Para decorar, colocó unas ramitas de romero y unos tomatitos cherry que daban al plato un aspecto fresco y apetitoso. Algo sencillo y rápido, pensó, porque lo último que quería era pasar el día entero en la cocina.

—Mmm, tiene muy buena pinta —dijo Alen, ya sentado a la mesa.

—Son nidos de gaviota.

—¿De gaviota? —preguntó, frunciendo el ceño con gesto de duda.
—Sí, pruébalos, están muy buenos.
Después de ver la cara de desconcierto de Alen, Eira no pudo evitar soltar una carcajada.
—Ja, ja, ja. Es broma.
—Ya lo había olvidado… tu retorcido sentido del humor —dijo, negando con una sonrisa mientras cogía el tenedor.
Mientras comían, sus miradas se cruzaban una y otra vez, casi sin proponérselo. Había algo en esos silencios entre bocado y bocado que hablaba más que cualquier palabra.
Eira seguía envuelta en una especie de ensoñación: le costaba creer que Alen estuviera realmente frente a ella, allí, en su mesa, como si el tiempo no hubiera pasado. Su corazón latía con fuerza, como una locomotora sin frenos. A veces sentía que el aire se le escapaba, y en sus labios se mezclaban las sonrisas con un leve temblor, entre nervios y emoción.
Después de cenar, se sentaron en el salón con dos tazas de café. La luz tenue del aplique envolvía el ambiente en un tono cálido.
Eira sostenía la taza entre las manos, intentando calmar el temblor que la recorría. Cada vez que daba un sorbo, tomaba aire, suspiraba y levantaba la mirada hacia él.
—De lo que nunca he sido capaz —soltó Alen, sin apartar los ojos de los suyos —, es de olvidarme de tu mirada y de esos ojazos.
Eira bajó la vista, desarmada.
—Vaya… —susurró, sin saber qué decir.
Alen se inclinó un poco más hacia ella, con la voz apenas audible.
—Estoy deseando besarte.
Eira sonrió, casi en un reto.
—¿Y quién te lo impide?
Entonces él se acercó despacio, rozando sus labios con los suyos. El beso, al principio contenido, se fue abriendo paso entre la respiración entrecortada y la urgencia contenida de los años. Todo lo demás quedó suspendido: las tazas, la música, el tiempo.
El deseo los arrastró sin resistencia. Entre caricias torpes y miradas encendidas, se buscaron, se reconocieron. No hubo espacio para las palabras. Solo la certeza de que, por fin, volvían a encontrarse.

—No sabes cuanto te echado de menos —dijo Eira en un susurro, todavía con la voz cargada de emoción.
—Yo a ti también Eira, y mucho. —respondió él, acariciándole el cabello.
—Me alegra que hayas venido.
—Y a mí… —dijo sonriendo, con esa mezcla de alivio y nostalgia que lo desbordaba.
—¿Cuándo te vas?
—Pasado mañana.
Eira asintió despacio, intentando disimular la punzada que sintió en el pecho.
—¿Y ahora? ¿Qué va a pasar entre nosotros?
—No lo sé, Eira —respondió Alen, mirándola con sinceridad —. Pero no quiero volver a perderte. —La besó con ternura, como si en ese gesto intentara sellar una promesa que no sabía si podría cumplir.
—Ni yo a ti tampoco.
Él suspiró y apartó la mirada, pensativo.
—No sé cómo lo vamos a hacer —murmuró.
Se hizo un breve silencio. Eira lo observó unos segundos, intentando atrapar ese instante antes de que se desvaneciera, y luego despertó de su reflexión, como quien regresa a la realidad sin querer hacerlo.
—Me voy contigo —dijo Eira, sin pensarlo dos veces.
Alen la miró sorprendido.
—¿Cómo que te vienes? ¿Y tú academia? No puedes dejar todo lo que has conseguido.
—Lo dejaría todo por no perderte.
—Eira… ¿estás segura? No puedo permitir que tires por la borda lo que tanto te ha costado. Son tus sueños, y has luchado muy duro por ellos.
—Jasmín es una gran bailarina, está perfectamente capacitada para quedarse al frente. Yo podría ir contigo, buscar un trabajo y aprender francés. Mi sueño… es estar contigo.
Alen la observó unos segundos en silencio, intentando procesar lo que acababa de oír. Luego sonrió, con esa mezcla de ternura y rendición que solo provoca quien te desarma.
—Estás loca, Eira… pero por eso te quiero —dijo antes de besarla.

Ella rio, con lágrimas contenidas en los ojos.
—¿Y si te dijera que se me ocurre algo mejor? —añadió Alen.
—¿El qué?
—Si de verdad quieres venirte conmigo…
—Claro que quiero. Es lo que más deseo —lo interrumpió, sin dudar.
—Entonces puedes trabajar en mi compañía. Eres una de las mejores bailarinas y coreógrafas que conozco, y esta vez podré pagarte lo que mereces. Te enseñaré francés… y puedes apuntarte a una academia si quieres.
Eira lo miró con incredulidad, hasta que la sonrisa se le escapó sin remedio.
—Alen… eso es… ¡perfecto! —dijo abrazándolo con fuerza y cubriéndolo de besos. Te quiero, te quiero muchísimo.
—Vale, vale… —respondió entre risas, atrapándola entre sus brazos —. Y yo a ti.
Los dos comenzaron a hacer planes, como si de pronto el mundo se abriera ante ellos. Eira no cabía en sí de felicidad; sentía que al fin la vida le estaba devolviendo todo lo que alguna vez le arrebató. Su sueño de bailar y estar con Alen se entrelazaba en una misma realidad que apenas podía creer.
No quiso esperar ni un día más. Esa misma noche encendió el ordenador y buscó un vuelo en el mismo avión que él. Su corazón latía con fuerza mientras tecleaba sus datos y veía cómo quedaban las últimas plazas. Cuando el pago se confirmó, sonrió con los ojos brillantes. El billete le costó casi como uno de *Business*, pero eso ya no importaba. Había pagado por algo mucho más valioso: una nueva vida.
Al día siguiente llamó a Jasmín. Le costó contener las lágrimas mientras le explicaba todo. Al otro lado del teléfono, su amiga se quedó muda unos segundos; después soltó una risa nerviosa mezclada con emoción.
—Estás loca, Eira… pero me alegro tanto por ti. Solo te pido una cosa: que la academia siga llevando tu nombre, y que vengas a verme de vez en cuando.
Eira asintió con la voz temblorosa.

—Te lo prometo, Jas. Eso está hecho.

Después fue el turno de su familia y amigas. La noticia cayó como un relámpago: sorpresa, incredulidad, y luego una corriente de alegría sincera. Todos sabían cuánto había sufrido, cuánto había esperado. Ahora, verla tan decidida, con los ojos llenos de ilusión, era motivo suficiente para dejarla ir con una sonrisa, aunque doliera.
Apenas tuvo tiempo, pero lo aprovechó al máximo. Organizó una comida con su familia, llena de abrazos, risas y alguna que otra lágrima que nadie quiso disimular. Su madre la abrazó con fuerza, sus amigas brindaron por ella y por los nuevos comienzos.
Aquella noche, cuando todo quedó en silencio, Eira se sentó en la cama con el billete en la mano. Lo observó durante unos segundos y sonrió. Sentía miedo, sí, pero era de ese miedo hermoso que solo aparece cuando la vida por fin empieza a cambiar.
El día llegó antes de lo que imaginaba. Eira apenas había dormido la noche anterior; la maleta estaba lista desde hacía horas, pero su mente seguía repasando cada momento de los últimos días. Alen la esperó a la puerta, con esa sonrisa tranquila que siempre lograba calmarla.
Caminaron juntos hacia el coche en silencio, con las manos entrelazadas. El aire de la mañana era frío, pero en el interior de Eira ardía algo que la mantenía cálida: la certeza de estar haciendo lo correcto.
El trayecto al aeropuerto se le hizo breve, como si el tiempo quisiera ayudarles a llegar antes. Desde la ventanilla, observaba cómo los paisajes familiares quedaban atrás: las calles por las que había paseado mil veces, los árboles, las luces tempranas de la ciudad que la había visto crecer. Sentía una punzada en el pecho, una mezcla de nostalgia y esperanza.
Al llegar al aeropuerto, el bullicio de la gente y las voces de los altavoces la devolvieron a la realidad. Alen le acarició el rostro con suavidad.

—¿Lista? —preguntó él.

Eira asintió, sonriendo con los ojos vidriosos.

—Más que nunca.

Pasaron el control, tomados de la mano, sin soltarse. Al subir al avión, Eira miró por última vez a través del cristal, como queriendo grabar en la memoria su vida anterior.
Cuando el avión despegó, sintió un nudo en la garganta. París los esperaba al otro lado del cielo, y con ello, una nueva historia. Cerró los ojos y apoyó la cabeza en el hombro de Alen.

—Por fin —susurró.

Él le apretó la mano, y por un instante, el ruido del avión desapareció. Solo quedaron ellos dos, suspendidos entre lo que dejaban atrás y lo que estaban a punto de comenzar…

CAPÍTULO 110

En Cádiz:

En ese momento, Joel llegó derrapando con el coche. Apenas lo detuvo antes de abrir la puerta y salir corriendo. Su corazón se heló al ver a su padre apuntando directamente a Ágata.

—¡Papá, no lo hagas! —gritó, acercándose hacia ellos.

Roque giró la cabeza, sorprendido, sin bajar el arma.

—Tú no te metas, Joel. ¡Vete de aquí!
—Sí, Joel, vete —repitió Ágata con la voz entrecortada, empujándolo a un lado.

Pero Joel no se movió. El miedo y la rabia se mezclaban en su mirada; no podía permitir que aquello terminara así y se puso aún más cerca.
Roque respiró hondo, apretó los dientes y con la mirada fija en Ágata. Apuntó de nuevo, sin vacilar.
El mundo pareció detenerse por un instante.
Y, entonces, él disparo.
Joel saltó justo a tiempo, colocándose entre ambos. El sonido del tiro retumbó en el aire, seco, definitivo.
La bala le alcanzó de lleno.

El cuerpo de Joel cayó lentamente, como si el tiempo se quebrara a su alrededor. Ágata gritó su nombre y se lanzó hacia él, mientras Roque permanecía inmóvil, con el arma todavía temblando entre sus manos.

—¡Joel! —gritó Ágata, arrodillándose junto a él.
—No te muevas —ordenó Roque, con la voz rota. Sus ojos se clavaron en el cuerpo de su hijo—. ¿Por qué te has metido en medio, hijo? Esa bala no era para ti… —murmuró, casi sin aliento.

Ágata, aprovechando su momento de confusión, se lanzó hacia él. Forcejearon con violencia. El arma cayó al suelo y ella, con un golpe rápido, logró apartarla de una patada. Pero Roque, en lugar de rendirse, la agarró del cuello y la lanzó al suelo. Con los ojos enrojecidos y un rugido de rabia, intentó estrangularla.

—¡Suelta el arma, Roque! —gritó una voz a lo lejos. Era Caños, que corría entre los matorrales con la pistola en alto.

Roque ni siquiera pareció escucharlo. La presión de sus manos aumentó sobre el cuello de Ágata, que empezaba a perder el aire. En ese instante, el disparo resonó con fuerza.
Las manos de Roque se aflojaron poco a poco. Ágata jadeó, sintiendo cómo el aire, el mejor aire del mundo, regresaba a sus pulmones. Roque cayó de lado, con la mirada perdida, la sangre manchándole la camisa.
Caños llegó corriendo, arrodillándose junto a ella.

—¿Ágata? ¿Estás bien?
—Sí… sí —balbuceó, todavía temblando —. Pero Joel…

Caños miró hacia él, pálido y sin moverse.

—Tranquila, la ambulancia está en camino. No he podido llegar antes —dijo mientras recogía el arma de Roque y le colocaba las esposas, pese a que ya estaba malherido.

Roque alzó la mirada con esfuerzo. Su voz era apenas un susurro.

—Joel… hijo… siento lo que ha pasado. No tuve opción. Cuida de tu madre. En el fondo… nunca dejé de quererla. Ni a ti tampoco…

Sus palabras se desvanecieron en el aire. Joel no respondió: seguía inconsciente, su respiración débil. A lo lejos, las sirenas rompieron el silencio del campo. Unos segundos después, el sonido se hizo más intenso, como una promesa de esperanza entre tanto desastre.

Ágata tomó la mano de Joel y la apretó con fuerza, temblando, mientras las luces rojas y azules de la ambulancia teñían el horizonte.

CAPÍTULO 111

En Cádiz:

Llegaron dos ambulancias con las sirenas aún resonando en la distancia. Los sanitarios bajaron corriendo, organizados, pero con la urgencia grabada en los gestos. Un médico y un enfermero se arrodillaron junto a Joel; comprobaron su pulso, su respiración, y sin perder un segundo, prepararon la camilla.
Con movimientos precisos, lo subieron a la ambulancia. Ágata quiso seguirlos y no hubo quien se lo impidiera. Se acomodó a su lado, apretándole la mano con fuerza mientras el vehículo arrancaba.
«¿Por qué te has metido en medio?», se repetía una y otra vez. *«No tenías que haberlo hecho… No te mueras, por favor»*. Las lágrimas le corrían por las mejillas mientras miraba los monitores que parpadeaban frente al médico. Cada pitido le taladraba el corazón.
La otra ambulancia atendía a Roque. Caños lo acompañaba, vigilante, con el arma aún colgada del cinturón.

—¿Cómo está mi hijo? —preguntó Roque con la voz entrecortada, el rostro empapado de sudor y culpa.
—No lo sé —respondió Caños con tono seco —. Hasta que no lleguemos al hospital, nadie sabrá nada.

Roque cerró los ojos un instante, intentando contener la angustia.

—No quiero que se muera… no quería dispararle a él… —alcanzó a decir.
—No se mueva, y no hable más —intervino el enfermero, mientras ajustaba el vendaje en su costado —. Conserve las fuerzas.

El sonido de las sirenas se alzó de nuevo, perdiéndose entre las colinas. Dentro de las ambulancias, cada respiración, cada mirada, cada palabra contenida pesaba como una eternidad.
Cuando la ambulancia de Joel llegó al hospital, un grupo de médicos y enfermeros ya los esperaba en la puerta, avisados por los compañeros de Caños. Apenas se abrieron las puertas, lo sacaron con rapidez y lo llevaron directo al quirófano.
Ágata intentó seguirlos, pero una enfermera le pidió que aguardara fuera. La hicieron pasar a la sala de espera, donde el tiempo parecía haberse detenido.
Poco después llegó la otra ambulancia, la que transportaba a Roque. También fue llevado de inmediato a quirófano.
Mientras esperaban, Ágata, todavía temblorosa, le contó a Caños todo lo ocurrido, desde la llegada de Roque hasta el momento en que él apareció entre los matorrales. El inspector escuchó en silencio, asintiendo de vez en cuando, sin apartar la vista del suelo.
Cuando terminó, Caños salió un momento al pasillo para hacer una llamada al comisario. Habló en voz baja, con frases cortas, precisas. Luego regresó a la sala y se sentó frente a ella.

—Bueno, Ágata… han ido a detener a Sara —dijo al fin —. Lo tienes todo grabado, ¿verdad?
—Sí, está todo aquí —respondió, mostrando su móvil con las manos aún temblorosas.
—Perfecto. Lo necesitaremos como prueba principal.
—Claro, lo entiendo.

Caños esbozó una leve sonrisa cansada.

—Has hecho un buen trabajo. Y no te preocupes, Joel es fuerte, saldrá de esta.
—Gracias… —dijo Ágata, bajando la mirada —. Aún no puedo creer que Sara matara a mi padre.

—A veces uno se sorprende de lo que la gente es capaz de hacer por amor —respondió Caños con tono grave —. O por miedo. Quizás demasiado a menudo.
—Supongo… —susurró ella, perdida en sus pensamientos.

Las horas pasaron lentas, marcadas por el sonido intermitente de los pasos del personal y el pitido distante de los monitores. Hasta que, por fin, un médico salió del quirófano, con el rostro cubierto por la mascarilla y los ojos cansados.

—Doctor… ¿cómo está Joel? —preguntó Ágata, levantándose de golpe, con la voz cargada de angustia.
—La herida es penetrante. La bala quedó alojada dentro del cuerpo, sin orificio de salida. Eso ha provocado una hemorragia interna y un neumotórax. En términos simples, significa que el aire se ha escapado del pulmón y se ha acumulado entre este y la pared torácica. Esa presión impide que el pulmón pueda expandirse con normalidad.
—¿Entonces? ¿Se pondrá bien? —preguntó, con el miedo asomando en su voz.
—Está grave, pero hay que esperar. Las próximas veinticuatro horas serán cruciales.
—¿Puedo verle?
—Ahora es mejor que descanse. Está sedado. Váyase a casa, y en cuanto sepamos algo la avisaremos.
—¿Se sabe algo de Roque? El otro herido de bala —intervino Caños.
—Aún no. Mis compañeros siguen atendiéndolo; en cuanto puedan, les informarán.
—Vale, gracias.
—Vete a casa, Ágata.
—Quiero esperar, hasta saber qué pasa con Roque.
—Está bien —cedió el inspector, resignado.

En un rato salió el médico para informar sobre Roque.

—Inspector —dijo con tono serio.
—Sí.

—El paciente ingresó en estado crítico. Aunque al principio mantenía cierta estabilidad hemodinámica, la trayectoria de la bala rozó una arteria importante y provocó una hemorragia interna masiva. Hicimos todo lo posible, pero no pudimos revertirla. Lo siento… ha fallecido.

Ágata sintió una punzada de pena, pero no por Roque, sino por Joel. Aunque lograra salir adelante, sería un duro golpe: su padre, su tía… la imagen que tenía de ambos. Saber que los dos eran asesinos era una carga demasiado pesada para cualquiera.

Con el rostro endurecido, salió del hospital junto a Caños. Solo pensaba en Sara. Quería verla, ver su rostro tras los barrotes, y comprobar que, al fin, la justicia había llegado.

Al llegar, Caños la condujo al sótano, donde Sara esperaba tras una mesa metálica, esposada. Le hizo un gesto para que entrara sola.

—Ah… eres tú —dijo Sara al verla, con la voz quebrada —. Siento mucho lo de tu padre, no quería matarlo… de verdad.

Ágata no contestó. La observó en silencio, con una mirada tan fría que ni las lágrimas de Sara pudieron ablandarla. Esperaba oír algo más… algo que tuviera sentido.

—¿No vas a decir nada? Grita, dime que me odias… pero di algo. Lo siento de verdad; no era mi intención matarlo. Solo quería amenazarlo para que entrara en razón. No podía permitir que se lo contara a la policía. Quería proteger a Roque y se me fue de las manos.

—Roque ha muerto. El inspector tuvo que dispararle para que no me matara.

—¿Qué? ¿Cómo que está muerto? No puede estar muerto… quiero verlo, ¡no puede estar muertooo…!

—Espero que te pudras en la cárcel —dijo Ágata mientras se marchaba.

La dejó hablando sola, desmadejada en su llanto y con su último consuelo hecho añicos.

EPÍLOGO PRIMERO

Eira:

Eira encontró en París lo que durante años había buscado sin saberlo: calma.

Vivía junto a Alen y la pequeña Emily, que pronto se convirtió en una hija más para ella.

Su nombre ya figuraba en la compañía, y juntos llevaron su escuela a lo más alto, entre las mejores de Europa.

El piso que compartían estaba cerca de la escuela. Tenía una terraza que se abría al jardín, un salón lleno de luz y una gran mesa donde siempre sobraban risas y café.

Con el tiempo, la vida quiso darle un regalo: Eira esperaba mellizos, un niño y una niña. Emily saltaba de alegría con la idea de tener dos hermanos de golpe.

Siempre mantenía el contacto con su familia y sus amigas, compartiendo llamadas, mensajes y recuerdos que la hacían sentir cerca, aunque estuviera lejos. Y cuando tenía ocasión las visitaba.

En una de las noches tranquilas, cuando el ruido de París se apagaba, mientras el viento movía las cortinas, Eira pensó en su

vida. En cuánto había cambiado. En cuando lo pudo contar y haber sobrevivido. Otto era solo una sombra lejana…

Pero ya no quería pensar en eso. Solo en su presente. En la tranquilidad que por fin había encontrado. Y ahora, sonriendo por fin, la vida le devolvía todo lo que le había arrebatado.

Opal:

Opal finalmente se fue a vivir con Marcus, a su pueblo. Dejó el trabajo y comenzó una vida tranquila. Cuidaban una pequeña granja y cultivaban su propio huerto. Con Marcus se sentía bien: la hacía reír, y eso bastaba para sentirse en paz.

Aun así, una parte de su corazón seguía habitada por Max. Fue su marido, su gran amor, y no estaba dispuesta a olvidarlo. A veces la melancolía la visitaba, pero Marcus lo entendía. Sabía convivir con ese recuerdo y siempre estaba allí, ofreciéndole su compañía silenciosa y su afecto incondicional.

Olivia:

Olivia dio a luz a un niño hermoso. Lo llamó Max, como su padre, porque quería que su nombre siguiera vivo, lleno de amor y recuerdos.
Con su marido, se hicieron cargo del *Bed*&*Breakfast* familiar después de la muerte del padre de Mirko. Lo llenaron de flores, de risas, de huéspedes que se marchaban queriendo volver. Cada rincón guardaba algo de historia, pero también de futuro.
Y Olivia, al mirar a su hijo dormido, sentía que todo había encontrado su lugar.

Mara y Nika:

Mara acabó casándose con Derek. Pusieron en marcha un negocio juntos y, aunque los comienzos fueron difíciles, el tiempo les dio la razón. Con trabajo, paciencia y cariño, consiguieron prosperar. Con el tiempo, el llanto de una niña llenó su hogar de risas y de promesas nuevas.

Nika se fue a vivir con Milan. Terminaron la universidad y, con la ayuda de sus familias, abrieron su propio despacho de abogados. Les fue bien, y los años trajeron también a sus dos hijos: una niña inquieta y un niño tan curioso como su padre.

Jasmín:

Se quedó a cargo de la academia y, poco a poco, fue ampliándola. Contrató a más profesoras, compró el local y, cuando llegó el momento, añadió su nombre al de Eira en la fachada.

Ambas mantenían el contacto; de vez en cuando, Eira viajaba a verla y recordaban los inicios entre risas y nostalgia.

Vivía con Joss, su pareja. Eran felices así, sin prisas, sin hijos por ahora, disfrutando de la vida que habían construido juntos.

Cintia:

Cintia crio sola a Noé. Se sintió profundamente dolida por lo que había hecho su hermana Sara. Fue a verla a la cárcel para reclamar respuestas, necesitaba entender el porqué. Sara solo pedía perdón; en su rostro se reflejaba un sincero arrepentimiento y el dolor por la muerte de Roque.

En el fondo, Cintia también había sentido esa pérdida. Al fin y al cabo, Roque fue su marido, y durante un tiempo compartieron momentos felices. Además, de esa relación había nacido Joel, el mejor regalo de su vida.

A pesar de todas las pérdidas, Cintia siguió adelante. Era fuerte, luchadora, y contó siempre con el apoyo de los suyos: Joel y Ágata estaban a su lado, pendientes de ella y visitándola con frecuencia.

Con el tiempo, empezó una nueva relación, pensando que así le resultaría más fácil no recordar a Marco-Max. Pero le era imposible: el pequeño Noé era igual que él. Cintia lo llevaría siempre en el corazón. Visitaba su tumba cada vez que podía y le hablaba, contándole los avances de Noé, los cambios de su vida, o simplemente lo mucho que aún lo echaba de menos.

Sara:

Sara continuó en prisión. Tras demostrarse su culpabilidad en el asesinato de Max, gracias a las grabaciones presentadas como prueba, fue condenada a veinte años sin posibilidad de fianza.
A los diez años obtuvo el tercer grado, pero el mundo fuera ya no era el mismo. Su familia le había dado la espalda, incluso su exmarido, que se divorció al enterarse de todo.
Sola y sin rumbo, empezó a rodearse de malas compañías y a frecuentar barrios marginales. Cayó en el consumo de drogas y, con el tiempo, su vida se fue apagando.
Un día cualquiera, la encontraron muerta por sobredosis. Nadie reclamó su cuerpo durante días.

Joel:

Joel tuvo suerte. Contra todo pronóstico, sobrevivió. Con el tiempo, se recuperó del todo; solo la cicatriz en su abdomen recordaba lo ocurrido, una marca que, lejos de afearlo, le daba ese aire rebelde que lo hacía aún más atractivo.
La muerte de su padre lo golpeó con fuerza, aunque, en el fondo, comprendía que tal vez fue lo mejor. En prisión, siendo expolicía, no habría durado mucho o su vida habría sido un infierno.

Pero lo que más lo desarmó fue saber la verdad sobre su tía Sara. Aquello lo dejó sin palabras, como si una parte de su infancia se hubiera derrumbado.

Aun así, no se rindió. Se volcó en cuidar de su madre y del pequeño Noé, ayudándolos en todo lo que podía.
Y encontró consuelo en Ágata. Con ella, la vida siguió su curso. Habían pasado demasiadas tormentas como para no valorar la calma.

Caños:

El inspector acumuló méritos, resolviendo casos que lo llevaron a los periódicos y, finalmente, al ascenso a inspector jefe.

Sin embargo, más allá de los reconocimientos, guardaba algo más valioso: la amistad sincera de Ágata. Entre ambos quedó ese vínculo silencioso que nace del respeto y de las batallas compartidas.

Sabían que, pase lo que pase, siempre podrían contar el uno con el otro.

Marín:

Se licenció en Criminología con una nota brillante. Con el tiempo, le ofrecieron un puesto en Estados Unidos y no lo dudó: era una oportunidad que no podía dejar pasar.

La distancia no fue un obstáculo para el cariño; en cuanto tenía unos días libres, volaba para ver a sus padres y compartir con ellos momentos sencillos, pero llenos de significado.

No tenía pareja, y tampoco la buscaba con prisa. Sabía que el amor, cuando debe llegar, llega sin avisar. Y el estaría listo para recibirla.

Ágata:

Ágata no podía evitar sonreír cada vez que miraba a Joel. Estaba vivo, recuperado, y saber que él había estado dispuesto a morir por ella le removía algo muy profundo. Se quedó a vivir con él en Conil. Dejó atrás su trabajo en Zagreb y abrió una pequeña agencia de investigación privada. Pronto empezó a colaborar con la policía española como asesora externa, y su nombre se fue ganando respeto y reconocimiento.

A veces la nostalgia la visitaba. Echaba de menos a su familia y, sobre todo, a su padre. Aún recordaba su voz, sus gestos, su manera de mirarla cuando era niña. Nunca pensó que lo perdería de aquella forma tan cruel. Pero también sabía que había cumplido su promesa: encontrar la verdad y devolverle la dignidad. Miró al horizonte, con una mezcla de orgullo y ternura.

«*Papá… —susurró —, ya puedes descansar en paz.*»

EPÍLOGO SEGUNDO

En Cádiz (cinco años DESPUÉS 2013):

Caños se sentía cómodo en su nuevo puesto como inspector jefe. Los casos se resolvían con eficiencia, la ciudad respiraba calma, y hacía años que ningún asesinato perturbaba la rutina desde aquel que cambió sus vidas: el de Max.
Hasta que el teléfono sonó. La llamada fue breve. Cuando colgó, el silencio pesó en el despacho. Con gesto grave, marcó un número que conocía de memoria.
—¡Inspector! Qué alegría oírte —dijo Ágata, radiante.
—Yo también me alegro, Ágata… pero necesito tu ayuda.
—¿Qué ocurre?
Una pausa. Luego, la voz de Caños sonó firme, casi solemne:
—Ha habido un asesinato…

FIN

ABOUT THE AUTHOR

Silvia Galindo Julián

Nació en Madrid en 1973, aunque creció en Coslada.
Desde su infancia empezó a llenar cuadernos con poemas y pequeños relatos destinados a familiares y amigos. Aquella costumbre de inventar mundos nunca se apagó y, décadas después, la llevó a escribir su primera novela, publicada en 2022. Al final, resistirse era inútil: las historias insistían demasiado.
Viajera incansable, ha recorrido Europa, África y América con una libreta siempre a mano, por si algún paisaje decidía convertirse en historia. Y acabó haciéndolo. Su primera novela, Sueña conmigo, es una romántica aventura ambientada en la Escocia de 1890, un lugar que la fascinó desde su primera visita y que terminó inspirándola mucho más de lo que esperaba.
Su nueva obra cambia de tono: una novela negra —sin renunciar al amor— situada entre 2004 y 2007, pensada para un público adulto y ambientada en escenarios que van de España, a Eslovenia, Croacia y Francia. Aunque la trama se mueve especialmente entre Zagreb y Cádiz, ciudades que esconden más secretos de los que aparentan a simple vista.
Los animales forman parte fundamental de su vida. Convive con un perro que colecciona calcetines como si fueran pruebas y una gata que baila sobre su teclado en los momentos más inoportunos. No ayudan… pero inspiran más de lo que admiten.
Enamorada del mar y de las playas gaditanas, ha convertido esa tierra en un escenario imprescindible. Allí encuentra inspiración, sol, buenos vinos y, ocasionalmente, un viento de levante que parece

decidido a cerrar libros, mover papeles y poner trabas justo cuando la trama empieza a ponerse interesante. Pero así es el misterio: a veces sopla fuerte.

BOOKS BY THIS AUTHOR

Sueña Conmigo

Año 1890, Selena es una joven de dieciséis años que vive en una gran casona en Inveraray, Escocia. Su mundo son los animales, en especial, los caballos.

Ella, junto con sus amigas Annie y Julie, se adentrará en una aventura de pequeños misterios. Selena camina hacia el amor de Nick. Con él descubre los sentimientos del amor y el desengaño.

Penetra en cascadas, acantilados y paisajes llenos de naturaleza.
